

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES
Departamento de Historia e Instituciones Económicas I



TESIS DOCTORAL

**Fundamentos teóricos de la controversia entre Hayek y Keynes.
Dos visiones acerca del orden económico y la historia**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pablo Losoviz Aduai

Director

Fernando Méndez Ibisate

Madrid, 2017

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y
EMPRESARIALES**

DEPARTAMENTO DE HISTORIA E INSTITUCIONES ECONÓMICAS I



**FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE LA
CONTROVERSIA ENTRE HAYEK Y KEYNES.**

**DOS VISIONES ACERCA DEL ORDEN
ECONÓMICO Y LA HISTORIA.**

TESIS DOCTORAL DE: PABLO LOSOVIZ ADAUI

DIRIGIDA POR: FERNANDO MÉNDEZ IBISATE

MADRID, 2015

Agradecimientos y dedicatorias.

En primer lugar deseo agradecer a mi tutor de Tesis, D. Fernando Méndez Ibisate, el cual al plantearle que deseaba realizar una investigación sobre el ciclo económico me sugirió que profundizara sobre el debate sostenido entre F. A. Hayek y J. M. Keynes. Sin duda que el provecho que he obtenido a lo largo de estos años de investigación abarca mucho más que simplemente el fenómeno del ciclo y solo espero que, aunque sea en cierta medida, en este trabajo de investigación haya quedado reflejado. En varios de los puntos de esta tesis sin mencionar explícitamente el problema de las crisis y fluctuaciones económicas el lector podrá observar sugerencias sobre el mismo de suma importancia. Realmente lo que se ha intentado es situar el debate entre Hayek y Keynes dentro de la órbita de la historia del pensamiento económico y en particular sobre la percepción filosófica y metodológica que juega la concepción de la Historia en ambos. Ante este desafío que me he planteado es necesario reconocer el esfuerzo de mi tutor en la revisión, diversas correcciones e indicaciones que fue realizando a lo largo de estos años de investigación.

Deseo agradecer también a la Universidad Complutense, y de forma especial a la Facultad de CC. Económicas, así como a su personal con especial mención a la Biblioteca de dicha Facultad por sus excelentes medios materiales y recursos bibliográficos sin los cuales llevar a cabo la presente investigación hubiese sido una utopía. Dicho reconocimiento también es extensible al *Ludwig von Mises Institute* (*Mises.org*) que ofrece de forma abierta una diversidad de literatura económica de valor incalculable.

Al profesor Antonio Torrero Mañas que ha tenido la amabilidad de recibirme en su domicilio, gracias a la mediación de J. Monzón, realizando agudas observaciones y regalándome un ejemplar de su libro: *La obra de John Maynard Keynes y su visión del mundo financiero* (1998) ampliamente citado en el presente trabajo. Del mismo modo, agradecer a Axel Kicillof quien sin dudarle al pedírselo, en un breve encuentro en Buenos Aires, me envió una copia de la adaptación de su tesis doctoral: *La Teoría*

General: crítica de la ortodoxia marginalista y keynesiana (2005). Ambas obras han resultado ser útiles e inspiradoras para la presente investigación.

Asimismo, me gustaría dedicar el presente trabajo a mis profesores y compañeros de la Universidad de Buenos Aires. En particular al doctor Pablo Levín que desde el momento en que se cruzó en mi camino en la universidad, ésta dejó de ser una carrera de obstáculos para convertirse en una verdadera fuente de sabiduría y placer. Imposible me será olvidar que en el primer curso que le tuve como maestro sobre Dinero, Créditos y Bancos, una vez entregadas las notas finales, aproximadamente una tercera parte de los alumnos de dicho curso le pidió mantener las clases al menos un mes más durante el verano con la única finalidad de aprender y disfrutar más de su profundo conocimiento de la economía clásica. El centro que actualmente dirige dentro de la Universidad de Buenos Aires el CEPLAD ha tenido la delicadeza de dejarme exponer hace algunos años una versión preliminar del presente estudio y del cual espero haber sabido aprovechar las distintas sugerencias e impresiones que allí surgieron. En concreto, me viene a la memoria el llamativo paralelismo realizado por Leandro Habersfeld entre el debate que aquí se analiza y el implícito entre Adam Smith y los Fisiócratas. No menos importantes fueron las ideas y sugerencias en el mismo de Sergio Chesler, Ariel Abelar, Ricardo Ares, José A. Beckishtein, Hernan Hirsch, Eduardo Rodríguez y Jose M^a Segura, por destacar a alguno de ellos. Este reconocimiento a la Universidad de Buenos Aires no sería completo sin mencionar a una de sus figuras más insignes como es el Doctor Julio H. Olivera que, pese a lo intrincado y complejas matemáticamente que eran las materias que recuerdo dictaba en aquel momento, siempre nos enseñó que en definitiva aquellas abstracciones eran algo simple frente a todo lo que implica intentar conocer la infinita realidad.

También quiero reconocer la ayuda prestada por Ángel Luis Blanco Vicente y su equipo (Charo y Petri) en las impresiones preliminares de la presente Tesis.

Por último, deseo agradecer y dedicarlo a mi familia. A mis padres que siempre se interesaron y creo que por tanto influyeron en mi interés por la realidad política y económica del pasado y el presente. A Alejandra Bize y a mis hermanas, Laura y Lucia, que han revisado y corregido el abstract en inglés y castellano. A mi prima Valeria

Losoviz que ha hecho lo posible por darle una mejor imagen a la presentación de la tesis. A mis hijos: Nicolás, Mateo y Darío, que aunque sin tener claro si pese a ellos o gracias a ellos he podido llevar a cabo esta investigación, sí tengo muy claro que sin ellos cualquier logro carece de sentido. Y a mi mujer, Amor, quien no solo me ha apoyado supliendo el tiempo que no he podido dedicar a la familia sino que ha sido una cuidadosa y escrupulosa revisora de todo lo que aquí está escrito.

De más está decir que cualquier error u omisión pertenecen en exclusiva al autor del presente trabajo.

Índice

Abstract.....	4
Abstract (English).....	9
Introducción General.....	14
Parte I Fundamentos analíticos y teóricos de la disputa económica entre Hayek y Keynes en la Historia del Pensamiento Económico.	
Capítulo 1 Introducción acerca de los principios y las leyes generales.....	27
Capítulo 2 El movimiento de los precios en Keynes y Hayek. Orden espontáneo vs. Orden deliberado.....	32
Capítulo 3 La revisión marginalista: la vertiente austríaca.....	37
3.1 El legado clásico y sus defectos.....	38
3.2 La crítica austriaca a la teoría del valor clásica.....	43
3.3 Conclusión sobre el legado clásico, marginalista y austriaco en Hayek.....	46
Capítulo 4 El análisis de agregados y la teoría monetaria.....	47
4.1. Nociones preclásicas y clásicas sobre efectos amplificadores, multiplicadores y la conexión con la teoría monetaria.....	48
4.2. Conclusiones.....	56
Capítulo 5 Marshall y Cambridge: evolución de la teoría sobre el dinero, el ciclo del crédito y la inflexibilidad de precios.....	58
5.1. Alfred Marshall: dilucidaciones sobre la teoría del valor clásica y marginalista.....	59
5.2. Alfred Marshall: aportaciones a la teoría monetaria.....	61
5.3. Marshall, Cambridge y la inflexibilidad de precios.....	67
5.4. Conclusiones sobre las aportaciones de Marshall (Escuela de Cambridge) e influencia en el debate entre Hayek y Keynes.....	72
Capítulo 6 El problema del ahorro y la naturaleza del capital.....	75

6.1	La “virtud” del ahorro.....	79
6.2	Conclusiones sobre la teoría del capital.....	84
Capítulo 7 Dilucidaciones en torno a la Ley de Say.....		86
7.1	Antecedentes sobre el debate.....	87
7.2.	La Ley de Say frente a las teorías del subconsumo.....	93
7.3.	Conclusión respecto a las aclaraciones de la Ley de Say.....	104
Capítulo 8 La Ley de Say y el debate en torno al paro involuntario.....		106
8.1	La noción hayekiana del empleo: la influencia de Mises.....	108
8.2	La reelaboración de F. A. Hayek y la crítica al keynesianismo.....	111
8.3	El estado de la economía prekeynesiana.....	116
8.4	El camino de Keynes hacia la teoría sobre el paro involuntario.....	119
8.5	El paro involuntario y los salarios en la <i>T.G.</i>	131
8.6	El papel de las expectativas: distorsiones y estímulo. Revisión y conclusiones del debate sobre el empleo y el paro involuntario.....	136
Capítulo 9 Interés y beneficio: su papel en la coordinación de la actividad económica.....		139
9.1	La noción del interés y su desarrollo en la escuela austríaca.....	139
9.2	La teoría del interés y la eficiencia marginal del capital en Keynes.....	143
9.3	La crítica de Hayek a la teoría del interés y la economía de la abundancia de Keynes.....	154
Capítulo 10 Incertidumbre y expectativas, de nuevo. El funcionamiento de los mercados financieros.....		161
Capítulo 11 Conclusiones acerca de los fundamentos analíticos y teóricos en la controversia entre Hayek y Keynes.....		171
Parte II Papel de la Metodología y de la Historia en el debate económico entre Hayek y Keynes. .		
Capítulo 12 Introducción: la influencia del pensamiento ilustrado sobre el método de Hayek y Keynes.....		175

Capítulo 13 La Filosofía Moral Escocesa y la Escuela Austriaca como fuentes de inspiración del pensamiento de Hayek.....	187
13.1 La influencia de la Ilustración clásica en Hayek.....	187
13.2 La influencia de Carl Menger y su disputa con el historicismo alemán.....	192
13.3 Las aportaciones filosóficas de Mises en el pensamiento de Hayek y su crítica a los filósofos de la historia.	200
13.4 Conclusiones.....	206
Capítulo 14 El otro camino de la Ilustración, aclaraciones y su papel en el debate entre Hayek y Keynes.	208
14.1 Puntos a aclarar sobre el materialismo histórico y las leyes hegelianas.....	209
14.2 Hegel y los fundamentos filosóficos de Hume y Smith. Del orden espontáneo a los abusos de la razón.....	211
14.3 La historicidad o especificidad histórica.	214
14.4 La falsa idea de predestinación.	217
14.5 Conclusiones.....	219
Capítulo 15 La cuestión del método en Alfred Marshall y su vínculo con la Escuela Histórica.	222
15.1 La Escuela Histórica de las Islas Británicas.....	223
15.2 Alfred Marshall y el papel del historicismo en su pensamiento y en su método.....	226
15.3 Conclusiones.....	232
Capítulo 16 La concepción de la Historia en el análisis económico de J. M. Keynes.	234
Capítulo 17 La visión de Hayek sobre la generación del orden espontáneo y el papel de las ideas.....	253
Capítulo 18 Conclusiones. La controversia de Hayek y Keynes desde la filosofía, el método y el papel de la Historia.	268
Resumen y Conclusiones Finales.....	274
Bibliografía.....	292

Abstract.

TÍTULO

Fundamentos teóricos de la controversia entre Hayek y Keynes. Dos visiones acerca del orden económico y la Historia.

OBJETIVO

El presente trabajo pretende investigar la controversia entre Hayek y Keynes desde la concepción que cada uno tiene sobre la Historia. Para ello ha sido necesario, en primer lugar, precisar el debate conceptual en el marco de la Historia del Pensamiento Económico donde se tratan problemas teóricos como el funcionamiento del sistema de precios, la teoría del valor, la teoría sobre el interés y el capital, la Ley de Say, el papel de las expectativas y el funcionamiento de los mercados organizados, por destacar los elementos más relevantes. Dichos conceptos ayudan a comprender la aportación teórica de Hayek y Keynes acerca de las causas y remedios de las crisis económicas iluminando a su vez sobre la disyuntiva moderna entre sociedad civil e intervención gubernamental. En segundo término he ahondado en las influencias filosóficas y metodológicas que nutren dos visiones diferentes de la Historia —aunque con puntos de encuentro—, la de Hayek predominantemente praxeológica, mientras que en Keynes aparece más específica y concreta. Concluyo que esta visión o idea de la Historia tiene una influencia significativa en la postura que asume cada autor en cuanto al papel desempeñado por las reglas de conducta y la capacidad de autorregulación de un orden moderno y complejo.

INTRODUCCIÓN

El marco histórico fundamental es el período de entreguerras (1919-1938) caracterizado por la inestabilidad institucional, el desorden monetario, la Gran Depresión y la pérdida de

hegemonía del Reino Unido. La disputa propiamente dicha entre Hayek y Keynes fue muy breve, ocurrió entre los años 1931 y 1932, cuando se suceden una serie de réplicas y correspondencia entre ambos que Keynes zanjó delegando en Piero Sraffa y R.F. Kahn la continuación de la batalla frente a Hayek. Keynes prefirió centrarse en los conceptos que emplearía en la *Teoría General* “en lugar de perder el tiempo en controversias”¹. Para Keynes la posición de Hayek a grandes rasgos era la de otro exponente de lo que él denominaba la “ortodoxia” que asumía tácitamente el cumplimiento de la Ley de Say.

La intención de Hayek era demostrar que no se podía obviar en el análisis económico la influencia ejercida por la dinámica monetaria sobre el tipo de interés y la estructura económica real. Hayek integraba así el análisis clásico —efecto Cantillon y Ricardo— con la teoría del capital y el interés de la escuela austriaca — Menger, Böhn Bawerk y Mises—. A través de este análisis las crisis eran una manifestación de un direccionamiento erróneo de la inversión, el cual debía depurarse de forma natural — salvo en circunstancias excepcionales para Hayek— sin la necesidad de una actuación artificial de los entes públicos. Según Hayek el cálculo socialista podía provocar desajustes aún mayores y un falseamiento de las expectativas, ya que ningún organismo centralizado podía contar con toda la información relevante, generándose ésta de manera fragmentada y dinámica en el mercado. Hayek se erige por tanto en un defensor moderno contra los abusos de la razón y desarrolla a lo largo de su carrera académica una cruzada contra el constructivismo, que va más allá del propio Keynes y sus discípulos.

Keynes, en cambio, enfoca otro problema que considera esencial para cualquier época histórica, que es la inducción a la inversión. La especificidad histórica consiste en que los mercados financieros y de activos ejercen una influencia considerable sobre las motivaciones a invertir sujetas a comportamientos gregarios o psicología de masas. En este sentido, la consideración sobre los efectos en la estructura económica real pasa a un segundo plano siendo la cuestión esencial el papel jugado por las instituciones públicas para reconducir las expectativas y de esta forma impulsar el ánimo inversor, la actividad económica y el empleo agregado. Su actitud es menos reverente frente a la

¹ Caldwell B., 1996, p. 46.

tradición y las reglas heredadas de conducta otorgando un mayor protagonismo al papel asumido por los hombres instruidos en la conformación del orden social.

Aunque existen varias coincidencias entre Hayek y Keynes acerca de cómo abordar la problemática económica, uno de los puntos que más les diferencia es el modo en que cada uno integra la visión o filosofía sobre la Historia en el análisis económico. Este enfoque puede ser relevante no solo para el periodo histórico en el que tanto Hayek como Keynes compartieron sus impresiones sino también para recapacitar sobre los problemas económicos de la actualidad.

SÍNTESIS DE OBJETIVOS Y RESULTADOS

Coincidencias en el enfoque económico de Keynes y Hayek: ambos comparten la visión de la economía como una ciencia no estricta, pero no por ello menos científica², cuya realidad que intentan abordar dista de comportarse como un universo en competencia perfecta y un equilibrio estático. En consonancia con los desarrollos teóricos de la época, la incertidumbre y las expectativas de los agentes juegan un papel esencial en la comprensión para Hayek y Keynes de los procesos de coordinación de un orden moderno. Ninguno de los dos asume una posición extrema —ni socialista ni anarco capitalista—; al contrario, ambos se consideran guardianes, aunque con distintas armas, de la sociedad libre.

La disputa no es simplemente entre micro y macro economía: la controversia entre Hayek y Keynes no obedece simplemente al individualismo metodológico vs. el empleo de “agregados”, existiendo en ambos macro y micro fundamentos en su análisis. La cuestión es cómo a través de una serie de ideas y desarrollos —el mecanismo de precios, la teoría del capital e interés y el cumplimiento o no de la Ley de Say— interpretan la formación de expectativas y los procesos acumulativos en un orden moderno.

² Carl Menger (1985, p.214) señalaba que las ciencias pueden tener diversos grados de rigor, lo cual no invalida su carácter científico.

La concepción de Hayek sobre la Historia es esencialmente praxeológica: en el marco de la tradición del pensamiento clásico y austriaco basado en el orden espontáneo. Para Hayek, el hombre en el camino de la evolución y adaptación, en su lucha por la supervivencia, se ha ido alejando de órdenes gregarios hacia órdenes cada vez más individuales y complejos, los cuales para que puedan funcionar adecuadamente requieren del cumplimiento de reglas abstractas y universales que en muchas ocasiones no se han formalizado o plasmado en palabras o leyes. La tradición y las reglas de conducta que guían nuestra vida presente no son algo constante para Hayek, sino que son el resultado de un proceso espontáneo de selección que ha ido superando las pruebas del tiempo al ser efectivas al hombre. La razón —a la manera que la concebía Hume— no crea la tradición; siendo por el contrario un fruto de la misma. A Hayek le preocupaba el empleo mítico de la Historia para orientar y transformar el orden social, lo que le lleva a asumir una posición de enfrentamiento intelectual respecto al constructivismo.

Keynes, en cambio, considera más relevante el papel de la especificidad para el análisis económico: detrás del esquema general de Keynes se observa que sus variables tienen en cuenta hábitos, factores institucionales, historicidad, factores geográficos, propensiones psicológicas, etc. —a la manera que lo realiza también Alfred Marshall—. Por ello Keynes se muestra poco partidario de emplear argumentos sumamente abstractos que lo alejen demasiado de los hechos reales. Este papel que Keynes da en su análisis a la especificidad histórica explica la relevancia otorgada a los eventos únicos e irrepetibles que existen en el mismo. Por tanto, la crítica de Maynard implica que una nueva idea verdadera o revolucionaria es más probable que pueda traer aparejados mejores resultados a largo plazo que aferrarse a una doctrina falsa por apego a una regla, tradición o norma.

La postura de Carl Menger y Alfred Marshall reafirma la hipótesis sobre la distinta concepción de la economía y la Historia en Hayek y Keynes: Menger indaga las causas acerca del origen no intencionado de las instituciones humanas. Su pensamiento histórico se basa esencialmente en la acción humana individual. Alfred Marshall, si bien comparte a grandes rasgos dicho modo de investigación, incorpora también el

problema de la especificidad histórica que toma principalmente de sus lecturas de Hegel, Comte y Goethe.

CONCLUSIÓN

La disputa teórica entre Hayek y Keynes puede ser también una cuestión de matiz. En este sentido, el énfasis en un aspecto u otro puede propiciar un tipo de análisis u otro sobre las causas y consecuencias de un problema económico. El matiz que aquí se resalta versa acerca de la distinta visión sobre la Historia que tienen tanto Hayek como Keynes. Se estudia, por tanto, de dónde proviene esta concepción diferente y qué consecuencias ejerce sobre el análisis llevado a cabo por cada uno.

Probablemente la mayor sensibilidad de Keynes por el momento histórico puede explicar en cierta medida la mayor influencia ejercida por su obra tanto en el período de entreguerras como en las primeras décadas de la posguerra donde el nihilismo político de Hayek nadaba a contracorriente. Sin embargo, la visión más universal y praxeológica de Hayek es útil para alertarnos sobre los errores que, al parecer, estamos condenados a repetir una y otra vez en la Historia.

Abstract (English).

TITLE

Theoretical Foundations of Hayek and Keynes Controversy.

Two Views on History and Economic Order.

PURPOSE

The present work aims to investigate the dispute between Hayek and Keynes from the different perspective each has about History. For that purpose it is necessary, at first, to clarify the conceptual debate in the framework of the History of Economic Thought through their theories about the price mechanism, the value theory, the concept of capital and interest, Say's Law, and the role of expectations and organized markets, highlighting the most relevant elements. These concepts help us to understand the theoretical contributions of Hayek and Keynes to the reasons and remedies of the economic crisis and can shed light on the modern dilemma between civil society and government intervention. In second term, I delve into the philosophical and methodological aspects that nurture a vision of History more praxeological, in Hayek's case, and more historically specific, in the case of Keynes. The main conclusion is the importance of these influences in the philosophical stance that each assumes in regard to the rules of conduct, the spontaneous order and the capacity for self-regulation in a modern and complex order.

INTRODUCTION

The historical context is essentially the interwar period characterized by institutional instability, monetary disorder, the Great Depression and the loss of hegemony of the

United Kingdom. The Hayek and Keynes dispute was very brief, it occurred between the years 1931 and 1932, and is dotted with a series of replicas and correspondence between both authors. Keynes settled the debate by delegating to P. Sraffa and R. F. Kahn the continuity of the battle against Hayek. Keynes preferred to focus on the concepts that he would use in the *General Theory* "instead of wasting time in controversies"³. For Keynes, Hayek's position was like another exponent of what he termed the "orthodoxy" that tacitly assumed the compliance of Say's Law.

Hayek's intention was to demonstrate that it is impossible to have a coherent economic analysis if the influences of monetary dynamics over the rate of interest and the real economic structure are obliterated. Hayek connected the classic analysis — Cantillon's and Ricardo's effects— with the theory of capital and interest of the Austrian school. Through this analysis, the crisis was a manifestation of misdirection of investment, which should be purged —apart from exceptional circumstances for Hayek— in a natural way, without the artificial aid of public institutions. For Hayek, the socialist calculation could cause imbalances and an even greater distortion of expectations. A centralized body could never have all the relevant information given that the latter is generated in a fragmented and dynamic way by the market. Hayek stands as a modern advocate against the abuse of reason and he develops throughout his academic career a crusade against constructivism, going beyond Keynes and his disciples.

Keynes, on the other hand, focuses on another problem which he considers essential, in any historical era, namely the inducement to invest. The historical specificity is that the financial and asset markets exert a considerable influence on the motivation to invest, subject to herding behavior or mass psychology. In this sense, the consideration of the effects on real economic structure becomes less important, the essential question being the role played by public institutions to redirect the expectations and thus boosting the investor confidence, the economic activity and aggregate employment. His attitude is less reverent to tradition and inherited rules of conduct, conceding a more important role to educated men and their influences in shaping social order.

³ Caldwell B., 1996, p. 46.

Although there are multiple matches between Hayek and Keynes on how to deal with economic problems, one of the points where they disagree the most is the way in which each one integrates the vision or philosophy of History in their economic analysis. This approach may be relevant not only for the historical period in which both —Hayek and Keynes— shared their impressions, but also for when it comes to thinking about current economic problems.

MAIN RESULTS

Keynes and Hayek coincidences: Neither Keynes nor Hayek assume extreme positions; on the contrary, both are regarded as guardians of free society although using different weapons. Hayek is not an anarcho-capitalist and neither is Keynes a socialist. Both share the impression that economy never deals with a perfect universe and static equilibrium. In line with the theoretical developments of that time uncertainty and expectations play an essential role for the inter-temporal coordination process.

The dispute is not simply between micro and macro economy: The Hayek and Keynes controversy goes beyond the methodological individualism in Hayek or the use of aggregates in Keynes. Actually, both employ macro and micro foundations in their analysis to explain accumulative and expectations process.

Hayek's view of History is predominantly praxeological: Hayek's conception on the History is essentially praxeological within the framework of the classical and Austrian tradition based on spontaneous order. For Hayek, the path of evolution and adaptation of man, in his struggle for survival, has been gradually moving away from gregarious orders toward increasing individualism. This path requires the fulfillment of abstract and universal rules that on many occasions have not been formalized or articulated into words or laws. The tacit knowledge that guides our actions is the result of unintended human behavior that changes with the passage of time, and it is not constant for Hayek. Like in Hume's case, for Hayek, civilization is not the product of reason; instead, reason is the fruit born out of tradition. Hayek was concerned with the

mythical employment of History to guide and transform the social order and he was a clear opponent against the abuse of reason.

In contrast, Keynes considers more relevant the role of specificity for economic analysis: His analytical scheme is in appearance simple, in the same way as Marshall, but his variables contain a high degree of complexity involving tradition, habits, psychological propensities, and regional and historical specificities. For this reason, Keynes showed little tendency to employ highly abstract arguments far away from reality. The analytical role that Maynard gives to the historical specificity explains the emphasis he puts on unique and unrepeatable events. For Keynes the course of History is neither smooth, nor fluid, nor easy. To capture the historical moment is for Keynes a fundamental part of a proper economic theory. Therefore, the critique of Maynard to Burke and Moore, that between lines is an implicit criticism of Hume, meant that a new or true revolutionary idea was more likely to bring better long-term results than clinging to a false doctrine by adherence to rules or tradition.

Mentors influences: This perception of the difference between Keynes and Hayek is further reinforced when one looks at the influences exerted by their mentors —Alfred Marshall and Carl Menger— and their position in relation to economic analysis and historicism. In this sense, Menger studied the causes of unintended origin of human institutions. His historical thinking is based essentially on individual human action and cultural adaptation. Marshall's methodological approach is essentially similar to Menger's but differs on the way in which he incorporates into the economic analysis the problem of historical specificity, which he takes from his readings of Hegel, Comte and Goethe.

CONCLUSION

The theoretical dispute between Hayek and Keynes can also be a matter of nuance. In this regard, emphasis on one aspect or other can lead to a different analysis on the causes and consequences of economic problem. The nuance that is highlighted here

deals with the different vision on History that both, Hayek and Keynes, have and how this different theoretical conception was formed.

Probably Keynes greater sensitivity for the historical moment may explain to some extent the greater influence exercised by his work both in the interwar period and in the first decades of the postwar period, where the political nihilism of Hayek swam against the tide. However, the most universal and praxeological vision of Hayek is useful for alerting us about the errors that, apparently, we are doomed to repeat again and again in History.

Introducción General.

Sin lugar a duda, la reciente crisis económica a nivel mundial cuyos síntomas eran evidentes a mediados del año 2007 y cuyas consecuencias aún a día de hoy (2015) padecemos, ha vuelto a poner de moda a autores como F. A. Hayek y J. M. Keynes cuya visión era muy distinta a la de un universo en competencia perfecta y un equilibrio estático. Ambos autores consideraron fundamental el papel jugado por las expectativas para la coordinación en el tiempo de un orden social complejo. Incluso se puede afirmar que ambos supusieron que era fundamental la base que sostenía a dichas expectativas alertando ante cualquier intento de estímulo espurio de las mismas. También ellos mismos se consideraron guardianes, pero como veremos con distintas armas, de la sociedad libre amenazada por la fragilidad del orden existente en el período de entreguerras y el avance real en la Europa continental de alternativas políticas y económicas diferentes al papel primordial jugado hasta entonces por el liberalismo clásico.

Aunque Keynes, en el prefacio a la edición alemana de su *Teoría General* (1936) — en adelante *T.G.* — admitió que su obra se adaptaba mejor a las condiciones de un Estado Totalitario,

«Nevertheless the theory of output as a whole, which is what the following book purports to provide, is much more easily adapted to the conditions of a totalitarian state, than is the theory of the production and distribution of a given output produced under conditions of free competition and a large measure of laissez-faire»⁴,

nunca, si se analiza la totalidad de su obra, compartió las máximas filosóficas del totalitarismo y en cierto sentido siempre se sintió como un protector de la sociedad libre y la civilización de la que él se había beneficiado.

Hayek, evidentemente, fue un firme defensor del sistema de mercado y del espíritu del capitalismo para que pudiese funcionar un orden moderno. Dicho sistema en Hayek no es eficiente por definición, la eficiencia relativa superior del mismo obedece

⁴ Keynes, J. M., 1973, *CW VII*, p. xxvi.

justamente a que propicia a través del sistema de precios, —con todo lo que ello engloba con mercados para el riesgo, el capital, el ahorro, etc. — un proceso dinámico de información y descubrimiento de las oportunidades más adecuadas para emplear unos recursos limitados y satisfacer así las necesidades humanas. El problema central es que el conocimiento se encuentra disperso e incompleto entre innumerables individuos, que tienen finalidades y objetivos distintos y no es patrimonio en su totalidad de nadie⁵. Su postura, como hombre influyente de su época, es justamente la de alertar sobre los efectos a largo plazo, mucho más dañinos y persistentes, producidos por la intervención gubernamental, la intromisión de los cárteles y la ostentación de privilegios jurídicos que prevalecían sobre los mecanismos puros de mercado.

Keynes, en cambio, estaba menos persuadido acerca de las bondades del mercado, o incluso concebía dicho funcionamiento “puro” del mercado como una especie de ficción teórica. En este sentido, prefería moverse en la impureza del mundo real entendiendo la teoría pura como una herramienta para enfrentarse a la intrincada realidad. Por eso Keynes no era partidario del desarrollo de principios abstractos que se alejaran demasiado de lo que acontecía, pese a que los mismos podían transmitir una lógica impecable. Una de sus preocupaciones de lo que sucedía en aquellas circunstancias históricas era la elevada tasa de paro que presentaban algunas economías desarrolladas, como ocurría con su amada Gran Bretaña, y la influencia negativa que, según él, ejercía sobre las mismas el funcionamiento de los mercados organizados. Básicamente, consideraba que la sociedad libre requería de una ayuda por parte de las instituciones estatales que permitiera reducir la incertidumbre y la idiotez de corto plazo que caracterizaba las decisiones privadas de inversión estimulando así la actividad y provocando de ese modo círculos virtuosos de empleo y consumo a través de los “efectos derrame” (teoría del multiplicador).

⁵ «*The peculiar character of the problem of a rational economic order is determined precisely by the fact that the knowledge of the circumstances of which we must make use never exists in concentrated or integrated form, but solely as the dispersed bits of incomplete and frequently contradictory knowledge which all the separate individuals possess. The economic problem of society is thus not merely a problem of how to allocate "given" resources-if "given" is taken to mean given to a single mind which deliberately solves the problem set by these "data." It is rather a problem of how to secure the best use of resources known to any of the members of society, for ends whose relative importance only these individuals know. Or, to put it briefly, it is a problem of the utilization of knowledge not given to anyone in its totality*». Hayek F. A., 1945, pp. 519-520.

Al abordar el presente estudio el director de la tesis y yo éramos conscientes de que existe literatura económica abundante y suficiente sobre lo que acabo de esbozar. No obstante, y del mismo modo y a manera de hipótesis de trabajo, consideré que no se había llevado a cabo con la misma exhaustividad un estudio que explicara el papel jugado por la concepción, o si se prefiere, la visión de la historia que tiene cada uno de estos autores y el papel jugado por la misma en el debate entre ambos.

Fue inspirador, aunque no implica que comparta todas sus hipótesis y conclusiones, la tesis desarrollada por Kicilof A. (2005) sobre Maynard Keynes y su particular visión sobre una “teoría de la historia” en dicho autor, la cual ha sido fundamental para el desarrollo de esta investigación:

«Al revisar las obras anteriores de Keynes puede comprobarse que, aun mucho antes de escribir su libro más influyente, se había dedicado a elaborar algo así como una propia “teoría de la historia”. Estaba convencido, al igual que buena parte de los observadores más agudos de la economía de principios del siglo XX, de que el mundo estaba atravesando en aquel entonces por una época de profundas transformaciones. Sostenía, más precisamente, que la Primera Guerra Mundial marcaba el fin de una etapa o fase del capitalismo y el inicio de otra nueva y distinta, cuyos rasgos particulares era necesario descifrar ya que afectaban y modificaban sustancialmente los mecanismos económicos conocidos hasta entonces [...] Tres son los aspectos principales que menciona reiteradamente Keynes al referirse a estas mutaciones: los cambios en la esfera monetaria, en la fisonomía de la clase trabajadora y en la fragmentación de la clase capitalista. Esta misma caracterización está presente también en la *Teoría General*. Desde esta óptica, la crítica de Keynes a la teoría convencional se convierte en una crítica de naturaleza histórica: sostiene que la economía ortodoxa, más allá de sus muchos defectos lógicos, se obstina en describir una realidad que, sencillamente, dejó de existir. Es por eso que en muchos pasajes se afirma que la teoría convencional es, antes que nada, una teoría anacrónica, desfasada de su tiempo. Pocos intérpretes prestaron atención a este argumento que, sin embargo, explica buena parte de los reclamos que presenta Keynes a sus antecesores. Llamativamente, esta tendencia a estudiar los procesos económicos desde una perspectiva por completo vacía de contenido histórico está particularmente difundida en los autores de la macroeconomía

actual, donde se insiste en comparar distintas teorías evitando referencia a la época y las circunstancias en las que éstas fueron elaboradas»⁶.

La carencia de Kicillof es que no profundizó en la relación entre la metodología empleada por Keynes y la influencia recibida a través de Alfred Marshall y otros integrantes de considerable importancia dentro de la escuela de Cambridge como Sidgwick, Foxwell o su propio padre John Neville. Por tanto, la revolución keynesiana fue menos revolucionaria de lo que pensaba o deseaba y daba a entender el propio Keynes en sus escritos.

Otro ensayo que fue inspirador para la presente investigación es el de José Luis Feito: "Hayek y Keynes. El debate económico de entreguerras" (1999 y reeditado posteriormente en el año 2008). Feito intuye, pero no desarrolla en dicho trabajo, la cuestión de la percepción histórica como se desprende del siguiente pasaje:

«Keynes sin duda ganó su debate con Hayek en los años treinta. Su victoria se debió, sobre todo, a la mayor capacidad de su teoría para explicar los acontecimientos de aquella década. Keynes se adelantó a Hayek y supo construir un modelo más completo y versátil para explicar el funcionamiento de la economía capitalista a corto plazo, un ámbito temporal excesivamente descuidado por Hayek. La falta de atención analítica al corto plazo no habría sido importante si el debate hubiera tenido lugar en tiempos normales pero en el contexto de la Gran Depresión éste fue un descuido letal. Los penetrantes aciertos de la visión de Hayek eran poco relevantes para abordar los singulares problemas de política económica de aquel período, las deficiencias del sistema keynesiano no eran peligrosas para unas economías azotadas por las devastadoras oleadas recesivas de aquellos años. Por contra, los aciertos de Keynes aplicando su modelo al tratamiento de aquellos problemas fueron decisivos y los errores de Hayek funestos. Pero la historia, tribunal supremo de las ideas y sistemas de pensamiento, es una sinfonía permanentemente inacabada de manera que la continua acumulación de acordes permite ir comprendiendo mejor melodías que inicialmente aparecen desdibujadas. Así, si examinamos las teorías de uno y otro economista no sólo dentro del trasfondo histórico en el que se desarrollaron sino como visiones alternativas del funcionamiento habitual del sistema capitalista moderno, el balance de errores y aciertos se invierte a favor de

⁶ Kicillof, A., 2005, p. 22.

Hayek. Dentro de la perspectiva que se divisa al doblar la esquina del siglo que ahora se acaba, la visión de Hayek sobre el ciclo económico se muestra de aplicación más general que la de Keynes. Crisis como la de los años setenta en Europa, como las de la deuda exterior y otras muchas padecidas por países en vías de desarrollo, o las sufridas recientemente por Japón y los países del Sudeste asiático, nos recuerdan la importancia de la principal admonición hayekiana que con tanta frecuencia se ignora: que el aumento del stock de bienes de capital no siempre es un fenómeno positivo, que la inversión puede ser excesiva y estar compuesta de proyectos de mala calidad ya sea porque se concibieron extrapolando condiciones de demanda o tipos de interés insostenibles a largo plazo o porque, como diría Hayek, se financiaron mediante la creación excesiva de crédito y sin respaldo del ahorro voluntario de la sociedad. Estas crisis muestran que Hayek tenía razón cuando predecía que las consecuencias de prolongar artificialmente el crecimiento del stock de capital mediante políticas expansivas que alejen los tipos de interés de mercado de las preferencias temporales de los individuos, será siempre la sobreproducción, el exceso de oferta de unos bienes de consumo y de capital que la gente no quiere o no puede comprar y por ende la recesión de mayor o menor envergadura. E igualmente tenía razón cuando decía que la crisis sería más suave, la recuperación más vigorosa y duradera, cuanto menores fueran las rigideces institucionales que impiden que los salarios reales y otros precios relativos se ajusten al exceso de oferta del mercado correspondiente»⁷.

Feito lo plantea como un debate entre la mayor generalidad de las verdades de Hayek frente a una teoría, la de Keynes, que supo interpretar las condiciones anómalas y extraordinarias de un momento histórico único. Pero justamente la distinta visión y repercusión de ambos autores obedece a un debate implícito sobre cómo abordar la problemática económica, que va más allá de estos autores, que aparece en sus padres intelectuales, influidos también por varios filósofos difuntos —como le gustaba decir a Keynes— y tampoco quedó resuelta al fallecer Keynes prematuramente.

Mi intención es investigar la controversia entre Hayek y Keynes desde la concepción que cada uno tiene sobre la Historia. Para ello ha sido necesario en primer lugar precisar el debate ocurrido entre ambos, en particular durante los años 30' del siglo

⁷ Feito J.L., 1999, p.37. [2008, pp.94-96]

XX, sobre las fluctuaciones económicas estudiando los antecedentes, las fuentes o bases y las líneas teóricas y analíticas de continuidad, a lo largo de la Historia del Pensamiento Económico, que podían surgir de dicha disputa. De este modo, el debate no solo se circunscribe a un período histórico determinado sino que trasciende aquellos años al enfocar un conflicto de la modernidad que obedece al papel de la sociedad civil y el gobierno. Hecho esto, que es en lo que se basa la primera parte de esta tesis, he ahondado, ya en la segunda parte, en los aspectos metodológicos y filosóficos que, desde mi punto de vista, explican una visión distinta acerca de la Historia que permite, de un modo alternativo y significativo, interpretar la disputa entre ambos autores.

Mi conclusión es que Hayek se ve influido, aunque sin que él asuma posiciones extremas, por una visión eminentemente más praxeológica sobre la Historia, interpretando la acción humana individual y los patrones culturales adaptativos. Mientras que Keynes muestra a lo largo, prácticamente, de todas sus obras una mayor sensibilidad al problema de la especificidad histórica⁸. Esta diferente concepción de la Historia tiene una influencia significativa en la postura que asume cada autor en cuanto al papel desempeñado por las reglas de conducta y la capacidad de autorregulación de un orden moderno y complejo.

Así, a grandes rasgos, se puede afirmar que un modo de concebir la continuidad en la obra de Keynes es el rol que otorga a la percepción del momento histórico. Por ello, la mutación, la transformación, la era o etapa está presente a lo largo de toda su extensa bibliografía. Algunas sugerencias de Alfred Marshall a través de sus lecturas de Goethe, Hegel y Comte están presentes en esta idea⁹.

En cambio, Hayek, quien también concibe un proceso evolutivo no lineal a través de la prueba y el error, siempre termina por resaltar las verdades universales (genéricas) que, aun mutando, perduran. Bajo esta idea surge su exaltación de la selección natural

⁸ Lo que en realidad afirmo es que las categorías económicas están sometidas a una doble dimensión: específica (especificidad histórica) y genérica (praxeología). El hincapié en una de estas dimensiones lleva a una estructura analítica u otra con todas las consecuencias que ello conlleva. Agradezco los comentarios al respecto de Pablo Levín y el envío de sus borradores que hasta el momento se encuentran inéditos.

⁹ Estas influencias están reflejadas en el ensayo biográfico sobre Alfred Marshall (1924) y Mary Paley Marshall (1944), escritos ambos por Maynard Keynes. También en Groenewegen P., 1995, p. 217-218.

en los procesos espontáneos y su cruzada particular frente al racionalismo constructivista, al que Hayek denominó falso racionalismo.

Si bien tanto Hayek como Keynes comparten la idea de evolución y transformación del orden social, no cabe duda de que Hayek pondera el carácter espontáneo de dicho proceso que se sucede de estructuras más simples a más complejas; mientras que Keynes le otorga una mayor importancia al papel jugado por la capacidad del hombre de transformar la tradición social heredada cuando no es útil para enfrentarse a nuevos desafíos. A colación con lo anterior, cabe señalar que Gordon Childe V. publicó una obra de divulgación el mismo año de la primera edición de la *T.G.* de Keynes, titulada *Man makes himself*. Allí, sin llegar a negar el carácter espontáneo del proceso de conformación de los órdenes del hombre, otorga también un papel esencial a la capacidad del hombre de separarse del orden natural a través de la razón:

«Ya hemos visto que esta conducta realmente, no es innata. Tampoco es fijada, de modo inmutable, por el medio ambiente. Está condicionada por la tradición social. Y, justamente porque la tradición es creada por sociedades de hombres y transmitida por medios peculiarmente humanos y racionales, es por lo que no es fija ni inmutable: está cambiando constantemente, a medida que la sociedad se enfrenta a circunstancias siempre nuevas. La tradición hace al hombre, circunscribiendo su conducta dentro de ciertos límites; pero, es igualmente cierto que el hombre hace las tradiciones. Y, por lo tanto, podemos repetir con una comprensión más profunda: “El hombre se hace a sí mismo”»¹⁰.

La idea de orden «creado» puede transmitir la falsa idea de orden deliberado e imposición contra la que se enfrentaba Hayek. Pero en realidad, y siendo una interpretación más benévola, la frase anterior de Gordon Childe implica una interacción entre las normas de conducta que surgen de modo espontáneo con el papel jugado por las ideas y la razón en la transmisión y transformación de las mismas. Es en el fondo una interacción entre los procesos espontáneos y la cualidad única y específica que posee el hombre de metacognición, es decir, que piensa acerca de lo

¹⁰ Gordon Childe V., 1989, p. 288.

que piensa. La reflexión sobre lo que acontece y sus propios actos es lo que le permite parecer como el ser “de más larga memoria”¹¹. Como mencionó Ortega y Gasset:

«Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre un mínimo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre, como si no hubiese habido antes ninguno. El hombre, en cambio, merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: comienza desde luego a existir sobre cierta altitud de pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal»¹².

La cuestión es que el hombre actúa con esa herencia, tal vez no tanto como acentúa Ortega y Gasset por su capacidad de recordar, sino más bien por su capacidad de abstraerse de lo concreto, de reflexionar y establecer pautas sistémicas. Por tanto, el hombre actúa, es cierto, pero no como el resto de seres que habita la tierra. Su acción está especialmente condicionada por conocimientos heredados y acumulados de generación en generación. Al abordar, por tanto, el estudio científico de las leyes que conciernen a la vida y el orden humano es necesario también tener presente la naturaleza histórica y cambiante del material sujeto a estudio. Hago mención a ello, porque es importante que esta idea se mantenga presente a lo largo de la lectura de la presente investigación.

La estructura expositiva de la Tesis presenta algunas dificultades. La cuestión es cómo desarticular por segmentos o capítulos lo que es una visión orgánica conjunta que tienen tanto Hayek como Keynes del sistema económico. Como decía Goethe en el *Fausto*: “...¡Cómo todo en el Todo se entreteje y lo uno en lo otro actúa y vive!”¹³.

De este modo, tras el presente capítulo introductorio, se presenta la primera parte donde se desarrollan los fundamentos analíticos y teóricos sobre los que descansa la controversia sostenida por Hayek y Keynes. En dicha parte se busca la conexión con la

¹¹ Nietzsche F, *La Genealogía de la moral*, p.1,
<http://www.magister.msk.ru/library/babilon/deutsche/nietz/nietz13s.htm>

¹² Ortega y Gasset J., 1930, p. 39.

¹³ Goethe, J.W., *Fausto.*, Primera Parte p. 17. Traducción al castellano por José María Valverde. Editorial R.B.A. (1994), Barcelona.

evolución de la historia del pensamiento económico, los principios, leyes y conceptos que nos permiten aclarar las bases que fundamentan dicha disputa teórica.

En este apartado se parte de principios y leyes genéricas, como por ejemplo la ley del valor, el funcionamiento del sistema de precios, el empleo de agregados, el concepto del capital y el interés, la Ley de Say para ir sofisticando el análisis con situaciones más complejas como el paro involuntario y el papel de las expectativas en un marco donde funcionan mercados organizados.

El capítulo 1 es, en este sentido, un capítulo que introduce a la primera parte presentando las coincidencias analíticas entre Hayek y Keynes pero también sus diferencias sobre la economía teórica, en particular sobre el legado dejado por los clásicos y la revolución marginalista.

En el capítulo 2 se entra ya en la disputa propiamente dicha tratando el papel que juegan los mecanismos de mercado y el sistema de precios en la coordinación económica intertemporal. Dicho capítulo es también una primera aproximación a la cuestión sobre el cálculo socialista.

El capítulo 3 ahonda algo de lo ya visto en el capítulo 2 profundizando sobre la vertiente austriaca de la revolución marginalista en cuanto a la teoría del valor. Se estudia la aportación a la economía de dicha escuela y su crítica al legado clásico. Este influjo es importante para entender la concepción económica de Hayek y las diferencias con Keynes.

En el capítulo 4 se realiza un recorrido sobre el análisis de agregados, los efectos acumulativos y el papel de la teoría monetaria en la historia del pensamiento económico. Estas nociones irán nutriendo la concepción de Hayek y Keynes sobre las fluctuaciones económicas que es uno de los ejes esenciales de la controversia entre ambos.

El recorrido llevado a cabo en el cuarto capítulo no es completo si no se analiza la evolución en la teoría sobre el dinero, el ciclo del crédito y la inflexibilidad de precios estudiada por Alfred Marshall y su influencia en el modo de abordar el análisis económico por la Escuela de Cambridge. Dicho estudio se realiza en el capítulo 5 que

es de suma importancia para comprender el modo en el que Maynard Keynes enfrenta sus investigaciones económicas. El método de Marshall, su impresión sobre la Historia y la utilidad de la misma para el análisis económico, como su influencia sobre Keynes, se tratará con mayor detalle en el capítulo 15 de la segunda parte de la tesis.

El capítulo 6 introduce el problema sobre la naturaleza del capital y la “virtud” del ahorro. Se revisa, de este modo, los desarrollos como la controversia suscitada en torno al teorema de Turgot-Smith. Este capítulo anticipa la distinta visión de Hayek y de Keynes sobre la Ley de Say. Ley cuyo estudio pormenorizado, a la luz de la historia del pensamiento económico, se le dedica un capítulo entero que es el 7. De modo más específico se lleva a cabo un análisis sobre el hipotético incumplimiento de la Ley de Say en el mercado laboral, al referirse, en el capítulo 8, al problema del paro involuntario.

Los capítulos 9 y 10 se centran en el concepto y papel que juega el tipo de interés en la coordinación económica en el tiempo sofisticando aún más dicho análisis con el funcionamiento de los mercados financieros y las influencias de ambos en las expectativas e incertidumbre de los agentes.

Finalmente, el capítulo 11 recoge las conclusiones de la primera parte sobre la interpretación y empleo de las doctrinas económicas para estudiar las causas y posibles soluciones a las crisis económicas. En este sentido, la teoría de Hayek tiene una explicación más concisa sobre el origen de las fluctuaciones económicas amparada en la tradición clásica (Turgot-Smith, Cantillon y Ricardo) combinada con los avances recientes de la Escuela Austriaca. Su posición, sin ser extremista, defiende que el mejor remedio es el que encuentra el propio sistema a través del mecanismo de precios. En contraposición, Keynes considera que el marco que sostiene las convenciones y hábitos había dejado de ser tan firme por lo que la nueva era requería de una acción más decidida de las herramientas colectivas para estimular la confianza.

En la segunda parte de la Tesis, se profundiza acerca de la estructura metodológica empleada por Hayek y Keynes con un énfasis especial sobre la visión que cada uno tiene sobre la Historia y su empleo para el análisis económico. Para ello ha sido

necesario indagar sobre las influencias filosóficas recibidas por ambos tanto en la escuela Austriaca como en la de Cambridge a través del pensamiento Ilustrado.

Así, el capítulo 12 sirve de introducción al reseñar otros trabajos y obras que han tratado desde diferentes ópticas la disputa entre Hayek y Keynes. Mi intención en dicho capítulo es transmitir en qué se diferencia y qué importancia relativa puede tener el enfoque que he elegido sobre dicha controversia.

El capítulo 13, está dedicado a las fuentes principales que inspiraron el pensamiento de Hayek sobre la coordinación espontánea de órdenes complejos y la posición que éste asume contra los abusos de la razón. En dicho capítulo se estudia, entre otros autores, a Carl Menger analizando su enfrentamiento con la Escuela Histórica Alemana que como se verá posteriormente en el capítulo 15 es distinto a la apreciación de Alfred Marshall. Este último, pese a sus enfrentamientos con el historicismo británico, es más condescendiente con dicha Escuela e incluso la considera hasta cierto punto útil para el análisis económico.

El capítulo 14 puede parecer un inciso o una interrupción en la investigación de la tesis pero es necesario para aclarar el hipotético ascendente del historicismo hegeliano sobre Cambridge, Marshall y Keynes. En dicho capítulo también se expone la influencia de la filosofía moral escocesa, en particular de Adam Smith, sobre el pensador alemán y la visión incorrecta de inexorabilidad de la ley histórica con que se suele criticar a Hegel y sus discípulos. Considero de mayor importancia dicha corriente de pensamiento y su visión de la Historia, debido a la posición que asume Maynard Keynes, que el influjo ejercido por el pensamiento utilitarista en Cambridge a través de figuras como Henry Sidgwick, el propio Alfred Marshall y Arthur C. Pigou¹⁴.

El capítulo 16 tiene por objeto demostrar, a través de los diversos escritos del propio Maynard Keynes y de su biografía, su apreciación y empleo de la Historia para el análisis económico. De igual modo el capítulo 17 muestra la actitud de Hayek hacia

¹⁴ Me siento en deuda con los lectores de la presente tesis ya que desde mi punto de vista falta un capítulo sobre la influencia del pensamiento de Jeremy Bentham en el pensamiento económico británico, tanto en J. S. Mill, como en Cambridge y en el movimiento Socialista Fabiano. No obstante, no considero a Keynes un utilitarista. Para él la necesidad de emplear de forma más acusada los instrumentos gubernamentales obedece principalmente a su percepción del momento histórico.

la Historia y los historiadores, como su denuncia del empleo mítico de la misma para satisfacer apetencias particulares.

El capítulo 18 concluye pues la importancia de esta diferencia sobre la visión de la Historia y las consecuencias que ello tiene en el análisis económico de cada autor.

Finalmente, se realiza un capítulo resumen de la tesis destacando las conclusiones y resultados obtenidos.

Es pertinente aclarar que el enfoque empleado pretende iluminar sobre un área que no ha sido explorada exhaustivamente por la amplia literatura existente acerca de la controversia entre Hayek y Keynes. Se considera que al afrontar los problemas sobre el método y el papel que cada uno le asigna al problema de la especificidad histórica el debate económico entre ambos resulta más nítido y fluido.

Parte I.

**Fundamentos analíticos y teóricos
de la disputa económica entre Hayek y
Keynes en la Historia del Pensamiento
Económico.**

Capítulo 1.

Introducción acerca de los principios y las leyes generales.

Situar en el marco de la historia del pensamiento económico el debate entre Hayek y Keynes supone tener en cuenta todo el legado conceptual, filosófico, las leyes y principios que éstos recibieron. Además existen posiciones encontradas acerca de la interpretación y erudición, en particular de Keynes, sobre dicho legado dificultand así la tarea que me propongo en este trabajo.

De hecho, la posición no tan bien fundamentada de J. M. Keynes de su crítica a la economía clásica fue en detrimento del reconocimiento de su trabajo dentro de los círculos intelectuales académicos. Más bien éstos se preocuparon justamente en manifestar las carencias e inconsistencias de la crítica de Maynard a la economía clásica. Hayek, sin duda, forma parte también del círculo de críticos a la interpretación de Keynes sobre la tradición clásica, expresando también las perversiones y peligros que, según su interpretación, podían derivar de la aplicación práctica de esos principios.

Otro error de Keynes fue su escaso reconocimiento a la tradición en la que se había formado. Éste mostró o intentó transmitir una imagen de rebeldía frente a los principios enunciados por sus maestros, presentando su obra como una revolución frente a la vieja economía. Ciertamente ello derivaba en parte de su relación con el grupo de los “Apóstoles” en Cambridge y el círculo de “*Bloomsbury*” formado por una élite intelectual segura de su papel transformador en el mundo de las artes y la vida social.

Hayek, en cambio, siempre transmitió un mayor respeto y reconocimiento a la herencia dejada por sus antecesores. Y en particular, aunque desarrollara a través de los trabajos de Menger, Wiser, Böhn Bawerk y Mises una parte de la concepción económica de la escuela austríaca es uno de los economistas de dicha escuela que más emplea, utiliza y reconoce el legado dejado por los economistas clásicos.

Tanto Hayek como Keynes comparten su aberración respecto al formalismo vacío y el empleo excesivo de las matemáticas sin un contenido claro, no como un instrumento sino como una finalidad en sí misma. Por ello, frente al «paradigma neoclásico» de un sistema en competencia perfecta y un equilibrio estático, contraponen una visión caracterizada por desequilibrios, o equilibrios no sistémicos, y la búsqueda incesante de una mayor eficiencia. Ambos consideran inadecuada cualquier aproximación económica que asuma un conocimiento perfecto y unos recursos dados.¹⁵

El método empleado por Keynes, y que también utilizaba Alfred Marshall, para abordar la problemática económica, consiste en tomar cada problema particular como si estuviese aislado del resto —*ceteris paribus*— para luego observar la interacción entre cada uno de los factores con el fenómeno económico concreto. El problema del formalismo vacío consiste en que desarrolla los principios sin tener en cuenta la interacción que sucede en la vida real:

«The object of our analysis is, not to provide a machine, or method of blind manipulation, which will furnish an infallible answer, but to provide ourselves with an organised and orderly method of thinking out particular problems; and, after we have reached a provisional conclusion by isolating the complicating factors one by one, we then have to go back on ourselves and allow, as well as we can, for the probable interactions of the factors amongst themselves. This is the nature of economic thinking. Any other way of applying our formal principles of thought (without which, however, we shall be lost in the wood) will lead us into error. It is a great fault of symbolic pseudo-mathematical methods of formalising a system of economic analysis, such as we shall set down in section vi of this chapter, that they expressly assume strict independence between the factors involved and lose all their cogency and authority if this hypothesis is disallowed; whereas, in ordinary discourse, where we are not blindly manipulating but know all the time what we are doing and what the words mean, we can keep 'at the back of our heads' the necessary reserves and qualifications and the adjustments which we shall have to make later on, in a way in which we cannot keep complicated partial differentials 'at the back' of several pages of algebra which assume that they all vanish. Too large a proportion of recent 'mathematical' economics are merely concoctions, as imprecise

¹⁵ Steele, G.R., 2001, p.41.

as the initial assumptions they rest on, which allow the author to lose sight of the complexities and interdependencies of the real world in a maze of pretentious and unhelpful symbols»¹⁶.

De igual modo, la crítica de Keynes a lo que denominó economía clásica¹⁷ consistía en la influencia ejercida por David Ricardo sobre el cuerpo principal de la doctrina económica, “la ortodoxia”, en el empleo de argumentos sumamente abstractos. Así, en el ensayo que escribió sobre Malthus (1933), achacó a Ricardo el desarrollo de una lógica impecable pero mucha más rígida que le llevó a “simplificar las muchas etapas sucesivas de su tan abstracta argumentación, se alejó, inevitablemente y mucho más de lo que él mismo advirtió, de los hechos reales mientras que Malthus por comenzar la narración mucho más cerca de su término, logró una comprensión más firme de lo que pueda esperarse suceda en el mundo real”¹⁸.

La crítica de Keynes a la economía clásica se basa en que el enunciado de leyes económicas tan amplias, pongamos por ejemplo la Ley de Say, propicia ciertas fantasías sobre los plazos y modo en el que ajusta el sistema. Para Keynes los economistas al asumir tácitamente el cumplimiento de dicha Ley perdían la perspectiva de la utilidad de la teoría económica para aportar soluciones a situaciones concretas y específicas.

En contraposición, para Hayek las leyes y principios generales bien formulados aclaran ideas y conceptos y pueden mostrar su utilidad para el correcto funcionamiento de órdenes complejos. La Ley de Say comprendida correctamente no sugiere “que la oferta de cada bien o mercancía crea la demanda de dicha mercancía, y por tanto, no es posible el desequilibrio. De hecho no es la forma en como expresaron la Ley ni Say, ni James Mill, ni los clásicos en general. Lo que la Ley realmente dice es que la oferta que cada uno hacemos por nuestra parte de un bien (por ejemplo, trabajo o capital humano) *constituye* —mejor que crea— la demanda de cualquier cosa o bien que el oferente se proponga adquirir, pudiendo por supuesto, en el marco de

¹⁶ Keynes J. M., 1973, CW VII, p.297.

¹⁷ Keynes incluía a Ricardo, J. S. Mill, Marsahll, Edgeworth y el profesor Pigou. Keynes J. M., 1973, CW VII, p.3.

¹⁸ Keynes J. M, 2000, pp. 25-26.

una economía monetaria, aferrarse (el oferente) al dinero, es decir, demandar dinero en lugar de otros bienes y servicios”¹⁹.

La Ley de Say, por tanto, supera la dicotomía planteada por los fisiócratas en el siglo XVIII entre “lo productivo” y “lo improductivo”, algo que fue aclarado por J. S. Mill en el tercero de sus ensayos titulado en su versión en castellano: *Sobre algunas cuestiones disputadas en Economía Política (1844)*, mostrando la ventaja de cada actividad que pueda considerarse útil como una demanda potencial. En este sentido, la economía monetaria y financiera no es un vacío, como parecía plantear Keynes frente a la economía productiva o real, sino que ofrece información, disminuye la incertidumbre, permite compartir riesgos, reducir costes de transacción y tiempo. Es en este sentido que Hayek, como también otros autores —Rueff, Mises, Hazzlit, por mencionar algunos de los aquí tratados— critica la visión económica de Keynes.

He utilizado el caso de la Ley de Say como un ejemplo de la diferencia metodológica entre Hayek y Keynes. La cuestión que intento reflejar es que la controversia no es simplemente individualismo metodológico en Hayek frente a una economía de agregados, macroeconómica o de entes sociales en Keynes. No se trata tanto de un enfoque microeconómico frente a otro macroeconómico, como muchas veces se ha planteado dicho debate. La diferencia que aquí se enfatiza es la comprensión de la praxeología y la significancia de las reglas abstractas en Hayek, frente a la importancia que Keynes otorga a las particularidades y especificidades históricas, geográficas, etc., que pueden provocar un funcionamiento perverso de las instituciones y el mercado.

Esto no implica que Keynes no formulara leyes o principios generales, como por ejemplo fue el caso en la *T.G.*, que resucitará, desde su punto de vista, el olvidado principio de demanda efectiva en contraposición a la Ley de Say. Pero si se analizan pormenorizadamente el grueso de sus escritos existe una significancia considerable que el propio Keynes otorga al problema de la especificidad histórica. La pregunta que surge es por qué denominó a su obra más afamada “teoría general” cuando hubiese generado menos suspicacias y críticas si la hubiese llamado sencillamente “teoría del empleo, el interés y el dinero”. Es posible que ello obedezca a que en Keynes una

¹⁹ Véase dicha idea en Hutt, 1974, p.3. La cita reproducida es de Méndez Ibisate F, 2014, p.20.

teoría es general cuando no se establecen supuestos limitativos independientes, es decir que todo depende de todo lo demás²⁰.

En esta primera parte del trabajo, se estudiarán los principios, leyes y conceptos, situándolos dentro de la historia del pensamiento económico, que fundamentan la distinta visión que tienen Hayek y Keynes sobre el funcionamiento de la economía. Se parte pues, como ya se mencionara en la introducción general, de conceptos generales como lo son el funcionamiento del sistema de precios, la teoría del valor, el concepto de capital e interés para ir sofisticando el análisis al introducir el funcionamiento del sistema bancario, el papel de los mercados financieros y la concepción que cada autor tiene sobre la incertidumbre y las expectativas de los agentes. Asimismo, en esta parte se realiza un estudio exhaustivo sobre la Ley de Say, la aportación de Marshall a la teoría monetaria y el principio de la demanda efectiva en Keynes a la luz del desarrollo de las ideas económicas.

²⁰ Carabelli A., 1991, p. 116. También citado por Hodgson , 2002, p.229.

Capítulo 2.

El movimiento de los precios en Keynes y Hayek. Orden espontáneo vs. Orden deliberado.

Como bien es sabido, una parte sustancial del debate entre Hayek y Keynes obedece al papel que cada uno le otorga a la capacidad de coordinación a gran escala de un orden complejo a través de las instituciones y mecanismos de mercado, y el rol que juega en el mismo la intervención gubernamental. Por tanto, como un primer paso para interpretar estas nociones, debemos saber qué entienden ambos sobre el proceso de formación de los precios.

Suele destacarse, por la literatura económica que ha tratado la controversia entre Keynes y Hayek —por ejemplo Sanz Bas (2011), J. L. Feito (1999, 2008) Steele G.R. (2001) —, que una de las discrepancias fundamentales radica en que Keynes se centra en el lado macroeconómico del problema preocupándose por el nivel general de precios mientras que Hayek parte del individualismo metodológico que desarrolló la escuela austriaca a través de la figura de Carl Menger. Por ello, en Hayek, siempre está presente en su obra las variaciones relativas de los precios y su efecto sobre la estructura económica real. Aunque sea correcta la anterior afirmación, esto es solo parte del problema. De hecho, se podría aseverar que Hayek es el principal macroeconomista o economista más clásico dentro de los economistas austríacos sin que ello niegue un individualismo metodológico o un subjetivismo humanista en sus escritos.

Para Hayek, el sistema de precios es un reflejo, además de formar parte de las señales necesarias, del proceso de coordinación económica que se sucede de modo espontáneo a través de la búsqueda incesante que realizan los individuos para mejorar su situación particular, con un conocimiento subjetivo, parcial y fragmentario. A través de estas premisas es que se convierte en un firme defensor de la economía de mercado y del espíritu del capitalismo como el único modo sensato para que pueda funcionar

adecuadamente un orden complejo. Esto explica también su cruzada contra el cientificismo o constructivismo²¹.

Keynes, en cambio, a medida que va desarrollando sus ideas va sintiéndose menos persuadido sobre las bondades del capitalismo y el sistema de mercado. Para éste el movimiento de los precios no necesariamente provoca una coordinación eficiente de la actividad económica. Al respecto, no niega que exista una coordinación e incluso, en particular en la *T.G.*, que se pueda alcanzar un equilibrio estable, pero el mismo puede ser subóptimo para el sistema económico —por ejemplo una infrautilización de los recursos, el paro involuntario, etc. —. Es sobre esta base que Keynes considera a su pensamiento revolucionario frente a la tradición clásica. Como señala el profesor Rojo:

«Keynes insistía en que el sistema no era de autoajuste, es decir, que no poseía mecanismos automáticos que tendieran a reconducirle a una posición de pleno empleo en un tiempo razonable...Keynes concluía, por tanto, con un alto grado de escepticismo respecto de los mecanismos de mercado y su efectividad en el ajuste y con la defensa de una actuación discrecional y continua de las autoridades para combatir la inestabilidad de la economía procedente del sector privado»²².

No se debe confundir que en el Keynes de la *T.G.* no hubiese mecanismos de ajustes que condujeran a una situación de pleno empleo con desequilibrio e inestabilidad. En la *T.G.* puede coexistir perfectamente un equilibrio estable con una situación de infrautilización de los recursos productivos.

Con vistas a aclarar preliminarmente la cuestión, la cual se verá más detalladamente en capítulos posteriores acerca de las recomendaciones económicas de Keynes para enfrentarse a las consecuencias de la Gran Depresión, es necesario profundizar en el debate sobre los fallos de mercado y la Ley de Say. Se considera que

²¹ El término “constructivismo” para Hayek es un modo de pensar que para él de forma engañosa se asocia con el racionalismo. El constructivismo es “una fórmula, aparentemente inocente, que expresa que, habiendo creado el hombre las instituciones de la sociedad y de la civilización, debe ser también el mismo hombre capaz de alterarlas a su voluntad para satisfacer sus anhelos o deseos”. Esta definición de Hayek aparece en el primer capítulo de Hayek (1985) y en un ensayo titulado los “errores del constructivismo” basada en conferencia pronunciada por el autor el 27 de enero de 1970, con ocasión de asumir una cátedra de profesor visitante en la Universidad Paris-Lodron de Salzburgo. El texto — omitiendo dos párrafos introductorios de relevancia absolutamente circunstancial— fue publicado en Munich en 1970 bajo el título “Die Irrtümer des Konstruktivismus und die Grundlagen legitimer Kritik gesellschaftlicher Gebilde”. En 1975 fue reimpresso en Tübinga.

²² Rojo, L.A., 1984, p. 206. Cita que también se encuentra en el trabajo de Méndez Ibisate, 2012, p.29.

Keynes al criticar la Ley de Say proponía tácitamente una Ley de Say invertida; esto es que toda la demanda creaba su propia oferta. Por ello su preocupación sobre los incentivos a invertir obedecía al efecto de las mismas sobre la demanda efectiva y el nivel de ocupación. Su inquietud principal era la demanda agregada, siendo uno de sus componentes esenciales la ya mencionada disposición a invertir, y en ello entra a jugar un papel la particularidad histórica, las cuales no se basan en decisiones aisladas y atomizadas. Hay un componente en el mundo moderno para Keynes de psicología de masas o llamémosle si se prefiere de efecto rebaño, donde las decisiones para invertir dependen en gran medida de lo que hagan los demás. Cuando el rebaño está adormecido, frustrado o temeroso necesita de un impulso externo o artificial que le anime. Este empuje podía provenir en una primera etapa para Keynes de la acción coordinada de los principales Bancos Centrales y en una segunda etapa, elemento que fue elaborando antes de la publicación de la *T.G.*, de la acción directa de los gobiernos. Probablemente por ello Keynes enunciaba que aunque los economistas ni siquiera hicieran mención a la Ley de Say tácitamente asumían sus supuestos.

Nada más alejada era esta visión del funcionamiento de un orden complejo de la de Hayek, inspirado en gran medida por la filosofía moral Escocesa y la metodología propuesta por Menger —seguida posteriormente por sus discípulos de la Escuela Austriaca— donde se destaca el papel del funcionamiento que él le asigna en su esquema de pensamiento a la economía de mercado como un proceso de descubrimiento de oportunidades cuyos resultados son impredecibles y en el que los individuos actuantes poseen un conocimiento parcial e incompleto²³.

En ello se basa también su enfrentamiento contra la idea de ordenar, crear, construir de modo deliberado el orden existente. Motivado en gran medida gracias a las aportaciones hechas por Ludwig von Mises en *El Cálculo Económico en una Comunidad Socialista* (1920) donde:

« [...] demostró que la posibilidad de un cálculo racional en nuestro actual sistema económico se basa en el hecho de que los precios expresados en dinero proporcionan la condición esencial para que tal cálculo sea posible. Pero el punto

²³ Véase Hayek, 1968, pp.9-23.

esencial en que Mises fue mucho más allá que sus predecesores fue la pormenorizada demostración de que la utilización económica de los recursos disponibles sólo es posible si estos precios se aplican no sólo al producto final sino también a los factores de producción y a los productos intermedios, y que no puede concebirse ningún otro procedimiento capaz de explicar de igual modo todos los hechos relevantes como lo hace el proceso de fijación de precios en el mercado competitivo»²⁴.

Mises no fue el único en criticar la planificación centralizada, el propio Hayek reconoce que por medios distintos al sociólogo alemán Max Weber había estudiado en su “obra magna póstuma [...] las condiciones que en un sistema económico complejo hacen posibles las decisiones racionales”²⁵ y del mismo modo lo hizo, bajo las condiciones particulares en las que se encontraba la economía rusa, el economista de dicha nación Boris Brutzkus²⁶.

La crítica a la planificación centralizada propuesta por el socialismo también había sido ya realizada años atrás por algunos miembros de la Escuela Histórica Alemana como era el caso de Albert Schäffle, Lujo Brentano y Erwin Nasse²⁷. En cuanto al empleo por parte de Hayek de los desarrollos teóricos del Institucionalismo Americano es de más difícil demostración, especialmente porque Hayek se mostró bastante crítico con dicha escuela, aunque existió un contacto directo por parte de Hayek con figuras destacadas de la misma como lo fue Wesley C. Mitchell en su primer viaje en los años veinte a los Estados Unidos de Norteamérica y posteriormente, a partir de 1949, cuando Hayek recaló en la Universidad de Chicago donde había un legado importante dejado por los institucionalistas americanos y también por algunos de los discípulos de Alfred Marshall. Un ejemplo de la impronta dejada por el Institucionalismo Americano en la tradición de Chicago fueron los trabajos desarrollados por Thorstein Veblen a finales del siglo XIX y principios del XX sobre el papel económico del conocimiento y el carácter evolucionista de las instituciones²⁸.

²⁴ Reproducido en Hayek, 1999, O.C. vol X, p. 95. También en Hayek, 1963, p.34.

²⁵ Hayek, 1999, O.C. vol X, p. 95. También en Hayek, 1963, p.34.

²⁶ Hayek, 1999, O.C. vol X, p. 96 y 97. También en Hayek, 1963, pp.34-35.

²⁷ Hutchinson, 1966, pp. 293-298. Véase también referencias en Hodgson, 2002, p. 212.

²⁸ Hodgson, 2002, p. 212.

Bajo esta impronta se irá desarrollando la relación de Hayek con la vertiente austriaca de la revolución marginalista, y el enfoque adoptado por Keynes más enraizado en la tradición neoclásica marshalliana y de Cambridge.

Capítulo 3.

La revisión marginalista: la vertiente austríaca.

Hayek siempre mostró gratitud por la influencia recibida de Carl Menger al que consideró padre fundador de la Escuela Austríaca, escuela que en su opinión tanto hacía por el desarrollo de la ciencia económica²⁹. Su teoría del valor, el escalonamiento de bienes en órdenes, el carácter no intencionado de las instituciones sociales y el papel, ya mencionado, del proceso de formación de precios como generadores de conocimiento e información son deudas intelectuales innegables que tiene Hayek con Menger. No obstante, Hayek era consciente de las virtudes del análisis clásico y de las aportaciones realizadas por los precursores – incluso preclásicos- del marginalismo.

El período que abarca los años 1871-1874 marcan formalmente el momento — generalmente aceptado por la profesión— en que el enfoque marginalista empieza a ganar terreno frente al análisis clásico³⁰. Las inconsistencias que presentaba la teoría del valor clásica a través de la exposición realizada por los *Principios* (1848) de J. S. Mill explican el descrédito creciente de dicho análisis. En palabras del propio Hayek:

«Although the quarter of a century between about 1848, the date of J. S. Mill's Principles, and the emergence of the new school saw in many ways the greatest triumphs of the classical political economy in the applied fields, its foundations, particularly its theory of value, had become more and more discredited. Perhaps the systematic exposition in J. S. Mill's Principles itself, in spite or because of his complacent satisfaction about the perfected state of the theory of value, together with his later retractions on other essential points of the doctrine, did as much as anything else to show the deficiencies of the classical system. In any case, critical attacks and attempts at reconstruction multiplied in most countries»³¹.

²⁹ En la segunda parte de la Tesis, capítulo 13 apartado 13.2, se realizara un estudio más detallado sobre la influencia de la metodología de Carl Menger sobre Hayek.

³⁰ Méndez Ibisate F., 2004, p.14.

³¹ Hayek, 1934, p. 394.

Cuáles eran los defectos del sistema clásico es lo primero que se debe aclarar para comprender cabalmente la revolución del marginalismo y el desarrollo particular realizado por la Escuela Austríaca.

3.1 El legado clásico y sus defectos.

El problema del sistema clásico, pese a su ambición de articular en un principio sencillo, cómo lo era la teoría del valor, las causas últimas que explicaban el movimiento del sistema económico y su progreso no llegó a superar los propios problemas y dificultades que en numerosas ocasiones estos autores habían planteado. Las dualidades e inconsistencias por las que fueron atacados son las siguientes³²:

- a) No había forma de reconciliar que los precios gravitaran en torno a la ley del valor trabajo con las composiciones diversas de capital y trabajo que se presentaban en el mundo real y la tendencia que también debería suceder de igualación de las tasas de beneficio.
- b) Una hipotética circularidad en el proceso de formación de precios. Por ejemplo el precio de los salarios dependía del precio de los alimentos necesarios para la supervivencia de los trabajadores y el precio de éstos últimos dependía a su vez de los salarios.
- c) La utilidad marginal resolvía la paradoja planteada por Adam Smith sobre el valor del agua y los diamantes.
- d) La idea de comensurabilidad sugería la noción de plasmación de valor, como si el valor perteneciese a los objetos y no a las voluntades y expectativas de los individuos.
- e) Las leyes de la distribución parecían someterse a leyes propias ajenas al funcionamiento del resto del sistema económico.
- f) En varios de estos autores aparece el rol del «agente representativo» o «clase social» cuya capacidad de participar en la distribución de los ingresos

³² Muchas de estas críticas, como se irá observando, eran injustificadas, incluso el propio Hayek reconoció y honró a los clásicos al denominar algunos efectos económicos, como el conocido «Efecto Ricardo».

era determinante a la hora explicar el dinamismo en la generación de riqueza de las sociedades. Esta visión choca frente a la visión más moderna centrada en la conducta y actividad económica del individuo.

- g) Al introducirse el dinero-mercancía (oro o plata) los precios dejaban de regirse por consideración a la ley del valor, viéndose afectados por consideraciones estrictamente monetarias.

En defensa de la teoría clásica se debe comprender que la ley del valor trabajo-formulada en su versión más acabada por Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx -no es solo una idea pretérita sino también prospectiva del valor. Los precios por tanto están en movimiento continuo, guiando la acción individual no solo por el lado del esfuerzo sino también por el que pueden ahorrar a los sujetos involucrados en el mismo³³. El proceso de formación de precios no sólo refleja un movimiento de bienes sino también de actividades humanas; en el intercambio se vinculan socialmente las decisiones individuales. El movimiento de los precio de las mercancías es una expresión del vínculo social, pero que se genera a través de decisiones individuales, y donde la actuación de los agentes, aunque atomizada, nunca se abstrae por completo de lo que sucede en el entorno. Es en este sentido que los precios nominales gravitan en torno al precio natural en un contexto de libertad perfecta –*perfect liberty*- en Smith.

³³ «*Every man is rich or poor according to the degree in which he can afford to enjoy the necessaries, conveniences, and amusements of human life. But after the division of labour has once thoroughly taken place, it is but a very small part of these with which a man's own labour can supply him. The far greater part of them he must derive from the labour of other people, and he must be rich or poor according to the quantity of that labour which he can command, or which he can afford to purchase. The value of any commodity, therefore, to the person who possesses it, and who means not to use or consume it himself, but to exchange it for other commodities, is equal to the quantity of labour which it enables him to purchase or command. Labour, therefore, is the real measure of the exchangeable value of all commodities.*

The real price of everything, what everything really costs to the man who wants to acquire it, is the toil and trouble of acquiring it. What everything is really worth to the man who has acquired it, and who wants to dispose of it or exchange it for something else, is the toil and trouble which it can save to himself, and which it can impose upon other people. What is bought with money or with goods is purchased by labour as much as what we acquire by the toil of our own body. That money or those goods indeed save us this toil. They contain the value of a certain quantity of labour which we exchange for what is supposed at the time to contain the value of an equal quantity. Labour was the first price, the original purchase-money that was paid for all things. It was not by gold or by silver, but by labour, that all the wealth of the world was originally purchased; and its value, to those who possess it, and who want to exchange it for some new productions, is precisely equal to the quantity of labour which it can enable them to purchase or command». Smith, A., 1976, pp. 33-34.

Por tanto, existe una conexión directa entre la Ley del valor clásica y la Ley de Say. Dicha conexión es muy clara en el caso de Adam Smith, donde el trabajo, más concretamente la división del trabajo, es la fuente o causa esencial de la riqueza de las naciones. La oferta en este sentido posibilita la demanda. Lo que no implica, como lo sabía perfectamente tanto Smith como Ricardo o Marx, que hubiese una igualación de los valores con los precios³⁴. A medida que se va extendiendo la división del trabajo la demanda efectiva, solo se puede constituir razonablemente ofreciendo algo a cambio. El progreso de una nación dependerá de cuánto se pueda ampliar el mercado, de cuánto se pueda extender el principio de la división del trabajo; la oferta es la clave para entender la constitución de una demanda sólida o como le denominó Smith efectiva.

La intención del análisis clásico fue desenmarañar las fuerzas que se encontraban detrás del movimiento de los precios, tal como lo dijera el propio Hayek, permitiendo apartarnos de la visión más superficial del mecanismo monetario para adentrarnos a conocer las fuerzas reales que guían el desarrollo a largo plazo³⁵. Por ello, para estos pensadores, la productividad y la acumulación de capital juegan un papel fundamental sobre la riqueza de los pueblos y naciones, y en última instancia en el desarrollo espiritual del hombre.

En relación a la crítica del punto (c), David Ricardo al circunscribir su análisis a las mercancías reproducibles o en sus propias palabras “multiplicables” creyó resolver la paradoja del agua y los diamantes planteados por Adam Smith:

«Hay algunas mercancías cuyo valor viene determinado exclusivamente por su escasez. Ningún trabajo podrá incrementar la cantidad de dichos bienes, y por tanto su valor no se verá disminuido por una oferta mayor. Tal es el caso de algunas estatuas o pinturas excepcionales, libros o monedas raras, vinos de una calidad peculiar, que sólo pueden ser elaborados con uvas cultivadas en una tierra especial, de oferta muy limitada. Su valor es por completo independiente de la cantidad de trabajo originalmente requerida para producirlos, y varía con la riqueza y preferencias

³⁴ «La igualación de las tasas de ganancia establece un principio distinto que se impone sobre la ley del valor, derogándola». Levín P., 1997, p. 279.

³⁵ Hayek, F. A., 2009, p.410. Cita sobre la que se volverá ante la crítica de Hayek sobre el análisis keynesiano.

variables de quienes desean poseerlos. Pero estos bienes constituyen una minúscula fracción de la masa de mercancías que diariamente se intercambian en el mercado. El trabajo es lo que procura la gran mayoría de bienes que son objeto de deseo; y ellos pueden ser multiplicados, no sólo en un país sino en muchos, si estamos dispuestos a dedicar el trabajo necesario para obtenerlos»³⁶.

Respecto, al problema de la circularidad mencionado en el punto (b) David Ricardo fue también lo suficientemente explícito al respecto:

«No puede ser correcto, entonces, decir con Adam Smith que como el “trabajo puede a veces comprar una cantidad de bienes mayor y otras veces menor, lo que cambia es su valor, no el del trabajo que los compra”; y por tanto que “el trabajo exclusivamente, entonces, al no variar nunca en su propio valor, es el patrón auténtico y definitivo mediante el cual se puede estimar y comparar el valor de todas las mercancías en todo tiempo y lugar”. Pero es correcto decir, como Adam Smith afirmó antes, que la “proporción entre las cantidades de trabajo necesarias para adquirir los diversos objetos es la única circunstancia que proporciona una regla para intercambiarlos”; o, en otras palabras, que la cantidad relativa de bienes que el trabajo produce es la que determina su valor relativo presente o pasado, y no las cantidades relativas de bienes que se entregan al trabajador a cambio de su labor»³⁷.

Uno de los defectos más graves del análisis clásico obedece al punto (d) sobre la conmensurabilidad de las mercancías donde arreciaría buena parte de la crítica marginalista y austríaca. Los filósofos de la Antigua Grecia, en particular Platón y Aristóteles, sabían que la esencia de la interacción humana o cooperación obedecía a que existen necesidades y éstas deben ser satisfechas con unos medios escasos. Pero Aristóteles se planteó un segundo enigma sobre cómo podía establecerse una relación de cambio entre objetos corporalmente distintos, ya que tenía que existir algo común que posibilitara dicha relación. Marx atribuyó a las circunstancias de su tiempo lo que impedía visualizar a los filósofos de la antigüedad lo común en dicha relación de intercambio, que era el trabajo humano, debido a que la esclavitud era el modo principal de creación de riqueza en dicho mundo. Esta idea fue posiblemente la más

³⁶ Ricardo D, 2003, p. 36.

³⁷ Ricardo D, 2003, p. 39.

dañina y que más obstaculizó el desarrollo del análisis clásico como se observará en el siguiente apartado del presente capítulo (3.2).

En definitiva, existen críticas acertadas y otras no tan correctas sobre el análisis clásico. Ciertamente los clásicos enfatizaron en la cuestión sobre el valor el lado del sacrificio y el esfuerzo, incluso incorporaron el problema de la espera o el período de maduración, presuponiendo como demasiado evidente la utilidad marginal, ya tratada por la cataláctica que antecedió al periodo clásico³⁸.

De hecho la huella de la tradición subjetiva del valor es muy antigua, incluso puede remontarse a algunos escritos de la antigüedad. Los escolásticos del siglo XII y XIII se preguntaban por qué podía valer más una piedra que un ser vivo. Éstos sostenían que dicha relación no podía circunscribirse a la naturaleza del objeto en cuestión. La misma idea reaparece en los escolásticos de la Escuela de Salamanca del siglo XVI. Así en Francisco de Vitoria:

«...el precio de las cosas no considera la naturaleza de las cosas; esto es, no se fija según la naturaleza de las mismas cosas, pues entre lo que se entrega y lo que se recibe a cambio no existe proporción, pues son de distinta especie, sino que el precio de las cosas se fija atendiendo a la común estimación y aprecio de los hombres»³⁹.

Y también en los trabajos de Galiani, Condillac y Turgot. En la escuela anglosajona aparece dicha noción en el siglo XVII en autores como Nicholas Barbon:

«The value of all commodities derives from their usefulness, and it changes with the changes in the humour and the whims of the people who make use of them [...], no commodity possesses a precisely determined price or value»⁴⁰.

Por tanto, y compartiendo el comentario realizado por Méndez Ibisate sobre la revolución marginal: “Ni la teoría de la utilidad marginal fue «descubierta» en el

³⁸ El termino cataláctica no figura en la RAE. El término en inglés es *catallactic* pero su origen se remonta a la antigua Grecia. Hayek y Mises lo emplean habitualmente en el sentido de la ciencia, como parte de la praxeología, que estudia los intercambios entre humanos definidos en términos monetarios.

³⁹ Francisco de Vitoria, 2006, p.84.

⁴⁰ Rubin I.I.,1989, p. 66.

estricto sentido de la palabra, sino que podría considerarse «redescubierta»⁴¹. El propio Alfred Marshall quien fue un protagonista activo en la denominada revolución marginalista entendió que dicha aportación ya formaba parte del aparato conceptual de sus predecesores:

«Jevons realizó un excelente trabajo al insistir sobre un hecho que no deja de ser importante, aunque sus predecesores, incluso Cournot, lo consideran demasiado evidente para ser mencionado explícitamente, a saber: que la disminución de la demanda de una cosa en un mercado indica una reducción en la intensidad del deseo de dicha cosa por parte de los consumidores individuales, cuyas necesidades empiezan a estar saciadas»⁴².

3.2 La crítica austriaca a la teoría del valor clásica.

Las figuras de mayor prestigio dentro de la escuela austriaca reconocieron los méritos de los pensadores clásicos en concreto porque éstos «fueron capaces de ver más allá de los sucesos inmediatos»⁴³ y desarrollaron una antropología o pensamiento filosófico detrás de la teoría que les valió el nombre de «padres de la filosofía económica»⁴⁴ más que el de «padres de la teoría económica»⁴⁵.

No obstante, la teoría clásica adolecía de ciertos defectos de exposición y consistencia que condujeron a un refinamiento de ciertos principios que ya habían sido señalados por varios pensadores preclásicos y precursores destacados del marginalismo.

Uno de ellos era el problema de la conmensurabilidad e igualdad que parecía apreciarse en el análisis clásico. Ello parecía situar el fenómeno económico como contenido en los objetos y no fuera de ellos. Los pensadores austriacos como Menger o Böhm-Bawerk resaltaron la cualidad enteramente subjetiva de la valoración humana. Así para Menger, como sintetiza Cachanosky de sus lecturas de los *Principios*:

⁴¹ Méndez Ibisate, 2004, p. 17.

⁴² Marshall A., 2013, p. 85. También reseñada por Kiciloff A. 2010 p. 215, de donde se toma la traducción al castellano.

⁴³ Cachanosky, N., 2007, p.4-5.

⁴⁴ Cachanosky, N., 2007, pp.4-5.

⁴⁵ Cachanosky, N., 2007, pp.4-5.

«Todo el fenómeno económico se basa en diferencias no en igualdades»⁴⁶.

La idea de un equivalente en Menger no tiene sentido alguno:

«Some found the cause in equal quantities of labor expended on the goods. Others found it in equal costs of production. And a dispute even arose as to whether the goods are given for each other because they are equivalents, or whether they are equivalents because they are exchanged. But such an equality of the values of two quantities of goods (an equality in the objective sense) nowhere has any real existence»⁴⁷.

Böhm-Bawerk es incluso más tajante al destacar que:

«No puede hablarse de producción de valor, pues el valor ni se produce ni puede producirse... Estas cosas (las mercancías) pueden tener valor, pero no considerar el valor como algo fijo y plasmado, como algo inherente a ellas, que surge de la producción, sino que la adquiere siempre desde afuera, por el juego de las necesidades y los medios de satisfacerlas que forman el mundo de la economía[...] El valor no proviene del pasado de las cosas, sino de su futuro, no emana de los talleres en que se producen las mercancías sino de las necesidades que están llamadas a servir»⁴⁸.

«Si estamos de acuerdo en que el capital no posee ninguna virtud creadora de valor sencillamente porque el valor “no se crea”, tenemos que estarlo también, y por idéntica razón, en que ningún otro elemento de la producción puede ostentar este privilegio, ni la tierra ni el trabajo humano»⁴⁹.

En la teoría de la Escuela Austríaca, empezando por el mismo Menger, es la diferencia no la igualdad la que posibilita el intercambio. Dicha escuela enfatiza, por tanto, que el fundamento del intercambio no se halla en las cosas que se intercambian sino fuera de ellas, en las diferentes apreciaciones, necesidades y en definitiva valoraciones que tienen los individuos que intercambian. En realidad no existe un precio sino dos precios (*bid* y *ask*), pero a medida que los intercambios se hacen más frecuentes dichos márgenes se reducen.

⁴⁶ Cachanosky, N., 2007, p. 10

⁴⁷ Menger, C., 2007, p. 192.

⁴⁸ Böhm-Bawerk, 1986, p.156

⁴⁹ Böhm-Bawerk, 1986, p.158-159.

Para Menger, y ello le distingue del pensamiento de otros marginalistas como Walras, lo que le otorga el rango de bien a la mercancía es su capacidad de ser intercambiable y comercializable. Por ejemplo, la capacidad de ser intercambiable y comercializable por excelencia es una cualidad intrínseca del dinero. De hecho, la reducción del margen entre el precio ofrecido y demandado implica una mayor capacidad de comercialización e intercambio del bien. Cuanto mejor organizados estén los mercados menores serán los márgenes de fluctuación y más eficiente será el funcionamiento de los mismos. Por tanto, los mercados no son eficientes por definición, sino que la mayor eficiencia se consigue por el movimiento y búsqueda que realizan los agentes que intervienen en el mismo⁵⁰.

Bajo esta óptica, y como ya avanzaron los escolásticos medievales y modernos, el sistema de precios no es más que un proceso social donde aparecen reflejadas las distintas apreciaciones individuales. Dicha necesidad determina el precio y a su vez dicho precio puede ser superior o inferior al coste de producción, pero ello indica tan solo qué es lo que la sociedad requiere con mayor urgencia. El sistema de incentivos, de ensayo y errores o aciertos, encuentra en dicho mecanismo el modo en el que puede funcionar una civilización compleja.

Otra forma de observar la relación entre los costes de producción y los precios es de forma indirecta, a través de la influencia que ejercen los primeros en la oferta relativa y por tanto en la utilidad marginal relativa⁵¹.

Este desarrollo basado en la doctrina de la utilidad marginal hace de la demanda y la escasez el reino que guía la estructura de precios y el sistema productivo. No es que el momento de la producción desaparece, no podríamos hablar en dicho caso de una teoría del ciclo austriaco, sino que el mismo, la producción, queda subsumido a las necesidades que pretende satisfacer. En otras palabras, la demanda es la que manda y si el sistema de precios sufre algún tipo de distorsión que no refleja las preferencias y expectativas de los individuos se provocan distorsiones de suficiente importancia para el funcionamiento adecuado del sistema.

⁵⁰ Méndez Ibisate F., 2004, p. 193-194. También véase Mises L., 1996, 299 [1995, p. 356]

⁵¹ «Here costs may be said to “determine” prices, not directly, but by their influence on relative supply and hence on relative marginal utilities» Hazlitt H., 2007, p. 249.

Por tanto el análisis austriaco no es un modelo de intercambio puro es, en cambio, un modelo donde el intercambio tiene un rol primordial en la dinámica temporal de la creación e intercambio de riqueza.

3.3 Conclusión sobre el legado clásico, marginalista y austriaco en Hayek.

Para Hayek, como también para Mises, el proceso de los precios es la base que guía el cálculo económico. Nada indica que exista en dicho proceso un conocimiento ni una previsión perfecta. Por tanto el elemento de incertidumbre, y por ende el proceso especulativo, es inherente a la propia actividad empresarial y los consumidores premiarán o frustrarán las expectativas de aquellos que han invertido. Al final será la escasez real de los recursos relativos a su nivel de demanda la que decidirá qué tipo de inversiones serán a la larga rentable.

Por ello es sumamente importante en el pensamiento de Hayek la noción de precios relativos y que éstos sufran el menor grado de distorsión posible, desviación que puede ocurrir debido a la intromisión de la autoridad pública o a los privilegios jurídicos, para un correcto y adecuado funcionamiento de un orden de mercado.

Capítulo 4.

El análisis de agregados y la teoría monetaria.

Antes de analizar la teoría del valor y monetaria de Keynes y el enfoque que flotaba en el ambiente académico de Cambridge, bajo la estela principal de la influencia ejercida por Alfred Marshall, es relevante abordar, aunque sea de un modo sucinto, la evolución ocurrida en la historia del pensamiento económico sobre el análisis de agregados y los primeros esbozos de una teoría monetaria que incluía ciertos aspectos macroeconómicos dentro de dicho análisis.

Indudablemente Keynes en la *T.G.* trata este problema en el capítulo 21 cuando estudia la teoría de los precios. En ella hace referencia a la dicotomía entre la teoría del valor y la teoría monetaria. La primera, para Keynes, enseña que los precios están gobernados por las condiciones de la oferta y la demanda, y en particular, por el papel notorio de la elasticidad de corto plazo de la oferta y los costes marginales. En la segunda teoría, en cambio, los precios se ven influidos por la cantidad de dinero, la velocidad de circulación del mismo en relación al volumen de transacciones, por la velocidad de rotación del ingreso, por el atesoramiento, por el ahorro forzoso, por la deflación e inflación. Básicamente para Keynes la división de la teoría del valor y la distribución por un lado y la teoría monetaria por otro era una falsa dicotomía, siendo la distinción correcta la teoría de una firma o empresa particular frente a la teoría del producto y el empleo en general⁵².

Asimismo, Keynes resalta, en el capítulo 23, las aportaciones y contribuciones de la literatura mercantilista acerca de la influencia ejercida por las variaciones de la oferta monetaria sobre el tipo de interés de mercado y la actividad económica en general, como precursores de conceptos que él mismo utilizaría en la *T.G.*⁵³.

Hayek considera, en la primera lección del *Price and Production* (1931), que el desarrollo del primer cuarto del siglo XX en la conexión entre la teoría monetaria y el

⁵² Keynes J. M., 1973, *CW Vol VII*, pp. 292-293.

⁵³ Paralelismo por el que fue criticado, como se verá posteriormente.

proceso de formación de precios no ha implicado ningún avance, siendo incluso un retroceso, frente a los progresos que se llevaron a cabo en siglos anteriores. Para Hayek, el enfoque cuantitativista pierde la sutileza de los cambios, variaciones relativas y cualitativas que son las que él considera relevante para entender los procesos económicos. No por casualidad inicia la exposición de dichas lecciones citando a Richard Cantillon (1755):

«Mr. Locke lays it down as a fundamental maxim that the quantity of goods in proportion to the quantity of money is a regulator of market prices. I have tried to elucidate his idea in the preceding chapters: he has clearly seen that the abundance of money makes everything more expensive, but he has not considered how this happens. The great difficulty of this question consists in knowing in what way and in what proportion the increase of money raises the price of things»⁵⁴.

El objetivo del presente capítulo es situar en el marco de la historia del pensamiento económico las categorías que se emplearan en el debate en cuanto a la relación que establece Keynes —aunque como se irá observando dicha dependencia es más compleja— entre demanda agregada y el empleo, y los contra argumentos expuestos por Hayek acerca de dicho enfoque.

«The conventional picture on which the whole of Keynesian analysis is based which represents the connection of final demand and employment as analogous to the relation between the suction applied at one end of a pipe and its intake at the other end, is thus very misleading. [However] Between the two lies an elastic or variable reservoir, the size of which is determined by a set of circumstances largely neglected in the Keynesian analysis»⁵⁵.

4.1. Nociones preclásicas y clásicas sobre efectos amplificadores, multiplicadores y la conexión con la teoría monetaria.

En general la macroeconomía actual que suele enseñarse a los principiantes universitarios anima a una dicotomía entre la economía monetaria y la economía real.

⁵⁴ La cita aquí reflejada es del original Cantillon R.,2010, p. 148. También citado de modo abreviado por Hayek, 1967, p. 1.

⁵⁵ Hayek, F. A. (1981). Manuscrito no publicado por Hayek citado en Sanz Bas D., 2011, p. 297.

De este modo se estudian la interacción entre la teoría monetaria y los diversos agregados, analizando de modo separado dos tipos de efectos o modelos de suma importancia a la hora de comprender algunos fenómenos que afectan al ciclo económico. Por un lado, en el que se considera a Keynes y su entorno como impulsores principales de estos desarrollos, se encuentra el modelo del multiplicador que suele ser útil en un contexto donde existen recursos ociosos. Bajo dicha hipótesis los efectos derrames provocados por un impulso de la actividad que tiene un sector de la economía sobre otros ejerce una influencia despreciable sobre el nivel general de precios. Por el otro, es el que hoy denominamos multiplicador monetario relacionado con la operativa moderna de la banca con reserva fraccionaria y que se constituyó en eje esencial de la teoría del ciclo de los economistas austriacos. Sin embargo, en la vida real hay una conexión entre ambos multiplicadores, monetarios y reales, durante los procesos expansivos y contractivos de la actividad económica.

De hecho ambos análisis, el monetario y el real, no estuvieron separados ni por los economistas preclásicos, ni por los clásicos, ni tampoco por los principales autores de la escuela de Cambridge – Alfred Marshall o Keynes – o los economistas austriacos. Los que realmente llevan a cabo esta separación son los estudiosos del equilibrio general como Walras, los primeros post keynesianos, influidos en gran medida por la concepción neoclásica de Keynes a través del modelo neoclásico de Hicks, conocido básicamente como la IS-LM, y sin duda también por los neo-keynesianos.

Para el Keynes de la *T.G.*, y en contraposición a la Ley de Say, una de las claves de su modelo es que el nivel de renta o ingreso agregado depende de la demanda agregada⁵⁶. De ello se desprende que para éste sea determinante el papel jugado por la demanda efectiva, elemento cuya insuficiencia había sido señalada por Malthus pero que, según Keynes, prácticamente desapareció de la literatura económica convencional.

«The idea that we can safely neglect the aggregate demand function is fundamental to the Ricardian economics, which underlie what we have been taught for more than a century. Malthus, indeed, had vehemently opposed Ricardo's doctrine that it was impossible for effective demand to be deficient; but vainly. For, since Malthus was unable to explain clearly (apart from an appeal to the facts of common

⁵⁶ Méndez Ibisate, 2012, p. 13.

observation) how and why effective demand could be deficient or excessive, he failed to furnish an alternative construction; and Ricardo conquered England as completely as the Holy Inquisition conquered Spain. Not only was his theory accepted by the city, by statesmen and by the academic world. But controversy ceased; the other point of view completely disappeared; it ceased to be discussed. The great puzzle of effective demand with which Malthus had wrestled vanished from economic literature. You will not find it mentioned even once in the whole works of Marshall, Edgeworth and Professor Pigou, from whose hands the classical theory has received its most mature embodiment. It could only live on furtively, below the surface, in the underworlds of Karl Marx, Silvio Gesell or Major Douglas»⁵⁷.

El principio de la demanda efectiva que emplea Keynes en su análisis no era novedoso para la teoría económica, aunque el desarrollo llevado a cabo por éste implicaba un grado mayor de sofisticación del mismo. En la literatura mercantilista aparece ya reflejada una idea elemental o básica sobre el multiplicador de la actividad tal como lo enunciara J. A. Schumpeter en su monumental *Historia del Análisis Económico* (1954).

«La observación de que el gasto de una persona es el ingreso de otra —o de que el gasto del consumidor produce renta— es tan antigua como trivial en sí misma. Pero se puede convertir en un principio analítico —el principio que un siglo más tarde Quesnay introduciría en su *tableau*— [...] Lo llamaremos principio de Becher, porque este autor parece haber sido el primero en darse cuenta de sus posibilidades teóricas»⁵⁸.

Este principio aparece en la obra de Becher, *Politischer Discurs Von den eigentlichen Ursachen* (1668), donde su “esquema analítico” se centra en el gasto y el consumo de la población como el primer motor o “alma de la vida económica”⁵⁹. Asimismo, en W. Potter (1650)⁶⁰ existe un razonamiento análogo, pero indirecto, donde un aumento de

⁵⁷ Keynes J. M., 1936, CW VII, p.32.

⁵⁸ Schumpeter J. A., 1994, p.330.

⁵⁹ Schumpeter J. A., 1994, p.330. Johan Joachim Becker (1635-1682) fue, tal como lo describe Schumpeter, una especie de aventurero dedicado a la física y la química fue a vivir a Viena con varios planes y proyectos pero finalmente tuvo que huir obligado por sus deudas. No obstante, su originalidad y universalidad fueron aclamadas por Leibniz y Sthal. Schumpeter no entiende el reconocimiento de autores menores por parte de Keynes como W. von Shröder (1640-1688) que eran menos importantes y menos originales; siendo éste último, como también Thomas Munn, influidos por el pensamiento de Becker.

⁶⁰ Potter, William, 1650. *The Key of Wealth*. London.

la cantidad de dinero puede provocar un aumento proporcional en la tasa de gasto y de la producción.

Paralelamente a este principio se fueron desarrollando una serie de investigaciones, estimuladas por la revolución de los precios ocurrida durante los siglos XVI y XVII, sobre la relación entre la masa de mercancías y la masa de dinero. Estos estudios, basados sobre el poder de compra del dinero, quedaron reflejados principalmente en las obras de Martín de Azpilcueta (1556), Tomás de Mercado (1569), Jean Bodin (1568), Davanzatti (1588), Montanari (1680) y Briscoe (1694-1696), entre otros⁶¹. La cuestión de fondo que se planteaban estos autores era intentar comprender qué stock de dinero era el adecuado para que fluyeran equilibradamente las transacciones sobre las mercancías. Ese es uno de los principales interrogantes que se plantea W. Petty en *Quantulumcunque concerning Money* (1682) y *Political Arithmetick* (1683), e incluso Locke —*Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest and Raising the Value of Money. In a Letter to a Member of Parliament* (1692)—. En Cantillon (1734) y Hume (1752) observamos también la expresión lógica de los mecanismos de autorregulación del dinero y los efectos reales que dichos influjos provocaban. Lo mismo se podría decir de Adam Smith (1776) y su preocupación de cuánto dinero necesita una nación para poder llevar a cabo su comercio sin problemas.

Observamos en dichos trazos un puente hacia desarrollos futuros donde aparecen nociones como la propensión al consumo, la velocidad de circulación del dinero y las distintas actitudes psicológicas que pueden afectar a ambas dependiendo en este caso de la clase o posición de los agentes y su dinamismo en la estructura productiva.

Un ejemplo destacado es el de Boisguillebert (1646-1714) el cual consideraba que “...una moneda se gasta mucho antes en manos de un comerciante muy modesto que en manos de un hombre rico, que con mayor probabilidad la meterá en su caja de caudales”⁶². La idea básica que resalta Schumpeter sobre Boisguillebert (1707) es que: “el equilibrio era un equilibrio de demanda recíproca, expresada en dinero, de todos

⁶¹ «Of greater historical importance is the Spanish contribution to the quantity theory of money. So far as is known, Azpilcueta Navarro was the first writer to note the effect on prices of the influx of treasure from America and thus to give a practical interpretation to a doctrine that had been glimpsed by earlier authors» .Grice-Hutchinson M., 1952, p.58.

⁶² Schumpeter J. A., 1994, p. 367.

los grupos respecto de los productos o servicios de todos los demás grupos, y sólo se conseguiría si todo vendedor se convertía rápidamente en comprador. Todo lo que interfiera el rápido gasto en bienes de consumo provocará una caída y redundará en deflación acumulativa”. Asimismo, Sir Dudley North (1691) en la misma línea y algunos años antes que Boisguillebert señalaba: “A una nación no le va nunca mejor que cuando las riquezas cambian rápidamente de mano”⁶³.

Autores cuantitativistas como David Hume o Richard Cantillon, en el siglo XVIII admitían que a través del tipo de interés, aunque de un modo indirecto, la afluencia de dinero a una economía animaba la actividad, el comercio y el empleo. Es así como aparece el “*vitesse de la circulation*”⁶⁴ de Cantillon, idea que se anticipaba a los procesos de reproducción del *tableau* de Quesnay. No obstante, tanto Hume como Cantillon eran conscientes de que el efecto mencionado de la afluencia de dinero sobre la actividad desde luego no era proporcional y tampoco era de forma duradera o perenne.

Esta conexión entre la teoría monetaria y el ciclo comercial aparece también en algunos autores del siglo XVIII como John Law (1705). Este pensador fue uno de los pioneros en anticipar la idea moderna de la administración de la moneda y el crédito como medio para dirigir el proceso económico⁶⁵. De hecho es conocido en la historia del pensamiento económico como el creador del papel moneda en Europa. Por las mismas razones en que las que se basaban las ideas de Law, respecto al dinero como un mero medio de intercambio pero que no constituía riqueza en sí misma, llevaron a llamarle a Keynes, por parte de Hayek, un “Law moderno”.

Al incorporar el crédito dentro del fenómeno monetario los economistas del siglo XVII y XVIII fueron adquiriendo conciencia del modo de funcionamiento de todo el engranaje de un orden moderno. Como señalara Schumpeter:

«Las operaciones de crédito, cualquiera que sea su forma o clase, afectan al funcionamiento del sistema monetario; aún más importante es el hecho de que afectan al funcionamiento de la maquinaria capitalista, hasta el punto de convertirse

⁶³ Sir Dudley North 1691, 11-15. Se toma la cita en Marx K., 1992, p. 80.

⁶⁴ Cantillon R., 2010, pp. 123-130.

⁶⁵ Schumpeter, 1994, pp. 371-373.

en parte esencial sin la cual es imposible entender el resto del sistema. Eso fue lo que los economistas descubrieron en el siglo XVII e intentaron elaborar en el XVIII; entonces se descubrió analíticamente el capitalismo, como también podríamos decir, el capitalismo se descubrió a sí mismo, se hizo analíticamente consciente de sí [...] la autoridad más destacada en el ámbito de esta teoría es Cantillon, el cual la desarrolló con detalle y con tanto sentido común como brillante agudeza. Sus banqueros son esencialmente prestamistas intermediarios del dinero de otras personas. Prestan los depósitos que reciben, y al proceder así aceleran los negocios y rebajan el tipo de interés...En todo caso, la enseñanza de Cantillon es la fuente de la que siguió siendo la teoría oficial de la banca, prácticamente hasta la primera guerra mundial»⁶⁶.

De este modo, los economistas clásicos fueron interiorizando conceptualmente las primeras conexiones sobre la relación entre la velocidad de circulación del dinero, que posteriormente se desarrollaría como una teoría sobre la demanda de dinero, el estado de la confianza y el papel jugado por el tipo de interés.

Un caso excepcional, cuya figura fue prácticamente ignorada hasta que fue rescatada del olvido en los años 20' por Viner y Hayek, es la de Henry Thornton y su obra *An Enquiry into the Nature and Effects of the Paper Credit of Great Britain* (1802). En ella muestra una visión muy sofisticada, incluso moderna, en cuanto a la categorización de los medios de pago, las preferencias por la liquidez, la influencia del mismo en las expectativas empresariales y por ende en el sistema de precios en el corto y largo plazo, y cómo se integraban dichos mercados en el conjunto del funcionamiento macroeconómico⁶⁷. El teorema de Thornton indicaba que:

«La expansión del préstamo, si no coincide con una compensatoria reducción de los gastos de los no-prestatarios, aumentará las rentas monetarias y elevará la curva de

⁶⁶ Schumpeter, J. A., 1994, pp. 368-370.

⁶⁷ «Thornton wedded his understanding of credit markets and of liquidity preference to a sophisticated understanding of the macroeconomy. His complete system integrates four markets. His theory of the goods market consists of a theory of aggregate supply that differentiates between short-run and long-run output behaviour and a rudimentary theory of aggregate demand based on the (real) interest sensitivity of investment. Thornton's theory of the monetary sector includes a Bank-rate natural-rate model of the money supply similar to that developed by Wicksell nearly a century later. Like Wicksell, Thornton recognized that an expansive credit policy can add to the capital stock through the mechanism of forced saving». Skaggs, N. 1995, pag. 1215-1216.

la demanda de bienes y servicios (no necesariamente sus precios), de modo que cada oleada de aumento de préstamo tiende a justificarse a sí misma ex post»⁶⁸.

Y si el tipo de interés no se eleva, el efecto en los precios sigue estimulando la toma de crédito. Esto adelanta en cierta medida la idea de Wicksell de proceso acumulativo, ya que se suceden expansiones del crédito sin que exista algo que lo limite. En definitiva el teorema de Thornton es inestable y éste, de acuerdo a Hayek: "...ha propuesto un teorema fundamental para el análisis de Marshall, Wicksell y Hawtrey"⁶⁹.

Lo que aquí tenemos es, en forma germinal, una teoría de las preferencias por la liquidez basadas en el estado de la confianza sobre los negocios. El mercado crediticio es un amplificador del ciclo económico pero no su causa última. Las expectativas sobre los beneficios y la existencia de ciertas rigideces contractuales en algunos mercados puede conducir a una divergencia entre el tipo de interés de mercado frente al tipo de interés natural, este último en consonancia con la doctrina de Turgot-Smith⁷⁰. Asimismo, Henry Thornton fue junto con Bentham uno de los pioneros en reconocer que una expansión crediticia podía aumentar el stock de capital a través del ahorro forzoso⁷¹.

En general los economistas clásicos y neoclásicos, como Thornton, Tooke, Wicksell, J. S. Mill, Bagehot y A. Marshall, no consideraban que el mercado de préstamos o interbancario fuese en última instancia la causa principal de las fluctuaciones económicas a la manera que lo razonaban los economistas austriacos. Pero sí que formaba, en parte, el conjunto de causas que explicaba el proceso cíclico además de amplificarlo o ampliarlo. Incluso el propio K. Marx le daba esta consideración en sus escritos aunque nunca llegó a formular una teoría acabada sobre el ciclo económico ni desarrolló una teoría sobre el papel que jugaban las expectativas en la economía:

⁶⁸ Schumpeter, J. A. 1994, p. 793.

⁶⁹ Schumpeter, J. A. 1994, p. 793.

⁷⁰ La doctrina de Turgot-Smith se tratará con mayor detalle en el capítulo 6 dedicado a la teoría y naturaleza del capital.

⁷¹ «It must be also admitted, that, provided we assume an excessive issue of paper to lift up, as it may for a time, the cost of goods though not the price of labour, some augmentation of stock will be the consequence; for the labourer, according to this supposition, may be forced by his necessity to consume fewer articles, though he may exercise the same industry. But this saving, as well as any additional one which may arise from a similar defalcation of the revenue of the unproductive members of the society, will be attended with a proportionate hardship and injustice. This supposition also implies the acknowledgment of the point for which we are contending, that an encreased issue of paper tends to raise the price of commodities». Thornton, H., 1965, p. 239.

«...el sistema crediticio aparece como palanca principal de la sobreproducción (sobreinversión) y de la superespeculación en el comercio, ello sólo ocurre porque se fuerza hasta su límite extremo el proceso de la reproducción, elástico por su naturaleza, y porque se lo fuerza a causa de que una gran parte del capital social resulta empleado por los no propietarios del mismo, quienes en consecuencia ponen manos a la obra de una manera totalmente diferente a como lo hace el propietario que evalúa temerosamente los límites de su capital privado, en la medida en que actúa personalmente. De esto sólo se desprende que la valorización del capital...no permite el libre y real desarrollo más que hasta cierto punto, es decir que de hecho configura una traba y una barrera inmanentes de la producción, constantemente quebrantadas por el sistema crediticio. Por ello el sistema de crédito acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y el establecimiento del mercado mundial... Al mismo tiempo, el crédito acelera los estallidos violentos de esta contradicción, las crisis...»⁷².

Estos efectos amplificados y su papel en las expectativas se recogen claramente en los *Principios de Economía Política* (1848) de J. S. Mill o los “efectos derrame” en Bagehot (1873) y Marshall (1879), implícito en que los gastos de los agentes de un sector de la economía se convierten en los ingresos de otros provocando un efecto amplificado de la demanda⁷³. Elementos que nutrirán la noción de demanda efectiva que posteriormente desarrollarían Warming, Kahn y Keynes.

Estos tres autores resolvieron finalmente qué fuerzas limitaban dichas desviaciones amplificadas. Para solucionar dicho problema tuvieron que lidiar con dos cuestiones: por un lado, la influencia que pudieran ejercer los ingresos sobre el gasto en consumo, y, por el otro, los efectos derrames en las cadenas inter-industriales. En este sentido, se destaca la solución al problema aportada por R. Kahn (1931), en su artículo sobre el multiplicador del empleo “The Relation of Home Investment to Unemployment” (1931), y la clarificación realizada por el estadista danés J. Warming (1932) sobre este tema, donde aparece por vez primera la noción de una propensión marginal a consumir como una fracción del ingreso. Dicha aportación fue considerada por el

⁷² Marx, K., 1992, Tomo III, p. 568.

⁷³ En inglés denominado “*spillover effect*” que inspiró ciertos desarrollos posteriores de la teoría del crecimiento económico y del crecimiento endógeno.

propio Keynes como trascendental en la elaboración de la T.G. y en su evolución desde el *Treatise on money* (1931).

4.2. Conclusiones

El presente capítulo, en el marco del proyecto de tesis, tiene como intención el ir despejando ideas que serán esenciales para lograr tener una visión sistémica del debate entre Hayek y Keynes. Se podría afirmar erróneamente que el desarrollo de principios como el de la demanda efectiva, el multiplicador o ciertas leyes psicológicas que enuncia Keynes contradice una de las hipótesis principales de esta investigación, esto es que el método de Keynes presenta cierta sensibilidad a las características específicas e históricas en contraposición a la universalidad de las leyes de Hayek.

De hecho, Hayek siempre trasmite la sensación de que existe buena teoría y mala teoría, ideas como el principio de la demanda efectiva de Keynes eran un ejemplo de mala teoría, de un principio que induce a negar verdades esenciales. Hayek, por tanto, era partidario de una concepción más moderna que distingue varios grados de escasez acorde a un incremento en los costes de reproducción frente a la visión que anteponeía dos posiciones extremas: los bienes libremente reproducibles y bienes absolutamente escasos.

«I should have thought that the abandonment of the sharp distinction between the 'freely reproducible goods' and goods of absolute scarcity and the substitution for this distinction of the concept of varying degrees of scarcity (according to the increasing costs of reproduction) was one of the major advances of modern economics. But Mr. Keynes evidently wishes us to return to the older way of thinking. This at any rate seems to be what his use of the concept of 'bottlenecks' means; a concept which seems to me to belong essentially to a naive early stage of economic thinking and the introduction of which into economic theory can hardly be regarded as an improvement»⁷⁴.

⁷⁴ Hayek F. A., 2009, p. 374.

Tanto para Hayek como para Mises la idea de un mundo donde la oferta de bienes finales o intermedios es infinitamente elástica, un mundo donde ni los recursos ni el capital son escasos, es un mundo donde el sistema de precios carece de sentido; es un mundo sin sociedad⁷⁵.

Esto no implica, que en el pensamiento austriaco no tenga lugar efectos multiplicadores sobre el nivel de actividad. Como se ha observado en el presente capítulo, ninguno de los sistemas de pensamiento, sea preclásicos, clásico, marginalista, neoclásico, keynesiano y austriaco negaría una verdad tan evidente. La cuestión en Hayek consiste justamente en analizar las distorsiones relativas teniendo en cuenta siempre la limitación temporal y espacial de los recursos.

En relación al punto anterior, lo que hoy denominamos multiplicador monetario y que los clásicos preferían denominar amplificador, forma parte esencial de la literatura económica que se dedicó a los movimientos cíclicos. Sin lugar a duda, el análisis austriaco, a través de los trabajos de Mises y Hayek, parte del *modus operandi* de la banca moderna de reserva fraccionaria apoyada por la figura de los bancos centrales y su efecto sobre los tipos de interés de mercado provocando distorsiones amplificadas en las expectativas y en la estructura productiva real.

Keynes, en cambio, no llega a otorgarle un rol tan primordial al funcionamiento del sistema crediticio. Aunque en algunos de sus primeros escritos señaló que éste era la «semilla del desastre» y consideró el efecto agravante o amplificador que el mismo podía generar a la manera que lo pensaban los economistas clásicos. Sin embargo, existe un matiz, una especificidad en el análisis de Keynes, que consiste en el modo de funcionar de los mercados organizados coexistiendo con rigideces estructurales en varios de ellos y ejerciendo una influencia considerable sobre la psicología de las masas. Es sobre este punto donde se debe trabajar para entender y darle coherencia al marco analítico del principio de demanda efectiva que Keynes emplea en la *T.G.*

⁷⁵Hayek, F. A., 2009, p. 371.

Capítulo 5.

Marshall y Cambridge: evolución de la teoría sobre el dinero, el ciclo del crédito y la inflexibilidad de precios.

La figura de Alfred Marshall es un eje esencial dentro de la controversia que sostuvieron Hayek y Keynes. En primer lugar, por su ascendente sobre J. M. Keynes al brindarle principalmente un modo de enfrentar la investigación de los fenómenos económicos. Eso sumado a la influencia de aquél en varios de los desarrollos realizados por Keynes en el ámbito de la teoría monetaria y en el funcionamiento de los mercados financieros. Además Marshall era conocedor de los estudios que se realizaban en otras latitudes a través de sus relaciones con la Escuela Histórica Alemana, el Institucionalismo Americano y la Escuela Austriaca. De hecho el propio Marshall le propuso a Keynes que estudiara los trabajos de Ludwig von Mises, y puede que ello conjuntamente con el ascendente de Wicksell sobre la escuela de Cambridge estimularon las investigaciones realizadas por Keynes que desembocaron en su *Tratado sobre el Dinero* (1931). Asimismo, “Marshall fue reconocido por otros autores fuera de su propio círculo tales como Fisher (que menciona la distinción entre las tasas reales y nominales de interés), Edgeworth (que estaba al tanto de su propuesta del «Symmetallism») o Wicksell (quien estaba familiarizado con sus testimonios ante la Gold and Silver Commission)”⁷⁶. En segundo término, porque Lionel Robbins al ocupar la plaza de catedrático en Economía en el año 1929 en la *London School of Economics* (LSE) buscó en la figura de Hayek un aliado para compensar la influencia que ejercían las enseñanzas de Alfred Marshall y sus discípulos, en particular las ideas sobre la “estabilización de la moneda”. No obstante, si consideramos acertada la importancia relativa otorgada por Wicksell a los primeros informes y trabajos de Marshall, existió también una influencia secundaria de Marshall sobre la escuela austriaca a través de las obras de Wicksell y también un intercambio recíproco de información por los

⁷⁶ Méndez Ibisate, 1993, p. 340.

encuentros sostenidos por Marshall con las figuras principales de la escuela austriaca en el sur del Tirol donde éste solía pasar sus vacaciones durante el verano.

5.1. Alfred Marshall: dilucidaciones sobre la teoría del valor clásica y marginalista.

Marshall, al introducir el equilibrio normal y precio normal, intenta trascender el enfoque marginalista retomando el análisis realizado por los clásicos. La pretensión de Marshall era la de combinar las novedades del análisis marginal y el enfoque microeconómico bajo la estructura o esqueleto teórico que habían dejado los autores clásicos. De allí que “la obra de Marshall diera origen al término “neoclásicos” o “economía neoclásica” acuñado por Thorstein Veblen en torno al comienzo del siglo XX”⁷⁷. Es en este sentido, para Marshall, que las leyes clásicas podían enriquecerse con las nuevas técnicas del análisis marginal aplicadas a la teoría del equilibrio. Al añadir a la concepción de la utilidad marginal el efecto que tiene sobre los precios la posibilidad de modificación de las cantidades disponibles otorgaba a los costes de producción un papel esencial en la determinación de dichos precios. Aunque esto no sucedía, como se verá, en lo que respecta a la teoría monetaria de Marshall. Pese a esto último, para Marshall la “embestida de los marginalistas contra los clásicos estaba basada en una falsa disputa”⁷⁸ porque de hecho:

«Discutir acerca de si el valor está determinado por la utilidad o por el coste de producción sería lo mismo que discutir acerca de si es la lámina superior de unas tijeras o la inferior la que corta un trozo de papel»⁷⁹.

Marshall prosigue su análisis en la determinación de los costes de producción enfrentándose a dos problemáticas principales. Primero, qué debe incluirse en los costes de la producción de un bien, dónde se debía establecer dicho corte para

⁷⁷ Méndez Ibisate, 2004, p.248.

⁷⁸ Kicillof A, 2010, p. 218.

⁷⁹ Marshall A., 2013, Apéndice I, p. 675. La traducción al castellano es de Méndez Ibisate, 2004, p. 262.

determinar el precio normal y, segundo, qué período o proceso temporal es el adecuado a tener en cuenta en el proceso de formación de dichos costes de producción.

Sobre el segundo problema, Marshall dividió el análisis entre el corto y el largo plazo. El corto plazo se basaba en las instalaciones existentes, que algunos enfatizan como el adoptado por Keynes en la *T.G.* En cambio, el largo plazo marshalliano tomaba en consideración las inversiones necesarias encaminadas a adecuar las instalaciones y satisfacer los nuevos niveles de demanda.

Para zanjar, por tanto las disputas con los marginalistas, Marshall resumió así su teoría del valor:

«Podemos, pues, concluir que, por regla general, cuanto más corto sea el período que consideremos mayor deberá ser la atención que dediquemos a la influencia de la demanda sobre el valor; y cuanto más largo sea el período, tanto más importante será la influencia del coste de producción sobre el valor»⁸⁰.

Para Marshall si bien el corto plazo es real, su efecto no deja de ser efímero. El largo plazo, por tanto, además de englobar el corto plazo, rige como una fuerza de gravedad en el movimiento de los precios. Si se lleva su análisis hasta sus últimas consecuencias implica que él tiene en cuenta el sacrificio que deban asumir los hombres para satisfacer sus necesidades, el sacrificio del trabajo y el sacrificio de la espera. Por ello, y más allá de que Marshall dedica todo un apéndice a la controversia entre la utilidad y el coste de producción —Apéndice I— considera como supuesto en los *Principios de Economía* (1890) que el valor de las cosas suele tender a largo plazo a corresponderse con sus costes de producción⁸¹.

El propio Keynes en la biografía preparada después de la muerte del maestro es tajante sobre la cuestión del valor:

«La estéril controversia producida por la oscuridad de Ricardo y su repercusión sobre Jevons, acerca de los papeles que representa la demanda y los costes de

⁸⁰ Marshall A., 2013, p.291.

⁸¹ Marshall A., 2013, pp.289-291.

producción en la determinación del valor quedó definitivamente esclarecida. Después del análisis de Marshall no quedó nada por decir»⁸².

En la *T.G.* Keynes utiliza para su modelo el trabajo como unidad de medida e incluso como único factor de producción:

«I sympathise, therefore, with the pre-classical doctrine that everything is produced by labour, aided by what used to be called art and is now called technique, by natural resources which are free or cost a rent according to their scarcity or abundance, and by the results of past labour, embodied in assets, which also command a price according to their scarcity or abundance. It is preferable to regard labour, including, of course, the personal services of the entrepreneur and his assistants, as the sole factor of production, operating in a given environment of technique, natural resources, capital equipment and effective demand. This partly explains why we have been able to take the unit of labour as the sole physical unit which we require in our economic system, apart from units of money and of time»⁸³.

Aunque esto debe matizarse ya que en Keynes, al igual que en Marshall las teorías generales y las teorías sobre el equilibrio no eran más que una herramienta “*organon*” del conocimiento cuya pretensión consistía en descubrir dentro del sistema “*Copernican system*” el modo que gravitaban e interactuaban los elementos económicos⁸⁴.

5.2. Alfred Marshall: aportaciones a la teoría monetaria.

Básicamente, cuando J. M. Keynes abordó la cuestión de la teoría de los precios en el capítulo 21 de la *T.G.* inició su exposición de un modo muy similar a las dificultades que planteó y superó el propio Marshall respecto a las inconsistencias que los clásicos no supieron resolver acertadamente acerca de la teoría del valor al aplicarla al dinero-mercancía. Keynes afirmaba que en la teoría del valor clásica los precios estaban gobernados por las condiciones de la oferta y la demanda, más concretamente por las variaciones en los costes marginales y la elasticidad de la oferta a corto plazo. Pero

⁸² Keynes J. M., 1924, p. 350.

⁸³ Keynes J. M., 1973, CW VII, pp. 213-214.

⁸⁴ Keynes J. M., 1924, p. 350.

cuando se introducía el dinero en el modelo clásico entonces los precios dejaban de estar gobernados por la ley del valor y pasaban a regirse por razones de otra índole: la oferta monetaria, la velocidad de circulación, el atesoramiento, etc. Keynes, al igual que Marshall, consideraba que esta era una falsa dicotomía, ya que lo que se requería era una teoría completa o general de una economía monetaria⁸⁵.

Marshall entendía que el valor del dinero o capacidad de compra del dinero no podía regularse a través de los costes de producción. A esa dificultad había que sumarle que la noción clásica de velocidad de circulación del dinero no facilitaba la comprensión de un mundo comercial y financiero cada vez más complejo. Aunque, cabe matizar, que tanto en R. Cantillon, como en H. Thornton, J. S. Mill e incluso en K. Marx estas ideas alcanzaban un grado elevado de sofisticación.

«El dinero-crédito brota directamente de la función del dinero como medio de pago, al ponerse en circulación certificados de deuda representativos de las mercancías vendidas y como medio de traspaso de los correspondientes créditos. De otra parte al extenderse el sistema de crédito, se extiende la función del dinero como medio de pago..., mientras que las monedas de oro y plata quedan retraídas generalmente dentro de la órbita del comercio a pequeña escala. Tan pronto como la producción de mercancías alcanzan un cierto nivel y una cierta extensión, la función del dinero como medio de pago...se convierte en la mercancía general de los contratos»⁸⁶.

Por ello, y siguiendo con Marx:

«Al progresar la sociedad burguesa, el atesoramiento desaparece como forma independiente del enriquecimiento, se incrementa, en cambio, bajo la forma de un fondo de reserva de medios de pago [...] La función del dinero como medio de pago envuelve una brusca contradicción. En la medida en que los pagos se compensan unos con otros el dinero sólo funciona idealmente. Tan pronto como este mecanismo sufre una perturbación general, sea la que fuere, el dinero se trueca

⁸⁵ Keynes J. M., 1973, CW VII, pp. 292-293.

⁸⁶ Marx K., 1992, p.97.

brusca y súbitamente de la forma puramente ideal del dinero aritmético en dinero contante y sonante»⁸⁷.

Aunque Marx no lo expone todo lo adecuadamente que se requiere hay dos ideas de suma importancia, y que son muy anteriores en la historia del pensamiento económico a la formulación realizada por éste. Por un lado, la demanda de dinero por motivo de precaución, que expuso muy claramente Cantillon: “Muchos propietarios, empresarios, etc., guardan siempre algún dinero contante en sus bolsas o en sus cajas para afrontar casos imprevistos y no quedar exhaustos... Nunca llegan a gastar hasta el último centavo; disfrutamos sabiendo que no estamos desprovistos del todo y que recibiremos un nuevo refuerzo de ingresos antes de pagar, incluso, una deuda, con el dinero que se posee”⁸⁸. Por el otro, el empleo de instrumentos alternativos de pago, que ya en el análisis propiamente de Marshall, serán determinantes de la demanda y oferta del dinero y, por tanto, de su valor. E incluso en Marx se insinúa una relación entre el proceso expansivo crediticio que estimulan los medios de pagos y la demanda de dinero real cuando cunde el pánico generalizado.

Ahora bien, el análisis propio de Marshall acerca de la teoría sobre la demanda de saldos reales implica un desarrollo más estilizado al conectar variables individuales con elementos institucionales o de carácter macroeconómico —que incluyen expectativas y el movimiento de los tipos de interés— pero es posible, como señala Méndez Ibisate “que estas ideas [clásicas] tengan un vínculo remoto con desarrollos posteriores como la demanda de saldos reales para atender demandas imprevistas (es decir, una aproximación de la teoría de la demanda de dinero en términos del enfoque de Marshall). Hasta donde llega mi conocimiento, A. Smith, H. Thornton y J. S. Mill así lo hicieron; y el propio Marshall cita a William Petty. Pero con excepción de J. S. Mill, tal noción no desempeñó un papel esencial en el análisis clásico”⁸⁹.

El enfoque de Marshall “de los saldos reales” combina con gran maestría el análisis individual y marginalista, basado en las intenciones y expectativas individuales, con aspectos macroeconómicos o generales. A grandes rasgos, la base de dicho enfoque se

⁸⁷ Marx K., 1992, pp. 95-99.

⁸⁸ Cantillon R., 2010, p.97. Citado también por Méndez Ibisate, 1993, p.350

⁸⁹ Méndez Ibisate, 1993, p.357.

centra en la teoría sobre la demanda de dinero. Las ecuaciones que plantea Marshall son las siguientes:

Una ecuación de oferta: $M^s = \dot{M}$

Una ecuación de demanda: $M^d = k * P * y$

La ecuación de equilibrio de mercado: $M^s = M^d$

Por lo tanto en equilibrio: $\dot{M} = k * P * y$

Donde M^s es la oferta monetaria nominal, M^d es la demanda de dinero, P es el nivel general de precios, el ingreso real es y , y k es la proporción del ingreso nominal que los individuos mantienen como saldos monetarios para disponer de una demanda inmediata sobre los bienes⁹⁰.

La clave del asunto, que también sería empleado por Keynes en la *Tract on Monetary Reform* (1923), es la función de demanda de dinero $M^d = k * P * y$; ya que ni los ingresos reales ni la proporción de los mismos que los individuos desean mantener como capacidad inmediata de demanda son constantes. De hecho, la variable k se ve influida por variables tales como el tipo de interés y las expectativas. Además Marshall analizó y enumeró los diversos incentivos que podían inducir a las personas a demandar dinero, motivos que también emplearía Keynes tanto en el *Treatise* como en la *T.G* —el de transacciones, precaución y especulación—.

Detrás de las ecuaciones simples del modelo de Marshall se esconden una serie de variables mucho más complejas que tienen en cuenta factores tecnológicos, económicos, institucionales, hábitos comerciales, estructurales, la confianza y las expectativas sobre la marcha de la economía⁹¹.

El propio Keynes desarrolla en el *Tract* (1923) un modelo similar al llevado a cabo por Marshall, en *Money, Credit and Commerce* (1923), y al artículo del profesor Pigou, publicado en el *Quarterly Journal of Economics* de noviembre de 1917 titulado *The*

⁹⁰ Méndez Ibisate, 1993, p.348.

⁹¹ Remitimos al lector para un análisis pormenorizado sobre este punto al trabajo de Méndez Ibisate (1993)

*Value of Money*⁹². En el Keynes señala que “el error que cometen con frecuencia los partidarios descuidados de la teoría cuantitativa, y que puede explicar en parte por qué no es universalmente aceptada es [...]”⁹³ que se toma a la cantidad de dinero en efectivo como una variable independiente de las reservas en efectivo o en depósitos bancarios que el público y las instituciones de crédito desean mantener de un modo que se pueda disponer de dichos saldos inmediatamente. Cuando en realidad,

«Todo el mundo admite que los hábitos del público en el uso del dinero y las prácticas bancarias con respecto a sus reservas cambian de cuando en cuando como resultados más o menos obvios. Estos hábitos y prácticas son un reflejo de las variaciones en la organización económica y social»⁹⁴.

El análisis de saldos reales empleado por Keynes, en consonancia con el análisis de Cambridge, en contraste con la versión de Fisher, obedece a que este último “en vez de partir de la cantidad de efectivo en manos del público [...] parte del volumen de transacciones efectuadas mediante dinero y de la frecuencia con que cada unidad monetaria cambia de manos”. Aunque para Keynes “es fácil pasar de la fórmula anterior a la del profesor Fischer” el método expuesto por Marshall y Pigou es más “próximo a los hechos observados”⁹⁵.

En el ámbito de la teoría monetaria, Marshall también realizó una exposición acerca de lo que hoy denominamos multiplicador bancario de los depósitos – proceso que en función de los depósitos bancarios y las reservas que mantienen las entidades bancarias se produce una creación o expansión de la base monetaria. Dicho elemento también aparece en la investigación realizada por Knut Wicksell reflejada en el libro *Interest and Prices* (1898). En dicha obra analiza el efecto que este proceso tenía sobre el tipo de interés de mercado frente a un hipotético tipo de interés natural — aquél que equilibra el ahorro y la inversión con un nivel de producto de pleno empleo, y en algunas ocasiones también con la productividad marginal del capital—⁹⁶. Este elemento

⁹² Keynes J. M., 1923, p. 93.

⁹³ Keynes J. M., 1923, p. 95.

⁹⁴ Keynes J. M., 1996, p. 95.

⁹⁵ Keynes J. M., 1996, p. 93.

⁹⁶ De las lecturas realizadas por K. Wicksell de los informes realizados por A. Marshall a la *Gold and Silver Commission* respecto al valor del dinero señala: “By far the most valuable contribution towards a solution of this question was, in my opinion, supplied by Professor Alfred Marshall in the course of an

se constituiría en uno de los vértices principales de la teoría del ciclo económico por parte de los economistas austriacos y también, al menos en el *Treatise*, de la teoría de desequilibrios formuladas a principios de los años 30' por Keynes.

Dos elementos adicionales de la influencia del análisis de Marshall, y que se encuentran detallados en el trabajo de Méndez Ibisate (1993), es la sugerencia por un lado de que la decisión de mantener saldos efectivos por parte de los individuos implica un coste de oportunidad que viene medido por el tipo de interés⁹⁷. Y por el otro, la idea sobre el papel jugado por los mercados financieros en la formación de expectativas.

«Las expectativas en Marshall están muy influidas por los procesos especulativos del mercado financiero. Es en estos procesos donde cobran o tienen mayor importancia. A diferencia de J. M. Keynes (al menos el Keynes de la *Teoría General*), Marshall construye unas expectativas con un componente lógico en su formación. No se trata de un proceso de formación de expectativas racionales, sino de expectativas adaptativas, en las que el valor más próximo o cercano en el tiempo de las variables relevantes posee una ponderación mucho mayor por parte del público. Esto, desde luego, no es el proceso de formación de expectativas que aparece en la *Teoría General* de J. M. Keynes, que es más bien irracional o ilógico.

Sin embargo, Marshall admite la existencia de agentes especulativos (mal vistos) que entran en el mercado financiero —unos con pleno conocimiento del mismo, y otros arrastrados por la vorágine del momento—, y que más tarde son víctimas de sus especulaciones [...]Y dicha creencia por parte de Marshall puede suponer un primer paso hacia la concepción que tenía Keynes de los mercados financieros y de valores, a los que compara con «el juego del Snap, de la Solterona o de las Sillas Musicales, un pasatiempo en el que gana quien dice Snap ni demasiado pronto ni demasiado tarde, quien pasa la 'Solterona' (el anillo) a su compañero antes de que termine el juego, o el que consigue una silla en el momento que cese la música...»⁹⁸.

examination which lasted for three days. But Marshall seems to me to lay too much emphasis on the direct influence that he alleges is exerted by the magnitude of banking reserves on the rate of interest and consequently on prices." Wicksell K, 1962, p.76.

⁹⁷ Méndez Ibisate, 1993, pp.352 y 353.

⁹⁸ Méndez Ibisate, 1993, p.345.

5.3. Marshall, Cambridge y la inflexibilidad de precios.

La inflexibilidad de precios, o las rigideces contractuales, no era una aportación original de Alfred Marshall o la escuela de Cambridge. Estas ideas aparecen reflejadas tanto en R. Cantillon (1755) como en Henry Thornton (1802) y J. S. Mill (1848), incluso como parte del proceso cíclico del crédito. Pero cabe matizar, a diferencia del análisis llevado a cabo por la escuela austriaca, que la inflexibilidad de precios formaba parte de la estructura teórica que desarrollaron tanto Marshall, como la escuela de Cambridge y Keynes. Con la afirmación anterior no se pretende negar que las rigideces contractuales o inflexibilidades fuesen desconocidas para la escuela austriaca ni mucho menos. Lo que se trata de enfatizar es que a nivel teórico o bien se parte de una situación de principio económico puro o libre de las impurezas del mundo real para ir añadiendo las impurezas; o bien se integran dichas impurezas e imperfecciones de la realidad dentro del marco teórico. Esta última hipótesis era más acorde con el modo de trabajar, a grandes rasgos, tanto de Marshall como de Keynes.

Alfred Marshall sigue la caracterización sobre el ciclo del crédito que había sido descrita por Lord Overstone (1837) y que también se encontraba en los *Principios de Política Económica* (1848) de J. S. Mill. Si bien la explicación es vaga acerca de cómo se inicia el auge, enfatiza, al igual que lo había hecho con anterioridad Henry Thornton (1802), que una vez iniciado el proceso de expansión económica, el mismo tendrá un efecto amplificado por la interacción de la expansión monetaria-crediticia, con especial mención por su parte del papel desempeñado al respecto por el sistema bancario. El aumento de los precios conducirá inevitablemente a la economía a unas condiciones de fragilidad o, empleando la expresión de Marshall, de “*overtrading*”, que obligará a restringir el crédito y provocará consecuentemente un colapso de los precios. Por tanto, la estabilidad de precios era sumamente necesaria para evitar o atenuar dichos procesos cíclicos. No obstante, en diferentes versiones de su trabajos como en 1879, 1887 y 1923⁹⁹ observamos en Marshall la existencia de dos precios que impedía un

⁹⁹ Las obras son: Marshall, A (1887): “Remedies for fluctuations in general prices”, *Contemporary Review*, as reprinted in A C Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*, Macmillan, [London], 1925. Marshall A. (1923): *Money credit and commerce*, Macmillan, [London]. Marshall, A and Marshall, M P (1879): *The economics of industry*, Macmillan, [London].

ajuste más adecuado y rápido de la economía a las nuevas circunstancias: uno de ellos es el tipo de interés nominal y el otro son los salarios monetarios. Efectivamente en Marshall el producto y el empleo se movían de forma contracíclica al movimiento de los salarios reales; y el precio de los salarios monetarios eran muchos más inflexibles que el resto de precios. Además, el tipo de interés nominal no se ajustaba perfectamente al movimiento de los precios. La forma, por tanto, de evitar dichas dificultades requería o bien una mayor estabilidad de precios o vincular los contratos salariales y las deudas a algún tipo de índice de precios¹⁰⁰. Sin embargo el propio Marshall no llegó nunca a creer en algún tipo de solución mágica, así al menos se lo manifestó al propio J. M Keynes en una carta fechada poco antes de morir (1923):

«Voy a morir pronto, pero si encuentro oportunidad, preguntaré a los que lleguen a las regiones celestes si han conseguido ustedes encontrar remedio contra los males de la moneda»¹⁰¹.

Marshall no creyó que el sistema de banca central fuese un resultado “artificial” forzado por los hechos históricos, sino que era la solución más sensata para que la moneda pudiese hacer frente a las circunstancias propias del ciclo crediticio. Incluso superior a cualquier plan basado en la convertibilidad o autorregulación de la moneda¹⁰².

De los desafíos planteados por A. Marshall, uno de los economistas británicos que más desarrollará esta vertiente de ajustes del producto y el empleo será el oficial del Tesoro Británico Ralph Hawtrey, de quien un joven Keynes ya opinaba que poseía un

¹⁰⁰ Véase Laidler. D. ,2003 ,p. 2-4:

«Marshall himself presented a key refinement of the standard monetary account of the cycle in 1887. He linked the expansion and contraction of money and credit to rising and falling prices by noting that nominal interest rates failed fully to adjust to inflation and deflation, and, like Marshall and Marshall (1879), he attributed variations in output and employment to countercyclical movements in real wages that in turn were the result of the interaction of sticky nominal money wages with more flexible output prices. Evidently, both of these sources of trouble could be avoided either by ensuring price level stability or by linking debt and wage contracts to a suitable price index».

¹⁰¹ Marshall A., 1956, p.33, nota 2. Citado también en Méndez Ibisate F., 1993, p.362. En otro artículo Méndez Ibisate (1996), pp. 641-669, resalta que en Marshall, anteponiéndose a la ortodoxia de Bagehot, ya se encuentran todos los elementos de un sistema financiero moderno y que dieron lugar a dos de sus vástagos principales del pensamiento económico del siglo XX: el keynesianismo y el monetarismo.

¹⁰² Méndez Ibisate, 1996, p.666.

razonamiento impecable pero que, a la vez, no compartía¹⁰³. Si bien Pigou siguió las líneas de razonamiento dejadas por Marshall sobre la inflexibilidad de algunos precios clave como los salarios, Hawtrey extendió dicho análisis a una inflexibilidad general de los precios donde la inestabilidad inherente del sistema crediticio y del mercado monetario impactaba principalmente sobre el volumen del producto.

Hawtrey consideró que la acción coordinada de los bancos centrales, a través de la tasa de descuento, podía atenuar las fluctuaciones económicas. La estabilidad monetaria era esencial para éste.

Se le señala también como uno de los principales inspiradores de la teoría del multiplicador ya que le interesó el efecto que propiciaban las expansiones y contracciones crediticias sobre la demanda efectiva. Así, por ejemplo, en 1919 en su libro *Currency and Credit* indicó:

«The alternation of expansions and contractions would be comparatively harmless but for the dislocation and distress which accompany the contraction... The working classes have the greatest interest in the stable currency, and [...] the question of justice between debtor and creditor is less important than the effect of currency movements on employment and real wages»¹⁰⁴.

Si bien Hawtrey no llegó a prever el crack del año 1929, atribuyó la causa de éste a la actuación conjunta de la Reserva Federal y del Banco de Inglaterra que contrajeron el crédito, efecto que, según Hawtrey, luego se intensificó por su incidencia sobre la demanda agregada y sus derivadas psicológicas ante el hundimiento en el precio de los activos¹⁰⁵.

¹⁰³ Así lo señalaba J. M. Keynes en una carta dirigida a Ralph Hawtrey fechada el 26 de octubre de 1913 con motivo del trabajo de éste (*Good & Bad Trade, 1913*):

« Your reasoning seems to me in most parts impeccable. But all the same I don't agree that money has so great influence...very often...the initial facts are not as you posit them».
Skidelsky R., 1992, p. 277.

¹⁰⁴ Hawtrey R, 1950, p. 376. Citado también por Laidler D., 1993, p. 1074.

¹⁰⁵ Véase Laidler. D., 2003 ,p. 16. Para un estudio sobre la influencia de Hawtrey sobre los pensadores americanos hasta la escuela de Chicago ver Laidler (1993). También Laidler (2003, p. 18) resalta las raíces de dicho legado sobre la política monetaria de los años 90' con sus reglas de crecimiento de la oferta monetaria y los objetivos de inflación.

Justamente sobre las derivadas psicológicas es donde se asentarán los desarrollos de dos de los más prominentes discípulos de Marshall: Lavington y Pigou. Éstos, e incluso Keynes, incorporaron el comportamiento de la inversión dentro del análisis desarrollado por Marshall sobre el ciclo económico cuyos pilares se erigían sobre la base de la teoría cuantitativa del dinero¹⁰⁶. En el caso de Lavington y Pigou, elemento que muestra claramente sus raíces en los desarrollos de Henry Thornton, la escuela bancaria y de J. S. Mill como uno de sus representantes destacados, la característica psicológica obedece a la influencia que tiene la “fortuna presente” sobre las decisiones de inversión futura. En particular, según Pigou, aunque se logran estabilizar los precios los errores colectivos (*collective errors*) no pueden ser eliminados y, al igual que los economistas clásicos, atribuye a la expansión monetaria endógena un elemento amplificador de las perturbaciones económicas¹⁰⁷. En todo el análisis de Pigou, siguiendo la estela dejada por A. Marshall, coexisten precios más y menos flexibles, como es el caso de los salarios monetarios, o que no se ajustan adecuadamente, como el tipo de interés monetario.

Dentro del círculo de Cambridge un desarrollo peculiar fue el de Dennis Robertson, (1915) *A study of Industrial fluctuations*, probablemente el primero en romper con la versión más mecánica de la teoría cuantitativa del dinero¹⁰⁸. Para Robertson la característica principal de los ciclos económicos se basa en que el movimiento de las cantidades sucede antes que los precios, tal como ya había descrito R Cantillon (1755)¹⁰⁹. Este elemento es destacable en sus primeros trabajos donde la innovación juega un rol primordial. Posteriormente en los años veinte bajo la influencia de Keynes, irá ampliando su visión al otorgar un rol más importante a los elementos monetarios¹¹⁰.

Para Robertson las fluctuaciones cíclicas son una característica necesaria del progreso económico. De hecho desarrolla, independientemente a las versiones austriacas, un modelo donde el ahorro forzoso puede generarse incluso sin que haya inflación.

¹⁰⁶ Laidler. D. ,2003 ,p. 9.

¹⁰⁷ Ladiler D. , 1999, p. 85-86.

¹⁰⁸ Ladiler D. ,1999, p. 90.

¹⁰⁹ Posiblemente escrito en 1734.

¹¹⁰ Ladiler D. ,2003, p. 11.

Para Robertson el ahorro forzoso puede tener un efecto beneficioso y no necesariamente destructivo para la economía. En este sentido, su visión es pesimista sobre la capacidad del mercado, dejado a su libre albedrío, de proveer capital circulante suficiente para las firmas que han iniciado un proceso productivo y considera esencial el rol del sistema bancario para proveer dichos medios. El impuesto inflacionario es el precio que debe pagar el público para financiar el proceso de modernización y progreso. Por tanto, muy alejado de depositar cualquier esperanza respecto a la capacidad de la economía de ajustarse libremente, su política es claramente intervencionista tanto desde el punto de vista monetario como fiscal. Siendo en cierta medida un precursor del pensamiento que desarrollaría posteriormente J. M. Keynes.

«... the ideal banking policy might be one which was founded on the principle of price stabilization as a norm, but which was ready to see the fruits of a prolonged and general increase in individual productivity shared in the form of lower prices, and perhaps to acquiesce in moderate price-rises in order that advantage might be taken of discontinuous leaps in industrial technique. And it would be a policy that did not claim omnipotence, or feel competent of its ability to cure the evils of uncertainty except in alliance with a much more comprehensive attempt to control and stabilize the desires and activities of the community than most monetary reformers – even I think, the most thorough-going Socialists – have yet visualized»¹¹¹.

Y ante una caída temporal de la demanda privada considera:

«What, after all, can be more sensible than that the Central government should organize a collective demand for telephone equipment, or the local governments a collective demand for municipal lavatories, to take the place of an individual demand for ships or steel rails, which has rightly and reasonably fallen temporarily away?»¹¹².

Como se observa, la revolución, aunque denominada keynesiana, ya flotaba en el ambiente con desarrollos muy anteriores a los que se suele imaginar. El estudio de variables agregadas, los procesos acumulativos y la incidencia psicológica o, como se le

¹¹¹ Cita de Robertson (1928), "Theories of banking policy", *Economica*, 8, June pp 131-46, citada también por Laidler D. (2003, p. 18).

¹¹² Cita de Robertson (1928) - *Money*, 3rd edition, Nisbett, [London]- citada también por Laidler D. (2003), p. 18.

denominaba, sobre el estado de la confianza acerca de los negocios, ya figuraban en los tratados clásicos de la economía. La virtud del trabajo de Keynes fue que junto con los desarrollos de Kahn y Warming¹¹³ posibilitó un cálculo de los efectos amplificados, a través de la teoría del multiplicador, y sintetizó todas estas líneas de pensamiento dentro de una exposición ordenada que luego produjo un esquema manipulable, aunque justamente por ello, también muy discutible sobre su posible utilidad. Es importante resaltar, como se intentará demostrar en los próximos capítulos, que dicha síntesis tiene algunas particularidades típicas de Keynes sobre las que será necesario precisar, peculiaridades que no son ajenas al método empleado por Marshall para analizar los problemas de la economía.

5.4. Conclusiones sobre las aportaciones de Marshall (Escuela de Cambridge) e influencia en el debate entre Hayek y Keynes.

Tal como se ha podido observar en el presente capítulo la revolución keynesiana fue menos revolucionaria de lo que se ha querido transmitir, sin por ello restarle méritos a las obras de Maynard Keynes. Éste empleó y se valió de varios de los conceptos y desarrollos efectuados por Alfred Marshall y los discípulos de éste último. El enfoque peculiar de Marshall al integrar la “microfundamentación de los comportamientos y toma de decisiones de los agentes”¹¹⁴ para abordar problemas clásicos sentaron las bases de la denominada macroeconomía actual. Pero Marshall fue mucho más allá de esto al considerar la complejidad que se escondía detrás de las variables que formaban parte de su esquema analítico. Detrás de las variables de Marshall se esconden hábitos, costumbres, desarrollos institucionales, procesos tecnológicos, etc. Un ejemplo de ello es que Marshall le otorga una gran importancia, por su presencia creciente, al papel catalizador desempeñado por el sistema financiero, y concretamente los bancos, en el sistema económico desde mediados del siglo XIX. Esta sensibilidad a las circunstancias particulares aunada a la intención de elaborar teorías generales es lo

¹¹³ Los trabajos a los que hacemos referencia son Warming J. (1932) y Kahn R.F. (1931).

¹¹⁴ Méndez Ibisate, 2004, p. 330.

que hace que sea tan específico y meritorio el trabajo de Marshall. Y lo mismo se podría decir de Keynes quién busca llevar hasta sus últimas consecuencias este modo de entender la investigación económica pero sumada a la pretensión, por parte de Keynes, de querer demostrar la originalidad de sus propias ideas. Es justamente en la comprensión de las particularidades y especificidades lo que más separa el pensamiento de Hayek del de Keynes. No deseo indicar con ello que el pensamiento de Hayek considere que el mundo funciona como un sistema de equilibrio perfecto ni que la realidad sea algo armónico para éste. Pero en Hayek prevalece siempre el conocimiento de los principios generales, una primacía de lo abstracto, que permite entender cómo puede funcionar un orden complejo. En cambio, aunque se pueda decir que los modelos que emplea Keynes en sus principales obras —*Tract*, *Treatise* y *T.G.*— obedecen también a un esquema simplificado con supuestos enormemente restrictivo, al igual que en Marshall, detrás de cada variable hay una complejidad de circunstancias enormes, un universo en sí mismo. En la *T.G.*, por citar un ejemplo, en la formación de la demanda agregada, hay que comprender, las funciones de inversión y consumo, y detrás de estas comprender las razones que inducen a la inversión, pero a su vez para entender a estos se debe abordar el papel jugado por el tipo de interés, la demanda de dinero y el funcionamiento de los mercados organizados en la formación de las expectativas. El modelo de Keynes puede resultar sencillo, tal como lo presentara en su caso Hicks (1937), la cuestión, sin embargo, es comprender la complejidad que subyace detrás del modelo.

Esta presunción de complejidad en Marshall, y que también fueron las semillas intelectuales del pensamiento de Keynes, le permitió establecer ciertas excepciones al principio de *laissez-faire* como lo era para el caso de las industrias nacientes o el funcionamiento del sistema monetario moderno con un banco central. Marshall prefirió la intervención discrecional en los mercados por parte del banco central únicamente cuando el ciclo económico podía conducir a un desorden monetario¹¹⁵. Marshall no creyó que una moneda convertible a una mercancía [u otra moneda] podía proveer la estabilidad de precios que él mismo consideró esencial para el bienestar social y, en este sentido, para él una moneda administrada podía

¹¹⁵ Méndez Ibisate, 1996, p.644.

desempeñar mejor dicha función¹¹⁶. Hayek (1976) estaba menos persuadido sobre la capacidad e idoneidad de los “estabilizadores de la moneda”, y a la manera clásica, consideró que era mejor un sistema monetario natural competitivo que no se viera sometido a intereses particulares y parciales. Un corolario del pensamiento de Hayek al respecto, es que para éste era preferible un sistema competitivo, no necesariamente de emisión pública en el que de modo natural fuese elegida la moneda más fuerte y estable, a una unión monetaria que hubiese sido creada artificialmente¹¹⁷.

¹¹⁶ Méndez Ibisate, 1996, p.665.

¹¹⁷ Hayek F. A., 1976, pp. 21-23.

Capítulo 6.

El problema del ahorro y la naturaleza del capital.

Otro eje fundamental en lo que respecta a la controversia entre Hayek y Keynes obedece a la conciliación de la teoría monetaria con la teoría del capital y el papel que asume el ahorro como motor o depresor de la actividad económica.

Como señalara acertadamente Jose Luis Feito en su ensayo sobre dicho debate:

«Hayek, más o menos, vino a decir que nadie puede comprender cabalmente las causas de los ciclos económicos sin entender la teoría del capital»¹¹⁸.

Hayek le recriminó a Keynes que no empleara ninguna teoría sobre el capital. Entendiendo Hayek por ésta como el modo en que una estructura productiva se coordina y complementa en el tiempo a través del mercado¹¹⁹. Esta idea a su vez es aún más compleja al introducir el funcionamiento de un mercado monetario moderno. Como indicara Feito en ese mismo ensayo:

«No es fácil, en efecto, construir un modelo que integre satisfactoriamente la teoría monetaria y la teoría del capital, tal y como la concebía Hayek y él, ciertamente no lo consiguió. Ahora bien en sus imperfectos e inacabados intentos hay fogonazos que iluminan aspectos cruciales de la dinámica que engendra las oscilaciones económicas y esto compensa con creces los esfuerzos que exige su lectura»¹²⁰.

La idea primogénita es tan antigua como la economía misma. Al respecto, los economistas clásicos se preguntaron por la relación existente entre los recursos generados en el pasado (*stock*) y el empleo de los mismos para la generación de la riqueza futura. Por ejemplo, Nicholas Barbon (1690) interpretó la teoría del interés vinculada completamente a la teoría del capital entendiendo ésta como una teoría de recursos creados existentes:

¹¹⁸ J.L. Feito, 1999, p. 12. [2008, p.57].

¹¹⁹ Véase el trabajo de Sainz-Bas, 2011, p. 294-295.

¹²⁰ J.L. Feito, 1999, p. 12. [2008, p.57].

«En general se refiere el interés al dinero... pero eso es un error, pues el dinero se paga por el capital [stock]», es «la renta del capital, y es lo mismo que la renta de la tierra; el primero es la renta del capital trabajado o artificial [artificio humano]; la segunda es la renta del capital no trabajado, o natural»¹²¹.

Y Turgot (*Reflections on the Formation and Distribution of Wealth*, 1766) desarrolló aún más esta idea aprovechando el concepto de “avances de capital de Cantillon y Quesnay para formular que el capital arroja interés porque salva el hiato temporal entre el esfuerzo productivo y el producto”¹²², iluminando de un modo nuevo las proposiciones que afirman que el tipo de interés es el “*thermomètre*” de la abundancia relativa de capital real y que mide el grado en el cual se puede llevar a cabo la nueva producción. A su vez, fue el primero en formular la ley de los rendimientos decrecientes que luego emplearía David Ricardo¹²³. En cierta medida se podría argumentar que la teoría hayekiana no es más que un refinamiento de la teoría de Turgot-Smith al introducir el funcionamiento de un mercado monetario moderno y el efecto Ricardo en cada etapa productiva.

En cuanto a la sofisticación y refinamiento de dichas ideas primitivas, es necesario considerar el énfasis especial realizado por Menger en la relación entre las necesidades humanas y los medios para satisfacerlas¹²⁴. Realmente el escalonamiento de bienes en órdenes configura no sólo una estructura técnica de la producción sino también una escala valorativa para alcanzar ciertos fines con ciertos medios¹²⁵. Y la “*ley de Wieser*”¹²⁶ acerca del coste de oportunidad refleja la valoración de los actores por la competencia que se ejerce sobre los recursos escasos y su empleo en el tiempo.

¹²¹ J. A. Schumpeter, 1994, p. 381. Los corchetes pertenecen al original de Schumpeter.

¹²² J. A. Schumpeter, 1994, p. 385.

¹²³ Marshall A, 2013, p. 143.

¹²⁴ F. A. Hayek, 1934, p. 399.

¹²⁵ «Of course, a good may belong to several orders at the same time. For instance, a railway train may be carrying people on a pleasure excursion, and so far it is a good of the first order; if it happens to be carrying at the same time some tins of biscuits, some milling machinery and some machinery that is used for making milling machinery, it is at the same time a good of the second, third, and fourth order». Marshall A, 2013, p.54. Citado también por Hayek (2009, p.132).

¹²⁶ La Ley Wieser indica que la teoría de la imputación de Menger puede incurrir en una sobrevaloración de los bienes. Dado que un factor se utiliza en la producción de una serie de bienes de primer orden, su valor se determinará por el bien que vale menos de entre los bienes que produce. Este valor se determina en el margen, por la utilidad marginal de la última unidad del bien menos valioso que

Aunque con ello no pretendo indicar que este sea el razonamiento completo que emplea Hayek, que abordaré más adelante, la idea en términos generales sería, teniendo como eje central la acción humana¹²⁷, la siguiente: el individuo actúa para alcanzar fines y dispone de medios escasos. El tiempo también es un medio escaso, por lo que nos adentramos en una dimensión valorativa temporal. El individuo se embarcará en empresas de mayor duración sólo si la recompensa que espera obtener es mayor que si se dedicara a tareas de una duración menor. Esto es lo mismo que decir que en igualdad de condiciones los individuos siempre preferirán los bienes presentes a los bienes futuros¹²⁸. Lo cual es lógico y evidente, dado el carácter intrínsecamente incierto del futuro.

Marshall, resaltado por Keynes en la propia *T.G.*, criticó en este punto a Böhm-Bawerk al considerar que los procesos más alejados en el tiempo no necesariamente tenían que ser más eficientes o productivos¹²⁹. Hayek, no obstante, aclaró que la confusión radica en que no necesariamente cuanto mayor sea el plazo de la inversión mayor será el rendimiento de la misma, sino que elegirá racionalmente un plazo mayor de inversión con el mismo equipamiento de recursos si el resultado es superior a uno en un periodo más corto¹³⁰. La argucia consiste, no obstante, en el carácter prospectivo del valor: es cierto que el capital es un resultado de la combinación del trabajo y los recursos naturales en el pasado, pero el productor no se pregunta cómo han llegado hasta él dichos medios, lo que verdaderamente le importa es el futuro, es la productividad o esfuerzo que le permiten ahorrar dichos bienes de capital¹³¹.

Por ello, frente al concepto *smithiano*, de “medios de producción producidos”, Menger emplea el concepto más abstracto de capital como el valor de la riqueza (del

produce el factor. El valor así deducido representa un coste de oportunidad en todas las industrias y los valores de los factores y de los productos quedan determinados en todo el sistema. Wieser (1927).

¹²⁷ A. Marshall (2013, p 648) consideraba que: “*Things relating to man’s action never can be classified with precision on any scientific principle*”.

¹²⁸ Huerta de Soto J., 2007, pp 214-217.

¹²⁹ «*It is true that some lengthy or roundabout processes are physically efficient. But so are some short processes. Lengthy processes are not physically efficient because they are long. Some, probably most, lengthy processes would be physically very inefficient, for there are such things as spoiling or wasting with time.*» Keynes. J. M., 1973, CW VII, p.214.

¹³⁰ F. A. Hayek, 2009, p.89.

¹³¹ N. Cachanosky, 2007, p.57

pasado) expresado en dinero que debe ser invertido en orden a obtener beneficios¹³². Como se observa no existe tanta distancia entre este concepto y las ideas más modernas de autores austriacos sobre el capital, entendiendo éste como el valor a precios de mercado de los bienes de capital, en el cual dichos bienes de capital no son más que etapas intermedias de cada proceso de acción subjetivamente consideradas por el actor. O como más recientemente sintetiza Cachanosky:

«El capital es un instrumento de cálculo, no una realidad física existente en algún depósito. La expresión monetaria de aquellos bienes necesarios para la satisfacción de necesidades en el futuro representa el capital. Es decir, un monto expresado en unidades monetarias, y será el punto de partida del cálculo económico»¹³³.

Siguiendo la estela de Menger, quien sin duda dedicó un esfuerzo ingente para dilucidar el problema del capital y la plusvalía fue Böhm-Bawerk cuando en 1890 publicó *Capital e Interés*. Éste unifica la teoría del valor con la teoría austriaca del capital en la que el tipo de interés era una derivada propia del análisis. El punto central era el rol del elemento tiempo desarrollando una teoría completa del proceso económico, aunque como nos aclara Hayek:

«This was not, of course, a new discovery of Bohm-Bawerk's, although he invented the term "round-about methods of production" and brought out the role of time in production much more clearly than anyone before him. The essential point was understood fairly well by most of the classical writers and it was particularly well formulated by N. W. Senior in the third of his "Four Elementary Propositions of the Science of Political-Economy (1836)", viz. "That the powers of Labour, and the other instruments which produce wealth, may be indefinitely increased by using their Products as a means of further Production"»¹³⁴.

La teoría del capital en los clásicos y austriacos explicaba no solo las causas de una mayor producción sino también una producción cualitativamente más eficiente que ofrecía mayores garantías a los consumidores. Como indicara Feito en su ensayo: “A través de este proceso producimos no sólo más casas sino casas más confortables, no

¹³² F. A. Hayek, 1934, p. 410

¹³³ Cachanosky N., 2007, p.54

¹³⁴ Hayek, 2009, p. 56

sólo más barcos sino barcos más seguros, no sólo más relojes sino relojes de mayor precisión”¹³⁵.

Aunque no exista una clara y pura delimitación geográfica exacta en el conocimiento, entre la escuela clásica anglosajona y la escuela clásica continental dos ideas se aproximan a la concepción que ronda en nuestras cabezas en la actualidad – dejando en principio la influencia de K. Marx de lado – sobre el capital. Por un lado, tenemos unos bienes durables que permiten producir otros bienes o productos finales. Por otra parte, la consideración de que el stock de capital no es una masa amorfa sino que tiene en cambio una estructura o finalidad definida, cuyo empleo aunque puede servir a diversas finalidades es siempre específico en el tiempo¹³⁶.

La distinción clásica entre capital fijo y circulante para Wicksell, Mises o Hayek no tiene cabida como tal sino que existen bienes de capital más o menos convertibles o adaptables a las condiciones de la producción¹³⁷. Como resalta Hayek, mencionando a Knight, el capital es una concepción orgánica integrada, aunque es necesario concebir una dimensión temporal de la estructura productiva real, capaz de ofrecer distintos productos finales en distintos momentos del tiempo; es una magnitud de recursos concretos en términos de costes relativos¹³⁸. Pero señalar que el capital o el stock de capital genera de por sí beneficios es pura majadería. El capital es un concepto praxeológico. Es un producto de la razón y su lugar está en la mente humana¹³⁹.

6.1 La “virtud” del ahorro.

El problema que deseaba reflejar la escuela austriaca, y en particular Hayek, radica en que existen una serie de recursos y factores escasos que pueden ser consumidos y empleados en múltiples actividades humanas en el tiempo. Desde este punto de vista, si, por ejemplo, un pueblo o comunidad consume de forma corriente continuamente

¹³⁵ Feito J.L., 1999, p. 15. [2008, p.60, nota 7].

¹³⁶ Hayek, 2009, p. 6.

¹³⁷ Mises L. von, 1996, pp. 503-505. [1995, pp. 600-603].

¹³⁸ Hayek, 2009, p. 7. «*Nor did it help much further when it was occasionally emphasised that capital was an "integrated organic conception", so long as such hints were not followed up by a careful analysis of the way in which the different parts were made to fit together.*».

¹³⁹ Mises L. von, 1996, p. 515. [1995, p. 614].

todo lo que produce y no separa parte de dichos recursos como un fondo de subsistencia o emplea parte de los mismos para desempeñar procesos más complejos en el tiempo, dicho pueblo se mantendrá en un nivel técnico de producción poco elaborado y su desarrollo como civilización se verá mermado. El ahorro de este modo es virtud, ya que permite acumular recursos que a su vez pueden ser empleados en procesos de producción más complejos. El ahorro de esta comunidad coincidirá tarde o temprano con la inversión. Esta idea también se corresponde con la desarrollada por los economistas clásicos. El ahorro es la forma amable de mostrar la función empresarial y del capital. “El capitalista es un agente económico cuya función es precisamente la de ahorrar, consume menos de lo que crea y produce, y facilita a sus empleados los medios de subsistencia necesarios para poder embarcarse en procesos complejos y dilatados en el tiempo”¹⁴⁰. Como respuesta a esta idea otras teorías consideraron clave, en cambio, la expropiación para entender dicho proceso de acumulación de capital¹⁴¹. El propio Keynes realizó un guiño a esta última hipótesis al señalar que hicieron mucho más por el origen del capitalismo los bucaneros y piratas que el comportamiento ascético de los monjes¹⁴².

En la visión austriaca la diferencia en el grado de riqueza entre naciones, pueblos o comunidades depende principalmente de la disposición de recursos previamente ahorrados para alcanzar objetivos más elevados. Dicho ahorro puede conseguirse

¹⁴⁰ Huerta de Soto J., 2008, p. 48.

¹⁴¹ «Tal vez el capitalista, versado en economía vulgar, diga que ha desembolsado su dinero con la intención de obtener del negocio más dinero del que invirtió. Pero el infierno está empedrado de buenas intenciones, y del mismo modo podía abrigar la de obtener dinero sin producir. El capitalista amenaza. No volverán a engañarle. En adelante comprará la mercancía, lista y terminada en el mercado, en vez de fabricarla por su cuenta. Pero, si todos los hermanos capitalistas hacen lo mismo ¿de dónde van a salir las mercancías, para que él se encuentre con ellas en el mercado? No va a comerse su dinero. El capitalista sermonea. Nos habla de su abstinencia. Dice que podía haberse gastado para su placer los 15 chelines, y en vez de hacerlo, los ha consumido productivamente, convirtiéndolos en hilado. Gracias a ello, tiene en sus manos hilado, en vez de tener remordimientos... El capitalista no cede...¿Quién sino él, el capitalista, le suministra la materia con la cual y en el cual materializa el obrero su trabajo? Y, como la inmensa mayoría de la sociedad está formada por descamisados de esos ¿no presta a la sociedad un servicio inapreciable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, y no se lo presta también a los mismos obreros, a quienes además por si fuese poco, les suministra los medios de vida necesarios? Y este servicio, ¿no ha de cobrarlo?...». Marx K., 1992, p.143.

¹⁴² Skideslsky R., 1992, p. 333.

mediante una restricción del consumo o, sin restringirse éste, a través de un aumento de la producción neta. Esta última se puede realizar de diversas maneras¹⁴³:

- a) Por haber mejorado las condiciones naturales.
- b) Por haberse mejorado o incrementado la productividad de los sistemas anteriormente empleados. Sin aumentar la inversión de bienes de capital.
- c) Al lograrse reducir los desórdenes institucionales perturbadores de la producción.

El tipo de interés, cuya función analizaremos más detalladamente en el capítulo 9, entendido de modo incompleto como “el precio relativo entre consumo de hoy y consumo de mañana sería el mecanismo fundamental que coordina los procesos de ahorro e inversión...”¹⁴⁴. Es necesario añadir que el tipo de interés no solo coordina las decisiones entre el consumo presente y el consumo futuro, sino que también relaciona procesos de ahorro e inversión y también acuerdos, contratos afectados por el factor tiempo como el que ocurre entre prestamistas y prestatarios. Es en este sentido que puede interpretarse precisamente al tipo de interés como el precio por el tiempo.

Bajo esta idea, al tratar Hayek el empleo de recursos en el tiempo distingue, en su definición de capital, los recursos permanentes y no permanentes (*non permanent*). Incluso para él recursos prácticamente indestructibles – *self perpetuating* –, como la mano de obra libre y el indestructible poder del suelo, se ven sometidos a la necesidad de una renovación y una preservación de sus cualidades¹⁴⁵. Por ello, para Hayek prácticamente todos los recursos que le interesan a la economía son no permanentes y el problema del capital radica justamente en el empleo de dichos recursos en el tiempo¹⁴⁶. Esta idea conecta con el papel clave jugado para Hayek por los precios y el tipo de interés en la coordinación de modo espontáneo de órdenes complejos.

Keynes, en cambio, ataca directamente que necesariamente un acto de ahorro implique un acto de consumo productivo o inversión. El ahorro puede deprimir, al reducir el consumo, la situación actual del estado de los negocios, y también puede

¹⁴³ Mises L. von, 1996, pp. 515-516. [1995, pp. 614-615]

¹⁴⁴ Feito, 1999, p. 13. [2008, p. 58]

¹⁴⁵ Hayek, 2009, pp. 50-51.

¹⁴⁶ Hayek, 2009, pp. 51-52.

deprimir las expectativas sobre el consumo futuro, al basarse éstas en la experiencia corriente¹⁴⁷.

Al respecto Hazlitt H. (1959) señala que en la única situación en la que esa conclusión de Keynes se puede justificar es que se dé un aumento del atesoramiento y exista rigidez en los precios y las tasas salariales¹⁴⁸. En definitiva, que se sumen rigideces institucionales y recursos ociosos.

La *T.G.* no era más que una teoría particular de situaciones anómalas que solo pueden ocurrir en circunstancias especiales. Hayek, como ya se ha visto, aclara, frente a esta idea de la economía de la abundancia de Keynes, que era una idealización la idea de “bienes libremente reproducibles” y lo más adecuado o preferible es una concepción más moderna que tiene en cuenta diversos grados de escasez¹⁴⁹. Un impulso de la demanda, por ejemplo del gasto público, altera el valor relativo no solo de los bienes y recursos implicados directamente sino también de aquellos involucrados indirectamente provocando, en consonancia con la Ley de Say, un efecto desplazamiento —*crowding out*— de la actividad de unos sectores hacia otros. En suma, una distorsión de la estructura económica real ajena a las decisiones y preferencias individuales.

La *T.G.* de Keynes anticipándose a estas críticas parte del supuesto de la existencia de recursos desempleados. Además en su obra anterior, el *Treatise*, había realizado un estudio detallado sobre las diversas formas en las que los individuos decidían ahorrar. Para Keynes el modo en que se ahorra, al existir opciones alternativas a la propiedad de bienes de capital reales como lo eran el dinero y las deudas, podía convertirse en un elemento perturbador, como bien lo sabían los clásicos, de los procesos económicos.

¹⁴⁷ Keynes. J. M., 1973, *CW VII*, p.211. Idea que en esencia no era novedosa ya que aparece en tratados clásicos (Cantillon, Thornton, J. S. Mill) y formaba parte de la concepción analítica de Cambridge (A. Marshall y Pigou).

¹⁴⁸ Hazlitt, 2007, p. 187.

¹⁴⁹ Esta cita ya indicada la volvemos a reproducir dada su importancia para la presente investigación: “*I should have thought that the abandonment of the sharp distinction between the ‘freely reproducible goods’ and goods of absolute scarcity and the substitution for this distinction of the concept of varying degrees of scarcity (according to the increasing costs of reproduction) was one of the major advances of modern economics. But Mr. Keynes evidently wishes us to return to the older way of thinking. This at any rate seems to be what his use of the concept of ‘bottlenecks’ means; a concept which seems to me to belong essentially to a naive early stage of economic thinking and the introduction of which into economic theory can hardly be regarded as an improvement*”. (F. A. Hayek, 2009, p.374)

«Nor do we avoid this conclusion by arguing that what the owner of wealth desires is not a given prospective yield but the best available prospective yield, so that an increased desire to own wealth reduces the prospective yield with which the producers of new investment have to be content. For this overlooks the fact that there is always an alternative to the ownership of real capital-assets, namely the ownership of money and debts; so that the prospective yield with which the producers of new investment have to be content cannot fall below the standard set by the current rate of interest. And the current rate of interest depends, as we have seen, not on the strength of the desire to hold wealth, but on the strengths of the desires to hold it in liquid and in illiquid forms respectively, coupled with the amount of the supply of wealth in the one form relatively to the supply of it in the other. If the reader still finds himself perplexed, let him ask himself why, the quantity of money being unchanged, a fresh act of saving should diminish the sum which it is desired to keep in liquid form at the existing rate of interest»¹⁵⁰.

Keynes de esta forma deseaba reflotar viejas controversias, de modo injusto, en torno a la Ley de Say y la teoría sobre el tipo de interés. Al rescatar del ostracismo teórico el atesoramiento y el papel del endeudamiento su intención en el fondo era indagar sobre la posibilidad de que el ahorro se convierta en un perturbador en lugar de ser el motor del progreso económico. Como sintetizara Schumpeter, y también de forma falsa respecto a las doctrinas clásicas, en su *Historia del Análisis Económico*:

«...la teoría de Turgot ha resultado casi inverosímilmente resistente. Es dudoso que A. Marshall la haya rebasado, y es seguro que no la superó J. S. Mill. Sin duda Böhm-Bawerk le añadió una rama nueva, pero en lo sustancial suscribió la tesis de Turgot...la gran mayoría de economistas no sólo engulló la teoría, sino que se tragó a la vez el anzuelo, el sedal y la plomada. Como si Law no hubiera existido (y como si no hubieran existido tampoco otros autores), un economista tras otro repitió que sólo el ahorro (voluntario) crea capital. Y un economista tras otro pasó tranquilamente, sin plantearse problemas, sobre aquel adverbio *'inmediately'*. Pero por benévolas que sean las interpretaciones que hoy se apliquen, eso equivaldría a decir que toda decisión de ahorrar coincide con una correspondiente decisión a invertir, de modo que el ahorro se transforma en capital (real) prácticamente sin tropiezo y de modo natural... No le hará falta al lector cansar mucho la imaginación

¹⁵⁰ Keynes. J. M., 1973, CW VII, pp.212-213.

para darse cuenta de la diferencia que habría supuesto para la historia de las doctrinas el que desde el primer momento se hubiera registrado la posibilidad – probabilidad en las situaciones depresivas – de obstáculos que pueden paralizar el mecanismo descrito por Turgot y hacer que el ahorro se convierta en un perturbador del proceso económico, o sea, posiblemente en un destructor, en vez de un creador, de aparato industrial. Esa admisión habría quebrado la punta de los ataques modernos a la teoría, y habría hecho de ésta un análisis más eficaz incluso de la situación para la cual es completamente verdadera. La negativa a reconocer el hecho es poco disculpable, pues sus elementos se encontraban ya en economistas anteriores y en contemporáneos, especialmente en los *Maximes* de Quesnay»¹⁵¹.

Sobre este punto, lo que deseaba prevenir Hayek, con una visión más amplia sobre la Ley de Say, es que si bien el principio de estímulo a la demanda, bajo ciertas hipótesis o circunstancias monetarias, puede generar los resultados esperados dicho estímulo conduce a la larga a distorsiones de mayor importancia en la estructura económica real¹⁵².

6.2 Conclusiones sobre la teoría del capital.

La idea principal del presente capítulo será completada al abordar en los capítulos siguientes los debates en torno a la Ley de Say y el principio de demanda efectiva en Keynes. Estudiando asimismo el paro involuntario de Keynes como un caso especial de incumplimiento de la Ley de Say. Pero el marco general del debate teórico o económico entre Hayek y Keynes no estará definido hasta que se introduzca el papel del tipo de interés y el funcionamiento de los mercados organizados en el mismo.

En el debate sobre el capital y el papel del ahorro se observa una vez más cómo Hayek se ampara en los desarrollos de la teoría tradicional, clásica y marginalista para resaltar el papel fundamental que juegan los mercados en la conformación de un orden complejo y espontáneo. La intromisión y privilegios que pudiera sufrir el mercado

¹⁵¹ Schumpeter J.A., 1994, pp. 377-378.

¹⁵² Hayek, 2009, pp. 5-12.

respecto a un hipotético funcionamiento libre del mismo conducen a la larga a mayores distorsiones y frustraciones de las expectativas.

Keynes a diferencia de Hayek se centra en el elemento perturbador que produce el ahorro, aunque su conocimiento acerca de las doctrinas clásicas es poco preciso. Pero para ser justos con Keynes y la visión global de su obra es necesario que profundicemos, como hemos dicho, en los matices particulares sobre el funcionamiento de cada mercado.

Capítulo 7.

Dilucidaciones en torno a la Ley de Say.

De la sabiduría recibida a través de las leyes clásicas la Ley de Say ha logrado sobrevivir a las transformaciones críticas de nuestra ciencia, mientras que no ha corrido la misma suerte la teoría clásica del valor. Sin embargo, y paradójicamente, la Ley del valor clásica inspiró en gran medida, a través de Hume, los Fisiócratas y Adam Smith, a la Ley de Say y en este sentido se puede afirmar que dicha ley es en parte una consecuencia del desarrollo de la teoría clásica del valor. Por ello es menos importante si fue el mismo Say el primero en desarrollarla o que él fuese consciente de su versión más completa¹⁵³.

Dicha Ley es una refutación a las diversas teorías del subconsumo que arreciaron ansiosas por demostrar que la realización de un beneficio por encima de los costes de producción dependía de las condiciones de la demanda¹⁵⁴. Para Hayek, como otros tantos autores, la versión keynesiana, aunque centrándose en el papel de la inversión sobre el principio de la demanda efectiva, no es más que la misma falacia bajo un nuevo ropaje. La cuestión, no obstante, que nos ocupa demostrar en el presente capítulo es que en Keynes básicamente el incumplimiento de la Ley de Say ocurre bajo el propio mecanismo de mercado mientras que en Hayek y las vertientes austriacas justamente la Ley de Say así como su incumplimiento es una demostración clara de todas las interferencias e intromisiones que sufre el mercado para que éste pueda

¹⁵³ «Certainly Say did not fully understand "the law of markets" which, I think, he regarded as accepted doctrine and not as his discovery. That is, I suggest, why James Mill did not refer to Say's chapter on markets in his *Commerce Defended* (a most impressive exposition of the "law"), while Say, in his second edition, did not mention James Mill's contribution which had appeared in between. Both were explaining what they believed to be unchallengeable. Both attempted to convey to the business world, to governments and to students what the economists had learned from the Physiocrats, Hume and Adam Smith. Schumpeter was by no means anti-Say, in spite of the harshness with which he treated him. Properly formulated, he said, Say's law is true, and "neither trivial nor unimportant." But he thought that its main importance arose from its "negative" demonstration that general "restrictions of output" were no cure for crisis or depression. Such phenomena were "never to be causally explained solely by everybody's having produced too much." This is, of course, a significant implication of the "law." But if the arguments I shall be developing in this book are valid, Schumpeter disclosed that, just like Say, he did not fully understand the "law of markets."». Hutt W. H., 1974, pp. 4-5.

¹⁵⁴ Meek R. L., 1951, p. 230.

operar de forma adecuada y que impiden a dicho mecanismo satisfacer las distintas voluntades contractuales y necesidades. Con esto último no se desea indicar que la satisfacción de dichas voluntades implique ni un mayor nivel de felicidad ni necesariamente un mayor bienestar ni nada por el estilo; es simplemente el mecanismo que permite a los individuos servir a sus semejantes de forma más adecuada aunque sus resultados no tienen que ser inevitablemente neutrales ni tampoco justos para los actores que en él interactúan.

7.1 Antecedentes sobre el debate.

Desde antaño una de las preocupaciones esenciales de la economía ha sido, por un lado, las causas de la generación de riqueza y bienestar; y por otro entender los fenómenos que podían paralizar o perturbar el flujo normal de la vida económica. Al respecto, los mercantilistas, como los fisiócratas y los economistas clásicos se preocuparon por entender tanto las causas que podían acrecentar la acumulación de capital como las que podían impedir el fluir continuo de dicho proceso.

Retrocediendo a los siglos XVII y XVIII, los principales exponentes de la escuela mercantilista, en particular la tardía, enfatizan la balanza comercial favorable como fuente de riqueza, resaltan positivamente el consumo, aunque solo de aquellas mercancías producidas en el Reino, y condenan la frugalidad y el ahorro, entendiéndolo como un drenaje de dinero en circulación. Keynes empleó, de modo ahistórico¹⁵⁵, algunas doctrinas del mercantilismo para justificar su propia posición, así por ejemplo en el capítulo 23 de la *T.G.* toma la siguiente cita de N. Barbon en *Discourse of Trade* (1690):

«La prodigalidad es un vicio, perjudicial al hombre pero no al comercio...la avaricia es un vicio, perjudicial tanto al hombre como al comercio»¹⁵⁶.

¹⁵⁵ Véase la crítica a Keynes del libro de Blaug (1962), ya que a los mercantilistas les preocupaba la riqueza del Reino y no tanto las de sus vasallos como parecía sugerir la idea de Keynes.

¹⁵⁶ J. M. Keynes (1973), *CW VII*, p.359. En el original: “*Prodigality is a Vice that is prejudicial to the man, but not to Trade. Moreover, covetousness is no longer considered a deadly sin, but an economic problem...prejudicial both to man & Trade.. it starves the Man and breaks the Trader... a Conspiracy of*

Keynes contempla con agrado las doctrinas mercantilistas porque ven en el comercio la fuente de la acumulación del capital. El atesoramiento, no el ahorro, es condenable al retirar dinero en circulación. Se inician pues los primeros análisis que conectan la balanza comercial con el tipo de interés. La preocupación por el consumo es indirecta, las masas de la población son fundamentalmente un recurso productivo y el grueso de estas ideas apuntan a mejorar la posición competitiva por medio de bajos salarios y mano de obra barata.

En el caso de los Fisiócratas, los métodos de producción más avanzados de la época se habían aplicado con éxito en el ámbito agrícola. Por otra parte, la estructura social de la Francia del siglo XVIII estimulaba, en la manufactura, la producción de artículos de lujo. Bajo estas circunstancias resultaba lógico que la productividad agrícola y la reinversión de los excedentes “*produit net*” en el sector agropecuario constituían la base de un empleo más eficiente de los recursos para acrecentar la riqueza nacional. Las sugerencias de aquéllos sobre reglas administrativas y preceptos morales se ajustaban más adecuadamente al aumento del valor monetario de la producción agrícola, y en segundo término un equilibrio adecuado entre el gasto productivo e improductivo¹⁵⁷. La *théorie du luxe* condenaba activamente el gasto suntuario ya que desviaba recursos que podían ser invertidos en la actividad agrícola¹⁵⁸.

the Rich Men to be Covetous, and not spend, would be as dangerous to a Trading State, as a Foreign War ... they would make the Nation poor”. Barbon, N. 1903, p. 32.

¹⁵⁷ «...the Physiocrats were primarily interested in the problem of the maximisation of the rate of increase in national wealth. The prosperity of the country, they believed, depended to a large extent upon the size of the <<disposable revenue>>, or surplus over paid-out costs of production, which was yielded in agriculture, and upon the proportion of this net revenue which was annually converted into capital. The Physiocratic theory of consumption was directly related to this fundamental view of the economic problem. In essence, it amounted to a set of administrative rules and moral precepts designed, first, to assist in increasing the monetary value of the produce of agriculture, and second, to bring about a proper balance between productive and unproductive expenditure out of the *produit net*». Meek R. L., 1951, 230.

¹⁵⁸ «But some kinds of conspicuous consumption are to be preferred to others, and a further distinction has to be made between *faste de consommation* and *faste de décoration*. Generally speaking, the former is to be preferred to the latter. *Faste de consommation*-the conspicuous consumption of primary produce-is healthy in so far as it helps to increase the *bon prix*. *Faste de décoration*-the conspicuous consumption of manufactured products-is less healthy, since, although the expenditure ultimately finds its way back to the productive classes, it does so burdened with all sorts of commercial costs. A hierarchy of permissible expenditure out of the *produit net* was thus erected. The most admirable type of expenditure was, of course, capital investment in agriculture. Until a state of capital saturation in agriculture is reached, as much as possible of the *produit net* should be spent in improving the land. And when agriculture is *dégradée*, *faste de décoration* is little better than a theft

Sin embargo, se podría aseverar que, al centrar su preocupación en la maximización de la tasa de crecimiento de la riqueza nacional, el servicio prestado por los fisiócratas a A. Smith y sus sucesores resultó mayor que a los diversos teóricos del subconsumo de finales del siglo XVIII y del XIX¹⁵⁹. No obstante, al realizar una analogía del funcionamiento de la economía con los órganos y vasos sanguíneos comunicantes del cuerpo humano, ideas que se desarrollaron a partir del *Tableau* de Quesnay, cualquier perturbación o distorsión de los procesos reproductivos podía tener consecuencias significativas en el funcionamiento del sistema. Así, por ejemplo, el ahorro estéril (*des épargnes stériles*) es nocivo ya que interrumpe el fluir de la actividad económica. Innegablemente la concepción de la economía como un proceso de circulación y reproducción que puede sufrir interrupciones o desajustes será uno de los fundamentos sobre los que se apoyó la economía clásica.

Cabe destacar a *Mercier de la Rivière* que, en *L'Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1767), desarrolló alguna de las ideas que luego serían reelaboradas por A. Smith, James Mill y J.B. Say, de un sistema económico constituido por demandas recíprocas¹⁶⁰. Todo comprador era al mismo tiempo un vendedor y viceversa. El dinero no era más que un medio de intercambio, no una fuente de riqueza. Todas estas nociones en línea con la filosofía de los Fisiócratas en Francia y las reacciones contra el mercantilismo de la literatura anglosajona de la época. Pero, por otra parte, señalaba que el “consumo es la medida de la reproducción”, entendida como aquella demanda a un precio suficiente que permita cubrir los costes de producción. Si la mercancía no sale de la esfera de la circulación, es decir no se vende, no se consume, la producción

from society. The next most patriotic type of expenditure is faste de consommation, which should be so directed as to return their wealth to the productive classes as quickly as possible, and as little as possible burdened with incidental expenses. Thirdly, there is faste de décoration, when this does not constitute luxe».Meek, 1951, 234.

¹⁵⁹ «*The theorie du. luxe, with its distinction between productive and unproductive expenditure out of revenue, was much more useful to Smith and Ricardo than it was to the under-consumptionists. And from the theory of the bon prix the under-consumptionists could garner little except a few rather vague aphorisms concerning the stimulating power of increased consumption -aphorisms which the English under-consumptionists could have found (and sometimes did find) much nearer home*».R. L. Meek, 1951, 235.

¹⁶⁰ La terminología de demanda recíproca fue analizada detalladamente por J. S. Mill en sus Principios de Economía Política en la teoría del comercio internacional, siendo su intención no tanto explicar las causas por las que es beneficioso para dos economías intercambiar, elemento ya explicado por D. Ricardo, sino en qué proporción se llevaría a cabo tal intercambio.(Mill J. S., 1885, pp. 319, 332,447,455-468)

se paraliza, su utilidad se degrada y pierde su valor, y la reproducción no puede desarrollarse a una escala ampliada. Es sobre esta última idea que tanto J.B. Say como James Mill —padre de John Stuart Mill—, acorde con la vertiente clásica de Turgot-Smith, atacaron esta idea de Mercier de la Rivière como otras del subconsumo que obviaban la inversión como un tipo de consumo que permitía también aumentar el crecimiento económico¹⁶¹.

En la filosofía moral de A. Smith el hombre frugal “*parsimonious man*” es un bienhechor público cuya acción enriquece a la nación mientras que el derrochador es un enemigo del pueblo. No obstante, su amplia y profunda visión de la realidad le permitieron no llevar al extremo este razonamiento, percibiendo que es necesaria una cierta armonía entre el ritmo de acumulación, la producción y el consumo, siendo este último “*the sole end and purpose of all production*”¹⁶². Así, observaba Smith en el libro I, Cap VII de la *Riqueza de las Naciones* (1776) que debería existir un cierto equilibrio natural entre lo que se produce y lo que se demanda efectivamente:

«*The quantity of every commodity brought to market naturally suits itself to the effectual demand. It is the interest of all those who employ their land, labour, or stock, in bringing any commodity to market, that the quantity never should exceed the effectual demand; and it is the interest of all other people that it never should fall short of that demand*»¹⁶³.

Dicho postulado de estabilidad clásico sitúa el principio de demanda efectiva en el mecanismo de coordinación individual, lo cual no niega que el mismo actúe con fricciones y retardos. En este sentido, se toma el equilibrio como una tendencia natural no como una posición estática o una meta a la que se tiene que llegar.

La demanda efectiva, a diferencia de la demanda absoluta, abarca el principio que el pago total de los factores productivos, en este caso la renta, el salario, y los beneficios, empleados para producir un volumen o valor del producto son necesariamente suficientes para adquirir dicho volumen o valor del producto:

¹⁶¹ Para un análisis algo más extenso véase Sowell T. (1974), pp. 36-38.

¹⁶² Meek R. L., 1951, p. 238.

¹⁶³ Smith A., 1976, pp. 64-65.

«The market price of every particular commodity is regulated by the proportion between the quantity which is actually brought to market, and the demand of those who are willing to pay the natural price of the commodity, or the whole value of the rent, labour, and profit, which must be paid in order to bring it thither. Such people may be called the effectual demanders, and their demand the effectual demand; since it may be sufficient to effectuate the bringing of the commodity to market. It is different from the absolute demand. A very poor man may be said in some sense to have a demand for a coach and six; he might like to have it; but his demand is not an effectual demand, as the commodity can never be brought to market in order to satisfy it»¹⁶⁴.

El poder en Smith es poder de compra como lo hizo saber a Hobbes¹⁶⁵. Dicho poder no se adquiere únicamente por la capacidad de producir ni por un empleo eficaz de los recursos, ya que dicho poder puede simplemente heredarse. No obstante el empleo o inversión fructíferos de esos recursos puede acrecentar dicho poder en lugar de reducirlo si en su lugar se consumiera improductivamente. Además, en dicho análisis el atesoramiento prácticamente no tiene cabida salvo como fenómeno patológico. Aquella porción de las rentas que en un año eran ahorradas serían consumidas casi tan inmediatamente como aquella parte destinada al consumo¹⁶⁶.

«That portion which he annually saves, as for the sake of the profit it is immediately employed as a capital, is consumed in the same manner, and nearly in the same time too, but by a different set of people, by labourers, manufacturers, and artificers, who reproduce with a profit the value of their annual consumption»¹⁶⁷.

¹⁶⁴ Smith A., 1976, p. 63.

¹⁶⁵ *“Wealth, as Mr. Hobbes says, is power. But the person who either acquires, or succeeds to a great fortune, does not necessarily acquire or succeed to any political power, either civil or military. His fortune may, perhaps, afford him the means of acquiring both, but the mere possession of that fortune does not necessarily convey to him either. The power which that possession immediately and directly conveys to him, is the power of purchasing; a certain command over all the labour, or over all the produce of labour which is then in the market. His fortune is greater or less, precisely in proportion to the extent of this power; or to the quantity either of other men's labour, or, what is the same thing, of the produce of other men's labour, which it enables him to purchase or command. The exchangeable value of everything must always be precisely equal to the extent of this power which it conveys to its owner”.* Smith A., 1976, p. 35.

¹⁶⁶ Sin embargo, señala Keynes: “Hasta el mismo Adam Smith era extraordinariamente parco en su actitud hacia las leyes sobre la usura; porque comprendía perfectamente que los ahorros individuales pueden ser absorbidos, bien por la inversión o por las deudas, y que no hay seguridad de que encuentren salida en la primera”. Keynes J. M., CW VII, 1973, p. 352.

¹⁶⁷ Smith A., 1976, p. 359.

Ahora bien, es necesario aclarar que nunca en el análisis clásico el poder de demandar “*power to demand*” implica, como el “*nearly*” sugiere, la disposición inmediata a hacerlo “*willingness to demand*”¹⁶⁸.

Este teorema, que se denomina de Turgot-Smith¹⁶⁹, llegaría hasta nosotros a través de sus discípulos; como por ejemplo James Mill, quien en *Commerce Defended* (1808) señalaba:

«No man, if he can help it, will let any part of his property lie useless and run to waste. Nothing is more clear, than that the self-interest of men, ever has impelled and ever will impel them, with some very trifling exceptions, to use every particle of property which accrues to them, either for the purpose of immediate gratification, or of future profit. That part, however, which is destined for future profit, is just as completely consumed, as that which is destined for immediate gratification»¹⁷⁰.

o como lo señaló su propio hijo J. S. Mill en *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, escrito en 1829 y publicados posteriormente en el año 1844:

«La persona que ahorra su renta no es menos consumidora que la que lo gasta: la consume de un modo diferente...Pero de los dos tipos de consumo, reproductivo e improductivo, sólo el primero incrementa la riqueza nacional, mientras que el segundo la menoscaba»¹⁷¹.

Y también con la elegancia que caracterizaba a A. Marshall señalaba en *The Pure Theory of Domestic Values* (1879):

«Es un axioma económico conocido el de que un hombre compra tanto trabajo y mercancías con aquella porción de su ingreso que ahorra como la que compra con aquella otra que dice que gasta»¹⁷².

¹⁶⁸ «Say's law implies that all outputs constitute "power to demand," in the sense of "power to supply by valuing inputs and outputs at money's worth." Now it may be objected that "power to demand" in this sense does not mean "willingness to demand"». Hutt W., 1974, p. 26

¹⁶⁹ Tal como lo definiera Schumpeter (1954).

¹⁷⁰ James Mill fue el padre biológico y tutor de John Stuart Mill quien como veremos más adelante desarrollará una versión muy completa sobre la Ley de Say. (J. Mill, 2006, p.5).

¹⁷¹ J. S. Mill, 1997, pp. 72-73.

¹⁷² Marshall A., 1974, p.34. Reproducido también por J. M. Keynes, 1973, CW VII, p. 19. La cita en castellano pertenece a la obra traducida de Robinson J., 1968, p.65.

Dicho axioma encontraría las primeras reacciones elaboradas que intentaban mostrar las limitaciones a la acumulación de capital. El fisiócrata German Garnier, traductor francés de la obra de Adam Smith, en *Abrégé des Principes d'Economie Politique* (1796) disentía frente a esta impresión, ya que si bien la riqueza individual podía verse favorecida por el ahorro no así la riqueza de la nación, la cual dependía mayormente de la expansión del consumo, en línea con lo mencionado por Mercier de la Rivière. Igualmente Lord Lauderdale, en *An Inquiry into the Nature and Origin of Public Wealth, and into the means and causes of its increase* (1804) objetaba el énfasis depositado en la frugalidad para ampliar la acumulación sin prácticamente ningún límite y desarrollaría una de las primeras teorías acerca de la sobreproducción tecnológica. Su argumento no negaba que las mejoras tecnológicas podían incrementar el nivel de equilibrio de la rentabilidad de las inversiones en el tiempo. Pero, añadía, dado un nivel de tecnología y gustos en un momento específico del tiempo existe un límite para la sustentabilidad rentable de la inversión. Es de destacar que dicha forma de razonar fue utilizada en parte por las teorías que se emplearon para comprender las causas de la gran depresión de los años 30'. Es decir, que un volumen considerable de la inversión se orientó hacia sectores que no presentaron mejoras tecnológicas sustanciales, como por ejemplo el automotriz o el inmobiliario, provocando un descenso en los rendimientos de los mismos que terminó por extenderse de forma perjudicial al resto de la economía. No menos alejada de dicha hipótesis se encuentran los desarrollos de algunos teóricos marxistas para explicar las crisis a través de las variaciones en la composición orgánica del capital (en términos neoclásicos un aumento en la proporción de empleo de capital respecto a la mano de obra) y el descenso de la tasa de beneficio.

7.2. La Ley de Say frente a las teorías del subconsumo.

La Ley de Say es un principio económico fundamental, que, aunque atribuido a Jean Baptiste Say, pudo ser enunciado con anterioridad por economistas de la escuela fisiócrata: que la «oferta en general» y la «demanda en general» son diferentes aspectos de un mismo fenómeno. Posiblemente haya sido el propio Keynes quien

empleó por primera vez una descripción de la Ley de Say siendo ésta la formulación que nos resulta más familiar: “la oferta crea su propia demanda”¹⁷³. Sin embargo, como se verá, esta acepción es “equivoca y deficiente por cuanto conduce directamente a la falsedad de que la oferta de cada bien o mercancía crea la demanda de dicha mercancía y, por tanto, no es posible el desequilibrio. De hecho no es esa la forma en como expresaron la Ley ni Say, ni James Mill, ni los clásicos en general. Lo que la Ley realmente dice es que la oferta que cada uno hacemos por nuestra parte de un bien (por ejemplo, trabajo o capital humano) constituye – mejor que crea- la demanda de cualquier cosa o bien que el oferente se proponga a adquirir, pudiendo – por supuesto-, en el marco de una economía monetaria, aferrarse (el oferente) al dinero, es decir, demandar dinero en lugar de otros bienes y servicios”¹⁷⁴.

A principios de siglo XIX se sucede una serie de disputas en torno a la figura y papel desempeñado por los terratenientes en cuanto a la optimización de la tasa de creación de riqueza nacional. Los fisiócratas como habíamos visto consideraban la tierra el maná que otorgaba valor a las mercancías y, por tanto, el ingreso total de un país dependía de los frutos que ésta generaba. En este sentido, surgirán algunas posiciones que fundamentadas en dicho argumento harán depender el enriquecimiento de las clases ajenas a la producción agrícola —léase hacedores de manufacturas y comerciantes— del consumo de los poseedores de las rentas del sector agrícola. Frente a esta concepción surge el *Commerce Defended* de James Mill, en 1808, quien aboga por una visión más amplia o *smithiana* sobre la creación de riqueza y el papel desempeñado por los individuos en incrementar el poder de compra y la imposibilidad teórica de una plétora general de bienes¹⁷⁵. A este respecto, también se considera que

¹⁷³ «I believe that Keynes (*General Theory*, p. 18) was the first to use this phrase. It has been repeated in these very words by virtually all other economists who have since referred to Say's law. Even erudite and careful historians of economic thought repeat Keynes' words, e.g., Schumpeter, Mark Blaug and Tom Sowell, the latter opening his essay with Keynes' summary of the law and subsequently using the phrase several times. But I cannot trace its ever having been used before Keynes. Sowell refers to it as a "familiar assertion," which he admits is not a "direct quotation" from Say or James Mill. Leijonhufvud uses it in quotation marks without attributing it to Keynes». Hutt W., 1974, p. 3.

¹⁷⁴ Méndez Ibisate, 2014, p. 25, nota 12.

¹⁷⁵ Entre los pasajes destacados del *Commerce Defended* en su crítica a W. Spencer podemos destacar los siguientes:

«..It is founded, we see, upon the assumption that land is the only source of wealth; a position which we have found to be altogether untenable. Both manufactures and commerce are sources, and important sources of wealth; therefore the landed proprietors are not the original owners of the whole, nor of

la Ley de Say perfectamente se podría denominar la Ley de Mill, como señala G. Reisman:

«Whether or not Mill arrived at his version of Say's Law independently of Say is unimportant. What is important is that his is by far the more consistent, the more forceful, and the clearer version»¹⁷⁶.

Puede que tanto Lord Lauderdale como W. Spencer estuvieran muy cerca de desarrollar una tesis más o menos coherente sobre el subconsumo¹⁷⁷ pero será T. R. Malthus, el “primer economista de Cambridge” como le llamara J. M. Keynes, uno de los pioneros en desarrollar una teoría endógena sobre las crisis económicas, donde la acumulación de capital conducía inevitablemente a un estancamiento secular¹⁷⁸.

La peculiaridad de Malthus radica en que su rechazo a la Ley de Say se basa justamente en aceptar el teorema de Turgot-Smith pero negando que el ahorro contribuya a la prosperidad de la nación sin fricciones. De esta forma, abrió una puerta de desentendimiento frente a los principales defensores de la frugalidad como una fuente de bonanza económica, tal y como fue el caso de J.B. Say, James Mill y David Ricardo.

Malthus, al igual que el resto de economistas británicos clásicos, pensaba que todo el ahorro tendía a canalizarse hacia la inversión, el atesoramiento no era más que una atrofia en el funcionamiento del sistema. Por tanto, lo que básicamente quería demostrar era el problema de la sobreinversión, esto es, que la realización de los beneficios —a un precio que excediera los costes de producción— dependía de las condiciones de la demanda efectiva, la cual tendía a ser inevitablemente insuficiente¹⁷⁹. Cada cierto

nearly the whole, annual revenue of the country. The foundation of Mr. Spence's doctrine being thus removed, the superstructure of necessity falls to the ground.” (J. Mill 2006, 4) «But if a nation's power of purchasing is exactly measured by its annual produce, as it undoubtedly is; the more you increase the annual produce, the more by that very act you extend the national market, the power of purchasing and the actual purchases of the nation».(J. Mill 2006, 8-9) «It may be necessary, however, to remark, that a nation may easily have more than enough of any one commodity, though she can never have more than enough of commodities in general».(J. Mill 2006, p. 10)

¹⁷⁶ Reisman G., 2006, p. 3.

¹⁷⁷ R. L. Meek, 1951, p. 239.

¹⁷⁸ M. Blaug, 1989, p. 217.

¹⁷⁹ «The context shows clearly that Sismondj, like Malthus, was anxious to use the distinction as the basis for a demonstration that the realisation of a surplus over cost was largely dependent upon the conditions of demand». Meek, 1951, p. 230.

tiempo los costes de producción tenderían a superar el precio al que puede realizarse la mercancía desvaneciéndose por algún tiempo el móvil de la producción, lo que interrumpiría el proceso de crecimiento económico.

Por ello la distribución, coincidiendo en este punto con D. Ricardo, era la clave para comprender los móviles que impulsaban una producción continuada. La diferencia entre Ricardo y Malthus justamente obedecía al papel que cada uno le otorgaba a la acumulación de capital. Así, en la correspondencia entre Malthus y Ricardo del 7 de julio de 1821, recopilado por P. Sraffa y cuyas cartas fueron reproducidas por J. M. Keynes en sus *Essays in Biography* (1933), Malthus le indicaba a Ricardo que:

«En cualquier parte del mundo vemos vastos poderes productivos que no se ponen en actividad y explico este fenómeno diciendo que la falta de una distribución adecuada del producto actual priva de los móviles necesarios para la producción continuada. Por investigación de las causas inmediatas del progreso de la riqueza quiero, sin duda, referirme a una investigación dirigida principalmente hacia los móviles. En modo alguno quiero negar que unas u otras personas tenga el derecho de consumir todo lo que se produce; pero la gran cuestión está en si se distribuye de tal manera entre las diferentes partes interesadas, que ocasione la mayor demanda efectiva para la producción futura. Y yo mantengo expresamente que un intento de acumular muy rápidamente, lo que a la fuerza supone una considerable disminución del consumo productivo, debe frenar prematuramente el progreso de la riqueza por debilitar mucho los móviles usuales de la producción. Ésta es sin duda la gran cuestión práctica, y no la de si debemos llamar plétora a la situación de estancamiento que así se ocasionaría, lo que sería cosa de importancia muy subordinada»¹⁸⁰.

Esto le valió a Malthus la consideración lapidaria, aunque no necesariamente justa de reaccionario por apelar a una clase solvente que consumiera sin lanzar productos al mercado. En otras palabras “consumidores improductivos”, que facilitasen así la armonía entre la acumulación de capital y la demanda efectiva. Como sintetizará años más tardes Karl Marx el pensamiento de Malthus implicaba una:

¹⁸⁰ Keynes J. M., 2000, pp. 39-40.

«...apología de la situación inglesa existente, landlordism, state and church, pensioners, tax-gatherers, tenths, national debt, stock-jobbers, beadles, parsons and menial servants»¹⁸¹.

No obstante, y siendo más fieles al pensamiento de Malthus, su idea sobre este tema era principalmente una reacción frente a la noción del hombre frugal como un bienhechor del progreso de la nación sin límites. Al respecto, el propio Ricardo admite en los *Principios de Economía Política* (1817) la posibilidad de situaciones extremas y temporales donde la oferta agregada no coincida con la demanda agregada:

«Si todos los individuos pudieran pasarse [vivir] sin artículos de lujo y se dedicarían solamente a la acumulación, se produciría una cantidad de bienes de primera necesidad para los que no habría consumo inmediato. Indudablemente de bienes tan limitados en número habrá una saturación universal y, por consiguiente, ni habrá demanda para una cantidad adicional de tales bienes ni beneficios por el empleo de más capital. Si los hombres dejaran de consumir, dejarían de producir. Admitir esto no invalida el principio general»¹⁸².

En cuanto al debate entre Ricardo y Malthus, como señalara Blaug:

«El debate surgido entre Ricardo y Malthus sobre la posibilidad de saturaciones generales nunca habría causado tanta confusión si, ambos participantes, hubiesen aclarado lo que realmente implicaba para ellos la ley de Say»¹⁸³.

En este sentido, en una carta fechada el 24 de enero de 1817 Ricardo le escribió a Malthus:

«Me parece que una gran causa de nuestra diferencia de opinión sobre la materia que tan a menudo hemos discutido está en que usted siempre tiene en mente los efectos temporales e inmediatos de las variaciones particulares, mientras que yo aparto por entero estos efectos temporales e inmediatos y fijo toda mi atención en el permanente estado de cosas que resultará de ellos. Quizá usted da demasiada

¹⁸¹ Marx K., 1989, III, p. 41.

¹⁸² La palabra entre corchetes no figura en la traducción original, es una aclaración que yo considero conveniente. Ricardo, D., 2003, p. 238.

¹⁸³ Blaug M., 1989, p. 229.

importancia a estos efectos temporales, mientras que yo me inclino muy demasiado a menospreciarlos...»¹⁸⁴.

Pero para Malthus “la cuestión de una saturación [...] consiste sólo en saber si puede ser general, tanto como particular, y no en saber si puede ser permanente tanto como temporal”. En suma, las saturaciones generales son posibles, pero todas las saturaciones, ya sean generales o parciales, tienen un carácter temporal. Si tomamos en serio tales observaciones ocasionales e interpretamos generosamente que Malthus trataba de elaborar una teoría dinámica de la tasa óptima de ahorro, podemos admitir que sus ataques a la Ley de Say son una embestida contra la doctrina *smithiana* de que el aumento del ahorro promueve necesariamente la tasa de crecimiento de una economía¹⁸⁵.

J. M. Keynes quiso respaldar su particular rechazo de la Ley de Say en figuras como Malthus, lo que en realidad era un rechazo a la identidad de Say, es decir que no existía ningún obstáculo para el equilibrio de todos los mercados y el pleno empleo. Así en el ensayo sobre Malthus celebra:

«¡Si Malthus y no Ricardo hubieran sido el trono del que brotó la ciencia económica del siglo XIX, cuánto más sabio y rico sería hoy el mundo!»¹⁸⁶.

Pero existe un gran abismo entre el análisis de Malthus y el de Keynes sobre esta cuestión, ya que en este último el problema fundamental de la economía política obedecía a la comprensión de los motivos que inducían a la inversión mientras que en Malthus lo preocupante era la insuficiencia de consumo producto de un exceso de ahorro que se traducía en un volumen de inversión no adecuado para dicho nivel de consumo. Así, para Keynes, la inversión pública era una solución que estimulaba al crecimiento cuando las expectativas estaban deprimidas y existían recursos ociosos. En Malthus, en cambio, las obras públicas y el efecto redistributivo del sistema tributario tenía como principal objeto absorber el ahorro, o lo que es lo mismo, retraer inversión productiva, para evitar una sobreinversión que estuviera fuera de sintonía respecto a la demanda efectiva.

¹⁸⁴ Keynes J. M., 2000, p. 37.

¹⁸⁵ Blaug M., 1989, p. 228.

¹⁸⁶ Keynes J. M., 2000, p. 41

Lo que sí le terminó por recriminar Keynes a Malthus es haber olvidado:

«...completamente el papel jugado por los tipos de interés. Hace 20 años hubiera replicado a Malthus que el estado de la economía por él imaginado no podría darse, a menos que el tipo de interés cayese antes a cero. Malthus, como de costumbre, percibía lo que era cierto; más para comprender completamente por qué estaba en lo cierto es necesario explicar cómo un exceso de frugalidad no trae consigo la reducción a cero del tipo de interés»¹⁸⁷.

En suma, lo que le echaba en cara Keynes a Malthus era la falta de una teoría sobre la demanda de dinero.

Para situar correctamente la Ley de Say en el esquema del pensamiento clásico, el cual admite la posibilidad de crisis generalizadas y recursos ociosos, es necesario traer a colación los ensayos escritos por un jovencísimo J. S. Mill, hijo del mencionado James Mill, entre los años 1829 y 1830 que como señala Carlos Rodríguez Braun:

«...son páginas tan notables que el autor habría ganado gracias a ellas un sitio en el podio de economistas ilustres aunque no hubiese escrito nada más. Sin embargo, su publicación no fue fácil. Mill no consiguió editor entonces [...] sólo fueron aceptados en 1844, después de que el autor hubiese cosechado un gran éxito con su *Sistema de la Lógica* en 1843»¹⁸⁸.

En el segundo de estos ensayos, titulado “La influencia del consumo sobre la producción”, J. S. Mill ataca la falacia subconsumista dado que puede existir al mismo tiempo un exceso de oferta de bienes o bien de dinero. Asimismo, aclara las falsas analogías que se forman en la cabeza de los individuos en una sociedad compleja así como el hiato que se puede producir entre las ventas y las compras al introducir el dinero.

Básicamente considera una falacia el argumento de que todos los productores pueden verse sumidos en la miseria al acumular capital demasiado rápido provocando un excedente de productos frente a una demanda efectiva insuficiente. Supone que

¹⁸⁷ Keynes J. M., 2000, p. 44

¹⁸⁸ En la introducción del libro de Mill J. (1844, p. 7) realizada por Rodríguez Braun C. (1997).

nada ha sido más pernicioso que la “importancia atribuida al consumo” y el considerar como condiciones fundamentales de la prosperidad una amplia demanda, una circulación activa, un fuerte desembolso de dinero y un gran consumo. Por tanto, es categórico al señalar:

«El efecto habitual de las medidas del gobierno para incentivar el consumo es simplemente obstruir el ahorro, es decir promover el consumo improductivo a expensas del reproductivo y disminuir la riqueza nacional por los mismos medios con los que se pretendía incrementarla [...] Lo que un país necesita para enriquecerse nunca es consumo sino producción. Cuando haya producción podemos estar seguro de que no faltará el consumo»¹⁸⁹ .

Y estima que:

«Hoy ya no se piensa en la utilidad de un abultado gasto público para estimular la actividad. Ya no se estima que los impuestos son “como el rocío del cielo, que regresa nuevamente en prolíficas lluvias”»¹⁹⁰ .

La función pública tiene que estar delimitada. Así, la autoridad o el legislador:

«...solo debe abrigar dos preocupaciones: que ningún obstáculo impida a quienes poseen los medios de producción el emplearlos de la manera que más le convenga, y que quienes carecen en el presente de medios de producción para satisfacer suficientemente su deseo de consumir tengan todas las facilidades para conseguirlos, de forma tal que, al convertirse en productores, puedan llegar a consumir»¹⁹¹ .

Lo que J. S. Mill se plantea es cómo dichas doctrinas han logrado generar tanta aceptación concluyendo que ello obedece a la realización de “analogías indebidamente aplicadas”. En otras palabras, una verdad particular es engañosa cuando se aplica a la generalidad. Lo que es cierto para una empresa o individuo particular no necesariamente lo es para una nación o una economía como un todo. Así, J. S. Mill aplica el siguiente ejemplo: si hiciéramos abstracción de la división de los empleos, o

¹⁸⁹ Mill J. S., 1997, p. 73.

¹⁹⁰ Mill J. S., 1997, p. 72.

¹⁹¹ Mill J. S., 1997, p. 74.

de la “división social del trabajo”, si uno tuviera que procurarse por sí mismo o empleando a otros todo lo que necesitara para vivir, estaría claro que cuanto más eficazmente se utilizara el grueso de recursos físicos y mentales en un lapso de tiempo determinado para obtener un mayor y mejor producto, tanto para consumir como para acumular, más aumentaría el grado de su riqueza. Cosa distinta ocurre cuanto más extendida está la división “social” del trabajo —J.S. Mill emplea la expresión división de los empleos propio de una nación civilizada—. En este caso la visión inicial se trastoca, desde un punto de vista individual, el grado de mi riqueza no dependerá simplemente de cuánto pueda producir sino también de cuánto pueda colocar; de cuánto pueda convencer a los poseedores de otras mercancías para que las intercambien conmigo a un precio que implique un beneficio para llevar a cabo dicha actividad. Por ello será de máxima importancia lograr una mayor clientela (un mayor consumo) con vistas al enriquecimiento personal. Esta realidad incontestable de un negocio particular o local que encuentra en el consumo un «acicate» para la producción y que ha conducido intelectualmente a una apología del mismo no es veraz para J. S. Mill cuando se aplica a una nación o una economía como un todo.

El razonamiento anterior de J. S. Mill es que si consideramos que no hay trabas para el movimiento de los capitales ni barreras para el comercio, el incremento de algún tipo de consumidor improductivo aunque beneficie algún tipo de industria o localidad a la larga termina generando distorsiones perjudiciales en la estructura económica de una nación. Así emplea el ejemplo de los extranjeros que van a consumir sus rentas en París lo cual puede favorecer a los comerciantes de dicha localidad pero perjudicar a otras regiones como Ruán, Burdeos, Lyon, etc¹⁹².

«...la llegada de extranjeros, en la medida que compran para consumir improductivamente, no es un bien nacional en ningún país comercial, pero puede ser un bien local»¹⁹³.

En síntesis, la división de los empleos, tal como lo expresara Adam Smtih (1776), implica una necesidad de descubrimiento recíproco para intercambiar mutuamente los

¹⁹² Mill J. S., 1997, p. 90.

¹⁹³ Mill J. S., 1997, p. 90.

productos y alcanzar una ocupación más plena del capital. Es la esencia de por qué para adquirir y satisfacer nuestras necesidades y deseos es necesario ofrecer previamente algo útil a cambio. Este algo útil que ofrecemos para hacer efectiva nuestra demanda puede implicar desde habilidades, conocimientos o destrezas hasta recursos o capitales concretos que dispongamos.

La introducción del dinero como una posibilidad de diferir las compras y las ventas en dos actos separados, frente a un hipotético trueque, no es más que una reafirmación de la Ley de Say en los términos clásicos. A través de las palabras empleadas por el propio J. S. Mill:

«Pero el efecto del empleo del dinero, e incluso su utilidad, estriba en que permite que dicho acto único del intercambio sea dividido en dos operaciones o actos separados, uno de los cuales puede realizarse ahora mismo y el otro dentro de un año o cuando resulte más conveniente»¹⁹⁴.

Por ejemplo en periodos de sobreoferta general o estancamiento:

«...hay una inclinación muy extendida a vender con la mayor urgencia posible, acompañada de una inclinación igualmente extendida a diferir todas las compras lo más que se pueda»¹⁹⁵.

Pero dicho estado es temporal siempre que termine operando el mecanismo de precios:

«Cuando reina una ansiedad general por vender y una aversión extendida a comprar, las mercancías de todo tipo permanecen durante mucho tiempo sin ser vendidas y las que encuentran mercado de inmediato lo hacen a un precio muy bajo»¹⁹⁶.

No obstante, el efecto no es neutro:

«El estancamiento afecta a quienes no están obligados a vender y la miseria a quienes sí lo están»¹⁹⁷.

¹⁹⁴ Mill, J. S., 1997, p.94.

¹⁹⁵ Mill, J. S., 1997, p.94.

¹⁹⁶ Mill, J. S., 1997, p.95.

¹⁹⁷ Mill, J. S., 1997, p.95.

En definitiva, es un estado de cosas temporal cuyo efecto relativo no es idéntico para todos. Pero con ello J. S. Mill considera haber demostrado que no puede existir al mismo tiempo un exceso de bienes y de dinero, constituyendo en última instancia una defensa de la Ley de Say.

Es cierto que Marx se amparó en este punto de la teoría de J. S. Mill para explicar la posibilidad en germen de las crisis económicas en su conocido diagrama de M-D-M (Mercancía-Dinero-Mercancía) y la posibilidad de diferimiento de los actos de compra o venta. No obstante, Marx intuía correctamente, pero no llegó a desarrollar un análisis explícito sobre ello, que esa forma era demasiado elemental para abarcar todo el fenómeno completo que dependía en última instancia de factores monetarios y crediticios más complejos:

«Y no son mejores por lo demás, los economistas (como J. S. Mill, por ejemplo) que tratan de explicar las crisis partiendo de estas simples posibilidades de crisis que van implícitas en la metamorfosis de la mercancía, como ocurre con el desdoblamiento de la compra y la venta. Estos planteamientos, que explican la posibilidad de las crisis, distan mucho de explicar la realidad, no explican por qué las fases del proceso entran en un conflicto de tal naturaleza, que sólo puede hacer valer su unidad interna por medio de una crisis, de un proceso de violencia. Este desdoblamiento se manifiesta en la crisis y es la forma elemental de ésta. Explicar la crisis a base de esta forma elemental equivale a explicarla exponiendo su existencia bajo su forma más abstracta»¹⁹⁸.

En cuanto a la Ley de Say, sin duda que el hecho significativo resaltado por J. S. Mill de que se pueda diferir el acto de compra del de venta, no implica que la demanda agregada sea inferior en algún sentido a la oferta agregada. Puede ocurrir que el vendedor o vendedores demanden más dinero o servicios monetarios relativamente a los bienes no monetarios en función de sus propias expectativas sobre la evolución del valor del dinero o de los precios. Dichas expectativas pueden verse finalmente

¹⁹⁸ Marx, K, 1989, p. 462.

recompensadas o penalizadas pero en ningún caso esto invalida la Ley de Say.¹⁹⁹

Diferenciando por tanto la identidad de la Ley de Say, Becker y Baumol señalaban:

«It is all there and explicitly-Walras' Law, Say's Identity which Mill points out holds only for a barter economy, the <<utility of money>> which consists in permitting purchases to be made when convenient, the possibility of (temporary) oversupply of commodities when money is in excess demand, and Say's Equality which makes this only a temporary possibility. Indeed, in reading it one is led to wonder why so much of the subsequent literature (this paper included) had to be written at all»²⁰⁰.

7.3. Conclusión respecto a las aclaraciones de la Ley de Say.

La controversia respecto a la interpretación de la Ley de Say es uno de los ejes teóricos del debate entre Hayek y Keynes. Keynes claramente presentó, en el capítulo dos de la *T.G.*, una caricaturización de la Ley de Say para demostrar que el equilibrio “clásico”, con pleno empleo de los factores, era una situación muy particular o especial, más bien fruto del “accidente” o el “designio”. La intención de Keynes era la de enseñar la importancia del principio de la demanda efectiva, que establece que es la demanda agregada la que determina el nivel de ingreso o producción agregada, para comprender la razón de que el equilibrio clásico que se puede lograr sea sub-óptimo, es decir que los mercados no lleguen a vaciarse.

¹⁹⁹ «J. S. Mill, in one of his less rigorous moods, referred to what he thought was a significant fact, namely, that a seller need "not buy at the same time when he sells. "Of course a seller may invest in money when he is paid! Mill was clearly envisaging the case in which the individual—and, by implication, the community—happen temporarily to choose (from preference or entrepreneurial judgment) relatively more monetary services or money, and hence to choose relatively less of non-monetary services or non-money assets (at their initial prices). Whether or not the bidding up of the aggregate real value of money, which such a change of choice implies, means a bidding up also of the real value of the money unit (as it must, under monetary rigidity), it is difficult to see in what sense "both commodities and money may then be in excess supply," as one Keynesian put it a few years ago. If the rise in the aggregate real value of money is due to expectations that monetary policy intends to raise the real value of the money unit and the expectations are correct, then speculative demands for money will assist the monetary aim. If the expectations are wrong, the speculators will be penalized. But in any case, I do not see how Say's law will be affected». Hutt W.H, 1974, p. 32.

²⁰⁰ Becker & Baumol (1952, p.374). Al respecto, el director de la presente tesis Méndez Ibisate (2012, p. 27) ha indicado que incluso en una economía de trueque también puede incumplirse la Ley de Walras o identidad de Say, por lo que Becker y Baumol (1952) se equivocan en esta apreciación.

Para Keynes, en la *T.G.*, la clave del principio sobre la demanda efectiva obedece a que a medida que aumenta el empleo y por ende también la renta real agregada, la psicología de la sociedad o comunidad, tal como él lo expresa, es tal que cuando aumenta dicha renta aumenta también el consumo agregado pero no lo hace en la misma proporción que aquélla. Para evitar que los empresarios incurran en pérdidas, que exista un exceso de productos y recursos que no puedan ser vendidos, es necesario que ese vacío sea rellenado por la inversión corriente. Dicha inversión corriente a su vez depende de los elementos o factores que inducen a invertir; y este último a su vez depende de la relación entre la curva de la eficiencia marginal del capital y la curva de tipos de interés para distintos plazos y riesgos. Dichas curvas responden a factores psicológicos, motivaciones, expectativas e incertidumbres²⁰¹.

El rechazo por parte de Keynes a la Ley de Say esconde detrás del esquema o modelo planteado una complejidad enorme de variables y situaciones específicas y particulares. Keynes, al igual que Marshall, parte de esquemas generales que emplea como herramientas de pensamiento para ir adentrándose en la complejidad que encierran las variables utilizadas, es decir va de lo genérico a lo específico.

Como se ha observado en el presente capítulo el rechazo de Keynes de la Ley de Say es injusto con los clásicos ya que éstos contemplaron, incluso en una hipotética economía de trueque, la posibilidad de desequilibrios temporales y de saturación de los mercados. Hayek, al respecto, probablemente es más afín que Keynes al empleo de principios suficientemente amplios, como lo es la Ley de Say, que permiten abordar un sinnúmero de situaciones particulares²⁰².

En el siguiente capítulo se verá con mayor detalle el debate en torno a la Ley de Say en el caso particular del mercado de trabajo y el problema del paro involuntario que Keynes deseaba reflejar en la *T.G.*

²⁰¹ Keynes, J. M., 1973, pp. 27-28.

²⁰² El modo en que enfrenta el estudio científico Hayek está sujeto a ciertas controversias, como por ejemplo la sostenida entre Bruce Cadwell (1994) y Theodor A. Burczak (1994), acerca de si el subjetivismo de Hayek es más humanista o cientificista como parece presuponer Cadwell (1994) o más compatible con un subjetivismo hermenéutico de Burczak (1994). Estos aspectos se abordarán con mayor profundidad en la segunda parte de la tesis doctoral.

Capítulo 8.

La Ley de Say y el debate en torno al paro involuntario.

La clave para entender la postura J. M. Keynes de su debate —tanto explícito como implícito— con lo que él mismo denominó ortodoxia clásica y, consecuentemente, con F. A. Hayek obedece a la consideración de que el mercado, como mecanismo, sea el modo más adecuado para coordinar un orden humano complejo o por el contrario éste puede exacerbar patologías históricas provocando un efecto perverso en dicho proceso de coordinación.

El supuesto metodológico que subyace en la teoría del multiplicador de Keynes, Kahn y Warming, ante la existencia de recursos ociosos, admite un proceso acumulativo que no provoca fricciones en los precios y en la estructura real de la economía. Eso es justamente para Hayek lo que impide comprender el funcionamiento y relación del mecanismo de precios con los recursos existentes y su empleo. El mecanismo de precios se convierte, por tanto, en redundante, indeterminado e ininteligible y con ello toda la comprensión del funcionamiento del proceso económico.

«Keynes appears to have been misled here by a mistake opposite to that of which he accused the classical economists. He alleged, with only partial justification, that the classics had based their argument on the assumption of full employment, and he based his own argument on what may be called the assumption of full unemployment, i.e., the assumption that there normally existed unused reserves of all factors and commodities. But the latter assumption is not only at least as unlikely to be true in fact as the former; it is also much more misleading. An analysis on the assumption of full employment, even if the assumption is only partially valid, at least helps us to understand the functioning of the price mechanism, the significance of the relations between different prices and of the factors which lead to a change in these relations. But the assumption that all goods and factors are available in excess makes the whole price system redundant, undetermined and unintelligible. Indeed some of the most orthodox disciples of Keynes appear consistently to have thrown overboard all the traditional theory of price determination and of distribution, all

that used to be the backbone of economic theory, and in consequence, in my opinion, to have ceased to understand any economics»²⁰³.

La cuestión que remarcó Hayek no es que la Ley de Say se incumple al existir discrepancias temporales entre la oferta y la demanda agregada, o que se demande algún bien en exceso respecto a otros (por ejemplo el dinero), sino básicamente, y esto es más acorde con la visión clásica y austriaca, que el desequilibrio que provoca el desempleo de recursos y que puede llegar a persistir en el tiempo obedece principalmente a que los mercados no funcionan competitivamente. La razón de ello es que pueden darse una serie de rigideces institucionales, inercias contractuales, privilegios jurídicos, coerciones y colusiones. Pero todo ello pertenece o está englobado en el marco conceptual de la Ley de Say como una ley de funcionamiento del mercado para la coordinación de la actividad humana.

En cambio lo que hace Keynes es vender sus ideas como una revolución teórica de la heterodoxia frente a la ortodoxia, resaltando una serie de factores como convenciones, intereses, reglas de juego, tradiciones, comportamientos gregarios, etc. que impiden que los mercados lleven adecuadamente su papel de coordinación del orden humano. Pero Keynes siempre desea moverse dentro del mercado, y no fuera de él, como algo inherente a dicho mecanismo; por tanto, Keynes llega a la conclusión de que en determinadas circunstancias, que es casi siempre o siempre, la inversión privada requiere de una ayuda para generar un volumen suficiente de empleo sin que por ello provoque distorsiones en la estructura económica real. En otras palabras, lleva a cabo en cierto grado una de las máximas de Burke: *“public wisdom must always be supreme over individual discretion”*²⁰⁴ pero en pos de potenciar justamente la libertad individual.

La visión de Keynes difiere de la de Hayek esencialmente en su consideración acerca de la fragilidad en la que se sostenía el orden de mercado existente y la necesidad de una acción deliberada y firme para impulsar la demanda agregada. Si para Keynes las circunstancias históricas obligaban a un estímulo artificial para reconducir

²⁰³ Hayek F. A, 1985, p. 286.

²⁰⁴ Steele G.R., 2001, p.58. En la segunda parte de la tesis se verá como Keynes no comparte las máximas de Burke y Moore acerca de las tradiciones y reglas generales de conducta.

favorablemente las expectativas y el impulso inversor, en Hayek dicha premisa simplemente conduce a una estafa de dichas expectativas y sólo obliga a la larga a realizar ajustes más intensos y duraderos.

8.1 La noción hayekiana del empleo: la influencia de Mises.

En la enciclopedia sobre *La Acción Humana* (1949) que desarrolló L. von Mises encontramos una estructura muy detallada sobre la concepción del empleo y desempleo en la escuela austriaca y, por ende, en Hayek, quien adopta buena parte del planteamiento propuesto por Mises.

Mises parte de las causas genéricas que provocan en el individuo una renuncia al ocio, pero una vez hecho esto resalta que la cataláctica debería centrarse simplemente en la satisfacción que encuentra el individuo en los frutos que le permiten conseguir el desarrollo de sus labores. A ello le denominó trabajo extroversivo. En otras palabras, para Mises dicho trabajo es un medio y no un fin en sí mismo²⁰⁵. Aunque no negó que también existan otras motivaciones en el hombre más allá de los frutos del trabajo que le llevan a renunciar al ocio²⁰⁶. Para completar el concepto de trabajo extroversivo es necesario argumentar que la desutilidad del trabajo es una realidad inexorable que ningún método de organización social puede suprimir²⁰⁷. El individuo en última instancia sopesará entre la satisfacción que le provocan los bienes conseguidos a través de su esfuerzo y la insatisfacción que le provoca dicho esfuerzo.

Aunque el trabajo sea un medio para Mises, en consonancia con la Ley de Say, reafirma el componente de demanda efectiva que el mismo provoca, así señala:

«Los compradores de las mercancías producidas son, en su mayoría, la propia gente que las producen como asalariados»²⁰⁸.

²⁰⁵ Cachanosky N., 2007, p. 41.

²⁰⁶ Mises von L. (1996), p. 587, [1995, p. 695]

²⁰⁷ Mises von L. (1996), p. 591, [1995, p. 699]

²⁰⁸ Mises von L. (1996), p. 590, [1995, p. 699]

«La industria moderna no puede subsistir sin los amplios mercados que forman los propios trabajadores»²⁰⁹.

Para Mises y Hayek no existe tal cosa como el paro involuntario en el marco de una economía libre. Para comprender esta idea debemos, en primer lugar, entender que no existe un trabajo homogéneo, pues cada trabajador tiene sus cualidades diferenciadas. Las virtudes de un deportista de élite son muy distintas a la de un cirujano. Pero ello no niega, que al ser un factor escaso, el movimiento de los hombres hacia unas labores o procesos productivos específicos influye en la oferta de otras labores. Existe por tanto una conexión entre los distintos tipos de trabajo y los precios que se pagan por ellos²¹⁰. Para que las empresas puedan mantener los salarios lo suficientemente bajos tendrían que actuar como un monopolio de demanda, pero para ello es necesario que controlen todos los factores de la producción. Hecho que es imposible salvo en una economía organizada de forma totalitaria. Por tanto prevalece en el mercado una insoslayable tendencia a que los salarios se igualen con el valor del correspondiente producto marginal²¹¹.

Como se ha observado, se puede distinguir entre la concepción más clásica²¹², — heredada a través de A. Marshall por Keynes— donde enfatizan las peculiaridades del factor trabajo y su precio, frente a esta idea del trabajo como una mercancía más y los salarios como un precio igual a cualquier otro. Con esto no negamos que tanto Hayek como Mises no fueran conscientes de que podía existir una cierta inflexibilidad de los salarios, pero la misma habría que encontrarla principalmente en la falta de libertad del funcionamiento de dicho mercado.

²⁰⁹ Mises von L. (1996), p. 621, [1995, p. 734]

²¹⁰ Como indica Cachanosky, N. (2007, p. 42):

«Si hay demasiado trabajo en algún proceso productivo, su rendimiento marginal será bajo, por lo que su remuneración también lo será, por lo tanto otros productores con menor cantidad de trabajo (mayor rendimiento marginal) estarán dispuestos a tomarlos. La no particularidad del trabajo hace que sea el recurso más escaso y que a la vez pueda ir de un proceso productivo a otro, permaneciendo en pleno empleo».

²¹¹ Mises von L. (1996), p. 609. [1995, p. 721]

²¹² En los clásicos, con mayor énfasis a partir de David Ricardo, la concepción o noción es la de un salario de subsistencia a largo plazo.

Prosiguiendo con el esquema planteado por Mises, quien no desea esperar siempre encontrará trabajo en una economía de mercado. Para ello debe reducir sus exigencias salariales, o cambiar de ocupación, o variar simplemente el lugar de trabajo. El individuo es finalmente quien prefiere o no estar desempleado. El paro por tanto en una economía no intervenida es siempre voluntario, lo que Mises denominó como paro cataláctico²¹³.

La coerción social proviene de la soberanía de los consumidores que se impone sobre las decisiones individuales, limitando indirectamente la libertad de las personas para elegir ocupación. Pero esta coerción no es rígida, ya que se puede elegir dentro de un margen entre lo más y lo menos agradable para cada uno. No existe tal cosa como el paro friccional, pues en el fondo siempre es una decisión voluntaria y consciente de los individuos que no ajustan sus pretensiones. Se podría hablar más de un paro especulativo que de un paro friccional²¹⁴.

Cosa distinta y que no debe confundirse con el paro cataláctico, cuya naturaleza es enteramente voluntaria para los autores austriacos, es el paro institucional que obedece a las interferencias que se ejercen sobre el mercado. Observamos que dicha dialéctica apunta a establecer claramente todas las condiciones de perfección o pureza teórica para luego señalar por qué ello puede no ocurrir.

Frente a la idea clásica de un salario de subsistencia, por debajo del cual ni siquiera es posible la supervivencia bajo un marco o entorno histórico determinado, Mises enfrenta la idea de que si el salario real, de modo coactivo, sobrepasa la productividad marginal del trabajo se producen consecuencias indeseadas. En este sentido, todo precio que se pague por un factor de producción obedece a los servicios futuros que se espera preste y nada más. La negación de esta idea evidente y sencilla conduce a la pseudociencia de la apología y la propaganda a los ojos de Mises²¹⁵.

²¹³ Mises von L. (1996), pags. 598-600. [1995, pp. 708-711]

²¹⁴ Mises, (1996), p. 601. [1995, p. 710]

²¹⁵ Mises von L. (1996), pags. 603, 615 y 626. [1995, p. 719, 735 y 741]

8.2 La reelaboración de F. A. Hayek y la crítica al keynesianismo.

A partir de los cimientos de la teoría económica austriaca Hayek desarrollará su propia visión acerca de la relación entre los salarios y el empleo. Como ya se había visto en capítulos precedentes, la demanda y su satisfacción es el cometido principal de la oferta y la producción, además de constituir demanda efectiva potencial —como lo enuncia la Ley de Say—. Por tanto, las crisis y parálisis comerciales en última instancia obedecen a la discrepancia entre la distribución de la demanda y la oferta, siendo esta relación también extensible al mercado laboral. De este modo, lo que siempre tiene en cuenta Hayek es la estructura relativa del empleo y los salarios en función de la estructura de la demanda. En última instancia lo que a él le preocupa es la estabilidad del empleo a largo plazo.

Dicha estabilidad se encontraba en peligro debido a las premisas y objetivos que barajó el mundo de postguerra a las que Hayek consideró como la perniciosa influencia de las ideas keynesianas de entreguerras. De hecho, la política económica en dicho período para Hayek había estado dominada por la planificación central, el intento de consecución del pleno empleo y la presión inflacionaria²¹⁶. Estos elementos no se encuentran separados sino que interactúan y forman parte de un mismo objetivo común. Hayek considera que dicha política, de búsqueda del pleno empleo, venía motivada como una reacción a la situación experimentada durante el período de entreguerras, en el cual se sufrió un amplio y extendido desempleo contemplando dicho problema como una situación crónica. En este sentido, el intento de reducir por medios artificiales los niveles de desempleo podía ser un objetivo loable que evitaría retornar a la peligrosa situación que vivió el mundo en los años 30'. La falacia para Hayek de tal concepción radica en que si bien es innegablemente cierto que si la economía se encuentra en un estado de infrautilización absoluta de los recursos productivos las expansiones monetarias son beneficiosas a la hora de crear empleo, por otro lado, dicha situación no se corresponde con el estado normal de la economía.

²¹⁶ Sudha R. Shenoy, 2009, pág. 72.

Son, a la manera que lo miraban los economistas clásicos, circunstancias especiales²¹⁷. En realidad las políticas expansivas, monetarias o fiscales para alcanzar los niveles más elevados de empleo posible incluso en el caso de una inflación reprimida, esconden los ajustes que deberían llevarse a cabo tarde o temprano en el mercado laboral. Promoviendo, en cambio, un empleo que no se adecúa a las necesidades de las personas y que provocará a la larga una readecuación más dolorosa en términos sociales²¹⁸.

Incluso Hayek llega a aceptar que en circunstancias anómalas, de «depresiones secundarias», se cree empleo público mal remunerado. Así se generaría el incentivo de que, a medida que se vaya recuperando la demanda así como la situación económica en general, las personas se muevan hacia labores mejor pagadas. Considera que dichas políticas son las menos perjudiciales bajo situaciones extremas²¹⁹.

El dilema que surge es hasta qué punto la política expansiva, por medios artificiales o deliberados, puede sostenerse en el tiempo. Una política de inflación continua es una debilidad institucional que termina pagándose caro en términos de credibilidad y confianza. El aumento de gasto o inversión pública para Hayek distorsiona las bases o las estructuras de los sectores que realmente son productivos. Y además, cuando se

²¹⁷ «*That so long as a state of general unemployment prevails, in the sense that unused resources of all kinds exist, monetary expansion can be only beneficial, few people will deny. But such a state of general unemployment is something rather exceptional, and it is by no means evident that a policy which will be beneficial in such a state will also always and necessarily be so in the kind of intermediate position in which an economic system finds itself most of the time, when significant unemployment is confined to certain industries, occupations or localities*». Ver Hayek 1985, pp. 270–76, y en Sudha R. Shenoy, 2009, pp. 73-74.

²¹⁸ «Nunca se ha negado, desde luego, que el empleo puede incrementarse rápidamente alcanzando una posición de pleno empleo en el más corto espacio de tiempo posible mediante la expansión monetaria. Lo único que se ha mantenido es que la clase de pleno empleo que se puede crear mediante este procedimiento es inherentemente inestable, y que crear empleo por esta vía es perpetuar las fluctuaciones económicas. Puede ser que existan situaciones desesperadas en las que realmente sea necesario incrementar el empleo a cualquier coste, aunque sólo se pueda lograr hacerlo durante un corto período de tiempo —quizá la situación en la que se encontró el doctor Brüning en la Alemania de 1932 sea una situación en la que este tipo de procedimientos desesperados esté justificado—. Sin embargo, el economista no debe ocultar el hecho de que pretender lograr el máximo de empleo que se puede alcanzar a corto plazo por medio de la política monetaria es esencialmente la política del desesperado que nada tiene que perder y todo que ganar si consigue un breve respiro». Hayek, 1975, nota1, pp. 63-64. La traducción al castellano ha sido tomada de Huerta de Soto J., 2009, pp. 356-357.

²¹⁹ «*...employment through public works at relatively low wages so that workers will wish to move as soon as they can to other and better paid occupations, and not by directly stimulating particular kinds of investment or similar kinds of public expenditure which will draw labour into jobs they will expect to be permanent but which must cease as the source of the expenditure dries up*». Hayek, F. A, 1978, pp. 211-212. Véase también Huerta de Soto J., 2009, pp. 357-358.

pretenda detener la política inflacionista, la destrucción de empleo será mucho mayor que si dicha política no se hubiese llevado jamás a cabo. Por ello, desafortunadamente una vez suministrada la droga inflacionaria el sistema económico se vuelve sumamente adictivo²²⁰.

Un segundo problema que destaca Hayek y que viene a colación del anterior párrafo es que el sostener ocupaciones que hubiesen desaparecido gradualmente de forma espontánea cuando llega el momento del ajuste, y dada la propensión de la naturaleza humana a evitar grandes modificaciones en su forma de vida si ello no implica cambios significativos en la recompensa obtenida, obliga a realizar variaciones en masa del empleo en un plazo demasiado corto como para que tales variaciones no tengan consecuencias sociales y políticas dramáticas²²¹.

La conclusión a la que arriba Hayek es que el problema real para alcanzar una distribución de las labores que logre los mayores niveles de empleo, sin estímulos artificiales, solo es posible si se deja actuar libremente al mercado para que equilibre la estructura de la oferta a las condiciones de la demanda²²².

Entre las interferencias de mercado que más distorsiones pueden causar al mismo se encuentra la acción sindical. Los sindicatos en su interés por mejorar las condiciones de los trabajadores afiliados, como señalara Mises de la “aristocracia laboral privilegiada”²²³, restringen la oferta laboral para poder acceder a dichas condiciones laborales favorables y ataca por tanto la libertad contractual; pero del mismo modo se incrementa la oferta de aquellos trabajadores que no pueden acceder a los beneficios de los afiliados al sindicato. Ello provoca diferencias significativas en las retribuciones relativas de unos y otros trabajadores. Eso sumado a la labor de las autoridades

²²⁰ Hutt W.H., 1974, p.124. Aunque sin duda Hutt se inspira en la comparación realizada entre inflación y droga llevada a cabo por Hayek F. A., 1978 [1ª ed. 1960], p. 330.

²²¹ Por ejemplo en *Camino de Servidumbre* (1944) señalaba: «Es que la política encaminada constantemente a lograr el máximo de ocupación alcanzable por medios monetarios lleva a la postre a la destrucción segura de sus mismos propósitos. Tiende a bajar la productividad del trabajo y, por consiguiente, incrementa constantemente la proporción de la población trabajadora que sólo por fines artificiales puede mantenerse ocupada a los salarios corrientes». Hayek, F. A., 2011, p. 308.

²²² Sudha R. Shenoy, 2009, pág. 77.

²²³ Mises von L., 1996, pág. 770. [1995, p. 910]

monetarias que, para sostener dichos privilegios, se ven abocados a una política inflacionaria persistente con graves consecuencias en el medio y largo plazo²²⁴.

El caos económico se va gestando debido a la imposibilidad de acción de las fuerzas de mercado, y en definitiva de las reglas de sus leyes, para distribuir las diversas labores dejando dicha operación en manos de las demandas de las fuerzas sindicales y de la complacencia arbitraria por parte de las autoridades gubernamentales. A los ojos de Hayek, esta intromisión progresiva es una demostración más de las graves consecuencias que puede tener en un orden civilizado la acción deliberada de los gobiernos²²⁵.

No es cierto para Hayek que la inflación *per se* actúe como un estímulo para los negocios; esto solo sucede cuando la inflación es mayor a la prevista o esperada. Pero aun así se falsean las expectativas ya que la inflación persistente puede mantener a flote negocios cuya continuidad no hubiese podido sostenerse bajo otro contexto. Lo que la inflación provoca a la larga es un direccionamiento erróneo de la inversión, producción y del empleo respecto a las necesidades que pretenden satisfacer. Además pasado cierto umbral de incremento de los precios se corre el riesgo de que resulte imposible el cálculo económico y la credibilidad en el medio empleado para el cambio (el dinero). Los costes en el largo plazo son meramente expectativas sobre cuál será la demanda final. Un impulso exagerado de las mismas probablemente significará una ilusión de la que tarde o temprano habrá que despertarse y asumir la realidad. La inflación por tanto no es más que una solución transitoria que pospone la resolución real de los problemas²²⁶.

Esa ilusión es, desde el punto de vista de Hayek, en la que cae el keynesianismo al considerar que si se reducen los salarios monetarios de un grupo sustancial de trabajadores ello acarrea efectos perjudiciales en los niveles de empleo. Por ello ante

²²⁴ Sudha R. Shenoy, 2009, pág. 83. No obstante, Hayek llega a destacar algunos roles positivos de la unión sindical sin poderes coercitivos como acuerdos conjuntos para obtener beneficios alternativos a los salarios y que solo se pueden desarrollar en conjunto, o bien en la generación de reglas con la participación de los trabajadores para que puedan operar de forma más adecuadas las condiciones laborales o, finalmente, en la forma en que sus miembros pueden alertar ante los riesgos peculiares que asumen en sus actividades. Sudha R. Shenoy, 2009, págs. 91-92.

²²⁵ Sudha R. Shenoy, 2009, pág. 97.

²²⁶ Sudha R. Shenoy, 2009, págs. 79-80.

la imposibilidad de reducir los salarios nominales las vertientes principales de las doctrinas derivadas de Keynes impulsan la pérdida sostenida del valor del dinero²²⁷.

Para Hayek, en cambio, es mucho más perjudicial en el largo plazo la inflación que la deflación. La inflación, siempre y cuando sea mayor a la esperada, genera beneficios inusualmente altos y una atmósfera que invita a la asunción de riesgos. Incluso para aquéllos que están en una situación competitiva desfavorable y que se hubiesen despedido anticipadamente de sus negocios se mantiene la esperanza de que puedan participar de la prosperidad general. Esta demanda generalizada de factores productivos impulsa al alza los costes de producción, con el efecto consecuente sobre los tipos de interés. La escasez impondrá, por tanto, su ley y cuando los costes empiecen a superar los precios esperados los beneficios volverán a su nivel normal y muchos de los que emprendieron dicha aventura verán frustradas sus expectativas. A la larga se darán cuenta de que no hay lugar para que todos puedan beneficiarse de igual forma.

Además, para Hayek, la inflación desalienta el ahorro estimulando la toma de préstamos y crédito, inflando también el nivel de endeudamiento, lo que provoca una mayor severidad en el proceso de ajuste. La deflación es más la consecuencia que la causa de la política deliberada de mantener un nivel de inflación progresiva. Lo perverso, para Hayek, es que se genera una verdadera aversión por la deflación, incrementando la dependencia de los individuos a buscar amparo y protección a través de la acción gubernamental. Ello socava los fundamentos mismos de una sociedad libre y madura²²⁸.

La máxima clásica enunciada por J. S. Mill "*full employment at high wages*" sólo puede ser alcanzada por medio de un movimiento libre —sin coacción— de los salarios relativos para un empleo más eficiente del trabajo. De hecho en un mundo con un rápido avance tecnológico y elevados niveles de formación de capital el único modo para Hayek de adaptarse al mismo es liberando al mercado de trabajo de las restricciones a las que está sometido²²⁹. En este sentido, los salarios relativos son precios como cualquier otro que tienen que adaptarse a la realidad cambiante de la

²²⁷ Sudha R. Shenoy, 2009, p. 78.

²²⁸ Sudha R. Shenoy, 2009, p. 105.

²²⁹ Sudha R. Shenoy, 2009, p. 123-124.

vida económica; cuanto menos movilidad y más rigidez tenga dicho mercado menor será el grado de adaptación del mismo²³⁰.

En suma, lo que le preocupa a Hayek es que el mercado laboral no pueda funcionar de forma adecuada. Los salarios son un precio como cualquier otro, si éstos no pueden reflejar las diferencias de productividad y las necesidades que pretenden satisfacer, todo el funcionamiento del sistema cae por su propio peso. No es una visión del mercado laboral *per se* o contemplando éste de forma aislada sino que forma parte de un sistema más amplio. El objetivo que persigue el gobierno es crear el máximo empleo posible en el corto plazo. El problema es que ello deriva, sustentado artificialmente por medio de una inflación progresiva, en un mantenimiento de las ineficiencias operativas de este mercado y por ende de todos los mercados. Así poco a poco se va gestando un proceso caótico que cuanto más se sostenga en el tiempo, mayor y más doloroso será el ajuste en términos sociales. No niega Hayek, por otra parte, que en situaciones desesperadas se apele a soluciones desesperadas para conseguir un “breve respiro”. Pero a través de dichas soluciones lo único que se crea es un empleo inestable a largo plazo.

8.3 El estado de la economía prekeynesiana.

Algunos de los atributos que se han resaltado como propios de la revolución keynesiana ya habían sido expuestos, con mayor o menor claridad, y formaban parte de la literatura económica conocida en el ámbito científico de la época. Es probable que la virtud de Keynes radique en que prefirió centrarse metodológicamente en las imperfecciones y los rasgos que los clásicos consideraban como anormales o pasajeros en el tiempo. Además, sus investigaciones propiciaron un esquema sintético aparentemente sencillo para abordar cuestiones de suma importancia; particularmente para las circunstancias históricas que se estaban viviendo en aquel momento. Por ello no es

²³⁰ Una solución que propone Hayek a las circunstancias de un mercado laboral interferido por los intereses sindicales y las políticas pro inflacionistas de los gobiernos es que los asalariados acepten que una parte de su remuneración sean participaciones en los beneficios de las empresas mismas que les emplean. Sudha R. Shenoy, 2009, pág. 129.

adecuado adjudicarle únicamente a su ingenio ni las propensiones psicológicas, ni la función de consumo, ni la inflexibilidad de ciertos precios —en particular los salarios—, ni la relación entre el atesoramiento y el tipo de interés. Todos estos puntos, en menor o mayor grado, habían sido ya tratados por la literatura económica²³¹.

La economía clásica, al menos la denominada así por Keynes, reconocía de forma realista el carácter dinámico del proceso económico. En particular estaba atenta a la revisión de las expectativas empresariales ante las variaciones en las señales del mercado, tal y como ya se había visto en el anterior apartado por el legado dejado por la escuela austriaca como también a través de los desarrollos de Marshall y sus discípulos.

Los clásicos eran conscientes del aletargamiento o retardo en ciertos sectores, en particular en el mercado de trabajo, para ajustarse a las circunstancias cambiantes de la economía. La inflexibilidad salarial aparece notablemente en una literatura tan temprana como en R. Cantillon (1755) y en el *Paper Credit* de Henry Thornton (1802), pero serían Alfred y Mary Marshall (1879) quienes contextualizarían con mayor profundidad dicha inflexibilidad con la variación cíclica del empleo. Básicamente, distinguieron entre salarios monetarios, cuyo movimiento era menos flexible, y el salario real, que era el que verdaderamente afectaba a la demanda de trabajo y el volumen de empleo. Aunque injustamente atribuida la originalidad a Keynes sobre este punto, éste señalaría justamente la falta de completitud de dicho argumento en su *T.G.*²³²

²³¹ «I should say that the chief attributes of the pre-Keynesian "classical" approach to economics were (i) a realistic recognition of the dynamic character of the economic process—clearer in the Austrian tradition than in the Marshallian—and in particular an awareness of the importance of the continuous revision of entrepreneurial expectations in response to continuous changes in the data ("market signals" as we term them today); (ii) a realistic recognition of the sluggishness with which, in certain sectors of the economy, values in exchange (prices) asked or offered, particularly in the case of labor, were adjusted to changing circumstances; (iii) a realistic awareness of the irrationalities which were influencing the valuing and pricing function, and particularly what we today call "the money illusion"; (iv) an intuitive perception that Say's law explained the phenomena which resulted from sluggishness in adjustment to change, such as boom, depression, and cycles of idleness in men and assets». Hutt W.H., 1974, p.115.

²³² «Following Alfred Marshall and Mary Marshall (1879), it was often argued that, when, over the course of the cycle, the price level rose and fell, money wages would follow only sluggishly, so that real wages would fall and rise, inducing fluctuations in the demand for labour and therefore employment. Post-1936 myths were thus badly wrong to suggest that nominal wage stickiness as an explanation of unemployment was original to Keynes. On the contrary, in 1936 he pointed to a serious logical

Asimismo, dichos economistas reconocían de forma consciente que podía existir cierta irracionalidad en el proceso de valoración y formación de precios al poder verse sujetos los individuos a cierta ilusión monetaria. Es decir que no se correlacionaban adecuadamente las valoraciones subjetivas del dinero con las escalas de preferencias y el poder de compra real de dichas unidades monetarias.

Finalmente, la economía clásica no enseñaba ni asumía que había una tendencia automática hacia el pleno empleo. Por tanto, los auges, depresiones y movimientos cíclicos de personas y activos ocupados formaban parte del compendio teórico del legado anterior a la publicación de la *T.G.* El razonamiento del pensamiento clásico, de forma generalizada y simplificada, era el siguiente: A menos que el gobierno no lleve a cabo su papel clásico para facilitar el funcionamiento competitivo de los mercados, existe una tendencia automática de que los grupos actúen en colusión para establecer precios de bienes intermedios y finales de una manera que se pueda poner en marcha una tendencia acumulativa contractiva de la economía. Dicha tendencia venía avalada especialmente por el funcionamiento de la banca moderna con reserva fraccionaria y especialmente por la política de dinero barato de los Bancos Centrales que desencadenaba inevitablemente una rectificación en las retribuciones previstas. Los economistas clásicos consideraban que la presión disciplinaria que establecía el mercado sumado al respeto de las normas y leyes de conducta podía establecer valores y precios de modo más adecuado que una fijación arbitraria de precios por parte de los gobiernos, salvo en circunstancias excepcionales —como las leyes contra la usura en Adam Smith—. La imposibilidad de vaciar el mercado o de un empleo más óptimo o pleno de los recursos no se encontraba en la forma en que actuaba el mercado sino fuera de ella. La debilidad inherente del sistema se encontraba en la falta de libertad para valorar y establecer precios.

incompleteness in the above argument, which seemed to imply that the implementation of nominal wage cuts, a policy to which he had been strongly opposed from the mid-1920s onwards, were a sure cure for unemployment». Laidler D., 2005, p.4.

8.4 El camino de Keynes hacia la teoría sobre el paro involuntario.

La situación británica en los años 20', en particular después de la crisis entre los años 1920-22, había provocado una tasa de paro que alcanzaba los dos dígitos lo que generó varios debates sobre la enfermedad o esclerosis de su economía.

La discusión británica sobre el paro se concentró inicialmente en los problemas estructurales bajo la estela de la influencia de A. Marshall sobre sus discípulos de Cambridge. Uno de dichos problemas era la rigidez de los salarios nominales y la influencia de los sindicatos sobre el mismo²³³; Pigou fue sin duda uno de los autores más destacados sobre este tema²³⁴. El otro problema estructural que se estudiaba eran las imperfecciones del mercado de trabajo y principalmente la mala distribución del empleo, donde resaltan los estudios de Clay y Beveridge²³⁵.

El diagnóstico era sencillo: La causa de la enfermedad británica obedecía al poder que tenían los sindicatos y a la falta de capacidad de adaptación al cambio de los ejecutivos y administradores de las empresas del Reino Unido. En este sentido, el empleo británico de los años 20' dependía en gran medida de la demanda de sus exportaciones, las cuales se veían superadas competitivamente por las nuevas naciones industrializadas como EEUU, Alemania y Japón. Además entre los años 1919-1920 los

²³³ Cabe señalar que ni A. Marshall ni los principales autores de la Escuela de Cambridge estuvieron en contra del papel o la labor desempeñada por los sindicatos. El mismo Alfred Marshall recibía en su casa a líderes sindicales y de las cooperativas para recoger sus posturas y opiniones.

²³⁴ En Ralph Hawtrey también observamos un desarrollo similar al considerar la caída de los precios como un alivio ya que permite que una determinada cantidad de dinero pueda absorber un mayor número de bienes. Pero la dificultad de reducir los salarios prolonga la depresión porque impide la caída de los mismos. Laidler, D., 1999, p. 118.

²³⁵ Laidler, D., 1999, p. 160. William Beveridge fue director de la LSE entre 1919 y 1937, periodo en el que recaló Hayek en dicha institución, su trabajo más influyente fue *Social Insurance and Allied Services* (1942) conocido principalmente como el "Beveridge Report" que influyó notablemente sobre el partido laboralista británico y en la conformación del estado de bienestar en dicha nación después de la Segunda Guerra Mundial. (White L.H., 2012, pp. 184-185). Hayek quiso prevenir a Beveridge que el socialismo en cualquiera de sus formas busca la igualdad a través de la servidumbre y la democracia a través de la libertad. Estas ideas se reflejaron finalmente en *Camino de Servidumbre* (1944) de Hayek. (White L.H., 2012, pp. 164-165). Sir Winston Churchill utilizó las máximas hayekianas en su campaña electoral contra el partido laboralista, el enemigo para éste era la Unión Soviética una vez derrotado Hitler y sus fánaticos, pero fue ampliamente derrotado en los comicios del año 1945.

sindicatos habían logrado una reducción del 13% de la jornada laboral semanal que no se tradujo en aumentos de la productividad laboral²³⁶.

A todo ello hay que sumarle la decisión del poder ejecutivo británico en 1925 de retornar a la paridad con el oro a valores anteriores a la Primera Guerra Mundial que acentuaron aún más la debacle en el empleo y la competitividad exterior británica debido a la deflación forzada que tal decisión impuso sobre la economía británica y el área de influencia de la libra esterlina, máxime tras la inflación experimentada en Gran Bretaña con motivo de las decisiones aparejadas a la Primera Guerra Mundial. Dicho elemento impidió, en los hechos, que Gran Bretaña viviera un período de auge antes de la Gran Depresión, como el experimentado por los Estados Unidos.

Es en este marco donde, un ya no tan joven Keynes, comenzó a profundizar sobre la esclerosis de la economía británica indagando en la posibilidad de que el desempleo ya no fuese simplemente una cuestión cíclica sino que pudiera mantenerse en niveles elevados y crónicos. La demanda pospuesta de los economistas clásicos, cuya característica era propia de una economía monetaria, podía conducir desde su punto de vista a una destrucción de la demanda o, en otras palabras, a una reducción del poder real de compra de los consumidores sin que dicha situación pudiera revertirse de modo natural.

Entre 1910 y 1920, ya Maynard hacía referencia al empleo de los instrumentos monetarios para reforzar la confianza y moderar la tasa de paro²³⁷. Y en las Consecuencias Económicas de la Paz (1919) realizará un análisis pormenorizado de las condiciones cambiantes de la situación económica desde el último cuarto del siglo XIX hasta el desenlace de la Primera Guerra Mundial. Pero será en los años 20' cuando desarrollará una parte fundamental de la artillería analítica que desembocará en la *T.G.* Así, por ejemplo, en un artículo del 14 de julio de 1923 para *The Nation* muestra marcadamente su ruptura con la política oficial al oponerse a la subida de la tasa de

²³⁶ Skidelsky R., 1992, p. 130-131.

²³⁷ Keynes J. M., 1914, p. 629.

descuento del Banco de Inglaterra del 3% al 4% cuando la economía británica registraba una tasa de paro del 11,4%²³⁸.

En el *Tract* (1923) integra conceptualmente el funcionamiento del sistema monetario internacional y la inflexibilidad de los contratos en una economía moderna. Al igual que en la denominada escuela de Cambridge se interesa en examinar la inestabilidad del patrón de valor, pero también considera que el patrón oro no puede garantizar la estabilidad del sistema económico—del mismo modo que lo pensaba A. Marshall—. En dicha línea de razonamiento, le preocupan aún más los efectos de la deflación que de la inflación, ya que la primera “redistribuye la riqueza de una manera lesiva tanto para los negocios como para la paz social. La deflación [...] comporta una transferencia de riqueza desde el resto de la comunidad hacia la clase de los rentistas y hacia todos los tenedores de títulos monetarios [...] de los activos a los inactivos”²³⁹. Uno de sus principales diagnósticos era que la situación económica británica estaba en manos de la Reserva Federal cuya capacidad de manejo monetario aún no había sido testada. Siendo su principal propuesta que la administración de la moneda recayera en una cooperación amplia entre la Reserva Federal (*Fed*) y el Banco de Inglaterra (*BoE*).

Ya en los escritos del año 1923, como en las discusiones y debates en el año siguiente, en particular con Edwin Cannan e incluso con Hawtrey o H.G. Well, se observa en su modo de razonar la necesidad de encontrar explicaciones a la elevada tasa de paro fuera del mercado laboral. La idea de Keynes implicaba abarcar una serie de dimensiones que generaban una mayor complejidad a la hora de explicar con claridad el problema del desempleo. Por ello Keynes tiene en cuenta en dichos escritos tanto la inflexibilidad salarial, como la mayor demanda de empleo fruto del crecimiento poblacional, también —a través de sus trabajos sobre Wicksell—es consciente del efecto que provoca el mercado crediticio en las expansiones y contracciones de la economía. A todo esto hay que sumarle los términos de intercambio a nivel internacional, el movimiento de capitales y la actuación de los bancos centrales.

No obstante, un punto fundamental de los trabajos intelectuales de Keynes de dicha etapa es que, de forma similar a Hawtrey, empieza a desarrollar un núcleo teórico en

²³⁸ Skideslky R., 1992, p. 149.

²³⁹ Keynes J. M., 1996, p. 162.

torno a la demanda efectiva, donde la actividad económica estaba determinada por el gasto de la comunidad y las expectativas que las mismas provocaban²⁴⁰.

En varios de los artículos y publicaciones del año 1924 en *The Nation*, Keynes empieza a preocuparse por la forma y la cuantía en que se estaba canalizando el ahorro inglés hacia la inversión en el exterior profundizando aún más la gravedad del paro en Gran Bretaña. En “*Does Unemployment need a dramatic remedy?*” (1924) apela, por ejemplo, al estímulo artificial de las obras y trabajos públicos con vistas a que genere una prosperidad acumulativa “*cumulative prosperity*”²⁴¹. Además en dichos desarrollos se observa la necesidad creciente de una mayor cooperación efectiva entre la iniciativa individual o privada y la esfera pública y social²⁴². Incorpora, por tanto, la noción benthamita de una agenda y no agenda de los asuntos del gobierno para incrementar la prosperidad e incluso la libertad individual²⁴³. La idea, en estos escritos de Keynes, es que el *laissez-faire* tal y como había funcionado en el siglo XIX ya no era viable, por ello, como contraposición al contexto político-económico que se vivía en dichos años, era necesario una actividad más enérgica del gobierno para impulsar la actividad, la inversión, la producción y el empleo, lo cual no iba en detrimento de los intereses de los individuos, ya que si éstos no podían proveerse de una condiciones dignas de vida la noción de libertad individual no era más que una formalidad vacua. Como señala Skidelsky: Keynes fue el primer economista británico en argumentar que la prosperidad económica era la única forma segura de garantizar un sistema político liberal²⁴⁴.

Junto a la cuestión del amplio desempleo, el otro gran problema, y que afectaba también al nivel de empleo, obedecía al tipo de cambio de la libra y el retorno a la paridad con el oro a niveles anteriores a la guerra. A este respecto, ya desde el *Tract* (1923) la postura de Keynes era claramente favorable a la estabilidad interna de los precios antes que a la estabilidad externa. Por ello, para éste, la depreciación de la libra no era ninguna panacea pero el retorno a la paridad con el oro a niveles

²⁴⁰ Skidelsky, R., 1992, p. 164.

²⁴¹ Se entrevistó en dichos escritos de Keynes la necesidad de un fortalecimiento de la confianza interna de la economía que irá aparejado con el concepto que desarrollará sobre la eficiencia marginal del capital, en esta línea señala: «*unsound artificial prosperity in the hope that it would prove cumulative*». Skidelsky, R., 1992, p. 202.

²⁴² Skidelsky, R., 1992, pp. 184-186.

²⁴³ Keynes, J. M., 1926, p.8

²⁴⁴ Skidelsky, R., 1992, p. 221.

anteriores a la guerra era un lastre para la economía. Si Hayek consideró que uno de los graves problemas de los economistas británicos fue el no considerar los escritos de D. Ricardo sobre este problema²⁴⁵, de igual forma se puede categorizar que Keynes sabía perfectamente la distinción entre fijar el tipo de cambio y el tipo al que se fijara, es decir, dar o lograr una paridad concreta de cambio de la libra esterlina con el resto de monedas internacionales que refleje adecuadamente las condiciones reales de intercambio existentes entre dichas economías, especialmente con el dólar estadounidense. A este respecto, para Keynes era preferible emplear un *commodity standard* que la rigidez propiciada por un retorno al patrón oro a las condiciones que se fijaron en el año 1925²⁴⁶. Es llamativo que Hayek en los años setenta (1976) realizara una propuesta similar aunque orientada a la emisión privada de dinero²⁴⁷. Maynard, empleando la jerga freudiana, llegó a indicar que la obsesión o fijación anal hacia el oro “*an anal fixation on gold*” era la causa última del desempleo²⁴⁸. Y finalmente, en las “Consecuencias Económicas de Mr. Churchill” (1925) hizo una referencia al sacrificio que debían realizar los asalariados (en particular hablaba de los mineros británicos) para asegurar la estabilidad del patrón oro²⁴⁹. Es necesario, por tanto, resaltar la idea subyacente en estos escritos; de que cuando se recurre a un agente externo para que preste estabilidad a la moneda, y sobre todo cuando dicha solidez es ficticia, es decir que no se halle en sintonía con los fundamentos de una economía, los efectos pueden ser tan

²⁴⁵ Hayek, 1978, p 231.

²⁴⁶ No obstante como veremos más adelante es una idea que rechazará años más tarde a la hora de analizar la posibilidad de un sistema monetario internacional estable:

«The error of the gold-standard lay in submitting national wage-policies to outside dictation. It is wiser to regard stability (or otherwise) of internal prices as a matter of internal policy and politics. Commodity standards which try to impose this from without will break down just as surely as the rigid gold-standard». (Keynes J. M., 1943, p. 187)

²⁴⁷ Ver Hayek (1990b).

²⁴⁸ Skidelsky, R., 1992, p. 188.

²⁴⁹ «On grounds of social justice no case can be made out for reducing wages of the miners. They are the victims of the economic juggernaut. They represent in the flesh the ‘fundamental adjustment’ engineered by the Treasury and the Bank of England to satisfy the impatience of the City fathers to bridge the ‘moderate gap between \$4.40 and \$4.86. They (and others to follow) are the ‘moderate sacrifice’ still necessary to ensure the stability of the gold standard...». (Keynes, J. M., *CW*, ix, pp. 222-3 y también ver Skidelsky, R. 1992, p.204)

perversos como otro tipo de manipulaciones monetarias que suelen criticarse con mayor fervor²⁵⁰.

Años más tarde y ya en plena segunda guerra mundial, Keynes señaló que la estabilidad en la cantidad de dinero era una condición necesaria pero no suficiente para la estabilidad de los precios de la economía. Ya que la misma requería equilibrar también la relación entre los salarios monetarios, mencionando uno de los costes por excelencia de toda producción, y la eficiencia que la economía necesitaba. Ello le lleva a priorizar las necesidades de estabilidad interna, en particular a través de la política crediticia y salarial, antes que la estabilidad externa²⁵¹.

Se observa en el razonamiento de Keynes de mediados de los años veinte un intento por desarrollar los elementos menos convencionales de la tradición heredada de Cambridge. Dicha tradición consideraba relevantes las inflexibilidades contractuales para explicar el funcionamiento errático de los mercados —como por ejemplo el mercado laboral—. Además, y muy claramente en Alfred Marshall, no eran partidarios, ni consideraban que fuese siempre adecuado, emplear la convertibilidad de la moneda como mecanismo para estabilizar la economía. Estos elementos llevan a Keynes, con algunos matices particulares o personales de dicho autor, a oponerse a la política de dinero caro que empleaba el Tesoro y el BoE, ya que dicha política en lugar de atraer capitales que se orientaran a la actividad económica, provocaban, lo contrario un alejamiento—fruto de la pérdida de competitividad internacional de la economía—, repercutiendo a la larga en una restricción del crédito y un ajuste del mercado laboral que incidió primero en la cantidad (es decir en el nivel de desempleo) antes que en los precios (una reducción de los salarios). En el fondo el problema del paro era un problema esencialmente monetario —R. Hawtrey trabajó en una línea similar pero no idéntica desde 1913— donde las autoridades, por satisfacer la estabilidad cambiaria anclada a un patrón, depositaron la fe en los mecanismos de ajustes de automáticos. Keynes iba perdiendo la esperanza de que el mundo pudiese funcionar bajo la

²⁵⁰ Losoviz, P., 2010, p. 4. No obstante es necesario realizar una pequeña aclaración: Oponerse a un sistema rígido monetariamente, como por ejemplo fueron las asfixiantes condiciones que soportó la economía argentina durante la reciente convertibilidad de su moneda frente al dólar (1991-2001) no tiene que implicar lo contrario, es decir, que uno se convierta necesariamente en un defensor dogmático de una política deliberadamente pro inflacionista.

²⁵¹ Keynes, J. M., 1943, pp. 186-187.

hipótesis del *laissez-faire* cuyos principios, según él, iban desapareciendo rápidamente de la faz de la tierra²⁵².

La visión de Keynes era la de un mundo complejo al que no le valía el empleo de esquemas simplificados a la hora de tomar decisiones políticas. El caso británico era un ejemplo donde el ahorro no necesariamente se canalizaba hacia la inversión interna. Gran Bretaña era un inversor significativo para el mundo y el encarecimiento de su moneda, y por ende de sus costes, invitaba a la inversión fuera de sus fronteras. El proceso de ajuste que ello implicaba era lento sin que se generase confianza de reversión en el corto plazo.

Para Keynes la idea imperante en el *Tesoro* y el *BoE*, que él denominó la ortodoxia, era la de preocuparse en demasía sobre el efecto que los impulsos artificiales podían provocar en los precios y la estructura económica. A ello Keynes le denominó la “falacia inflacionista”. En consonancia con la crítica, injusta como se ha visto, a la Ley de Say contraponen la idea de la existencia de recursos ociosos y de que la prosperidad económica es acumulativa, más afín a las doctrinas del subconsumismo británico.

Por ejemplo en Hobson (1923), la causa principal de las crisis económicas obedece a los problemas relacionados con la distribución del ingreso. Para éste en la vida económica moderna existe en la práctica una lucha entre el capital organizado y el trabajo organizado. Si éste último no logra que las masas asalariadas aumenten su participación en la distribución del ingreso; el rezago salarial, conjuntamente con el crédito especulativo, serían los responsables de una sobreproducción y la consecuente depresión²⁵³.

Keynes, como escribirá años más tarde en la *T.G.*, admite la intuición subconsumista pero su orientación será principalmente la de estimular la inversión antes que el consumo. De hecho el 27 de octubre de 1926 señalaba:

«...If in existing circumstances we could do something, orthodox or unorthodox to stimulate demand, from whatever quarter, that demand would call forth an increased

²⁵² Vease Skideslky, R., 1992, p. 205 y Laidler, D, 1999, p.161-162.

²⁵³ Laidler, D., 1999, p. 171.

supply, which in turn would maintain and intensify the demand, and so on. But all the same it is not quite what Hobson has in mind I think»²⁵⁴.

Como se ha señalado en el presente trabajo, la noción de procesos acumulativos no pertenecía en exclusividad a la denominada heterodoxia, aunque sin duda dicha idea respaldaba en parte, particularmente cuando existían recursos ociosos, las distintas tesis sobre el subconsumo y la aportación de soluciones de corto plazo.

No obstante, el trabajo de R. Kahn significó un avance importante sobre el multiplicador, ya que resolvió algunas cuestiones que estaban pendientes sobre esta cuestión. Como señalará D. Laidler: Una cosa muy distinta es que el desempleo en un sector de la economía tenga consecuencias sobre la demanda de bienes y servicios de otros sectores y sobre el nivel de paro, y otra es tratar el problema de la magnitud de dichos efectos derrames, analizar si éstos eran explosivos o existían fuerzas que fueran limitando dichos efectos amplificados y ver qué propiedades del sistema económico debían incorporarse al análisis para responder a estas cuestiones²⁵⁵.

Kahn en *"The Relation of Home Investment to Unemployment"* (1931) aborda la problemática de la efectividad del gasto o el empleo público en términos que él mismo considera como realistas o concretos. Considera que el incremento del gasto o inversión en vivienda genera un empleo primario tal que:

«It includes the "direct" employment, and also, of course, the "indirect" employment that is set up in the production and transport of the raw materials required for making the new investment. To meet the increased expenditure of wages and profits that is associated with the primary employment, the production of consumption-goods is increased. Here again wages and profits are increased, and the effect will be passed on, though with diminished intensity. And so on ad infinitum. The total employment that is set up in this way in the production of consumption-goods will be termed the "secondary" employment. The ratio of secondary to primary employment is a measure of these "beneficial repercussions" that are so often referred to»²⁵⁶.

²⁵⁴ Era una carta dirigida a Brailsford véase Skideslky, R., 1992, p. 247.

²⁵⁵ Laidler, D., 1999, p. 173.

²⁵⁶ Kahn, F.R., 1931, p. 173.

Para calcular el ratio de empleo secundario generado a través del empleo primario, en primer lugar supone perfectamente elástica la oferta de bienes de consumo. Lo que Kahn realiza posteriormente es una progresión geométrica ad infinitum²⁵⁷ que depende de la intensidad del gasto que provocan los nuevos ingresos generados a través del gasto público. En definitiva denominará al parámetro k como una especie de propensión marginal a consumir de los nuevos ingresos que la inyección de gasto primario ha generado y N la cantidad de personas empleadas en el empleo primario. En términos matemáticos el ratio de empleo secundario a partir del empleo primario que se puede generar será igual a: $N / (1-k)^{258}$.

El que k sea inferior a la unidad obedece a que, por un lado, hablamos de economías abiertas y por lo tanto una parte del gasto puede desviarse hacia las importaciones; por el otro, que simplemente puede ser un sustituto parcial del subsidio de desempleo lo cual dependerá de la relación entre dicho subsidio y el salario completo por estar empleado. En palabras de Kahn:

«The more a country approximates to a closed system and the smaller the dole in relation to a full wage, the greater is the ratio of secondary to primary employment»²⁵⁹.

Además para Kahn cuanto más sumida esté en una depresión una economía o más alejada del pleno empleo de los recursos productivos el efecto secundario del impulso inicial del empleo será mayor y menor será el efecto sobre los precios. Este supuesto fue empleado y explicado por Keynes del mismo modo en la *T.G.*:

«The amount of secondary employment is then large and the rise in prices is small»²⁶⁰.

A partir de estas ideas del multiplicador que desarrolló Kahn, puede que con la incorporación consciente o inconsciente por parte de Keynes de la clarificación

²⁵⁷ La suma de dicha progresión infinita puede calcularse.

²⁵⁸ Kahn, F.R., 1931, pp. 182-183.

²⁵⁹ Kahn, F.R., 1931, p. 184.

²⁶⁰ Kahn, F.R., 1931, p. 182.

realizada por el estadista danés Jens Warming (1932)²⁶¹, fue vital para la noción de la propensión marginal a consumir que empleará Keynes en la *T.G.*

La aportación de J. Warming consistió en considerar que el efecto multiplicador además de propiciar el aumento del consumo de los sectores secundarios también generaría el ahorro necesario para financiar dicho aumento de la actividad:

«As to the cause of this diminished intensity, Mr. Kahn only considers the fact that a share of the employment goes abroad, while he expressly supposes that the new income (or rather the profit) is devoted to consumption in its entirety. It is here that I have something to add, as the saving from this income is a very important by-product to the secondary employment, and is just as capable of financing the activity»²⁶².

En resumidas cuentas, la teoría del multiplicador del empleo, asociada a la función de consumo, y su incidencia sobre la actividad económica —especialmente sobre las expectativas empresariales— fue en gran medida un proceso que Keynes venía elaborando sistemáticamente mucho antes de la publicación de la *T.G.* El multiplicador del empleo y la propensión marginal a consumir eran el respaldo teórico que Keynes necesitaba, y que él mismo ayudó a construir, para afianzar sobre pilares más firmes sus convicciones de economía política. Convicciones que a su vez se nutrían de las circunstancias históricas; de un mundo que iba sumiéndose en una profunda depresión.

Así en la época de la publicación de *“Can Lloyd George Do It?”* (1929) señalaba que los hombres de acción (*practical men*), eran esclavos de alguna teoría obsoleta (*venerable academic inventions*) sin observar que por medio del sentido común la resolución del problema era mucho más simple *“There is work to do; there are men to do it. Why not bring them together?”²⁶³*. Pero aún en el año 1929 Keynes no sabía

²⁶¹ No hay claridad ni unanimidad sobre este punto. Skidelsky por ejemplo señala que en una carta de J. M. Keynes dirigida a Kahn el 28 de septiembre de 1931 éste le sugiere una función de ahorro para cada nivel de producto que implicará una proporción estable de ahorro para un nivel de ingresos. La realidad, señala Skidelsky, es que dicha relación de ahorro y consumo en la literatura del multiplicador apareció con la publicación en el año 1932 en el *Economic Journal* del trabajo de Warming. Es probable que Keynes siendo co-editor lo leyera y a partir del otoño lo empleara en su función de consumo. Véase Skidelsky (1992), pp. 451-452.

²⁶² Warming, J., 1932, p. 214.

²⁶³ Skidelsky, 1992, pp. 303.

calcular o medir el efecto multiplicador; *“It is not possible to measure effects of this character with any sort of precision”*²⁶⁴.

En *The Means to Prosperity* (1933) Keynes, con el respaldo que suponen los trabajos de Kahn y Warming, lanza una propuesta para el *World Economic Conference* enumerando los pasos a seguir para recuperar la actividad y el empleo a nivel mundial. En principio señala en este panfleto que el mundo espera una acción decidida y que no puede esperar el milagro de que todo se resuelva por sí mismo²⁶⁵. Para ello propone modificar la rigidez del presupuesto anual ampliando la perspectiva de las estimaciones a más de un año²⁶⁶. En el fondo lo que critica es la visión de realizar continuos ajustes presupuestarios que terminan por afectar a la demanda efectiva y acaban reduciendo los ingresos fiscales, cayendo la economía en un círculo vicioso. La forma de romper con dicho círculo es estimulando la actividad, especialmente en aquellas actividades que tengan efectos secundarios sobre otros sectores y cuyos efectos con cierto retardo terminarán por generar nuevos ingresos al fisco²⁶⁷. En definitiva, la propuesta principal en dicha publicación es que las políticas domésticas deben ser decididas y contundentes para incrementar el empleo, pero a su vez se requiere una acción coordinada de las principales autoridades monetarias mundiales que reabra el flujo de crédito. Para ello sugiere el empleo expansivo de una reserva monetaria internacional (*International Note Issue*) que establecería cierta paridad entre la moneda nacional y el oro con un cierto grado de flexibilidad (limitación de las fluctuaciones en un rango del 5%).

Frente a la noción de las distorsiones en la estructura productiva que un estímulo artificial a la demanda podría ocasionar, Keynes se concentra en la recuperación de los beneficios empresariales ya que ningún negocio se expandirá, ni la inversión será atractiva, en tanto los mismos no se encuentren en un nivel aceptable al coste y riesgo de emprender. Se observa en Keynes una ligazón que cierra el círculo entre recuperación

²⁶⁴ Keynes, J. M., 1972, *CW IX*, 106-107 y véase también Skidelsky, 1992, pp. 304.

²⁶⁵ «*The world is less and less disposed “to wait for the miracle”—to believe that things will right themselves without action on our part*». Keynes J. M., 1933, p. 8.

²⁶⁶ «*...though it is a powerful argument in favour of proposals for modifying the rigidity of our annual Budget and for making our estimates, on this occasion, cover a longer period than one year. Owing to the time-lag in the effect of increased taxation in reducing the national income our existing budgetary procedure is open to the serious objection that the measures which will balance this Budget are calculated to unbalance the next one; and vice versa*». Keynes J. M., 1933, p.13.

²⁶⁷ «*There is no possibility of balancing the Budget except by increasing the national income, which is much the same thing as increasing employment*». Keynes J. M., 1933, p.14.

del empleo, demanda efectiva, el atractivo de la inversión “*attractiveness of investment*”, que luego en la *T.G.* denominaría con mayor rigor como la eficiencia marginal del capital, y las expectativas empresariales que todas ellas provocan.

También en el año 1933 Keynes publicó el ensayo biográfico sobre Thomas Robert Malthus, como homenaje en el centenario de su muerte. En dicho ensayo la figura de Ricardo representa al economista teórico “abstracto y apriorista” mientras que Malthus encarna al “...investigador inductivo e intuitivo que odiaba alejarse demasiado de lo que podía comprobar con referencia a los hechos y a sus propias intuiciones”²⁶⁸. Por desgracia, enfatiza Keynes, Malthus fue destruido por Ricardo²⁶⁹, quien ignoraba el hecho de que los salarios son una fuente esencial de la demanda efectiva²⁷⁰.

Todos los elementos necesarios que conducían a la *T.G.* ya estaban prácticamente desarrollados y sin duda los años posteriores a la publicación del *Treatise* fueron muy fructíferos para el engranaje del sistema que deseaba presentar Keynes. La carta enviada por Keynes a Harrod en agosto de 1936 sintetiza con claridad los elementos esenciales de dicha teoría que acababa de publicar:

«You don't mention effective demand or, more precisely, the demand schedule for output as a whole, except in so far as it is implicit in the multiplier. To me the most extraordinary thing, regarded historically, is the complete disappearance of the theory of demand and supply for output as a whole, i.e. the theory of employment, after it had been for a quarter of a century the most discussed thing in economics. One of the most important transitions for me, after my Treatise on Money had been published, was suddenly realising this. It only came after I had enunciated to myself the psychological law that, when income increases, the gap between income and consumption will increase,—a conclusion of vast importance to my own thinking but not apparently, expressed just like that, to anyone else's. Then, appreciably later, came the notion of interest being the measure of liquidity-preference, which became quite clear in my mind the moment I thought of it. And last of all, after an

²⁶⁸ Keynes, J. M., 2000, p. 34

²⁶⁹ “¡Si Malthus y no Ricardo hubieran sido el trono del que brotó la ciencia económica del siglo XIX, cuánto más sabio y rico sería hoy el mundo!”. Keynes J. M., 2000, p. 41.

²⁷⁰ Skildeslky, R., 1992, p. 464.

immense lot of muddling and many drafts, the proper definition of the marginal efficiency of capital linked up one thing with another»²⁷¹.

8.5 El paro involuntario y los salarios en la T.G.

No cabe duda, como señalará años más tarde Hazlitt, que la definición de paro involuntario empleada por Keynes es oscura y confusa. En la T.G. éste define el paro involuntario de la siguiente manera:

«Men are involuntarily unemployed if, in the event of a small rise in the price of wage-goods relatively to the money-wage, both the aggregate supply of labor willing to work for the current money-wage and the aggregate demand for it at that wage would be greater than the existing volume of employment»²⁷².

En lo que yerra Hazlitt es en su interpretación de dicha frase:

«It would be hard to imagine a definition more wordy, involved or obfusc. I have read it an indefinite number of times, and as nearly as I can make out it means simply this: Men are involuntarily unemployed if an increase in prices relatively to wage-rates would lead to more employment. As soon as we translate Keynes's statement into plainer English, its falsity becomes evident. Keynes's statement overlooks the fact that such an increase of employment could have been brought about equally well by a lowering of money wage-rates, with commodity prices remaining the same. To recognize this possibility, however, would have been to recognize that the unemployment was not in fact involuntary. Keynes tries to dismiss the possibility by pretending, on quite unconvincing grounds, that there would have to be a uniform and simultaneous reduction of wages throughout the entire economic system to make this result possible. But as I have already pointed out, wages never do go up or down uniformly or simultaneously»²⁷³.

²⁷¹ Dicha carta se encuentra reproducida en Skidelsky, R (1992), p. 466. Aquí cito la versión original, que se puede encontrar en formato electrónico en:

<http://economia.unipv.it/harrod/edition/editionstuff/rfh.271.htm>

²⁷² Keynes, J. M., 1973, CW VII, p.15. En cursiva en el original.

²⁷³ Hazlitt, H., 2007, pp. 32-33.

Lo único que intenta decir Keynes en este punto, y esa es mi interpretación, es que el salario real no es el único determinante para alcanzar un cierto nivel de empleo. La determinación de dicho volumen de empleo hay que encontrarlo en otro lugar: En la suma de factores y fuerzas que dominan el sistema económico. La fatalidad de la interpretación de Hazlitt radica en tomar las frases de forma parcial sin antes haber interpretado el funcionamiento de todo el sistema, tal y como figuraban en la cabeza del autor.

Y para entender aún más esta idea hay que retrotraerse al prefacio de la *T.G.* donde Keynes señala:

«A monetary economy, we shall find, is essentially one in which changing views about the future are capable of influencing the quantity of employment and not merely its direction»²⁷⁴.

Para comprender el enunciado anterior es necesario realizar una pequeña síntesis, aunque varios de los puntos que mencionaremos serán tratados con mayor profundidad en capítulos posteriores. Para Keynes las circunstancias que los economistas clásicos consideran como patológicas pueden llegar a ser mucho más prolongadas ya que las bases que sustentan el orden económico pueden transformarse y fragilizarse. Los economistas clásicos y neoclásicos admitían que el comportamiento de los agentes podía ser irracional pero no de modo generalizado o permanente en el tiempo. Observaron en el mecanismo de precios un modo de transmisión de la información y de ajuste del sistema. Hayek desarrolla aún más esta idea considerando dicho mecanismo como un proceso de descubrimiento de información y conocimiento diseminado —fragmentado— entre los agentes, que es lo que permite la coordinación de órdenes complejos. Por ello, y al igual que Keynes, podían afirmar que “...our knowledge of the future is fluctuating, vague and uncertain...”²⁷⁵.

El matiz particular de Keynes, lo que le diferencia de los clásicos y de Hayek, obedece al efecto o incidencia de la psicología de masas o “efecto rebaño” en el

²⁷⁴ Keynes, J. M., *CW VII*, 1973, p. XXII.

²⁷⁵ Keynes, J. M., 1937, p.213.

funcionamiento de los mercados organizados que podían prolongar en el tiempo los comportamientos irracionales.

Siguiendo este razonamiento de Keynes, tanto el tipo de interés como la eficiencia marginal del capital son a su vez barómetros del grado de inquietud y desconfianza. Dichos barómetros dependen a la vez de la opinión general sobre el estado existente de las cosas, donde tiene un peso prominente el juicio convencional, al que él también denomina psicología de masas.

La importancia del estado de las expectativas radica en que el mismo se conjuga con el resto de variables del sistema para determinar el volumen de producto y empleo. En este sentido, Keynes también le atribuye a la teoría clásica la negación de una teoría sobre la demanda efectiva.

Dicha teoría consiste, bajo una serie de supuestos, que los dos principales componentes de la demanda agregada, que son el consumo y la inversión, determinan el nivel de producción u oferta agregada. Si recordamos la ley psicológica enunciada por Keynes de que a medida que la renta crece el consumo también lo hace pero a un ritmo menor que aquélla, entendemos la importancia que tiene en el esquema de Keynes el rol de la inversión, ya que ésta tiene que rellenar el vacío que deja el consumo para evitar que los precios caigan por debajo de los costes de producción. Pero el problema fundamental radica en que justamente dicha función de inversión es sumamente inestable ya que depende de la visión que tengamos acerca del futuro²⁷⁶.

El multiplicador cerraría el funcionamiento del modelo ya que se desarrollarían procesos acumulativos limitados que determinarían distintos niveles de ahorro e inversión y en último término de producto y empleo. Por ello Keynes aunque duda de que los economistas modernos:

«...really accept Say's Law that supply creates its own demand. But they have not been aware that they were tacitly assuming it. Thus the psychological law underlying the Multiplier has escaped notice. It has not been observed that the

²⁷⁶ «The theory can be summed up by saying that, given the psychology of the public, the level of output and employment as a whole depends on the amount of investment». Keynes, J. M. ,1937, p.221.

amount of consumption-goods which it pays entrepreneurs to produce is a function of the amount of investment-goods which it pays them to produce»²⁷⁷.

Para Keynes, por lo tanto, su teoría es una “teoría general” en la que, partiendo de variables independientes —la propensión a consumir, la eficiencia marginal del capital y el tipo de interés—, se podría deducir el volumen de empleo y el ingreso nacional²⁷⁸. Detrás de estas variables independientes se esconde una complejidad enorme de circunstancias; como leyes psicológicas, comportamientos gregarios y situaciones históricas específicas —funcionamiento de mercados organizados— que se verán con mayor detalle en capítulos posteriores. En cuanto al método y el papel que juega la Historia en el análisis de Keynes será objeto de investigación en la segunda parte de la tesis.

Retomando el problema de los salarios monetarios, Keynes no niega la proposición de que una reducción de los mismos que viene acompañada por el mismo nivel de demanda efectiva agregada podía provocar un mayor incremento del empleo, pero la cuestión esencial es si la reducción de dichos salarios monetarios vendrá o no acompañado por el mismo nivel de demanda efectiva que existía con anterioridad, medida en términos monetarios. Podía ocurrir que la reducción de la demanda efectiva fuese superior a la reducción de dichos salarios monetarios²⁷⁹.

Finalmente, Keynes logra plasmar la serie de intuiciones que venía elaborando sobre el efecto pernicioso de una reducción de los salarios monetarios, pero aquí cobran una expresión nueva al considerar que no existe un resultado único. Dependerá de las circunstancias particulares: de la apertura de la economía, del grado de

²⁷⁷ Keynes, J. M., 1937, p.223.

²⁷⁸ Keynes, J. M., CW VII, 1973, p. 245.

²⁷⁹ La falacia de la composición expuesta por el propio Keynes es:

«For the demand schedules for particular industries can only be constructed on some fixed assumption as to the nature of the demand and supply schedules of other industries and as to the amount of the aggregate effective demand. It is invalid, therefore, to transfer the argument to industry as a whole unless we also transfer our assumption that the aggregate effective demand is fixed. Yet this assumption reduces the argument to an ignoratio elenchi. For, whilst no one would wish to deny the proposition that a reduction in money-wages accompanied by the same aggregate effective demand as before will be associated with an increase in employment, the precise question at issue is whether the reduction in money-wages will or will not be accompanied by the same aggregate effective demand as before measured in money, or, at any rate, by an aggregate effective demand which is not reduced in full proportion to the reduction in money-wages». Keynes, J. M., CW VII, 1973, p.259-260.

influencia de la misma en la demanda mundial, de las expectativas que las mismas provoquen en el empresariado, etc.

Así, por ejemplo, resalta que:

«...a sudden large reduction of money-wages to a level so low that no one believes in its indefinite continuance would be the event most favourable to a strengthening of effective demand. But this could only be accomplished by administrative decree and is scarcely practical politics under a system of free wage-bargaining»²⁸⁰.

Lo que indica en el anterior párrafo es simplemente que aunque caiga el poder adquisitivo fruto de una reducción salarial generalizada, tomemos por caso el efecto de un decreto o básicamente una devaluación monetaria, las expectativas empresariales mejorarán, y con ello el clima de los negocios y las perspectivas para invertir, debido a que no se esperan ulteriores reducciones de los mismos. En palabras de Keynes, el efecto sería similar al de un incremento en la eficiencia marginal del capital respecto al tipo de interés de mercado.

Sin embargo, la visión general de Keynes en economía no es tan rígida llegando a inferir, en *“How to Avoid a Slump”* (1937), que dada la rigidez estructural de la economía británica, tanto a nivel empresarial como laboral, un impulso mayor a la demanda tendría mayores consecuencias inflacionistas que favorables sobre el nivel de actividad:

«We are in more need today of a rightly distributed demand than of a greater aggregate demand»²⁸¹.

Para tener un cuadro más claro acerca de las hipótesis que baraja Keynes sobre el empleo y los salarios, en particular el problema del paro crónico, es necesario ahondar aún más en la teoría que éste elabora sobre el tipo de interés, la relación que dicha teoría tiene con la demanda de dinero y, finalmente, el rol de las expectativas, la especulación y la empresa sobre la demanda efectiva, elementos que trataremos con mayor detalle en los próximos capítulos.

²⁸⁰ Keynes, J. M., 1973, CW VII, p.265.

²⁸¹ Keynes J. M, 1982, CW XXI, p. 385. Citado también en Skidelsky, 1992, p. 629.

8.6 El papel de las expectativas: distorsiones y estímulo. Revisión y conclusiones del debate sobre el empleo y el paro involuntario.

Como señaláramos al inicio del capítulo, tanto Hayek como Keynes poseen una visión sistémica sobre el funcionamiento del mercado laboral. Es probable que el mayor contacto de Hayek con Keynes y otros miembros de la escuela de Cambridge acentuara el rasgo semi-macro de su discurso, a diferencia por ejemplo de Mises, aunque en esencia no existe una separación sustancial entre ambos autores austriacos llamados a alertar sobre las consecuencias indeseables de la intromisión en el funcionamiento de los mercados libres²⁸². En este sentido, el sistema de precios desde un punto de vista purista —es decir no afectado por mediaciones gubernamentales, poderes corporativos o sindicales, ni privilegios jurídicos— es el elemento más adecuado para la coordinación de órdenes humanos complejos. A dicha premisa, no escapa la mercancía trabajo asalariado y su precio que son los salarios. Ello constituiría a los ojos de Hayek o Mises la constitución natural de una demanda efectiva sobre cimientos sólidos.

La preocupación central de Keynes, que fue elaborando minuciosamente, es completamente distinta y radica justamente en el polo opuesto. El problema económico que le importa no es el de las distorsiones sino más bien el reforzamiento de procesos sociales acumulativos que pueden conducir o bien a un proceso virtuoso de creación de riqueza y empleo o en cambio a otro de estrechamiento y destrucción del mercado que pondría en vilo las mismas bases sobre las que se sustenta dicho orden.

Por ello a Keynes no le preocupa recomendar, en ciertos casos, la realización de tareas completamente inútiles si las mismas tienen una repercusión favorable sobre el empleo y en últimas instancias mejoran el estado de la confianza empresarial sobre el

²⁸² Existe una controversia en la literatura económica austriaca en cuanto al debate en torno al cálculo socialista y la posición de Mises y Hayek. No es objeto de la tesis adentrarse en dicho debate. Solo puntualizamos el papel que Hayek le dio a la recopilación de la información diseminada en un sistema económico imposible que pudiese procesar un órgano centralizado. Al respecto véase; Stalebrink (2004).

clima de los negocios. Este efecto incide también en la *T.G.* en la eficiencia marginal del capital respecto a los tipos de interés vigentes en el mercado²⁸³.

«The state of confidence, as they term it, is a matter to which practical men always pay the closest and most anxious attention. But economists have not analysed it carefully and have been content, as a rule, to discuss it in general terms. In particular it has not been made clear that its relevance to economic problems comes in through its important influence on the schedule of the marginal efficiency of capital. There are not two separate factors affecting the rate of investment, namely, the schedule of the marginal efficiency of capital and the state of confidence. The state of confidence is relevant because it is one of the major factors determining the former, which is the same thing as the investment demand-schedule»²⁸⁴.

Hayek, muy al contrario que Keynes, justamente demostró que los procesos económicos se basan en un descubrimiento de oportunidades con información parcializada. Ningún órgano centralizado podría procesar y tomar decisiones más correctas que las que surgen de la actividad no intencionada (en el sentido de querer construir un orden, o que no tenga un cometido limitado) de los individuos. En segundo lugar, los fallos, crisis, etc., brindan información sobre algo que no está bien, alguna distorsión, burbuja en la estructura económica real. Por ello, sostener dinámicas inherentemente inestables conduce a un falseamiento de las expectativas y en definitiva a frustraciones generalizadas cuyos daños llevan mucho tiempo y esfuerzo para reconducirlos.

Podríamos aseverar que Hayek interpreta un principio más amplio sobre el funcionamiento de los salarios y el empleo, que en última instancia —más allá de las fricciones a las que pueden verse sometidos dichos mercados— reflejarán las condiciones reales de la oferta y la demanda. En otras palabras, Hayek parte

²⁸³ Hay una discrepancia entre mi tutor (Méndez Ibisate) y mi impresión sobre este asunto en la *T.G.*; si bien coincido con Méndez Ibisate en que para Keynes el comportamiento gregario de los agentes, la psicología de masas, particularmente en el funcionamiento de los mercados financieros y de activos (valores) tiene un efecto perverso —distorsionando tanto la información como la construcción de las expectativas empresariales— la socialización de la inversión en Keynes no es simplemente para mí una sustitución de la función que podía desempeñar la actividad privada sino que tiene principalmente como cometido mejorar el estado de la confianza empresarial (reforzarla no sustituirla) y de este modo afectar de modo positivo a la eficiencia marginal del capital.

²⁸⁴ Keynes, J. M., 1973, *CW VII*, pp. 148-149.

conceptualmente de una situación de perfección teórica para ir añadiendo poco a poco las impurezas del mundo real; para Keynes las impurezas del mundo real son la base misma de donde deben partir, en lo posible, los supuestos teóricos. De este modo busca un continuo guiño con las vertientes subconsumistas para enfatizar la importancia del nivel de los salarios y el consumo de los asalariados por su incidencia sobre la demanda efectiva, aunque a través de los desarrollos de Kahn y Warming logrará encajar de forma más adecuada las piezas y otorgarle un rol primordial a los factores que influyen sobre la inversión. No obstante, las variables mencionadas no se deben concebir como piezas separadas o compartimentos estancos, ya que el nivel de empleo, salarios y las expectativas inciden en el nivel de consumo y afectan a su vez a las decisiones de inversión.

Por lo tanto, para tener un cuadro más acabado de la visión de ambos autores sobre el empleo y los salarios, es esencial ahondar más sobre otros conceptos, como por ejemplo el tipo de interés y los factores que influyen sobre el ahorro y la inversión, que trataremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 9.

Interés y beneficio: su papel en la coordinación de la actividad económica.

9.1 La noción del interés y su desarrollo en la escuela austríaca.

El tipo de interés aparece en transacciones, decisiones, acuerdos o intercambios económicos relativos al consumo intertemporal (decisiones de ahorro), a las decisiones sobre la aplicación de dichos recursos en procesos de inversión (decisiones de ahorro e inversión) y a los pactos financieros, decisiones sobre activos, préstamos —monetarios, financieros, bancarios, etc.— En todas estas decisiones la variable clave es el tiempo y, por tanto, el tipo de interés es un resultado de todos estos procesos de toma de decisión e intercambio donde el tiempo es la variable crucial. El tipo de interés es el factor que descuenta, en definitiva, el valor del tiempo.

Ciñéndonos al mercado de préstamos, la oferta de dichos fondos prestables está determinada en última instancia por el ahorro. Ahora bien la forma, como diría Keynes, en que se divide dicho ahorro es compleja y puede abarcar activos más o menos líquidos. Si hacemos por el momento abstracción de los sistemas y mercados que canalizan dicho ahorro podríamos señalar que el individuo tendría de por sí la capacidad de dividir dicho ahorro en una parte lista para satisfacer las necesidades de consumo más inmediato y otra capitalista o inversora destinada a invertirse en procesos productivos que impliquen mejoras de eficiencia y productividad en el tiempo²⁸⁵. En un sistema donde actúan diversos agentes mediante mercados de créditos organizados la situación se torna bastante más compleja como se irá observando.

Una parte considerable de la demanda de dichos fondos está determinada por la inversión, que realiza una valoración —nunca perfecta— de la productividad que se espera alcanzar al emplear en el presente una serie de recursos para la obtención y

²⁸⁵ Mises, L. von, 1996, p. 530. [1995, p.630].

realización a unos precios esperados de un producto en el futuro. En realidad la previsión menos perfecta es la rentabilidad que cabe esperar por dicha inversión ya que depende de una serie de variables que no se pueden controlar y son inciertas.

Planteados así los términos del problema, el grado de elaboración y sofisticación de dicha teoría es significativo. En la vida real nos enfrentemos a lapsos de duración de procesos productivos diversos; no existe un intervalo temporal único; tampoco las preferencias temporales de consumo son constantes en el tiempo; además las estructuras de la inversión son complejas y el empleo de los recursos en el tiempo puede dar lugar a una verdadera competencia por el uso de los mismos. Marx denominó el capital a interés como el más perfecto de los fetiches, al ocultar todos los fenómenos que se esconden tras su forma:

«Y, sin embargo, de todas estas formas, el más perfecto de los fetiches es el capital a interés [...] Dinero que alumbra más dinero. Es la fórmula general y originaria del capital, condensada en una síntesis carente de sentido»²⁸⁶.

La primera aproximación de la escuela austriaca al fenómeno del interés parte de un supuesto simple: Si viviéramos en un estado de abundancia perpetuo en el tiempo no existiría en cierto grado tal cosa como el interés, los recursos serían siempre lo suficientemente abundantes para poder llevar a cabo etapas y procesos sin mayor dificultad en el tiempo. El valor de los bienes presentes y futuros sería prácticamente indiferente²⁸⁷. En cambio, si existiesen muy pocos recursos para poder llevar a cabo procesos productivos muy alejados en el tiempo, los individuos percibirían como un enorme sacrificio y esfuerzo poder llevar a cabo dichos procesos, el tipo de interés en este caso sería sumamente elevado y, por tanto, se valorarían con un elevado descuento respecto al presente los bienes futuros. Por ello mientras exista tal cosa como la escasez en el tiempo siempre habrá un interés, es decir una mayor valoración de lo que se puede consumir en el presente que de lo que se puede consumir en el futuro. La acción sobre unos recursos escasos para sostener unos procesos vitales en el

²⁸⁶ Marx, K., 1989, p. 403.

²⁸⁷ Aunque, cabe matizar, en los pensadores austriacos incluso en un hipotético estado de superabundancia de bienes y recursos el tipo de interés no desaparecería del todo, ya que los bienes de capital al incorporar mejoras, novedades, conocimientos no valen lo mismo en el tiempo.

tiempo explica el fenómeno del interés²⁸⁸. El interés no es por tanto un determinante del proceso económico sino un resultado de dicho proceso. En suma:

«Thus, interest is a praxeological consequence of man's cognition of time»²⁸⁹.

L. von Mises denominó como tipo de interés originario aquél que revela las preferencias temporales de los individuos y orienta la actividad inversora de los empresarios²⁹⁰. Sin embargo, el tipo de interés originario no es suficiente para comprender todo el fenómeno que encierra el interés. Todo tipo de interés engloba no solo el tipo de interés originario sino también el beneficio empresarial²⁹¹. De hecho, el tipo de interés de mercado debe ser suficiente como para cubrir al prestamista no solo de las condiciones de mercado, que da pistas sobre el tipo de interés originario, sino también debe cubrir su actividad empresarial, como se da en el caso de la banca al ser un mediador de fondos líquidos que debe preveer las expectativas e incertidumbre que se ciernen acerca del futuro²⁹².

Embarcarse en cualquier actividad engloba riesgos y costes de oportunidad. Prestar y solicitar prestado implica una cierta previsión sobre el cumplimiento de ciertas condiciones esperadas en el futuro. En función de dichas previsiones o expectativas la actividad empresarial consistirá justamente en anticiparse o aprovechar los márgenes que se esperan obtener por los precios presentes de los factores de producción y el de los bienes finales descontados por el interés de mercado²⁹³. Justamente así define Hayek el fenómeno de interés en *The Pure Theory of Capital* (1941):

«It has already been mentioned that the rate of interest in these conditions is not a price of any particular thing. It is an element in the relations between the various

²⁸⁸ Si se medita algunos segundos sobre las proposiciones anteriores, observamos que no se encuentran nada alejadas de la teoría del valor clásica. Por ello se reivindica como falsa la hipótesis que sostiene que la teoría de valor clásica habla simplemente del pasado y del trabajo o coste acumulado que poseen las mercancías. En este sentido, la teoría clásica del valor es también desde mi punto de vista una teoría prospectiva donde los individuos valoran los procesos productivos que se pueden acometer en el tiempo dado unos recursos. Es cierto que, aunque se plantearon una buena parte de los problemas de intertemporalidad, no llegaron a utilizar todo el engranaje ni el lenguaje moderno y a la teoría del interés le faltaba la madurez que alcanzó posteriormente.

²⁸⁹ Graves P. L., 1990, p.150.

²⁹⁰ Mises, L. von, 1996, p. 535 [1995, p.632].

²⁹¹ Mises, L. von, 1996, p. 536 [1995, p. 636].

²⁹² Cachanosky N., 2007, p. 64.

²⁹³ Cachanosky N., 2007, p. 67.

prices of different commodities, a ratio between the prices of the factors of production and the expected prices of their products, which stands in a certain relationship to the time interval between the purchase of the factors and the sale of the product»²⁹⁴.

La teoría de Hayek sería simplemente una sofisticación de la teoría de Turgot quien como recordamos señaló: “...que el capital arroja interés porque salva el hiato temporal entre el esfuerzo productivo y el producto”²⁹⁵. La innovación que introduce Hayek consiste en hacer que las variaciones en los tipos de interés sean equivalentes a los márgenes de precios que obtienen los productores en cada etapa del proceso de productivo²⁹⁶.

La cuestión esencial en la escuela austriaca y en Hayek es derrumbar, a través de la crítica, las construcciones teóricas en economía que intentan establecer, buscando una analogía a las ciencias físicas, cierta causalidad lineal entre las causas y los efectos. No tienen sentido para Hayek unas condiciones de equilibrio estacionario a largo plazo donde una oferta concreta y dada de bienes de capital se corresponde a una demanda exacta a la misma y donde la cantidad de capital es tomada simplemente como una magnitud de valor homogénea que posee un esquema de productividad marginal y una correlación única con el tipo de interés. La confusión que tiene para Hayek este modo de razonar que se ha extendido entre los teóricos del equilibrio en economía, no en Keynes por supuesto pero si en una vertiente del keynesianismo que se inspiró en el propio Keynes, es que se toma al capital como un valor definido independiente del empleo que se le dé; como si fuera un dato y no un resultado del proceso económico.

Siguiendo con este razonamiento, lo que Hayek nos dice es que en la realidad existe una interacción continua entre la valoración que en el mercado realizan los agentes — teniendo en cuenta expectativas, incertidumbres y riesgos— que afectan a las variables, por ejemplo el tipo de interés, que a su vez condicionarán sus propias conductas en el tiempo. Es un proceso, por tanto, dinámico y espontáneo de coordinación de las decisiones y actividades del individuo que se desenvuelve en un marco complejo. Pero

²⁹⁴ Hayek, 2009, p. 38.

²⁹⁵ Citado también en el presente trabajo en el capítulo seis sobre las teorías del capital. J.A. Schumpeter 1994, p.385.

²⁹⁶ Machlup, F., 1974, p.503.

Hayek alerta del efecto indeseado debido a la actuación de la banca moderna en el mercado monetario, respaldada por los Bancos Centrales, en la distorsión que sufre el tipo de interés monetario frente al tipo de interés natural — definido este último por los clásicos como H. Thonton (1802), empleado también por Wicksell (1898) y al que Mises denominó, como se ha visto, “tipo de interés originario”—.

La esencia de la teoría sobre el ciclo económico en la escuela austriaca obedece justamente a dichas divergencias entre el tipo de mercado y el tipo de interés natural. Hayek incorporó a dicho análisis el *efecto Cantillon y Ricardo* interpretándolo como las consecuencias que una variación en el tipo de interés de mercado tenía en los precios y las alteraciones que ello provocaba en los márgenes de beneficio. La idea fundamental en este caso, es que una variación general en los precios no tendrá una repercusión homogénea sobre diferentes procesos de producción y realización de beneficios en el tiempo. A plazos más cortos de rotación del circuito productivo y comercial (*turnover*) mayor será la repercusión en el rendimiento o beneficio de un aumento de los precios. A este respecto, la elevación de precios impulsa a invertir en procesos cuya maduración sea más corta o menos alargada en el tiempo.

Para Hayek era importante, esencial, comprender que las distorsiones ocasionadas a la estructura productiva real fruto de la intervención de las autoridades monetarias y gubernamentales, incluso incorporando también los privilegios jurídicos de la banca, afectaban negativamente a la coordinación adecuada de órdenes complejos y en definitiva a la prosperidad que se podía alcanzar. Las ideas propuestas por el keynesianismo, obviando en su esquema lógico de la *T.G.* la incidencia sobre los precios, conduce a la larga, para Hayek, a una descapitalización del sistema productivo condenando a toda la sociedad a vivir cada día que pasa, y se mantengan dichos estímulos, en una situación más precaria.

9.2 La teoría del interés y la eficiencia marginal del capital en Keynes.

Para evitar una circularidad en el razonamiento entre la determinación del tipo de interés y el capital, Keynes también considera el tipo de interés como un resultado del

proceso económico cuyos determinantes principales debemos encontrar fuera del sistema.

En sus propios términos el tipo de interés es un barómetro del grado de confianza que tienen los agentes sobre la situación económica pero condicionada, por ello mismo, al funcionamiento de los mercados de créditos y la psicología de las masas. Aunque no niega categóricamente que un acto de abstinencia de consumo en el presente implique un consumo en el futuro, indica que dicha relación se realiza de forma compleja²⁹⁷. La base de todo su sistema radica en el componente psicológico y la determinación de expectativas, pero no como un ente genérico válido para todas las etapas del hombre sino bajo las circunstancias concretas en las que existen mercados organizados y las conductas de las masas que se desarrollan en los mismos. Por tanto, la propensión marginal a consumir, la inducción a invertir o la demanda de dinero se verán profundamente condicionadas por los componente psicológicos mencionados y su efecto en las expectativas²⁹⁸.

Es cierto que no es tan sencillo analizar cómo Keynes fue madurando su concepción sobre el tipo de interés y la influencia de la misma sobre la inversión. Podemos sintetizar que nunca en ninguno de sus escritos negó categóricamente la influencia de dicha variable, aunque fue matizando a lo largo de su obra la capacidad de manipulación coyuntural de la misma para lograr los objetivos deseables de actividad y empleo.

En la época que escribió sus *Consecuencias Económicas de la Paz* (1919) y a principios de los años veinte, en particular para aquéllos que le acusan de pro inflacionista, Keynes defendió una política monetaria activa, a la usanza de Cambridge, para desalentar los efectos indeseados de una elevada inflación. No obstante, a medida que se van sucediendo los acontecimientos económicos de su época y en particular los cambios que tienen lugar en el primer tercio del siglo XX en el centro de su mundo, que era Gran Bretaña, piensa en la deflación como el enemigo a batir antes que

²⁹⁷ «...Keynes, adelantando un análisis de consumo intertemporal —entre consumo presente y futuro—, incluye también el tipo de interés real como variable que afecta o determina el consumo y por tanto, al ahorro...». Méndez Ibisate F., 2012, p. 30.

²⁹⁸ Véase sobre todo el rol de las expectativas y la psicología en Keynes en la publicación de Méndez Ibisate F., 2012, p. 25. No obstante, mi aportación particular al respecto es que considero que Keynes otorga, puede que intuitivamente, un rol al fenómeno histórico y su influencia en los hechos económicos —tema que desarrollaré de forma más extensa en los próximos capítulos—.

mantener una perseverancia dogmática²⁹⁹. Obras como el *Tract* (1923) ya reflejaban dicha preocupación. Así en 1925 escribió en *The Nation*:

«Lo que influye sobre la empresa y el empleo no es la tasa monetaria de interés, sino la tasa real anticipada de beneficios durante el período del proceso productivo; y esta última está compuesta por el tipo de interés y el movimiento anticipado de los precios»³⁰⁰.

La preocupación de Keynes, tanto en sus obras anteriores a la *T.G.* como también en las posteriores, se centra en la reducción del tipo de interés a largo plazo, orientado a favorecer las expectativas empresariales y el dinamismo inversor —variable ésta última que Keynes consideraba como altamente inestable—. El mantenimiento de dichos tipos de interés a un nivel bajo dieron lugar a los pasajes más románticos de la obra de Keynes dedicados a la eutanasia del rentista. Estableciendo cierto paralelismo, si Ricardo percibió en la figura del terrateniente uno de los principales frenos al progreso y la acumulación del capital en cierta medida y del mismo modo procedió Keynes en cuanto al propietario del capital dinerario. Aunque siempre fue lo suficientemente flexible sobre este y otros puntos como lo delatan las epístolas con Marcel Labordère, cuando aquél le señalaba:

*«Stable fortunes, the hereditary permanency of families and sets of [...] various social standings are an invisible asset on which every kind of culture is more or less dependent»*³⁰¹.

A lo que Keynes le replicó:

*«I fully agree with this, and I wish I had emphasized it in your words. The older I get the more convinced I am that you say is true and important. But I must not allow you to make me too conservative»*³⁰².

Del mismo modo Hayek recordaba que poco después de la publicación de la *T.G.*, en una conversación mantenida entre ambos, tratando de que Keynes reflexionara sobre la eutanasia del rentista le describió la importancia que habían tenido en la tradición

²⁹⁹ Véase Torrero Mañas, 1998, p. 859.

³⁰⁰ Keynes J. M., *CW XIX*, 1981, p. 337. Traducción al castellano de Torrero Mañas (1998) p. 864.

³⁰¹ Skidelsky R., 1992, p. 584.

³⁰² Skidelsky R., 1992, p. 584.

política inglesa los hombres de dicha clase, a lo que lejos de contradecirle, Maynard realizó un elocuente elogio de la clase propietaria poniendo de manifiesto con unos ejemplos que eran indispensables para preservar una civilización digna de tal nombre³⁰³. En palabras del propio Hayek en su recensión de *Life of John Maynard Keynes de Harrod* (1951):

«Recuerdo, en particular, una ocasión que ilustra bien lo dicho. No hacía mucho que Keynes había acuñado la expresión “eutanasia del rentista”, y en un intento deliberado de hacerle hablar del tema aproveché la primera oportunidad que tuve en la conversación para destacar la importancia que el hombre económicamente independiente había tenido en la tradición política inglesa. Lejos de contradecirme, emprendió un largo elogio de la función desempeñada por las clases propietarias, ofreciendo múltiples ejemplos de su imprescindible papel en la preservación de una civilización decente. Quizás fuera su don para acuñar expresiones lo que le hacía exagerar sus opiniones. Desde luego, frases como “charlatán financiero, “el fin del *laissez-faire*” y a “largo plazo estamos todos muertos” deben de haberse vuelto con frecuencia contra su autor en momentos que se sintiera más conservador»³⁰⁴.

La idea que subyace en los escritos de Keynes de un tipo de interés a largo plazo bajo, radica en la importancia que él otorgaba a la incidencia del mismo sobre la demanda agregada. Sin embargo, en la *T.G.* el tipo de interés tiene una influencia indirecta, incluso agravante del proceso cíclico, pero no es determinante a la manera que lo explicaban los economistas austriacos. La confusión para Keynes sobre la manera de razonar de Mises y sus discípulos proviene de la forma en que éstos establecen el vínculo entre ahorro voluntario, tipo de interés de mercado e inversión agregada. Para Keynes, en consonancia con su crítica a la Ley de Say, no necesariamente un aumento del ahorro se traduce en un estímulo para la inversión como lo pensaban los austriacos. Keynes atribuye al razonamiento de Mises, Hayek y el profesor Robbins que un aumento del ahorro voluntario implica una reducción del consumo y del tipo de interés de mercado. Dicho ahorro alterará el movimiento de precios relativos entre bienes de consumo y bienes de inversión que sumado al efecto Ricardo (esto más concretamente en Hayek), provocado por el descenso en los tipos de interés, hace que

³⁰³ Ver Hayek F. A. (1952), pp. 213-214 y también en Torrero Mañas (1998), pp. 882-883.

³⁰⁴ Hayek F. A., 1996, p.258.

resulte más atractivo el destinar recursos hacia procesos que pueden requerir una mayor maduración en el tiempo. En contraposición a esta idea para Keynes, la reducción de la demanda de bienes de consumo perturbaba a la demanda de las empresas que abastecían a esos sectores y todo ello podía afectar negativamente a la curva de eficiencia marginal del capital de la economía aunque los tipos de interés se situaran en un nivel muy bajo. Este es el motivo que según Keynes los economistas asumían tácitamente la Ley de Say y confundían la eficiencia marginal del capital con el tipo de interés³⁰⁵.

De igual modo, Keynes siente la misma insatisfacción respecto al desarrollo de una teoría adecuada del interés por parte de los pensadores del subconsumo —como ya fuese mencionado en el ensayo que Keynes escribió sobre Malthus—. No obstante, Keynes no cae en la radicalidad de Silvio Gesell, cuya hipótesis consistía en que la infrautilización de recursos y la existencia de rentas no ligadas al proceso productivo obedecían al modo de operar del sistema financiero. Gesell consideraba necesario alterar el marco institucional para que la economía pudiese aprovechar en su integridad el potencial de crecimiento. El objetivo de Gesell era establecer un impuesto periódico que penalizara el atesoramiento de dinero e ir lentamente reformando la sociedad hasta la virtual desaparición del tipo de interés monetario, en definitiva una consumación de la eutanasia del rentista. En cambio, para Keynes la justificación de la intervención del Estado se basaba en generar un marco más estable y propicio; donde los tipos de interés fueran acordes con las expectativas del sector privado para poder llevar a cabo inversiones a largo plazo.

Keynes busca respaldar su idea acerca de las ventajas que podían acarrear al sistema económico unos tipos de interés relativamente bajos en relación a la eficiencia marginal del capital en pasajes de obras clásicas como la de Adam Smith cuando éste último señalaba:

«If the legal rate of interest in Great Britain, for example, was fixed so high as eight or ten per cent., the greater part of the money which was to be lent, would be lent to prodigals and projectors, who alone would be willing to give this high interest.»

³⁰⁵ Keynes, J. M., CW VII, 1973, pp. 192-193.

Sober people, who will give for the use of money no more than a part of what they are likely to make by the use of it, would not venture into the competition. A great part of the capital of the country would thus be kept out of the hands which were most likely to make a profitable and advantageous use of it, and thrown into those which were most likely to waste and destroy it. Where the legal rate of interest, on the contrary, is fixed but a very little above the lowest market rate, sober people are universally preferred, as borrowers, to prodigals and projectors»³⁰⁶.

Para Mises en cambio, la idea de regular o prohibir el interés mediante leyes, instituciones o manipulaciones bancarias estaba condenada al fracaso. “Quien desee suprimir el interés habrá primero de convencer a la gente para que no valore en menos una manzana disponible dentro de cien años que la que hoy puede tener a su disposición. Lo único que se puede abolir mediante leyes y decretos es el derecho del capitalista a cobrar interés. Pero tales disposiciones provocarían el consumo de capital y rápidamente reconducirían a la gente a su originaria y natural pobreza”³⁰⁷.

Keynes, a diferencia de Mises, se preocupaba más por las causas que inducían al hombre a invertir, siendo éstas la cuestión clave en todas las etapas históricas del hombre³⁰⁸. Keynes considera que en la humanidad hay una preferencia psicológica inmanente de aversión hacia el riesgo. En este sentido, la propensión a ahorrar o atesorar ha sido más fuerte que el incentivo a invertir. Antiguamente el peso del elevado riesgo en los negocios y la incertidumbre debieron de jugar un papel fundamental y más recientemente, acorde con una etapa histórica de mayor abundancia de recursos, el capital acumulado ha reducido las oportunidades de inversión³⁰⁹. No

³⁰⁶ Smith A., 1976, p.379. Véase también en Torrero Mañas (1998, p. 880) una traducción de dicho pasaje al castellano, donde la expresión «*prodigals and projectors*» la traduce como derrochadores y arbitristas.

³⁰⁷ Mises, von L., 1996, p. 532. [1995, p. 632].

³⁰⁸ «*The weakness of the inducement to invest has been at all times the key to the economic problem*». Keynes, J. M., 1973, CW VII, pp. 347-348.

³⁰⁹ Lachmann L. (1956) criticó la apreciación de Keynes acerca de que los aumentos sucesivos de la inversión necesariamente tienden a reducir la eficiencia marginal del capital porque él asume que en todo momento existe un número limitado de oportunidades de inversión. Sin embargo, Keynes olvida en su análisis la complementariedad y la indivisibilidad de los bienes de capital. Los bienes de capital no tienen que rivalizar entre si, pueden ser empleados de forma complementaria lo cual puede brindar una mayor eficiencia y productividad que si actuaran por separado. Por otro lado, hay ciertas inversiones que sólo son rentables a gran escala. En este sentido, sólo cuando ya hay una gran acumulación de bienes de capital éstas pueden llevarse a cabo. Lachmann L., 1978, p. 50, 80. Agradezco la apreciación de David Sanz Bas sobre este punto que figura en su tesis doctoral. No obstante, me gustaría aclarar que las razones de una caída en la eficiencia marginal del capital en la T.G. obedece a factores subjetivos,

obstante, el elevado riesgo y la incertidumbre a emprender reaparecen en Keynes bajo un nuevo ropaje en el mundo moderno al analizar el funcionamiento de los mercados organizados y la psicología de masas³¹⁰.

El artilugio para comprender la casuística entre tipos de interés, inversión, ahorro y producto en Keynes consiste en introducir variables exógenas que se encuentran en el exterior del sistema de precios. Dichas variables son psicológicas: la propensión psicológica a consumir, la expectativa psicológica de la rentabilidad estimada de los bienes de capital y la actitud psicológica respecto a la liquidez. Aunque para evitar confusiones cabe aclarar que, sin duda para Keynes, el sistema de precios y el tipo de interés ejercen una influencia notable sobre dichas variables psicológicas. En otras palabras, estas variables “psicológicas” se ven influidas a su vez por la convención, la incertidumbre, el riesgo y, finalmente, por el funcionamiento de los mercados organizados.

De allí el énfasis relativo de la *T.G.* en que el tipo de interés aparezca desconectado de la generación del ahorro; no constituya en sí mismo un mecanismo regulador del ahorro y la inversión; no esté determinado, en fin, por la productividad de las inversiones, pero aparezca ligado a la inducción a invertir en condiciones normales³¹¹.

Por tanto el volumen de inversión se sitúa en función del incentivo para invertir y éste, como se observará, depende de la relación entre la curva de eficiencia marginal del capital y la estructura de tipos de interés para préstamos de diversos plazos y riesgos³¹².

psicológicos y casi convencionales (Torrero Mañas, p.1029). Fundamentalmente se trata de una variable afectada por expectativas, valores probables, futuros y esperados (Méndez Ibisate, 2012, p.44) más que a razones de índole física.

³¹⁰ «*To-day the explanation of the weakness of this inducement may chiefly lie in the extent of existing accumulations; whereas, formerly, risks and hazards of all kinds may have played a larger part. But the result is the same. The desire of, the individual to augment his personal wealth by abstaining from consumption has usually been stronger than the inducement to the entrepreneur to augment the national wealth by employing labour on the construction of durable assets*». Keynes, J. M., 1973, *CW VII*, p. 348.

³¹¹ Torrero Mañas, 1998, p. 946.

³¹² «*The amount of current investment will depend, in turn, on what we shall call the inducement to invest; and the inducement to invest will be found to depend on the relation between the schedule of the marginal efficiency of capital and the complex of rates of interest on loans of various maturities and risks*». Keynes J. M., 1973, *CW VII*, pp. 27-28.

Antes de proseguir con este desarrollo es necesario destacar dos tipos de riesgos que afectan al volumen de inversión y “que Keynes trata de diferenciar, en un avance de lo que será su ataque al sistema financiero —sobre todo bursátil— así como la actitud despreciativa que hay en la *T.G.* hacia el prestamista y especulador”³¹³.

Entre los riesgos inherentes a toda decisión de inversión, para Keynes, uno es el que asume el prestatario (*borrower risk*) y que concierne a la incertidumbre sobre si los rendimientos probables esperados serán suficientes para cubrir los costes del endeudamiento. El segundo riesgo es el del prestamista (*lender risk*) que puede deberse “al incumplimiento voluntario o cualquier otro medio, tal vez lícito, de eludir el cumplimiento de la obligación (*moral hazard*)” o al incumplimiento involuntario por el fallo en los rendimientos esperados. Finalmente, existe el riesgo de variaciones adversas en el valor de la moneda, aunque el mismo está recogido en cierto grado en el precio de los activos duraderos. La cuestión es que para Keynes dichos riesgos son imprudentemente valorados tanto en el auge como en el periodo de contracción y estancamiento³¹⁴.

El error de Keynes sobre esta apreciación es que duplica el riesgo, supone que el riesgo del prestamista es una pura adición al coste de la inversión³¹⁵. Como señala Hazlitt (1959); “*This is pure non sense. The risk is not duplicated; it is not added twice; it is simple shared*”³¹⁶. El mecanismo de mercado a través de los préstamos permite compartir y diversificar los riesgos entre diversos agentes, hecho que es extensible a operaciones más sofisticadas como los instrumentos derivados empleados para las coberturas de riesgos en diversas operaciones.

Retomando la idea sobre la relación entre el tipo de interés y la eficiencia marginal del capital, Keynes adelantó esta noción en el *Treatise* cuando habla del “*attractiveness of investment*”, el cual depende del ingreso prospectivo que las empresas esperan de

³¹³ Méndez Ibisate, 2012, p.46.

³¹⁴ Keynes J. M., 1973, *CW VII*, pp. 144-145.

³¹⁵ Méndez Ibisate F., 2012, p. 47.

³¹⁶ Hazlitt H., 2007, p.166.

sus inversiones corrientes descontando el tipo de interés que pagan para financiar dichas inversiones³¹⁷.

Básicamente Keynes define la eficiencia marginal del capital en la T.G. como equivalente a la tasa de descuento que iguala el precio de oferta de un bien de capital (*capital asset*) con el valor presente de una serie de anualidades que se espera obtener en el futuro con dicho bien³¹⁸.

Es importante puntualizar que el concepto de eficiencia marginal del capital está lejos de ser un reflejo de la productividad marginal del capital objetiva, sino que es un fenómeno subjetivo, psicológico y casi convencional³¹⁹. Fundamentalmente se trata de una variable afectada por expectativas, valores probables, futuros y esperados³²⁰. Del mismo modo el tipo de interés también se ve afectado por dichas variables psicológicas, pero el propio Keynes enfatizó que:

«La curva de la eficiencia marginal del capital es de fundamental importancia porque principalmente a través de este factor (mucho más que a través de la tasa de interés) la expectativa del futuro influye sobre el presente»³²¹.

El centro de su crítica de lo que él denomina la teoría clásica del interés obedece justamente a un defecto fundamental que era el papel primordial jugado por el tipo de interés en la determinación del nivel de demanda efectiva y el volumen de empleo agregado. La crítica al sistema o análisis clásico radica justamente en que para éstos, según Keynes, el tipo de interés actúa como un mecanismo equilibrador de las decisiones de ahorro e inversión compatible con un nivel de ingreso o producto, medido en términos monetarios, que sitúa a la economía en un nivel de pleno empleo. Como señalaría posteriormente:

³¹⁷ Skidelsky, 1992, p. 325.

³¹⁸ «More precisely, I define the marginal efficiency of capital as being equal to that rate of discount which would make the present value of the series of annuities given by the returns expected from the capital-asset during its life just equal to its supply price». Keynes J. M., 1973, CW VII, p. 135.

³¹⁹ Torrero Mañas, 1998, p. 1029.

³²⁰ Méndez Ibisate F., 2012, p.44.

³²¹ «The schedule of the marginal efficiency of capital is of fundamental importance because it is mainly through this factor (much more than through the rate of interest) that the expectation of the future influences the present». Keynes, J. M., 1973, CW VII, p 145.

«Para la teoría ortodoxa la eficiencia marginal del capital es la que marca el camino. Pero la eficiencia marginal del capital depende del precio de los activos de capital y dado que estos precios determinan la tasa de nueva inversión, es consistente en equilibrio con sólo un nivel de ingresos monetarios. Por tanto la eficiencia marginal del capital no está dada a menos que lo estén los ingresos monetarios. En una teoría donde los ingresos monetarios son susceptibles de fluctuación a la teoría ortodoxa le falta una ecuación para hallar la solución. La razón por la que el sistema ortodoxo ha fallado es porque asume tácitamente que el ingreso está dado a un nivel compatible con el pleno empleo de todos los recursos disponibles. Asume por tanto que la política monetaria es tal que le permite mantener un tipo de interés compatible con el pleno empleo. Es por tanto incapaz de tratar el caso general donde el empleo es susceptible de fluctuación»³²².

En este sentido se puede comprender de forma más perfilada qué entendía por “general” Keynes sobre su teoría publicada en el año 1936. En dicha teoría, y a diferencia del *Treatise*, la igualdad entre el ahorro y la inversión no sucede a través del tipo de interés sino a través de las variaciones del nivel de ingreso. Por ello, un acto de ahorro individual puede deprimir las expectativas sobre el consumo futuro, reducir el nivel de renta y por tanto disminuir el ahorro y la inversión agregada, aunque todo ello dependerá en última instancia de las motivaciones a invertir.

Por tanto el tipo de interés, como hemos visto, no se deriva en Keynes del rendimiento probable de un activo; hay que encontrar su movimiento en el mercado monetario, en las preferencias que tienen los individuos acerca de la liquidez, y dichas motivaciones son de carácter profundamente psicológico. Ya en el *Treatise* realizó un análisis muy detallado acerca de las preferencias y decisiones de los individuos sobre el modo en que éstos mantendrían dicho ahorro, en activos más o menos líquidos. En

³²² «The orthodox theory regards the marginal efficiency of capital as setting the pace. But the marginal efficiency of capital depends on the price of capital-assets; and since this price determines the rate of new investment, it is consistent in equilibrium with only one given level of money-income. Thus the marginal efficiency of capital is not determined, unless the level of money-income is given. In a system in which the level of money-income is capable of fluctuating, the orthodox theory is one equation short of what is required to give a solution. Undoubtedly the reason why the orthodox system has failed to discover this discrepancy is because it has always tacitly assumed that income is given, namely, at the level corresponding to the employment of all the available resources. In other words it is tacitly assuming that the monetary policy is such as to maintain the rate of interest at that level which is compatible with full employment. It is, therefore, incapable of dealing with the general case where employment is liable to fluctuate». Keynes J. M., 1937, pp. 222-223. La traducción al castellano es de Torrero Mañas, 1998, p 1080.

contraposición a la Escuela Austriaca para Keynes, el tipo de interés si es un precio pero no es el precio que equilibra las decisiones de inversión y ahorro, sino que es el precio que equilibra el deseo y necesidad de liquidez con la cantidad de dinero disponible del mismo³²³.

Esto no implica que el tipo de interés no llegue a condicionar las decisiones de inversión, sino que lo cuestionado por Keynes es que las decisiones razonables de utilización de los recursos en el tiempo determinen de algún modo el nivel de tipos³²⁴. Ello coincide con el supuesto del que parte Keynes de una situación histórica donde la escasez jugaba un rol menor.

En definitiva, para Keynes la posesión de dinero es un barómetro de nuestra desconfianza acerca de los cálculos convencionales que realizamos sobre el futuro y la prima requerida por abandonar la liquidez es la medida del grado de nuestra inquietud³²⁵.

Keynes no excluye, tal y como era su formación heredada en la tradición de Cambridge, que pudiese existir una conexión entre la productividad del capital y el tipo de interés³²⁶. De hecho, deja abierta la posibilidad de que la productividad del capital afecte al tipo de interés mediante la alteración de la función de liquidez, aunque ello no obsta para que la incertidumbre constituya el eje central de la explicación de las preferencias por la liquidez como responsable del nivel de tipos de interés³²⁷.

³²³ «The rate of interest is not the 'price' which brings into equilibrium the demand for resources to invest with the readiness to abstain from present consumption. It is the 'price' which equilibrates the desire to hold wealth in the form of cash with the available quantity of cash». (Keynes J. M., 1936, CW VII, p. 167)

³²⁴ Torrero Mañas, 1998, p. 950.

³²⁵ «Because, partly on reasonable and partly on instinctive grounds, our desire to hold Money as a store of wealth is a barometer of the degree of our distrust of our own calculations and conventions concerning the future...The possession of actual money lulls our disquietude; and the premium which we require to make us part with money is the measure of the degree of our disquietude». Keynes J. M., 1937, p. 216.

³²⁶ «No excluyo la posibilidad, porque en economía todo está interrelacionado, pero no puedo descubrir ninguna relación simple o directa tal y como de forma común se ha supuesto que relaciona la productividad del capital con el tipo de interés» (Keynes J. M., 1973, CW XIV, pp. 11-12). Traducción al castellano en Torrero Mañas, 1998, p. 919.

³²⁷ Torrero Mañas, 1998, pp. 954-955.

9.3 La crítica de Hayek a la teoría del interés y la economía de la abundancia de Keynes.

F. A. Hayek, realiza en *The Pure Theory of Capital* (1941) un análisis, puede que un tanto oscuro y confuso, sobre la relación entre el tipo de interés con las curvas de preferencias por la liquidez y las curvas de la productividad de la inversión. Como señalaría Bruce Caldwell (1995): “Es cierto que [Hayek] había sido capaz de deshacerse del «periodo medio de producción» de Böhm-Bawerk y de reemplazarlo por la noción notablemente más compleja de «estructura productiva», asegurándose así una fundamentación sobre la teoría del capital a la teoría austriaca. Pero no había avanzado lo más mínimo en la elaboración, sobre este fundamento, de una nueva teoría del ciclo de carácter plenamente dinámico. Hayek nunca retomó esta tarea, confiando en que sería completada por otros. Aún hoy sigue sin terminar”³²⁸.

Hayek respecto a la teoría de Keynes, sobre las preferencias por la liquidez como causa principal en la determinación del tipo de interés, considera que a pesar de que es innegable la influencia de la cantidad de dinero y las preferencias por la liquidez tienen sobre los tipos de interés, es demasiado exagerado considerar que el tipo de interés a corto plazo y menos aún que el tipo de interés a largo plazo esté determinado únicamente por dichas fuerzas monetarias³²⁹.

Para Hayek la aseveración de que el tipo de interés depende solamente de las preferencias por la liquidez y no de la productividad de la inversión está alejada de cualquier fundamento.

³²⁸ Caldwell, B., 1996, p. 47.

³²⁹ «In a general manner this effect of "liquidity preference" and the quantity of money on the rate of interest may be described by saying that the rate of interest must be such that people in general will be induced to keep as liquidity reserves just that part of the existing amount of money which is not required to transact current business. It is undoubtedly true that in this sense the quantity of money and liquidity preference will influence the rate of interest. However, this is very far from saying, as Mr. Keynes and his school do, that, even in the short run, the rate of interest is determined solely by the quantity of money and people's liquidity preferences, and still less that in the long run the rate of interest is primarily determined by these monetary factors». Hayek F. A., 2009, p. 359.

Incluso en el corto plazo para Hayek el plan de la demanda de inversión tiene una influencia directa sobre el tipo de interés³³⁰. ¿Cómo sucede esto en Hayek? Los individuos pueden optar por dos tipos de decisiones sobre sus saldos monetarios; qué reservas líquidas deciden mantener; y qué parte destinar a la inversión. Esta última dependerá a su vez de la productividad de la inversión que en Hayek es la pendiente de transformación de bienes presentes en bienes futuros. Cuanto mayor sea la productividad de la inversión mayor será también la oferta y la demanda de fondos prestables en el mercado monetario, incidiendo indirectamente sobre el tipo de interés monetario.

Si bien es cierto para Hayek que los individuos por diferentes motivos preferirán mantener unos saldos líquidos, que no genere ningún tipo de rendimiento, dichas preferencias por la liquidez no es la única explicación factible para entender el movimiento de los tipos de interés. La productividad de la inversión tendrá efecto sobre las expectativas de los rendimientos futuros probables esperados, similar a la idea de eficiencia marginal del capital de Keynes, ejerciendo por tanto una influencia, incluso en el plazo más corto posible, sobre la demanda de inversión y ésta a su vez en el tipo de interés.

La diferencia entre la propuesta de Hayek y la de Keynes radica, en que para este último en la *T.G.* el tipo de interés se determina exclusivamente en el mercado monetario y se establece una relación de equilibrio, no funcional, con la eficiencia marginal del capital que incentivará o desincentivará a llevar a cabo nuevas inversiones, con el efecto que ello a su vez provoca sobre la demanda agregada y los volúmenes de empleo y producto. En cambio para Hayek, Keynes no entrevió la relación que existe entre la productividad de la inversión, o como lo diría Keynes entre la productividad del capital y el tipo de interés³³¹.

³³⁰ «It cannot be denied, therefore, that even in the shortest of short runs the investment demand schedule has its direct influence on the rate of interest and that any change in the former will directly lead to a change in the latter» Hayek F. A., 2009, p. 368.

³³¹ En el apartado anterior de este capítulo ver nota 317, donde Keynes señala la posibilidad de que pueda existir dicha relación pero no logra comprender de qué modo ocurre.

En la determinación del tipo de interés de largo plazo es donde se hace más patente la crítica de Hayek a la teoría keynesiana y sus derivadas³³². La cuestión de fondo que intenta demostrar es que más allá de la influencia de los factores monetarios a corto plazo siempre va a existir una limitación en el empleo de los recursos disponibles. Su apreciación es que existe una estructura económica real, los hombres pueden decidir emplear los recursos para disponer de bienes de consumo o bienes finales más próximos o más alejados en el tiempo. La capacidad de transformación de dichos recursos en bienes finales aptos para el consumo es una cuestión histórica y técnica que también incide sobre el tipo de interés y está de alguna forma implícita en su análisis. Por último, la oferta y demanda de dinero también juega un rol en la dinámica del sistema. El movimiento de los precios y el tipo de interés van brindando las señales adecuadas sobre lo que sucede en la realidad en cuanto a la disponibilidad de recursos y su empleo, pero la forma en que se lleva a cabo esta operación no es tan sencilla como parece a simple vista.

Son estas señales, que emiten los precios relativos y el tipo de interés, las que obvia Keynes en su análisis y que le valieron la crítica no solo de Hayek sino también de un número considerable de economistas. Un ejemplo es el del economista francés Jaques Rueff quien señaló al subempleo crónico o insuficiencia de demanda permanente como el error fundamental del sistema keynesiano:

«The Keynesian faithful will, it is true, object that the preceding analysis is purely theoretical. They will point out, first of all, that it is solely by movements of prices that the adaptation required for the absorption of an increment of production tends to be stimulated, and that in the absence of these movements or in the absence of action by price movements on the structure of the productive system, no increase of employment could be expected. Therefore, in such a case, one would, in fact, be in a state of underemployment»³³³.

Para Rueff toda la renta generada en un momento determinado pertenece a alguien y dicha renta solo puede generar tres tipos de demanda: o bien se demandan bienes de consumo, o bien se demandan bienes de inversión o bien se demanda

³³² Hayek, 2009, Capítulo XVII.

³³³ Rueff, J., 1947, p. 349.

dinero (*cash holding*) o liquidez. La insuficiencia de demanda como algo absoluto no existe en economía, puesto que o bien se demandan demasiados bienes de consumo frente a los bienes de inversión y el dinero, o bien demasiado dinero respecto a la demanda de los otros bienes. Estos movimientos en la demanda traen aparejados movimientos en los precios relativos de unos y otros bienes y, por tanto, provocan un movimiento en los factores productivos que obviamente son sensibles a los movimientos de dichos precios. Para Rueff no importa si estamos en un sistema monetario metalizado, convertible o inconvertible ya que a la larga el aparato productivo será sensible a una de estas tres demandas.

«The demand for liquidity – like every demand, whatever is nature- simply sets forces in motion which tend to stimulate in the productive apparatus the adaptation capable of satisfying it [...] To demand money is not, as Lord Keynes believes, to demand nothing. It is to demand wealth capable of being monetized within the framework of the existing monetary system»³³⁴.

Volviendo a Hayek, el caso que presenta Keynes en su *T.G.* es en su opinión un caso anómalo que sólo puede prevalecer en lo más profundo de una depresión. Hayek le denomina la “economía de la abundancia” de Keynes, y ello puede tener algún sentido si analizamos la dinámica que juega la incertidumbre con el principio de demanda efectiva sumada a la perspectiva histórica que presupone Keynes, donde la oferta de bienes es elástica o infinitamente elástica. En dicha economía pueden aumentar o reducirse las ventas sin variar los precios o, lo que es lo mismo, aumentar o disminuir el producto y el empleo sin que se produzca una alteración en los precios relativos y en el tipo de interés³³⁵. Presuponer esto para Hayek equivale a que carezca de sentido que el capital tenga un precio. Hayek le atribuye a Keynes que la existencia del tipo de interés obedece simplemente a la escasez de dinero, y tampoco hay una razón para que el dinero sea escaso. El tipo de interés puede ser prácticamente nulo tal y como lo

³³⁴ Rueff, J., 1947, p. 354.

³³⁵ El profesor Rojo (1984) destacó una sugerencia de Ralph Hawtrey a Keynes que probablemente ejerció algún tipo de influencia en la transición de éste último desde el *Treatise* a la *T.G.* Hawtrey le indicó que los empresarios: «...restringen la producción no porque piensen que los precios van a caer, sino porque no pueden asegurarse un volumen suficiente de venta a los precios existentes». Rojo, L. A., 1984, p. 176.

llega a entender Keynes³³⁶. Para Keynes la única escasez que existe es la escasez artificial creada por las personas al no vender sus bienes y servicios por debajo de ciertos precios arbitrariamente fijos. Esta capacidad productiva ilimitada “*unbounded productive capacity*”³³⁷, que según Hayek presupone Keynes, hace carecer de sentido el movimiento de los precios ya que el problema de la escasez aparecerá tarde o temprano cuando comiencen a surgir los cuellos de botella.

La dinámica del sistema hace que aunque se parta de una situación de recursos desempleados la escasez real vaya asumiendo poco a poco su rol en el movimiento de los precios. Para Hayek, si queremos entender todo el mecanismo entre costes y precios finales y por tanto el papel que juega la tasa de beneficio en la coordinación económica del sistema es necesario comprender la relación entre la escasez relativa de varios tipos de bienes de capital y factores de producción en la satisfacción de las necesidades y deseos de los individuos.

Lo que es relevante para Hayek, no es tanto que exista o no el pleno empleo, sino que el tipo particular necesario de recursos exista en la proporción que lo exige el estado en que se encuentra la demanda³³⁸.

Al introducir Hayek la influencia de los factores monetarios es cierto que se pueden establecer dos situaciones distintas si la oferta monetaria es más o menos elástica. Pero a la larga, en ambos casos, el efecto en los ingresos monetarios y en los precios relativos irá atenuando el proceso expansivo o contractivo. No obstante, en el caso de una oferta monetaria perfectamente inelástica el movimiento del tipo de interés prevendría para Hayek de la expansión antes incluso de que ocurriera el efecto sobre la demanda de inversión. Por tanto, en el corto plazo, la influencia monetaria puede retrasar la tendencia inherente de los factores reales y temporalmente puede incluso revertir esta tendencia, pero al final siempre prevalecerá la escasez real de los recursos respecto a la demanda y ello determinará qué tipo de inversión se puede llevar a cabo y en qué medida será rentable.

³³⁶ Sin embargo, en Keynes esto no es así por el rol que le otorga a la incertidumbre en un contexto de mercados organizados fuertemente influenciado por la psicología de masas.

³³⁷ Hayek F. A., 2009, p. 374.

³³⁸ «*What is relevant is not whether full employment exists, but whether the particular kinds of resources needed exist in the proportions corresponding to the state of demand*». Hayek, 2009, p. 391.

Siguiendo dicho razonamiento, el hecho fundamental que guía la producción en una economía de mercado, marco en el que la escasez de capital queda reflejada, es que ni los recursos reales ni las decisiones de las personas sobre cómo distribuir sus ingresos entre bienes de consumo y ahorro pueden verse alteradas de forma definitiva por ajustes en los flujos monetarios. Una política monetaria deliberada desencadenará fuerzas que provocarán a su vez alteraciones en sentidos opuestos. Por ello, en última instancia, es la tasa de ahorro la que establece los límites para que una cantidad adecuada de inversión pueda llevarse a cabo de forma rentable sin frustrar las expectativas que se ciernen sobre la misma.

Hayek no tiene una visión idílica sobre el funcionamiento del mercado, de hecho su análisis sobre el ciclo económico se basa en la operativa moderna de la banca con reserva fraccionaria, en el que la banca goza de un privilegio jurídico, cuyo proceder genera desajustes en el tipo de interés de mercado y en la estructura económica real. Sin embargo, su modo de razonar le lleva a inferir que la operativa de mercado con un conocimiento parcializado y fragmentado guiado por intereses particulares logra de un modo no intencionado una coordinación más efectiva que la que propugnan los partidarios de una moneda administrada. En cambio Keynes, tal y como lo interpreta el profesor Rojo:

“...en situaciones de aguda incertidumbre, desaliento en general y hundimiento de las expectativas, los mecanismos de mercado dejarían de cumplir adecuadamente su función de coordinación de las decisiones individuales»³³⁹.

Por ello para Keynes:

«El estado de la confianza es una cuestión a la que prestan atención los hombres prácticos pero no así los economistas»³⁴⁰.

Hayek en cambio arremete contra Keynes el elevar la filosofía corta de miras del hombre de negocios a la dignidad de ciencia. Como si se hiciera abstracción de 200 años del desarrollo del pensamiento económico que nos han permitido apartarnos de

³³⁹ Rojo, 1983, p. 39. También referencia en Torrero Mañas, 1998, p.984.

³⁴⁰ Keynes J. M., 1973, *CW VII*, p. 148.

la visión más superficial del mecanismo monetario para adentrarnos a conocer las fuerzas reales que guían el desarrollo a largo plazo³⁴¹.

³⁴¹ «But it is alarming to see that after we have once gone through the process of developing a systematic account of those forces which in the long run determine prices and production, we are now called upon to scrap it, in order to replace it by the short-sighted philosophy of the business man raised to the dignity of a science. Are we not even told that, "since in the long run we are all dead", policy should be guided entirely by short-run considerations? I fear that these believers in the principle of *apres nous le deluge* may get what they have bargained for sooner than they wish». (Hayek F. A., 2009, p. 410)

Capítulo. 10.

Incertidumbre y expectativas, de nuevo. El funcionamiento de los mercados financieros.

La noción de incertidumbre, o incertidumbre extrema no es ni tan siquiera la gran aportación de Keynes a la ciencia económica. Es cierto que algunos de sus intérpretes como Shackle (1969) enfatizaran dicho rasgo:

«Keynes encontró una ciencia cuya idea central era la escasez; él dejó una en el cual la escasez estaba ahora acompañada por una segunda idea de igual importancia: la inseguridad»³⁴².

De hecho, el empleo de nociones como la incertidumbre y las expectativas ya habían sido utilizados por Marshall, Lavintong, Pigou y también por la escuela sueca³⁴³.

Asimismo, para la escuela austriaca la noción de incertidumbre es inherente a toda acción humana. Los individuos adoptan siempre decisiones cuyos resultados son inciertos. Ahora bien la noción de incertidumbre está vinculada además de con el tiempo (el futuro) con la escasez. Si no hubiese escasez no habría acción³⁴⁴. Sin embargo, Keynes se centra más en las motivaciones psicológicas. La acción es inherente a la vida; los hombres disponen de un impulso vital a actuar más allá del estado de abundancia o escasez relativa de los recursos; por lo que la abundancia absoluta nunca es considerada por Keynes. Por tanto, la acción en Keynes se basa mucho más en la esperanza que en el conocimiento; y la esperanza puede eclipsarse. Si los impulsos para actuar, "*animals spirits*", o el optimismo espontáneo vacilan, dejándolo depender exclusivamente de la expectativa matemática, la empresa se marchita y muere; aunque el temor de incurrir

³⁴² Shackle G., 1969, p. 331. También citado en Torrero Mañas, 1998, p. 1020.

³⁴³ O'Donnell, R.M., 1992, pp. 245- 246. También citado en Torrero Mañas, 1998, p. 1038.

³⁴⁴ "*Where man is not restrained by the insufficient quantity of things available, there is no need for any action*". Mises L. von, 1996, p.93 [1995, p.112].

en pérdidas puede tener bases no más razonables que las que hubiera antes para obtener beneficios³⁴⁵.

No obstante, para tener una visión global del sistema de Keynes es necesario introducir cómo funcionan los mercados organizados y su influencia en la psicología de las masas. En definitiva es conveniente analizar el modo de operar de estos mercados, su efecto en las decisiones de inversión, los procesos que pueden ocasionar de histeria colectiva y su efecto sobre la demanda efectiva —principio de demanda efectiva en Keynes—.

En Hayek, concretamente, el problema de las expectativas radica en que los individuos realizan planes y provisiones sobre un futuro incierto, en un mundo donde está extendida la división del trabajo y el conocimiento, la coordinación no sólo de dichas decisiones sino el resultado de las mismas depende en gran medida de la competencia que se ejerce sobre los instrumentos y materiales y sobre los factores de producción, que son limitados por definición. Su visión es que el sistema de precios es la guía más adecuada, aunque ello no impide que existan fallos en las previsiones, para que de forma espontánea se coordine un orden humano complejo³⁴⁶.

La cuestión radica en que por un lado los consumidores dividen su consumo en el tiempo y, por el otro, los empresarios también establecen un consumo de recursos en el tiempo. Ambas decisiones no tienen por qué coincidir. Pero mediante el mecanismo de precios se llega a un cierto equilibrio entre los recursos que una parte de la población pone a disposición de la otra³⁴⁷. El tipo de interés, bajo esta hipótesis, es el eje central de la coordinación económica temporal, pero para comprender cabalmente este rol es necesario introducir cómo funciona un sistema bancario moderno con reservas fraccionarias donde existe un Banco Central que se convierte en prestamista de última instancia³⁴⁸. Además, aunque la información que provee el sistema de

³⁴⁵ *“Thus if the animal spirits are dimmed and the spontaneous optimism falters, leaving us to depend on nothing but a mathematical expectation, enterprise will fade and die;—though fears of loss may have a basis no more reasonable than hopes of profit had before”*. Keynes J. M., 1973, CW VII, p. 162.

³⁴⁶ Hayek F. A., 2009, pp. 24-28.

³⁴⁷ Hayek F. A., 2009, pp. 336-338.

³⁴⁸ En *Teoría Pura del Capital* (1941) Hayek no se centra realmente en esta cuestión pero para tener una idea acabada de la teoría del capital es necesario complementarlo con otras obras anteriores del autor

precios puede resultar inexacta, como de hecho lo es, dicho proceso puede verse alterado aún más por la acción de los gobiernos, los privilegios jurídicos y los grupos de poder³⁴⁹.

Por ello Hayek considera que es mucho más peligroso alimentar expectativas “cortas” respecto al ahorro, dado que la demanda en exceso de bienes de consumo respecto a los bienes de inversión tiene efectos mucho más serios e irreversibles. Un consumo desmedido en un país, comunidad o región implica o bien menores niveles de ahorro y por tanto de recursos destinados a procesos más dilatados en el tiempo “*roundabout process of production*” o bien que se consume lo que se acopió o ahorró con anterioridad, o que lo financian otros países, comunidades o regiones – es decir aumenta su nivel de endeudamiento externo — cualquiera de estas tres circunstancias conducen, o pueden conducir, a la larga a una reducción sumamente conflictiva de los niveles de vida de dicha población³⁵⁰. Las crisis económicas, como situaciones no previstas, tienen la virtud de depurar los errores cometidos en el pasado. Siendo los ajustes que tienen lugar una purga necesaria para retomar una nueva senda evolutiva de manera más equilibrada.

La economía a la que se enfrenta Keynes es una donde la escasez existe y él le otorga un rol, aunque no tenga un papel tan relevante para su análisis y tampoco lo tengan las distorsiones microeconómicas en la estructura productiva. Lo que realmente desea es encajar una teoría del producto agregado donde exista equilibrio con desempleo de los recursos. A diferencia de las teorías subconsumistas prevalecientes hasta la publicación de la *T.G.* él centra su atención primordialmente en la insuficiencia de inversión y las claves que inducen a la misma.

Es importante aclarar que en Keynes incertidumbre no es sinónimo de inestabilidad como le hizo saber a Joan Robinson:

más centradas en el ciclo económico como *Prices & Production* (primera edición 1931 y extendida en 1935).

³⁴⁹ Hayek F. A., 2009, p. 343.

³⁵⁰ Hayek F. A., 2009, p. 348.

«No debe Vd. confundir inestabilidad con incertidumbre. Es verdad que los tipos de interés y de cambio en el futuro son inciertos, pero esto no significa que los actuales tipos de interés y de cambio sean inestables en un sentido técnico»³⁵¹.

La formación de expectativas a largo plazo en la *T.G.* se basa primordialmente en un conocimiento precario sobre el futuro, basado principalmente en la convención de que el estado actual de los negocios se mantendrá³⁵². Por ello, distingue entre probabilidad (*risk*) e incertidumbre. La necesidad vital impulsa a los individuos a realizar cálculos actuariales para tomar decisiones, pero realmente existe una serie de acontecimientos sobre lo que nuestro desconocimiento es absoluto³⁵³. Por ello la naturaleza en la que se basan las decisiones depende más del hábito, el instinto, las preferencias, el deseo, la voluntad, etc., tal y como hace referencia en una carta H. Townshend:

«En términos generales, al adoptar una decisión tenemos ante nosotros un gran número de alternativas, ninguna de las cuales es demostrable que sea más “racional” que las otras, en el sentido que podamos colocar en orden la suma agregada de los beneficios obtenibles de las consecuencias totales de cada una. Para evitar estar en la posición del asno de Buridan, nos apoyamos, por tanto, y tenemos que hacerlo necesariamente, en motivos de otra clase, los cuales no son “racionales” en el sentido de estar relacionados con la evaluación de las consecuencias, sino que son decididos por hábitos, instinto, preferencia, deseo, voluntad, etc.»³⁵⁴.

La cuestión que deseamos resaltar de la obra magna de Keynes surge de la precariedad en la que se basan las decisiones de invertir para obtener un rendimiento

³⁵¹ Robinson J., 1975, p. 125. Véase cita en castellano en Torrero Mañas, 1998, p. 1069.

³⁵² «*Nevertheless the above conventional method of calculation will be compatible with a considerable measure of continuity and stability in our affairs, so long as we can rely on the maintenance of the convention*». Keynes, J. M., 1973, CW VII, p.152.

³⁵³ «*By "uncertain" knowledge, let me explain, I do not mean merely to distinguish what is known for certain from what is only probable. The game of roulette is not subject, in this sense, to uncertainty; nor is the prospect of a Victory bond being drawn. Or, again, the expectation of life is only slightly uncertain. Even the weather is only moderately uncertain. The sense in which I am using the term is that in which the prospect of a European war is uncertain, or the price of copper and the rate of interest twenty years hence, or the obsolescence of a new invention, or the position of private wealth- owners in the social system in 1970. About these matters there is no scientific basis on which to form any calculable probability whatever. We simply do not know. Nevertheless, the necessity for action and for decision compels us as practical men to do our best to overlook this awkward fact and to behave exactly as we should if we had behind us a good Benthamite calculation of a series of prospective advantages and disadvantages, each multiplied by its appropriate probability, waiting to be summed*». Keynes, J. M., 1937, pp. 213-214.

³⁵⁴ Keynes J. M., 1979, CW XXIX, pp. 293-294. Reproducido también en Torrero Mañas, 1998, p. 1050.

probable esperado a largo plazo. Dicho de otro modo, la especificidad histórica del capitalismo posterior a la Primera Guerra Mundial provoca un equilibrio menos sólido ya que los mecanismos de mercado son insuficientes para lograr el crecimiento y el desarrollo económico. La gran decepción que Keynes siente, y Skidelsky describe, es que la prosperidad alcanzada por el mundo político y económico de la época victoriana se derrumba y Keynes contempla su decaimiento. El choque respecto a la visión clásica, propia de esta nueva era, consiste en que no existe para Keynes una evidencia clara que demuestre que la política de inversión que es socialmente más ventajosa sea también aquella que es la más rentable³⁵⁵. Incluso es peor para Keynes, ya que aquellos individuos que actúan y deciden en función de sus intereses personales y para los que la solución global del problema no está al alcance de sus manos, puede que les convenga más agravar la enfermedad que intentar aportar una solución³⁵⁶. A este respecto, el crecimiento e influencia de los mercados organizados es notable, como lo demuestran los pasajes de la obra (*T.G.*) donde indica el efecto perverso que tiene la ignorancia del grueso de propietarios de las sociedades por acciones sobre el funcionamiento real de dichos negocios, enumerando varias razones para ello: En primer lugar, dichas decisiones de inversión están sujetas a aspectos caprichosos y muchas veces convencionales. En segundo lugar, la psicología de masas ejerce una influencia significativa sobre las variaciones y cambios de opinión de los inversores, los cuales para Keynes son sumamente ignorantes de la realidad económica. Y, finalmente, existe un incentivo por parte de los inversores profesionales de obtener beneficios a corto plazo y pasar rápidamente la moneda depreciada al vecino.

Keynes observa que los grandes negocios, los mercados financieros, de valores, bursátiles operan como un juego, en el juego hay posibilidades de cálculo, probabilidades, ganadores y perdedores, produciéndose debido a ello, o al menos así

³⁵⁵ «There is no clear evidence from experience that the investment policy which is socially advantageous coincides with that which is most profitable. It needs more intelligence to defeat the forces of time and our ignorance of the future than to beat the gun» Keynes J. M., 1973, *CW VII*, p.157.

³⁵⁶ «Many of the greatest economic evils of our time are the fruits of risk, uncertainty, and ignorance. It is because particular individuals, fortunate in situation or in abilities, are able to take advantage of uncertainty and ignorance, and also because for the same reason big business is often a lottery, that great inequalities of wealth come about; and these same factors are also the cause of the unemployment of labour, or the disappointment of reasonable business expectations, and of the impairment of efficiency and production. Yet the cure lies outside the operations of individuals; it may even be to the interest of individuals to aggravate the disease». Keynes, J. M., 1972, *CW IX*, pp. 291-292.

pareciera que lo señala Keynes, las distribuciones inequitativas del ingreso³⁵⁷. Para Keynes, el funcionamiento de los mercados organizados y sus incentivos particulares no conducen a una situación óptima para la sociedad en su conjunto. Más adelante detallaremos en contraposición a esta idea de Keynes la noción de que el funcionamiento de los mercados en general, sean de valores, bursátiles, de futuros, etc., posibilitan la reducción del riesgo, la incertidumbre y la ignorancia. No son en sí mismo juegos de suma cero, sino que permiten acrecentar la ganancia de una sociedad.

Según Keynes los mercados organizados están dominados por lo que éste denomina juicio convencional, que no es otra cosa que la psicología de una sociedad de individuos donde cada uno procura copiar al otro³⁵⁸. Este movimiento mimético produce lo que hoy denominamos comportamientos gregarios o de masas y que provocan sobrereacciones de los mercados, que tiene efectos perturbadores y amplificados sobre el ciclo económico.

Por ello, en las notas sobre el ciclo económico, Keynes es tajante en cuanto a que la esencia del ciclo económico debemos encontrarla en el colapso en la eficiencia marginal del capital más que en el movimiento del tipo de interés, que desde su punto de vista tiene una incidencia agravante más que ser su causa. No obstante, no debemos olvidar la relación que el propio Keynes plantea entre el tipo de interés y la eficiencia marginal del capital como una condición de equilibrio. Lo que enfatiza Keynes es el colapso de las bases sobre las que se sustentan los juicios convencionales a la hora de valorar y decidir la realización o mantenimiento de algún tipo de inversión en el tiempo.

³⁵⁷ La idea del mercado bursátil como un juego aparece en autores tan antiguos como D. José de la Vega en su *Confusión de Confusiones...*(1688):

«...mi negocio es un negocio enigmático y de que, aun siendo como era el más justo y el más noble de toda Europa, era a la vez el más falso e infame del mundo. La verdad de esta paradoja se hace comprensible cuando uno valora que este negocio se ha transformado necesariamente en un juego y los mercaderes [implicados en el mismo] se han convertido en tahúres. Y si se hubieran detenido ahí el daño habría sido tolerable, pero lo peor es que algunos se han convertido en fulleros y, aunque está familiarizados con las flores [trampas], se quedan, sin embargo con los frutos». J. De la Vega, 2009, pp. 44-45.

³⁵⁸ «*The psychology of a society of individuals each of whom is endeavoring to copy the others leads to what we may strictly term a conventional judgment*». Keynes, J. M., 1937, p 214.

La cuestión de fondo, en Keynes, es que los mercados organizados lejos de convertirse en herramientas de financiación para la empresa se convierten en verdaderos reguladores sobre el sentimiento de inversión. Ofrecen liquidez inmediata pero olvidan que no existe tal cosa como una inversión líquida para una comunidad como un todo³⁵⁹. La visión de corto plazo o como Keynes la denomina, la especulación, entendida ésta como la actividad de anticiparse a la psicología del mercado, prevalece sobre la empresa, actividad que se basa en anticipar el rendimiento probable futuro esperado de un bien de inversión³⁶⁰. Por ello, su intención final es buscar que el compromiso de la inversión con una visión a largo plazo sea como el matrimonio, prácticamente indisoluble³⁶¹. La forma de resolver dicho dilema la encuentra por medio de las herramientas que dispone el Estado para reducir el nivel de riesgo, la incertidumbre y la ignorancia.

«Quizá la última solución resida en que la tasa de crecimiento de capital llegue a ser en mayor medida un asunto de Estado, determinado por la sabiduría colectiva y la visión a largo plazo»³⁶².

³⁵⁹ *«Of the maxims of orthodox finance none, surely, is more anti-social than the fetish of liquidity, the doctrine that it is a positive virtue on the part of investment institutions to concentrate their resources upon the holding of 'liquid' securities. It forgets that there is no such thing as liquidity of investment for the community as a whole. The social object of skilled investment should be to defeat the dark forces of time and ignorance which envelop our future. The actual, private object of the most skilled investment to-day is 'to beat the gun', as the Americans so well express it, to outwit the crowd, and to pass the bad, or depreciating, half-crown to the other fellow».* Keynes J.M, 1973, CW VII, p.155

³⁶⁰ Keynes, JM, 1973, CW VII, p.158.

³⁶¹ *«The spectacle of modern investment markets has sometimes moved me towards the conclusion that to make the purchase of an investment permanent and indissoluble, like marriage, except by reason of death or other grave cause, might be a useful remedy for our contemporary evils. For this would force the investor to direct his mind to the long-term prospects and to those only. But a little consideration of this expedient brings us up against a dilemma, and shows us how the liquidity of investment markets often facilitates, though it sometimes impedes, the course of new investment. For the fact that each individual investor flatters himself that his commitment is 'liquid' (though this cannot be true for all investors collectively) calms his nerves and makes him much more willing to run a risk. If individual purchases of investments were rendered illiquid, this might seriously impede new investment, so long as alternative ways in which to hold his savings are available to the individual. This is the dilemma. So long as it is open to the individual to employ his wealth in hoarding or lending money, the alternative of purchasing actual capital assets cannot be rendered sufficiently attractive (especially to the man who does not manage the capital assets and knows very little about them), except by organising markets wherein these assets can be easily realised for money».* Keynes J. M., 1973, CW VII, p.160.

³⁶² Keynes J. M., 1971, CW VI, p. 145. Traducción al castellano de Torrero Mañas, 1998, p. 1099. Mi impresión, al igual que creo interpretar a Torrero Mañas, es que en Keynes la tasa de crecimiento del capital sea un asunto de Estado no implica necesariamente una sustitución de la inversión pública por la inversión privada, sino que la actividad del sector público puede estimular la inversión privada y es en este sentido que para Keynes la inversión pública puede reforzar la confianza empresarial. En este punto, al parecer, no estábamos del todo de acuerdo mi tutor de tesis (Méndez Ibisate) y yo.

Esta postura de Keynes va más allá de la Gran Depresión; es en el fondo un manual de activismo en el corto plazo que exige una mayor implicación del Estado para reducir los niveles de incertidumbre y aprovechar más adecuadamente los recursos³⁶³. Para Keynes, es una teoría general porque explica la conexión entre el estado de la confianza, que se manifiesta a través de mercados organizados, y el principio de demanda efectiva.

Obviamente esta visión estaba sujeta a fuertes críticas, ya que Keynes deja entrever su propia fe en aquellas personas sabias e iluminadas que puedan guiar más adecuadamente al rebaño. Puede decirse que una parte sustancial de la obra de Hayek se dedicó básicamente a criticar esta visión de Keynes y la forma en que se puede organizar un orden humano complejo. Hazzlit, por ejemplo, fue sumamente severo al señalar que:

«The people who have earned money are too shortsighted, hysterical, rapacious, and idiotic to be trusted to invest it themselves. The money must be seized from them by the politicians, who will invest it with almost perfect foresight and complete disinterestedness (as illustrated, for example, by the economic planners of Soviet Russia). For people who are risking their own money will of course risk it foolishly and recklessly, whereas politicians and bureaucrats who are risking other people's money will do so only with the greatest care and after long and profound study. Naturally the businessmen who have earned money have shown that they have no foresight; but the politicians who haven't earned the money will exhibit almost perfect foresight»³⁶⁴.

O en Lachmann:

«Es penosamente evidente que Keynes erró en captar la naturaleza del problema planteado por las expectativas inconsistentes. En vez de estudiar el proceso por el cual los hombres intercambian conocimientos entre ellos en el mercado, y de esta forma con sus acciones reducen gradualmente el grado de inconsistencia, condena

³⁶³ Véanse los trabajos de Meltzer, 1988, pp. 132,133 y la interpretación de Torrero Mañas, 1998, p. 1039.

³⁶⁴ Hazzlit H., 2007, p. 184.

abiertamente la institución más sensible para el intercambio de conocimiento que la economía de mercado ha producido»³⁶⁵.

No debe confundirnos en Hayek que los mercados para éste sean eficientes por definición sino que propician a través de la búsqueda, el intercambio, el conocimiento parcializado soluciones más adecuadas que las que podrían obtenerse en un sistema dirigido por un órgano centralizado. De hecho, Hayek considera que el mercado bursátil, y se podría discutir si en éste autor es básicamente por los privilegios jurídicos o por una cuestión de su desarrollo histórico peculiar, no necesariamente conduce a situaciones óptimas. Para Hayek los bancos tienen un incentivo a no perder cuota de mercado, expandiendo el crédito aún a costa de reducir sus niveles de reservas voluntarias. El multiplicador de los depósitos bancarios en Hayek es elástico y por ende, a la manera de los clásicos y Wicksell, tiene un efecto amplificador sobre el ciclo económico. De todos modos, en Hayek, a través del propio mecanismo de mercado el sistema recupera el equilibrio de forma más adecuada que si intervinieran las autoridades monetarias o los propios gobiernos.

Keynes percibe, en cambio, de un modo distinto el funcionamiento de los mercados financieros. Como señala su principal biógrafo, la experiencia de Keynes en los mercados financieros y su papel de consejero del gobierno será esencial para entender su concepción económica:

«Creo que soy el primer economista que ha puesto énfasis en el motivo especulativo en las decisiones de inversión, que surge de la incertidumbre respecto al precio futuro de los títulos. Dada esta incertidumbre, la inversión es en gran medida un asunto de *“animal spirits”*. Tiene poco o nada que ver directamente con lo que la comunidad decide consumir o ahorrar. Sé de lo que hablo porque he estado practicando este juego los últimos diez años»³⁶⁶.

Su visión, aunque discutible y que se desprende también de su propia experiencia, es que el Estado lejos de ser un ente arbitrario cuyas decisiones son adoptadas por los sabios o expertos de turno que le someten a sus intereses y caprichos es realmente la encarnación del interés general. Como arbitrista o especulador Keynes puede actuar

³⁶⁵ Lachmann, 1977, p.142. Reproducido también en Torrero Mañas, 1998, p.1130.

³⁶⁶ Skidelsky, R., 1992, p. 323. Citado también en Torrero Mañas, 1998, pp.1133-34.

en función de sus intereses particulares o personales pero como hombre de Estado, como consejero, se desprende de aquellas bajas pasiones y las eleva en búsqueda del bien común. No es por tanto para Keynes una arrogancia fatal, como mencionara Hayek, abordar esas cuestiones sino simplemente conciencia del deber³⁶⁷.

“El mundo está fuera de quicio [...] ¡Suerte maldita!
Que haya que tenido que nacer yo para enderezarlo”³⁶⁸

³⁶⁷ Ver ensayo de Benjamin W, 2007, p.10. El ensayo “La Bella Durmiente” (1911) se anticipa a la cuestión de la arrogancia y la conciencia del deber. La bella durmiente representa a la juventud de aquel momento histórico de principios del siglo XX que tendrá que despertar de su letargo ante los nuevos tiempos que se avecinan.

³⁶⁸ Shakespeare W., *Hamlet*, Acto I escena 5, final [ed. en español de Manuel Ángel Conejero y Jenaro Talens, Editorial Cátedra,1992].

Capítulo. 11.

Conclusiones acerca de los fundamentos analíticos y teóricos en la controversia entre Hayek y Keynes.

En primer lugar tanto en Hayek como en Keynes la acción humana es la clave para comprender el movimiento económico intertemporal donde la noción de capital y del interés juega un rol primordial. Hayek, no obstante, enfatiza y es más consciente, en consonancia con las ideas de la escuela austriaca y en particular de L. von Mises, en cuanto a que el capital y el interés son nociones praxeológicas de la cognición humana del tiempo y la escasez.

En el caso de Hayek, por tanto, su preocupación principal se centra en las señales que se emiten para satisfacer las necesidades humanas en el tiempo con medios limitados. Es posible que en el marco de los escritores de la escuela austriaca sea el que establece dicha relación de forma más compleja, no ciñéndose netamente a la teoría de las preferencias temporales. De hecho su teoría del interés también está determinada por el proceso tecnológico. Y la misma productividad de la inversión tiene un efecto sobre la tasa de ahorro que es en última instancia la que va estableciendo los límites para que la inversión pueda llevarse a cabo de forma rentable, sin frustrar las expectativas que se ciernen sobre la misma. De allí que su teoría del interés se convierta en una teoría de márgenes de cada etapa productiva, lo cual no deja de ser una sofisticación de la teoría de Turgot, que va orientando la producción. El objetivo finalmente que él demuestra es que el sistema de precios es el más adecuado para ir guiando una masa de recursos que puede tener una diversidad de empleos en un orden tan complejo como el que vivimos. No niega, por tanto, que las manipulaciones monetarias a corto plazo no tengan efectos sobre la actividad económica y el empleo, pero resalta las consecuencias altamente indeseables que pueden ocasionar a largo plazo debido a las distorsiones que las mismas generan en la estructura productiva y las expectativas. Para Hayek, en consonancia con la filosofía moral escocesa, la libertad

es un instrumento para el progreso social³⁶⁹. Sus ideas, respecto a la incapacidad de los órganos centralizados de reunir toda la información necesaria, subjetiva por naturaleza, inspiraron a los movimientos desregulatorios de los años 80' del siglo XX.

Podemos concluir también, que la teoría hayekiana, con sus particularidades, pero en el marco de la teoría austriaca del capital, el interés y el ciclo económico, tiene una explicación más contundente y concisa para entender las causas que provocan las oleadas de optimismo y pesimismo. Entendiéndose las mismas como fruto de las distorsiones provocadas sobre el funcionamiento normal de los mercados por los privilegios jurídicos, la acción gubernamental y los monopolios.

Se le podría achacar a Keynes el no profundizar en las razones psicológicas que explican las variaciones en los estados de confianza como por ejemplo el colapso en la eficiencia marginal del capital, esencial para éste en la comprensión del ciclo económico. Como señala Shackle:

«Los escritores sobre la teoría de los incentivos a la inversión en Keynes conceden toda su atención al concepto de eficiencia marginal del capital y a la interacción con el tipo de interés de los préstamos. Hacer esto es estudiar la configuración formal del motor sin preguntarse sobre la fuente de energía»³⁷⁰.

Si sostuviéramos que la esencia de la teoría de Keynes se basa en oleadas de optimismo o pesimismo irracional de hecho no habría avanzado la ciencia prácticamente ni un ápice desde el *paper credit* de *Henry Thornton* (1802). Pero la cuestión o énfasis en Keynes es otro: La configuración de un sistema donde todas las variables interactúan en un marco donde la base que sostiene las convenciones y el hábito deja de ser tan firme. Es un sistema donde la búsqueda del interés individual, el egoísmo particular, que Keynes atribuye a Smith, no conduce al óptimo social. Y donde los mercados organizados pueden tener intereses de otra índole que conducir a un incremento de la prosperidad económica. Un sistema donde la ignorancia es demasiado elevada para ser superada por la acción individual atomizada. Por ello, frente al nihilismo que propugna la escuela austriaca propone un manual de activismo a corto plazo que

³⁶⁹ McCormick B. J., 1992, p. 261.

³⁷⁰ Shackle G., 1969, p. 129. Traducción al castellano en Torrero Mañas, 1998, pp. 1016-1017.

restablezca la confianza en las actividades que pueda acrecentar la riqueza y el bienestar a largo plazo. Asimismo si seguimos esta huella, contemplamos en gran medida la continuidad entre sus obras y las preocupaciones que le guiaron a lo largo de todas ellas.

II. Parte.

**Papel de la Metodología y de la
Historia en el debate económico entre
Hayek y Keynes.**

Capítulo 12.

Introducción: la influencia del pensamiento ilustrado sobre el método de Hayek y Keynes.

Hasta aquí, en la presente investigación, se analizaron las similitudes y divergencias teóricas entre Hayek y Keynes siempre intentando buscar la conexión de las mismas con el desarrollo de las ideas económicas. Para ello se partió de nociones genéricas como el funcionamiento del sistema de precios, la teoría del valor, el concepto y naturaleza del capital y el interés, para ir poco a poco complejizando el análisis con problemas como la inflexibilidad de precios, el debate en torno a la Ley de Say y el principio sobre la demanda efectiva, las expectativas, la incertidumbre y el funcionamiento de los mercados financieros.

Se observó que, aunque ninguno de los dos tiene una visión idílica sobre la realidad económica, Hayek siempre ha sido más partidario de la capacidad de autorregulación o autodepuración de un orden de mercado moderno que Keynes. Este último entendía que las patologías anómalas, que ya habían sido consideradas por los clásicos, eran más persistentes y hacían necesario echar mano de forma decidida de los instrumentos gubernamentales para reconducir la situación.

Ahora bien sería demasiado conformista ceñirse simplemente a indicar que uno es más intervencionista que el otro, que uno se centra en las variaciones relativas que afectan a la estructura económica real y el otro a los procesos acumulativos agregados. De hecho sería falso indicar que Maynard Keynes desconocía los efectos de los precios relativos sobre la estructura económica real. Como igual de falso sería argumentar que Hayek no comprendió el principio de la demanda efectiva empleado por Keynes. Por ello el argumento que planteo es que para tener una idea más acabada de por qué Keynes o Hayek parten de una posición y defienden una idea es necesario incorporar la concepción filosófica que cada uno tiene acerca de la Historia.

Bajo la idea anterior se hace más nítida la posición de Keynes que consideraba que el mundo entraba en una nueva era histórica u etapa lo que, desde su punto de vista,

hacía imprescindible abandonar las máximas del *laissez-faire*. No obstante, a Keynes siempre le gustó exagerar el modo en el que expresaba sus opiniones y no sería adecuado ver solo en la figura de Keynes un pionero en el abandono de las ideas del *laissez-faire*, incluso dentro del círculo académico de Cambridge³⁷¹.

Para Keynes, tal como se observó en la primera parte de la tesis, el mercado no conduce a —no produce—un equilibrio o una tendencia al equilibrio que implique necesariamente una utilización plena o casi plena de los recursos económicos. El equilibrio alcanzado en Keynes, que iguala el ahorro y la inversión, es subóptimo o no es un equilibrio del sistema. Consideraba que la economía clásica —lo que Keynes entendía por clásicos, que incorporaba desde Ricardo hasta Marshall y Pigou— al asumir tácitamente la Ley de Say imaginaba que el propio mecanismo de mercado podía por sí solo reconducir o generar los incentivos necesarios para ajustar la economía. En contraposición a la Ley de Say, Keynes antepone el principio de demanda efectiva, donde es la demanda tanto de consumo como de inversión la que incentiva y estimula la oferta. Detrás de las variables que impulsan o inducen a la demanda se esconden una serie de elementos que tienen un grado elevado de complejidad y sofisticación, con propensiones psicológicas en un contexto institucional e histórico de funcionamiento de mercados organizados. En el apartado anterior se señaló y destacó que este modo de Keynes de abordar la problemática económica era muy afín al método empleado por Alfred Marshall, en el que interactuaban elementos microeconómicos con macroeconómicos sumados a factores institucionales, históricos y geográficos específicos. En esta parte de la tesis se ahondará aún más en la relación entre Marshall y Keynes, y el papel que juega la filosofía de la Historia y el historicismo en el análisis económico de ambos.

En cuanto a Hayek, éste parte de un principio elemental que le guiará y le permitirá abordar situaciones cada vez más complejas en economía. Dicho principio es en esencia una extensión del principio clásico sobre la división del trabajo heredado de la filosofía moral escocesa pero ampliada en el caso de Hayek al ámbito del conocimiento.

³⁷¹ Sobre este punto remito al lector a la obra de White L.H, 2012, pp. 12-31.

El conocimiento es algo que nadie posee en su totalidad, está fragmentado, dividido y parcializado entre distintos individuos, que lo aplican para alcanzar metas y fines particulares, pero de modo no intencionado (Hume-Ferguson) consigue algo muy superior a los fines específicos que éstos mismos perseguían. Hayek por tanto emplea, al modo de una vertiente de la Ilustración clásica, la razón para enfrentarse al cientificismo ingenieril en el ámbito de la aplicación y experimentación práctica del conocimiento en las ciencias sociales. Esta relación de Hayek con los clásicos y los pensadores de la escuela austriaca en su enfrentamiento con Keynes es lo que se desarrollará en esta parte de la tesis. Del mismo modo a Hayek le preocupa la utilización de la Historia para satisfacer apetencias y deseos concretos en el ámbito de la política económica viendo en el historicismo una farsa ideológica. Su postura no es anárquica, considera que debe existir un Estado donde puedan operar los mecanismos de mercado con una clara división de los poderes basado fundamentalmente en el empleo de reglas generales no discriminatorias.

La meta o intención final que se pretende desarrollar en el presente apartado es ahondar, tanto como sea posible, en los lugares más recónditos de los escritos tanto de Hayek como de Keynes para obtener una imagen más sustancial o profunda de las distintas visiones del mundo y la economía que tenían ambos. Ese es sin duda el fin principal de la tesis. El papel de la Historia, o si se prefiere la concepción de la Historia, es un instrumento adicional para demostrar la divergencia de criterio entre ambos a la hora de abordar la problemática económica.

La importancia de la concepción de la Historia explica, por ejemplo, por qué Keynes parte de una serie de supuestos y considera como vital, esencial, el problema de la insuficiencia de demanda efectiva, sin duda influido por los elevados niveles de desempleo que presentaba la economía británica sumado a los estragos que estaba causando la Gran Depresión. En cambio Hayek, estaba menos persuadido de la lectura de la Historia que realizaba Keynes sin que éste respaldara sus argumentos por medio de la “buena” teoría económica que lograba explicar adecuadamente las principales causas de las crisis económicas y el modo en que dichas situaciones se podían ir corrigiendo de modo natural.

El debate entre Hayek y Keynes es también una controversia entre una visión diferente de la Historia —aunque existan puntos de encuentros— entre una concepción eminentemente más praxeológica en Hayek —sin llegar a la posición algo más extrema adoptada por Ludwig von Mises— frente a la postura de Keynes que engloba el problema de la especificidad histórica. Entender de dónde provienen estas ideas y conceptos, encontrar las raíces analíticas del pensamiento de Hayek y Keynes es lo que me propongo en el presente apartado.

Sin duda existe abundante literatura sobre el debate entre Keynes y Hayek. Se han mencionado y empleado numerosas fuentes al respecto. Por citar a algunos de los autores que han servido de inspiración para la tesis que aquí se desarrolla, tenemos, por ejemplo, el ensayo de José Luis Feito (1999 y 2008) quien se centra en “la polémica sobre las causas y remedios de la recesiones”, considerando como punto esencial acerca del debate entre Hayek y Keynes el papel que cada uno le asigna al ahorro voluntario y al horizonte temporal adoptado en el análisis. En dicha obra el autor se pregunta:

« ¿Por qué el aumento del ahorro voluntario en Hayek induce a un aumento de la inversión y del ritmo de crecimiento económico, mientras que en Keynes, por el contrario, ocasiona una caída de los niveles de renta y de inversión? Ésta es la pregunta fundamental que permite descubrir las diferencias esenciales entre Hayek y Keynes sobre las causas y remedios de los ciclos económicos»³⁷².

Sin duda el trabajo de Feito está magistralmente escrito y el problema que estudia en lo que respecta al debate sobre el ciclo económico es correcto. Pero dicho trabajo me estimuló para profundizar aún más en cuestiones que me resultaban más amplias, que parecía que sugería el debate entre Hayek y Keynes y que Feito no había abordado exhaustivamente. En concreto, al trabajo de Feito le faltaba afrontar la dicotomía filosófica que subyacía detrás del debate y que es lo que pretendo transmitir en la presente investigación.

Otro ejemplo es el trabajo realizado por David Sanz Bas (2011) en el que el autor busca demostrar que, tanto implícita como explícitamente, existió una recensión por parte de Hayek a los principales postulados de la *T.G.* de Keynes en una diversidad de

³⁷² Feito J.L., 1999, p.25. [2008, p.76].

obras posteriores a la publicación de aquélla. Este punto de la tesis de Sainz Bas es correcto y lo comparto plenamente. Para Sanz Bas, Hayek atribuye a Keynes la ausencia de una teoría correcta del capital, entendiendo que su teoría no reflejaba la complejidad de la vida económica y el papel que ha de asumir el mercado para coordinarla. Elemento que, por cierto, también se menciona en el trabajo de Feito. Al centrarse la *T.G.* en variables agregadas, como por ejemplo la inversión agregada, se ocupaba superficialmente de los procesos económicos dejando sin atender lo que sucedía en la estructura económica real. Claramente, para Sanz Bas, existe una diferencia metodológica que en el caso del modelo keynesiano es claramente macroeconómica frente al método atomístico presentado por Hayek. También al igual que Feito, considera que la *T.G.* se focaliza en el corto plazo sin observar las consecuencias que se puedan derivar de sus propuestas a largo plazo.

Este último elemento que indica Sanz Bas no me resulta del todo apropiado, como también se ha podido observar en la primera parte de la Tesis, ya que en primer lugar la *T.G.* de Keynes no solo es de corto plazo sino que también contempla el largo plazo, las tendencias de la economía y del sistema económico. Además en Keynes, al igual que en Alfred Marshall, su sistema de ecuaciones, de problemas macroeconómicos, engloba o encierra variables y comportamientos microeconómicos de los agentes en contextos determinados. En el caso de Hayek el método atomístico o el individualismo metodológico que se le suele atribuir es más complejo de lo que resulta a primera vista.

En este sentido, en Hayek existe un subjetivismo que se podría denominar humanista en consonancia con la Ilustración moral clásica. Sin embargo, para Hayek uno de los efectos más perniciosos en las ciencias sociales es la idea de equilibrio y la noción de óptimo. Hayek intenta no idealizar el funcionamiento de mercado, aunque considere que es el sistema más adecuado para coordinar los distintos planes individuales; pero ello no implica que se alcance necesariamente una situación óptima o de pleno empleo. Además, para Hayek, en el mercado bancario existen verdaderos incentivos a realizar operativas socialmente perversas. Pero a pesar de ello Hayek sostiene que este mecanismo incesante de búsqueda que propicia el mercado, a través

de precios relativos que reflejen escaseces relativas, es mucho más adecuado y preferible a la coordinación que pueda llevar a cabo cualquier organismo centralizado.

Otro trabajo destacable es el recientemente publicado por Nicolas Wapshot (2011) donde enfoca la vitalidad del debate entre Hayek y Keynes para comprender los avatares del presente. Es un recopilatorio interesante en cuanto a citas y frases pero no profundiza ni en los fundamentos económicos, ni en el origen de dichas ideas, ni mucho menos en disquisiciones filosóficas y metodológicas. Su virtud radica en que demuestra la importancia del debate, en cuanto a la intervención gubernamental y el problema de la deuda pública, sobre la situación económica del presente. Sin duda, rescata frases interesantes como por ejemplo la siguiente de Milton Friedman:

«La Gran contracción era el testimonio trágico del poder de la política monetaria, no como Keynes creía [...], la evidencia de su impotencia»³⁷³.

En suma, el libro de Wapshot es una narración adecuada sobre la vitalidad del debate entre Hayek y Keynes para comprender la situación actual y los problemas en general de coordinación a gran escala pero le falta conectar con el nexo, la raíz, de donde vienen esas ideas que tienen Hayek y Keynes que es lo que yo ambiciono en este trabajo. Es una obra orientada principalmente al público en general y no tanto a los círculos académicos.

Algo menos recientes que el trabajo de Wapshot pero sin duda más profundos sobre el debate entre Hayek y Keynes son los trabajos de G.R. Steele (2001) y de B.J. McCormick (1992). Tanto el trabajo de McCormick como el de Steele intuyen y mencionan, pero no desarrollan, la relación entre Alfred Marshall y la escuela histórica, y el particular empleo de la Historia por parte de Keynes. Otro tanto sucede con el tratamiento que ambos libros realizan de la herencia filosófica de la Ilustración escocesa (por ejemplo Hume) y el método de Menger en los desarrollos realizados por Hayek. Tanto la obra mencionada de Steel como la de McCormick no llegan a estudiar en profundidad, como aquí se pretende hacer, sobre este nexo filosófico que da forma al pensamiento tanto de Hayek como de Keynes. Es innegable que ambas obras

³⁷³ Wapshott N., 2011, p.281.

mencionan esta cuestión y conocen el problema pero se centran primordialmente en la teoría económica.

En el caso de McCormick, él expone el desarrollo metodológico en Cambridge a través de la figura de Alfred Marshall, John Neville Keynes (el padre de Maynard) y Arthur C. Pigou enfrentándolo al pensamiento y método imperante en aquella época de finales del siglo XIX y principios del XX en la London School of Economics (LSE), donde destacan las figuras de los Webbs, Edwin Cannan y los cambios aparejados en el departamento de economía de dicha escuela tras la llegada de Lionel Robbins. El trabajo de McCormick busca conectar los desarrollos de los trabajos de Hayek y Keynes bajo la lupa de la historia de las ideas. En tal sentido, examina los antecedentes acerca de la teoría del multiplicador del crédito bancario, o sobre la teoría cuantitativa del dinero o el papel fundamental jugado por la figura de Wicksell en el desarrollo de la teoría monetaria moderna. Acerca de Wicksell considera que su desarrollo no fue exclusivamente una teoría monetaria sobre el ciclo económico aunque éste sí estableció las condiciones para el equilibrio monetario —relacionando el tipo de interés de mercado, el tipo de interés natural, la productividad marginal del capital y el nivel general de precios—.

Steele, por su parte, inicia su obra destacando la diferente visión que sobre la economía tenían Hayek y Keynes. Para Steele, Hayek estaba más convencido acerca de la capacidad de autocorrección de los procesos económicos siempre que imperara un orden de reglas abstractas con un claro sentido de justicia. Steele atribuye esa conclusión de Hayek a través de las aproximaciones que éste realizó sobre psicología, en cuanto a la formación de los procesos mentales, la acción humana con una información incompleta y que nadie posee en su totalidad. Keynes, en cambio, estaba más convencido de la esencia neurótica de la economía moderna. Ambas visiones operaban en un ámbito de actuación bajo incertidumbre donde no tenían cabida teórica las máximas metodológicas del neoclasicismo tales como el conocimiento perfecto y los recursos dados. Al igual que en el trabajo de McCormick destacan las figuras de Wicksell (1906) y la de Henry Thornton (1802), en relación a la distinción entre el tipo de interés natural y el tipo de interés de mercado. Por ello señala que si consideramos juntas las ideas de Wicksell y las de Keynes, el tipo de interés de

mercado se situaría por encima de un nivel hipotético —idea que en el fondo Keynes rechazaba— que asegure el pleno empleo de los recursos productivos. En cambio, Wicksell más Hayek implica que cualquier diferencia entre el tipo de interés de mercado y el tipo natural wickselliano tendrá consecuencias sobre los métodos de producción elegidos y será el eje sobre el que discurrirá la teoría sobre el ciclo económico en éste. De hecho las conclusiones de Keynes y Hayek son francamente opuestas en cuanto al movimiento de los precios relativos y la escasez o abundancia relativa del empleo de los recursos en el tiempo.

Más en línea con la presente investigación se encuentran los trabajos y ensayos realizados por Anna Carabelli y Nicoló De Vecchi (1999 y 2001). Éstos se plantean dos cuestiones: la primera es cómo partiendo de una crítica común de Hayek y Keynes al método empleado por el *mainstream* económico ambas teorías difieren en cuanto a la formación de expectativas (Carabelli y De Vecchi, 2001); la segunda es dónde se ha de establecer la línea o el límite para la intervención gubernamental de la economía (Carabelli y De Vecchi, 1999). El razonamiento en ambos trabajos, aunque sean muy interesantes, profundos y estimulantes, no logra conectar adecuadamente con las raíces filosóficas de Keynes.

Tanto en el ensayo de 1999 como en el de 2001 posicionan a Hayek y Keynes en una vertiente metodológica anti empirista o contraria al método inductivo. Esto es parcialmente cierto ya que tanto Hayek como Keynes son contrarios al mecanicismo formal y vacuo en la ciencia, así como al empleo de instrumentos estadísticos y econométricos si no había detrás una teoría explicativa que respaldase una hipótesis. Pero Keynes, elemento que como he mencionado se ahondará con mayor profundidad en esta parte de la tesis, compartía con Marshall la necesidad de incorporar en la teoría las circunstancias particulares o específicas. Es por esto que la teoría o desarrollo teórico del pensamiento de Keynes se muestra más sensible hacia las peculiaridades de las circunstancias históricas y le llevan a criticar los métodos demasiado puros o abstractos que podían alejarnos de los hechos concretos y reales.

Esta sensibilidad por las particularidades históricas en el pensamiento de Keynes es el fallo que desde mi punto de vista presentan los trabajos de Carabelli y De Vecchi.

Les falta integrar mejor la relación e influencia de Alfred Marshall sobre la figura de Keynes. Pese a ello, los ensayos de Carabelli y De Vecchi tienen sugerencias vitales para la presente investigación. Una de ellas es la reivindicación de Hayek de la tradición clásica basada en la acción no intencionada del hombre y la conformación de reglas de conducta e instituciones que permiten el desarrollo de la vida en un orden complejo. Otra idea esencial que proponen las investigaciones de Carabelli y De Vecchi es la percepción para Keynes de que los hábitos evolutivos no conducen a reglas generales de acción, siendo por tanto la fuente de las convicciones a la hora de actuar en el individuo menos firme y sujeta a otras consideraciones, como comportamientos gregarios o psicología de masas.

En sintonía con la ilustración escocesa —Carabelli y De Vecchi invocan a la figura de Hume— Hayek considera que los individuos actúan en un mar de ignorancia y para actuar y proceder deben respaldar su conocimiento parcializado en la sabiduría de la tradición. Dicha tradición conforma un sistema de reglas abstractas que es fruto de un proceso evolutivo no intencionado. Para Hayek seguir las reglas no solo implica producir y mantener el orden sino también contribuir a su evolución. Los individuos por tanto generarán resultados más adecuados, no perfectos ni óptimos, si aplican sus conocimientos parcializados respetando el legado dejado por las generaciones anteriores. Herencia que tiene la forma de reglas, leyes, instituciones, etc. Esto no debe llevarnos a la confusión de que el pensamiento de Hayek sea extremadamente conservador. Para éste las instituciones y las reglas evolucionan, se transforman, no son una constante inmodificable que se deben salvaguardar a cualquier precio. Pero sí existe un profundo desprecio por parte de Hayek a la razón que intenta diseñar o construir el modo en que todos debemos vivir siendo ésta (la razón) en el fondo una esclava de las pasiones como ya lo había dicho con anterioridad Hume: *“Reason is and ought only to be the slave of the passions”*³⁷⁴.

Keynes, en cambio, está más convencido del papel de la razón, como también lo estaba en cierto grado Marshall, al aportar soluciones e ideas que facilitarían la cooperación pacífica en un orden civilizado. Para Keynes —señalan Carabelli y De Vecchi— la tradición puede ser útil hasta cierto punto, los hábitos evolutivos no

³⁷⁴ Hume D., 1896 , p. 217.

necesariamente conducen a la conformación de principios o reglas universales adecuadas. Ciertos eventos únicos e irrepetibles hacen que sea necesaria la razón. La crítica a Burke y Moore por parte de Keynes es también, desde mi punto de vista, una crítica al *smooth course* de la Historia. Para Keynes, esto no lo dicen o indican con claridad Carabelli y De Vecchi, una nueva idea verdadera o revolucionaria era más probable que pudiera traer aparejados mejores resultados a largo plazo que aferrarse a una doctrina falsa por apego a una regla, tradición o norma.

En la presente investigación, siguiendo parcialmente las sugerencias de Carabelli y De Vecchi, se mostrará el nexo entre el modo de enfrentar los problemas de la economía por parte de Hayek con las raíces filosóficas y metodológicas de las que éste se vale; en particular, la filosofía moral escocesa y el método empleado por Menger.

Con relación a Menger se abordará, en el capítulo 13, su enfrentamiento con la Escuela Histórica Alemana que como se verá posteriormente en el capítulo 15 es distinta a la apreciación de Alfred Marsall que, pese a sus enfrentamientos con el historicismo británico, es más condescendiente con dicha escuela e incluso la considera hasta cierto punto útil para el análisis económico.

Lo que deseo transmitir es que la raíz de la controversia entre Hayek y Keynes —que es en el fondo una controversia económica en general y no solo de un aspecto de la economía— además de ser conceptual y teórica es aún más profunda. Obedece en esencia a las influencias recibidas tanto de la filosofía moral Escocesa como de la Ilustración Francesa y Alemana.

Hayek es quien reivindica principalmente a la Ilustración Escocesa, asociándola con las aportaciones y la metodología de Menger, como máxima de su cruzada frente al racionalismo constructivista al ampliar al principio de la división del trabajo la división del conocimiento, que nadie posee en su totalidad como eje explicativo de la importancia de los resultados no intencionados sobre la dinámica evolutiva y social. Si en Smith la búsqueda del interés individual a través de la especialización laboral propicia algo superior a la intención deliberada de dicha acción en un contexto de “sociedades bien gobernadas”. En Hayek el conocimiento que tiene cada individuo y su

aplicación en búsqueda de objetivos parciales contribuye a la conformación de una inteligencia u orden inteligente que es muy superior a la razón individual.

Keynes, influido en gran medida por A. Marshall no solo en cuanto a la teoría económica sino también en cuanto al método y la filosofía moral que se derivaba de la misma, considera con un grado elevado de complejidad el modo en el que se comportan los agentes. Las fuentes de las convicciones que impulsan a la acción en Keynes son diversas; pueden obedecer a hábitos, convenciones sociales u olas de optimismo y pesimismo. Los hábitos evolutivos no conducen necesariamente a reglas generales de acción ya que existen circunstancias únicas o irrepetibles en las que dichas fórmulas de comportamiento no son efectivas. Esta sensibilidad de Keynes por la Historia, que también transmitía Marshall —en particular por las lecturas de este último de Hegel, Comte y Goethe y también por sus relaciones con la Escuela Histórica Alemana y el Institucionalismo Americano—³⁷⁵, es un punto de ruptura, no total pero sí parcial, con la tradición moral escocesa y la santificación de las normas y reglas generales de conducta heredadas.

Cabe aclarar que, de mis ideas anteriores, no debe colegirse que la Filosofía Moral Escocesa carezca de una interpretación de la Historia, no hay un burdo naturalismo ni en Hume ni en Adam Smith. Mi intención es más bien destacar que la visión de la Historia en Marshall y Keynes parece ser más afín, aunque con matices en ambos, a la idea hegeliana de ruptura y transformación del espíritu, donde la razón juega un papel más importante en la interpretación y la posibilidad de brindar soluciones a los problemas sociales, económicos y políticos.

Con lo anterior no pretendo negar que tanto en Marshall como en Keynes exista teoría pura o que ambos empleen abstracciones o modelos abstractos, pero siempre por detrás del esquema las variables encierran un elevado grado de complejidad e infinidad de circunstancias particulares. Tampoco implica, como se verá posteriormente, que Marshall no valore favorablemente, la naturaleza y eficiencia de

³⁷⁵ Justamente es llamativo que sea el propio Maynard Keynes quien en sus ensayos biográficos sobre Alfred Marshall (1924) y Mary Paley Marshall (1944) resaltara ese rasgo o conexión del pensamiento de su maestro con las distintas vertientes del historicismo. Esto también se puede corroborar a través de la biografía de Alfred Marshall escrita por Groenewegen P., 1995, p. 217-218.

la organización económica social existente, pero considera igualmente importante abordar otros elementos sobre la naturaleza oculta de la acción humana.

Por estas razones se expone, en esta parte, la importancia que tiene Menger en el método empleado por Hayek, haciendo mención también a los filósofos de la Ilustración Escocesa, como una tradición fundamentada en el orden espontáneo. En cuanto a Alfred Marshall y la Escuela de Cambridge se ahonda en la relación de éstos con el pensamiento filosófico germánico. Sin duda, que el camino natural sería ahondar en la influencia de Jeremy Bentham en el pensamiento económico británico, en particular en las figuras como las de Sidgwick o Marshall dentro del círculo académico de Cambridge. Pero realmente Keynes nunca fue un utilitarista en el sentido estricto del término y es más razonable pensar en esta vertiente filosófica para entender el modo en que éste enfrentó los problemas de la economía y la disputa con los pensadores más afines al *laissez-faire*.

Por último deseo indicar que el problema del método en la economía radica en que se trabaja con categorías complejas, sometidas a una doble dimensión. Por un lado toda categoría responde a elementos específicos, únicos y diferenciadores, en el que juega un rol esencial la comprensión de la dimensión espacio-temporal concreta. La especificidad histórica desempeña, en este sentido, un papel fundamental en el planteamiento de los problemas económicos, la forma de enfocarlos o abordarlos y, en definitiva, en la comprensión del fenómeno económico. No obstante, sin teoría es imposible abordar lo concreto, por tanto es necesario apoyarse en la generalidad y universalidad de las leyes económicas lo cual conlleva en numerosas ocasiones a desarrollar una praxeología abstracta que puede dejar fuera demasiados elementos importantes para obtener un análisis significativo. El enfatizar uno de estos aspectos puede derivar en visiones completamente opuestas sobre el problema económico y su solución. En gran medida éste es también esencialmente uno de los elementos claves en la discusión o debate entre Hayek y Keynes, que conduce a cada uno de ellos a incidir, resaltar o enfatizar aspectos variables, problemas y soluciones económicas diferentes y, por ende, a postular o defender teorías y fundamentos analíticos distintos.

Capítulo 13.

La Filosofía Moral Escocesa y la Escuela Austriaca como fuentes de inspiración del pensamiento de Hayek.

Hayek siempre mostró su gratitud al legado recibido por los filósofos morales escoceses y por la escuela austriaca, en particular por dos de sus principales figuras como fueron el padre fundador de dicha escuela Carl Menger y Ludwig von Mises. Hayek ampliaría el conocimiento de los principios fundamentales desarrollados por sus antecesores acerca de la explicación sobre los procesos espontáneos y su importancia en el funcionamiento de órdenes complejos; la delimitación del campo de la economía a la teoría general de la acción humana; la extensión del principio de la división del trabajo al ámbito del conocimiento parcial y fragmentado y que nadie posee en su totalidad; y el papel desempeñado por las instituciones, la tradición y las reglas generales de conducta en la coordinación económica. Todos estos elementos formarán parte esencial de su armadura teórica en su cruzada contra el constructivismo racionalista, donde figuraban también los economistas de Cambridge, en particular J. M. Keynes y sus discípulos.

13.1 La influencia de la Ilustración clásica en Hayek.

La idea de orden espontáneo producto de la acción no intencionada en la conformación de las estructuras sociales es muy antigua. Es un principio que ya habían reflejado en sus escritos los antiguos griegos.

El propio Hayek destaca que los griegos de la antigüedad habían realizado la distinción entre lo natural (*physis*), cuyas leyes eran acordes con el orden espontáneo

(*kosmos*), y lo artificial o convencional que eran arreglos deliberados o artificiales llevados a cabo entre los hombres (*taxi*)³⁷⁶.

Carl Menger atribuyó a Platón y Aristóteles la concepción de un origen no intencionado en la conformación de las estructuras sociales aunque claramente no hay en sus hipótesis ninguna insinuación a una metodología estrictamente individualista. Así, en cuanto a Platón y Aristóteles, Menger señala:

*«Plato expressly emphasizes that investigation into political matters “are not to be based on empty theories, but on history and actual events.” This is a view which, as is well known, actually becomes a principle of research with Aristotle [...] In the preceding (for the purpose of explaining the nature of the state) Aristotle describes the process by which the state develops from individuals or families. He shows that this process is by no means the result of men's intention directed toward forming a state, but is a result of their natural instincts. He shows that the process is a natural one and the state itself is thus a natural product in the above sense»*³⁷⁷.

Es llamativo porque en este punto sobre Aristóteles justamente Hayek tiene una opinión contraria a la de Menger considerando completamente ajenas a su concepción “la evolutiva y la auto-formación de un orden”³⁷⁸. Para Hayek, la idea de Aristóteles es siempre *taxi* en el sentido de que es “resultado de la organización deliberada de la acción individual de una mente ordenadora”³⁷⁹. Una divergencia similar de criterio entre Hayek y Menger, como se verá más adelante en este capítulo, sucede con la figura de Adam Smith.

A grandes rasgos, la idea de espontaneidad del orden existente se remonta a la filosofía antigua y los jurisconsultos romanos hasta el pensamiento más reciente y moderno de la Escuela de Salamanca y la Ilustración Escocesa. Esto es conocido básicamente como “*iusnaturalismo*” o “derecho natural”, donde los derechos de los hombres se fundamentan en la propia naturaleza humana y la evolución de las tradiciones siendo anteriores a cualquier forma de derecho deliberado.

³⁷⁶ Hayek F. A., O.C., Vol III, 1995, p.82.

³⁷⁷ Menger C., 1985, pp. 163 y 221.

³⁷⁸ Hayek, F. A., 1990a, O.C. Vol I, pp. 88-89.

³⁷⁹ Hayek, F. A., 1990a, O.C. Vol I, p. 89.

El mundo, si bien es fruto de la acción del hombre, y puede en cierto grado ser interpretado por el hombre, nunca es el resultado del diseño de un hombre ni de un grupo de hombres. Las convenciones que rigen en su mayoría la vida del hombre no son ideas clarividentes de una persona brillante, ni de grandes gobernantes, ni tampoco de filósofos. Surgen en cambio de modo no intencionado por la actividad de infinidad de personas que no tienen en consideración propósitos tan ambiciosos.

Hayek reconoció en los escolásticos españoles de los siglos XVI y XVII la vanguardia ilustrada de dicho pensamiento que desde su punto de vista quedó sepultada un siglo más tarde por el racionalismo constructivista de Descartes, Hobbes y Leibniz³⁸⁰. Hayek consideró además como la verdadera Ilustración la corriente de pensamiento que desde Giambattista Vico, Bernard Mandeville y la filosofía moral escocesa se opuso al racionalismo cartesiano³⁸¹.

Dos de los principales exponentes de esta corriente son David Hume y Adam Smith, los cuales defendieron con maestría que la conducta humana está gobernada en última instancia por reglas abstractas que no son articuladas de modo consciente por nadie³⁸². En el caso de Hume, Hayek señala que “utilizó contra la Ilustración sus propias armas. Debilitó las pretensiones de la razón mediante el empleo del análisis racional”³⁸³. Para Hume la razón era más un resultado de la civilización que su causa:

«philosophical decisions are nothing but the reflections of common life, methodized and corrected [...]It seems to me, that the only objects of the abstract science or of demonstration are quantity and number, and that all attempts to extend this more perfect species of knowledge beyond these bounds are mere sophistry and illusion»³⁸⁴.

La filosofía de Hume, que luego sería empleada por Hayek para denunciar la tiranía ingenieril sobre el orden social, implicaba en el fondo que nadie puede tener un

³⁸⁰ Hayek F. A., O.C., Vol III, 1995, p.84.

³⁸¹ Hayek F. A., O.C., Vol III, 1995, p.82 y 93.

³⁸² La deuda intelectual de Smith con el pensamiento de Hume, las críticas de éste último sobre algunos aspectos de la filosofía moral de Smith y las diferencias y avances realizados por Adam Smith respecto a la filosofía de Hume escapan a los cometidos de la presente investigación. No obstante, es importante tener claro que aunque aquí se defina como un camino de la Ilustración existen muchos matices entre ambos pensadores que se deben tener en cuenta.

³⁸³ Hayek, F. A., O.C., Vol III, 1995, p.94.

³⁸⁴ Hume, D., 1975, p.162

conocimiento explícito de la estructura de la sociedad como un todo ni tampoco de un sentido natural de la justicia. Esta barrera radical e inabarcable del conocimiento es la que ninguna teoría sobre la justicia social podía penetrar. Hayek, sin lugar a dudas, se adhirió a esta visión escéptica de la razón sugerida por Hume pero realizó una proposición adicional. Consideró que el conocimiento tácito, que consiste en la habilidad de seguir una regla aunque no estuviese formulada en palabras, era más importante para el funcionamiento de un orden complejo que seguir reglas que hubiesen alcanzado algún tipo de articulación abstracta, bien sea en palabras, bien en códigos de conducta, leyes escritas, etc.

La idea de justicia en Hume como un problema de coordinación con bienes escasos y una benevolencia limitada fue aplicada por Adam Smith en los pasajes que le hicieron más famoso:

«...he intends only his own security; and by directing that industry in such a manner as its produce may be of the greatest value, he intends only his own gain; and he is in this, as in many other cases, led by an invisible hand to promote an end which was no part of his intention. Nor is it always the worse for the society that it was no part of it. By pursuing his own interest, he frequently promotes that of the society more effectually than when he really intends to promote it»³⁸⁵.

Los principios en los filósofos morales escoceses son muy amplios por lo que no debe llevar a confusión que éstos tengan una visión idealizada sobre el orden existente. Por ejemplo, la mano invisible de Adam Smith no es un alegato a favor del libre mercado como muchos han querido o creído ver sino que refleja una postura profundamente filosófica que se interroga sobre cómo puede funcionar y coordinarse un orden moderno.

De igual modo el principio de la división del trabajo en Smith es la causa esencial del progreso y enriquecimiento de las naciones pero a la par puede empobrecer el espíritu humano al especializarse en demasía los individuos en tareas concretas. Por lo tanto

³⁸⁵ Smith, A., 1976, pp. 477-478.

una sociedad bien gobernada podía prevenir estos resultados indeseables que generaba el propio avance de la civilización³⁸⁶.

«In the progress of the division of labour, the employment of the far greater part of those who live by labour, that is, of the great body of the people, comes to be confined to a few very simple operations, frequently to one or two. But the understandings of the greater part of men are necessarily formed by their ordinary employments. The man whose whole life is spent in performing a few simple operations, of which the effects are perhaps always the same, or very nearly the same, has no occasion to exert his understanding or to exercise his invention in finding out expedients for removing difficulties which never occur. He naturally loses, therefore, the habit of such exertion, and generally becomes as stupid and ignorant as it is possible for a human creature to become. The torpor of his mind renders him not only incapable of relishing or bearing a part in any rational conversation, but of conceiving any generous, noble, or tender sentiment, and consequently of forming any just judgment concerning many even of the ordinary duties of private life. Of the great and extensive interests of his country he is altogether incapable of judging, and unless very particular pains have been taken to render him otherwise, he is equally incapable of defending his country in war. The uniformity of his stationary life naturally corrupts the courage of his mind, and makes him regard with abhorrence the irregular, uncertain, and adventurous life of a soldier. It corrupts even the activity of his body, and renders him incapable of exerting his strength with vigour and perseverance in any other employment than that to which he has been bred. His dexterity at his own particular trade seems, in this manner, to be acquired at the expence of his intellectual, social, and martial virtues. But in every improved and civilized society this is the state into which the labouring poor, that is, the great body of the people, must necessarily fall, unless government takes some pains to prevent it»³⁸⁷.

Podemos concluir que ni en Hume ni en Smith hay un burdo naturalismo³⁸⁸. Su teoría sobre el individuo no es abstracta, se desenvuelve en cambio en una situación y

³⁸⁶ Smith, A., 1976, BK V, p. 302.

³⁸⁷ Smith, A., 1976, BK V., Ch I, p. 302.

³⁸⁸ Levín P., 1997, p.111. Para Levín: "Smith contrapone naturaleza humana y hombre en estado natural" (Levín, 1997, p. 111).

circunstancias específicas³⁸⁹. La sociedad civil es la expresión cabal y madura de la naturaleza humana que ha ido progresando lentamente a través de la historia. Para Hume y Smith la libertad promueve el orden, no la anarquía. Una sociedad bien gobernada intenta evitar los abusos de la imposición arbitraria de unas voluntades sobre las otras y puede prevenir también ciertos efectos indeseados del progreso.

13.2 La influencia de Carl Menger y su disputa con el historicismo alemán.

La figura de Menger interesa especialmente al ser considerado el fundador de la escuela austriaca y ejercer una influencia considerable sobre F. A. Hayek. El propio Hayek en el prólogo de la reimpresión en inglés de los *Principios* de Menger señalaba:

«There can be no doubt among competent historians that if, during the last sixty years, the Austrian School has occupied an almost unique position in the development of economic science, this is entirely due to the foundations laid by this one man. The reputation of the School in the outside world and the development of its system at important points were due to the efforts of his brilliant followers, Eugen von Böhm-Bawerk and Friedrich von Wieser. But it is not unduly to detract from the merits of these writers to say that its fundamental ideas belong fully and wholly to Carl Menger»³⁹⁰.

Carl Menger es considerado, junto con William Stanley Jevons y Leon Walras, uno de los “redescubridores” de la teoría de la utilidad marginal y su empleo para el análisis económico³⁹¹. Sin embargo, más alejada de la visión matemática de Jevons y de Walras o menos determinística, la noción de Menger se centraba en la formación de precios — no en la determinación de precios para lograr un equilibrio— como un proceso de descubrimiento dinámico a partir de las valoraciones humanas.

³⁸⁹ El trabajo de Smith al reflejar la moralidad de la modernidad fue un punto de partida esencial a la crítica de Hegel a la ética abstracta de Kant. Al respecto ver Nuzzo, A., 2010, pp. 37-54.

³⁹⁰ F. A. Hayek, 1934, p. 393.

³⁹¹ Méndez Ibisate, 2004, p. 17.

Además de ser uno de los progenitores de la revolución marginalista, Carl Menger dedicó un cuidadoso estudio sobre la metodología de las ciencias sociales que fue iniciado en el año 1875 y finalmente publicado en 1883³⁹². Dicho estudio recibió el nombre original de *Untersuchungen über die Methode der Socialwissenschaften und der politischen Oekonomie insbesondere*, siendo también uno de sus principales objetivos llevar a cabo una crítica sobre la influyente Escuela Histórica Alemana.

Lo que se pregunta Menger tanto en los *Principios* (1871) como en su tratado sobre el *Método en las Ciencias Sociales* (1883) es acerca del surgimiento de modo no consciente o deliberado del grueso de instituciones que sirven al bienestar común y promueven su desarrollo. Este conjunto de instituciones como el dinero, el derecho y las leyes, la lengua e incluso el Estado —por mencionar algunas de las más importantes— son fruto de los intentos y esfuerzos de los individuos por mejorar su bienestar personal promoviendo, como decían los clásicos, algo superior a su intención específica que se veía plasmado en dichas reglas. Menger consideraba más adecuado emplear un método compuesto, que tuviese en cuenta el origen intencionado y no intencionado de las instituciones sociales, para explicar los fenómenos sociales. Se oponía a aquellas teorías basadas en el origen intencionado de dichas instituciones.

El dinero, por ejemplo, es para Menger un producto esencialmente de la acción humana no intencionada y no del diseño humano. Su origen obedece a la percepción individual sobre las preferencias subjetivas de otros actores, de modo que ciertas mercancías que poseen atributos deseables por la mayor parte de los actores involucrados en el intercambio van asumiendo una función dineraria. Se trata, por tanto, de un proceso evolutivo pero que sucede a partir de los individuos y de la interpretación cultural de éstos. No pueden estos fenómenos contemplarse como el resultado de fuerzas puramente mecánicas. Los fenómenos sociales son ante todo el resultado no intencionado, no planeado o diseñado, de los esfuerzos humanos individuales (que persiguen intereses individuales) sin un deseo común dirigido a su establecimiento³⁹³.

³⁹² F. A. Hayek, 1934, p.435.

³⁹³ Méndez Ibisate, 2004, p. 184.

La postura de Menger es contraria a las analogías, que él mismo denomina inadmisibles, tanto biológicas como orgánicas, anatómicas o fisiológicas, considerando que el camino adecuado en las ciencias sociales es una vía metodológica estrictamente sociológica. Por ello al origen orgánico como una historia evolutiva natural contraponen la idea de una génesis social pragmática fundamentada en la prueba y el error de la experiencia humana concreta impulsada por el propio interés y, a través de ella, explica, mediante la inferencia, el origen de instituciones como el dinero, el Estado, las leyes, que facilitan la convivencia humana pacífica y acrecientan el bienestar. Como diría años más tarde Hayek: “El resultado de la experimentación llevada a cabo por varias generaciones puede contener más experiencia que la que posee cualquier hombre”³⁹⁴.

Llamativamente Menger fue injusto con Adam Smith, muy al contrario que Hayek, al considerar que estaba vedada a su comprensión teórica la idea de un origen no intencionado de las instituciones sociales.

«What Adam Smith and even those of his followers who have most successfully developed political economy can actually be charged with is not the failure to recognize the obvious significance of the study of history for the politician. Nor is it failure to recognize the just as obvious principle that various economic institutions and governmental measures correspond to various temporal and spatial conditions of economy. It is their defective understanding of the unintentionally created social institutions and their significance for economy [...]. A. Smith and his closest followers come into contact with that of the writers of the French Age of Enlightenment in general and of the French physiocrats in particular. Adam Smith, also, and his school predominantly strive for the pragmatic understanding of economy, even where such understanding is not adequate for the objective state of affairs. The result is that the broad realm of unintentionally created social structures remains closed to their theoretical comprehension»³⁹⁵.

³⁹⁴ “...the result of the experimentation of many generations may embody more experience than anyone man possesses”. Hayek F. A., 1978, p. 122.

³⁹⁵ Menger C., 1985, p.172

A diferencia de Smith, Menger sí reconoció en los trabajos de Savigny o de Burke el carácter no intencionado en la génesis de las instituciones sociales³⁹⁶. Menger destacó en ambos su valiosa oposición al racionalismo y pragmatismo de la Ilustración Francesa. No obstante, aunque vinculó estos méritos con la escuela histórica ello no justificaba a los ojos de Menger la deriva seguida de una parte de dicha escuela al no otorgar ningún rol al individuo. Todo terminaba siendo fruto de un proceso que escapaba a la capacidad individual, conformando un todo orgánico evolutivo superior —un órgano biológico—. Esta visión comprimía el fenómeno humano al colectivismo y propiciaba a su vez dos vertientes: Una de ellas conservadora, que previene continuamente contra la exageración reformista, ya que toda institución se convertía en una especie de legado natural por encima de la voluntad humana. La otra posición, en cambio, implicaba un espíritu reformista inmaduro que no se ha tomado la molestia de comprender el proceso de génesis espontánea de las instituciones humanas.

Así, según Menger, al perder los individuos la perspectiva sobre el origen de las instituciones que permiten la vida en un orden moderno suelen interpretarlo de dos modos igualmente erróneos. Por un lado, consideran las instituciones como algo “divino”, que se coloca por encima de la sabiduría y el interés humano³⁹⁷. Por el otro, no hay tal cosa como leyes naturales, las leyes las crea y transforma el hombre, todo está sujeto a cambio y modificación cuando deja de ser útil para la vida en común entre los seres humanos.

Esta doble crítica de Menger estaba dirigida hacia la Escuela Histórica Alemana. En concreto a dos de sus vertientes principales cuyas raíces posiblemente devienen de la influencia de la Ilustración francesa y de ésta sobre el pensamiento hegeliano; uno más conservador y el otro revolucionario o reformista. Este elemento fue utilizado por

³⁹⁶ Menger C., 1985, pp. 43-44; 76; 114; 176-177 y 199.

³⁹⁷ «In the first beginnings of civilization man may have become aware of the idea of law as if a new light were dawning. Later generations, however, which did not experience the original formation of law per se, but had inherited it in its basic features from their forefathers, may have become aware of it as an inspiration of a higher divine wisdom, for all nations have connected the idea of law with the loftiest presentiments in very early periods of their development. The rules of law have become the subject of national belief, of a sanctified tradition handed down from generation to generation, and they have become an important subject of religious education. What each individual experienced in himself and created from himself at the beginnings of civilization had thus in the opinion of the nation gradually become something objective, something divine standing above human wisdom and human interest. And the gradually awakening insight into the common usefulness of law has affirmed this pious error». Menger C., 1985, p.228.

Ludwig von Mises en su crítica a los polilogismos y ciertamente también por Hayek en su campaña contra los abusos de la razón.

Menger consideraba que la Escuela Histórica adolecía de serios defectos metodológicos a la hora de abordar el fenómeno económico. Esta disputa entre Menger y Gustav Schmoller, como figura destacada de la Escuela Histórica Alemana, es conocida como la “batalla sobre el método”. Ambas posturas compartían su oposición al formalismo vacuo, en particular las teorías matemáticas sobre el equilibrio general. Pero a partir de ese punto comenzaban las divergencias.

Menger atribuía, probablemente no de manera justa, a la Escuela Histórica el empleo de un método empírico realista estricto como único posible para la investigación teórica en el campo de la economía³⁹⁸. Para Menger esta Escuela no era plenamente consciente de que el hecho de invalidar los postulados universales implicaba también un postulado universal y que el método inductivo carece de sentido por sí mismo ya que ha de apoyarse en deducciones realizadas a priori³⁹⁹.

Anteriormente Immanuel Kant (1781) ya había indicado las limitaciones del empirismo floreciente al señalar que aunque todo el conocimiento debe iniciarse a través de la experiencia, de ello no se sigue que el conocimiento surja en su totalidad de la misma⁴⁰⁰. Del mismo modo Menger indica que incluso la orientación más realista imaginable sobre la investigación teórica debe de ayudarse de abstracciones, demostrando de este modo la inconsistencia interna del empirismo⁴⁰¹. Incluso las leyes sobre las que descansan las ciencias naturales y sus observaciones no pueden asegurar

³⁹⁸ Reconoce a Aristóteles como un pionero en la crítica al carácter estrictamente científico del método inductivo. (Menger C., 1985, p.57).

³⁹⁹ ¿Cómo ha de tomarse tal idea o aserto? ¿Es una verdad, ella, a su vez y en sí misma, objetiva? ¿Debemos considerarla, si no, como una contradicción en sus propios términos? ¿O, tal vez sea o constituya la única verdad objetiva?

⁴⁰⁰ Kant I., 1921, p.41.

⁴⁰¹ «*Even the most realistic orientation of theoretical research imaginable must accordingly operate with abstractions. The aspiration for types and typical relationships of real phenomena which refer in each case to the "full empirical reality" of the latter is accordingly an aspiration that simply contradicts the nature of theoretical research as it presents itself on the basis of reality*». Menger C., 1985, p.80.

la identidad cualitativa de los elementos que investiga y no puede medir los mismos de un modo exacto⁴⁰².

El estudio científico es un híbrido que ha de valerse de la observación de los fenómenos reales y de la pureza de las deducciones teóricas, como el círculo perfecto de Platón, pero ha de mantener cierto equilibrio para no dejarse llevar por la ilusión de algunos de estos lados. Así, en el campo de la economía Menger distingue tres grupos de conocimientos científicos orientados a la elucidación del método⁴⁰³:

- 1) La historia y la estadística, cuyo objeto es la investigación y descripción de la naturaleza individual (específica) y la conexión de dicha naturaleza individual con el fenómeno económico.
- 2) La economía teórica, que se encarga de la investigación sobre la naturaleza de las leyes genéricas.
- 3) Ciencia práctica o aplicada, la aplicación a la acción de los conocimientos anteriores.

Las ciencias sociales deben encontrar sus leyes empíricamente y posteriormente confirmar las mismas como acordes con las leyes generales de la naturaleza humana. El error en el que caían para Menger los historicistas alemanes obedecía a que consideraban únicamente como fuente de conocimiento las leyes empíricas que se basaban en la experiencia sin tomar en consideración la teoría pura deducida a través de axiomas a priori. Dicho desarrollo de la ciencia a través de esta sola cara producía para Menger consecuencias desastrosas, una ficción teórica. Es cierto, no obstante, que en algunos pasajes de la obra él considera la vertiente más radical del historicismo como la posición metodológica de dicha escuela mientras que Schmoller, por ejemplo, señalaba “que tanto la inducción como la deducción eran ambas necesarias para el pensamiento científico, como el pie izquierdo y el derecho eran necesarios para

⁴⁰² «We admit that just for this reason, and also as a result of the freedom of the human will-and we, of course, have no intention of denying this as a practical category-empirical laws of absolute strictness are out of the question in the realm of the phenomena of human activity. What we do attack, however, is the opinion that natural phenomena are strictly typical in their full empirical reality, or else that laws of natural phenomena of absolute strictness can be established by way of the empirical realistic orientation of theoretical research in nature». Menger C., 1985, p. 214.

⁴⁰³ Menger C., 1985, Libro I, Capítulo I.

caminar”. Por cierto, esta referencia a Schmoller se encuentra citada por Alfred Marshall en sus *Principios*⁴⁰⁴.

La posición metodológica adoptada por Menger, como señala Huerta de Soto, era una sana posición intermedia sin caer en el hiperrealismo obtuso de los historicistas alemanes ni en el hiporrealismo (carencia de realismo) de los teóricos del equilibrio⁴⁰⁵.

Para Menger el formalismo vacío no tenía sentido; se aleja demasiado de la realidad. El proceso evolutivo cultural de Menger se traduce en instrumentos o instituciones que condicionan el comportamiento individual. Por tanto el análisis económico ha de incorporar la organización social y la faceta institucional de las categorías económicas. El análisis institucionalista que sugiere Menger “se utiliza para comprender realidades como las relaciones laborales, la figura del empresario, el papel del Estado, el dinero y hasta los mercados financieros y de valores”⁴⁰⁶.

Respecto a la Escuela Histórica, Menger resalta las limitaciones que tiene el conocimiento al querer comprimir fenómenos complejos bajo un «molde de Procusto» convirtiéndose en una ficción sin vida (abstracta). En este sentido, la idea de espíritu (*Geist*), de Economía Nacional como ejemplos de unidad analítica u organismo social son analogías indebidamente aplicadas y construidas donde desaparece la actividad individual, cuyos objetivos son más limitados que la conformación de un órgano social.

Menger sin duda dejó un legado que fue seguido por sus discípulos sobre cómo enfrentar la problemática del fenómeno económico. En este sentido, Mises trató la economía como una praxeología sobre la acción humana. Una ciencia sin constantes solo variables. Y Hayek prefirió cambiar la denominación por la de cataláctica.

Las proposiciones principales de Menger sobre la cuestión del método eran:

⁴⁰⁴ «*Induction and deduction are both needed for scientific thought as the left foot and the right foot are both needed for walking*». Referencia en Marshall A, 2013, p.24.

⁴⁰⁵ Huerta de Soto J, 2007, pp 59-60. Sin embargo muchas teorías del equilibrio esconden muchísima complejidad real más allá de lo que trasmite a primera vista el modelo o esquema teórico. Como también, por otro lado, las teorías que parten de los hechos suelen utilizar aspectos lógicos en cierto grado universales para apoyar sus observaciones.

⁴⁰⁶ Méndez Ibisate, 2004, p.184.

- 1) El rechazo del método inductivo como único método, al resaltar la necesidad de conceptos teóricos a priori para apoyar las observaciones científicas.
- 2) Atomístico, al partir del individuo y no de agregados o ficciones abstractas como clases sociales, economías nacionales u otros agregados.
- 3) La necesidad de la ciencia económica de elucidar los principios universales (elección, necesidades, intercambios, por ejemplo).
- 4) Renegaba de la utilidad de la especificidad histórica en la teoría económica, no así de su aplicabilidad relativa a hechos concretos.
- 5) Su teoría era evolutiva desde el punto de vista cultural, a través de un proceso de selección espontánea de los instrumentos que permitía de un modo efectivo la supervivencia y propagación de la especie. Por tanto, su análisis económico incorpora la organización social y la faceta institucional dentro de las categorías económicas.

Sobre este último punto queda claro que la idea de evolución cultural no es un desarrollo tardío de Hayek, ya que se encuentra en los propios desarrollos metódicos de Menger.

Uno de los ataques modernos desde el punto de vista historicista a la visión de la economía de Menger y Hayek, aunque más apropiadamente es a la definición de economía de L. Robbins⁴⁰⁷, se basó en la idea de la supuesta universalidad de las categorías económicas que éstos trataban y que, por tanto, hacía desaparecer la figura del individuo en un contexto social determinado. Este fue el ataque, por ejemplo, sobre la noción de “individuo abstracto” que realizó G. Hodgson:

«If scarcity, property, markets and exchange are universal, then economics becomes the universal study of individual choices and valuation under the conditions of scarcity, and of the allegedly general and universal forms of supposedly elemental institutions such as private property, markets and money. The apparatus of economic theory becomes preoccupied with these issues, rather than specific historical structures»⁴⁰⁸.

⁴⁰⁷ Al respecto ver el artículo de Schwartz, P., 1973, pp. 11-49.

⁴⁰⁸ Hodgson G., 2002, p. 85.

Sin embargo, la teoría de Menger es una teoría universal del comportamiento del hombre basada en aspectos lógicos pero siempre tomando en consideración los desarrollos institucionales de la acción no intencionada que los individuos provocan. Incluso llega a tomar en cuenta las acciones intencionadas o deliberadas, o al menos las menciona.

Finalmente, a manera de inciso, en la crítica de Menger a Smith hay algo que deseo destacar. Más allá de que sea injusto con Smith acerca de los procesos no intencionados, Menger observa en la idea de sociedad civil de Smith que aunque exista un proceso histórico en dicha idea se borran las huellas de cómo ha sucedido dicho proceso. El origen del dinero de Menger es parte de su crítica a la teoría clásica. Este matiz puede ser útil como una sugerencia para investigaciones futuras.

13.3 Las aportaciones filosóficas de Mises en el pensamiento de Hayek y su crítica a los filósofos de la historia.

Ludwig von Mises fue esencial en la vida de Hayek, el propio Hayek señaló que después de leer su libro *El Socialismo* (1922) se sintió más atraído por la ideas de la escuela austriaca y abandonó, en cierto grado, su fe en el Socialismo Fabiano. Después de dicha lectura Hayek comenzó a asistir de modo regular a los seminarios que dictaba Mises. Con el apoyo de Mises, y también de Wieser, Hayek fue contratado en los años veinte por el gobierno de Austria como experto económico y legal sobre el *Tratado de Saint Germain* y fue nombrado también director bajo el auspicio de Ludwig del recién creado *Instituto Austriaco de Investigaciones sobre el Ciclo Económico*.

Muchas de las ideas económicas de Hayek fueron desarrollos basados en los propios trabajos de Mises. Por ejemplo, a la teoría del ciclo económico de Mises, Hayek le añade algunos efectos clásicos como el “ahorro forzoso” o el “efecto Ricardo”. En la imposibilidad del cálculo socialista, donde alaba la posición de Mises al extender el análisis no solo a los bienes finales sino también a los bienes intermedios, Hayek sugiere además el problema de la incapacidad de un órgano centralizado para reunir todo el conocimiento —que no hay modo de recabar cuantitativamente dada su

naturaleza enteramente cualitativa— e información necesaria que logre satisfacer las necesidades individuales⁴⁰⁹.

Mises sin duda tiene una posición más extrema que la de Hayek sobre el papel del gobierno en la economía. El propio Milton Friedman recordó de sus propias vivencias con Ludwig von Mises que en el primer encuentro celebrado por la *Mont Pelerin Society*⁴¹⁰, en el año 1947, en un punto del debate sobre la distribución del ingreso y un sistema tributario progresivo Mises se levantó, se dirigió a los participantes y proclamó “todos ustedes son un grupo de socialistas”; y salió de la habitación⁴¹¹.

La postura de Hayek sobre el papel del gobierno en la economía abarca más aspectos de los que defendería Mises —el cual se ceñía a la aplicación de las leyes en defensa de la vida y la propiedad—. Al respecto, Hayek no es contrario a pequeños efectos redistributivos para hacer más atractiva a la sociedad libre ni que el gobierno pueda proveer de ciertos bienes que el mercado era incapaz de generar por sí mismo o actuar en circunstancias excepcionales y anómalas de la vida económica.

Debido a estos elementos algunos miembros de la escuela austriaca ven en Hayek más a un socialdemócrata que a un liberal clásico e incluso consideran que esa postura le permitió la concesión del premio nobel de economía (1974), galardón o reconocimiento que le fue negado a Mises⁴¹².

Ludwig Von Mises fue uno de los más fervientes defensores de la estela metodológica dejada por Menger y en dos de sus obras reflejó la crítica a lo que él denominó “polilogismos”. Dichas obras fueron *La Acción Humana* (1949), que era un tratado general sobre economía, y *Teoría e Historia* (1957). Estos elementos también serán empleados en cierta medida por Hayek en su crítica al historicismo y a los filósofos de la historia.

⁴⁰⁹ Estos puntos ya han sido tratados en la primera parte de la Tesis. En concreto en los capítulos 2 y 4. Véase también Cachanosky (2014)

⁴¹⁰ Hayek fue el fundador y primer presidente de la Mont Pelerin Society. <https://www.montpelerin.org/montpelerin/mpsAbout.html>

⁴¹¹ “Best of Both Worlds: An Interview with Milton Friedman”. *Reason*. Junio de 1995. Edic. Electr. en: <http://reason.com/archives/1995/06/01/best-of-both-worlds/4>

⁴¹² Hans-Hermann Hoppe, “Why Mises (and not Hayek)?” *Mises Daily*. October 10, 2011. <https://mises.org/library/why-mises-and-not-hayek>

Para Mises la revolución marginalista o la teoría subjetiva del valor no solo implicaba, frente a la tradición clásica, una teoría más satisfactoria que sustituía a otra menos rigurosa sino que ampliaba notablemente el campo de estudio de la economía a una ciencia más universal sobre la acción humana, que Mises denominó “praxeología”:

«For a long time men failed to realize that the transition from the classical theory of value to the subjective theory of value was much more than the substitution of a more satisfactory theory of market exchange for a less satisfactory one. The general theory of choice and preference goes far beyond the horizon which encompassed the scope of economic problems as circumscribed by the economists from Cantillon, Hume, and Adam Smith down to John Stuart Mill. It is much more than merely a theory of the “economic side” of human endeavors and of man’s striving for commodities and an improvement in his material well-being. It is the science of every kind of human action. Choosing determines all human decisions. In making his choice man chooses not only between various material things and services. All human values are offered for option. All ends and all means, both material and ideal issues, the sublime and the base, the noble and the ignoble, are ranged in a single row and subjected to a decision which picks out one thing and sets aside another. Nothing that men aim at or want to avoid remains outside of this arrangement into a unique scale of gradation and preference. The modern theory of value widens the scientific horizon and enlarges the field of economic studies. Out of the political economy of the classical school emerges the general theory of human action, praxeology. The economic or catallactic problems are embedded in a more general science, and can no longer be severed from this connection. No treatment of economic problems proper can avoid starting from acts of choice; economics becomes a part, although the hitherto best elaborated part, of a more universal science, praxeology»⁴¹³.

Para Mises diversas escuelas metafísicas han atacado de forma vehemente el individualismo metodológico. La crítica de dichas escuelas a la supuesta noción de “individuo abstracto”, las robinsonadas como diría Marx, no tenían sentido para éste ya que era una controversia esencialmente superficial. En Mises, “es imposible incluso

⁴¹³ Mises L.v., 1996, p.3. [1995, pp. 3-4]

imaginar la existencia de un individuo aislado del resto de la humanidad y desconectado de todo lazo social”⁴¹⁴. El individualismo metodológico no niega que “las naciones, los estados, los municipios, los partidos y las comunidades religiosas constituyan realidades de indudable influjo en la evolución humana”⁴¹⁵. Pero estas entidades o colectividades carecen de existencia y realidad propia, independiente de las acciones de sus miembros”⁴¹⁶. El individualismo metodológico planteado por Menger resuelve de modo satisfactorio para Mises esta paradoja.

Precisamente Mises destaca que en el subjetivismo reside la objetividad científica de la ciencia al aceptar los juicios de apreciación del hombre actuante como datos últimos no susceptibles de ningún examen crítico posterior. Este modo de razonar se sitúa por encima de la lucha de clases; de facciones y partidos; de dogmas y éticas; se aparta de toda idea preconcebida de todo juicio o valoración y sus enseñanzas resultan, por tanto, universalmente válidas.

La economía de Mises trata sobre la acción del hombre; nunca versa sobre los objetos o cosas materiales inertes. El individuo debe enfrentarse a los condicionantes materiales como por ejemplo la escasez. Sin escasez directamente no habría acción. Las bases sobre las que se sostienen dichas decisiones son frágiles. No hablamos de seres ideales omniscientes que se comportan como si fueran dioses, sino de sujetos que deben enfrentarse a un futuro incierto con un conocimiento limitado e incompleto⁴¹⁷. Por ello en Mises toda acción en el fondo es una especulación.

Del mismo modo Mises se apoya en su concepción praxeológica para interpretar la Historia. La historia económica, en Mises, solo es posible porque existe una teoría económica capaz de ofrecernos luz sobre las actuaciones humanas. Sin teoría, toda Historia no sería más que una mera acumulación de datos inconexos abierta a las interpretaciones más arbitrarias⁴¹⁸. La Historia por sí sola nunca puede ser científica. Por tanto, no existe tal cosa como un método histórico de la economía. Hay economía

⁴¹⁴ Mises L.v., 1996, pp.41. [1995, pp. 50].

⁴¹⁵ Mises L. v., 1996, p. 42 [1995, p.51].

⁴¹⁶ Mises L. v., 1996, p. 42 [1995, p.51].

⁴¹⁷ «*Economics deals with real man, weak and subject to error as he is, not with ideal beings, omniscient and perfect as only gods could be*». (Mises, L.v., 1949, p.97.)

⁴¹⁸ Mises L. von, p.51. [p.61].

e historia económica y las dos nunca deben llegar a confundirse⁴¹⁹. Por tanto, y a la manera desarrollada por Menger para comprender cabalmente la realidad del mundo, debemos apoyarnos en la concepción praxeológica (eterna e inmutable) y la concepción histórica (mudable y cambiante).

Mises reconoció a Hegel como un pensador ciertamente profundo y sus escritos como un rico acervo de ideas atractivas. Pero éste siempre actuó bajo el error de suponer que el *Geist* (Espíritu), lo absoluto, se manifestaba a través de sus palabras. Al no haber nada en el universo que fuese oculto para Hegel, la ambigüedad de sus doctrinas derivaron por un lado en un hegelianismo conservador más afín a los dogmas del Estado y la Iglesia Prusiana; y, por otro, hacia un hegelianismo de izquierdas ateo, intransigente, revolucionario, radical y anarquista⁴²⁰. Ambos caminos eran equivocados para Ludwig von Mises.

Mises atribuyó a los principales expositores de la Filosofía de la Historia, en particular por las influencias recibidas a través de la filosofía de Hegel, la capacidad de conocer los dictados de la providencia, del camino guiado por la sabiduría infinita de Dios, y de arrogarse faltamente la interpretación de la voz divina, la voz interior del ser supremo, y revelar así el destino de los eventos futuros⁴²¹.

A Marx, y al polilogismo marxista, les acusó de dos graves defectos: la inexorabilidad de la ley del desarrollo histórico y ver en la burguesía una clase homogénea con idénticos intereses. Consideró la influencia de las emociones en el razonamiento humano como único grano de verdad en dicho pensamiento.

Frente a la influencia de las ideas historicistas Mises contraponen la verdad inmutable e inexorable de la praxeología. No tenían sentido para Mises los conceptos que utilizaba el marxismo o el institucionalismo americano, tales como señalar la etapa tardía del capitalismo o el capitalismo maduro. El capitalismo en Mises es y será

⁴¹⁹ Mises L. von, 1996, p. 66 [p.80].

⁴²⁰ Mises L. von, 1996, p. 72 [p.87].

⁴²¹ «*One of the fundamental conditions of man's existence and action is the fact that he does not know what will happen in the future. The exponent of a philosophy of history, arrogating to himself the omniscience of God, claims that an inner voice has revealed to him knowledge of things to come...Philosophy of history looks upon mankind's history from a different point of view. It assumes that God or nature or some other superhuman entity providentially directs the course of events toward a definite goal different from the ends which acting men are aiming at*». Mises L., 2007, p. 139 y p.152.

siempre un concepto amplio e inmutable, que si se le puede denominar de algún modo es “economía de mercado”⁴²².

De igual modo, el hombre moderno para Mises no ha variado tanto respecto a sus ancestros primitivos en la estructura formal y lógica de sus pensamientos, aunque difiera de éstos en su contenido⁴²³. El hombre moderno comparte, por tanto, con dichos antecesores el modo de afrontar desde un conocimiento limitado las dificultades a las que se enfrenta, no porque éstas sean iguales, dado que cada época, cada circunstancia particular promueve nuevos desafíos; pero esto no invalida para Mises que todos los hombres, con independencia de la raza, edad o época dispongan en potencia de la misma capacidad lógica mental⁴²⁴. Este último razonamiento es también un alegato contra la idea de superhombres constitutivos de una raza o nación donde el todo que conformaba esa unidad “abstracta” era superior al individuo concreto, por ejemplo el nazismo, fascismo o cualquier otra tendencia totalitaria. El hombre moderno actúa de forma distinta a nuestros antepasados no necesariamente por una transformación espiritual —según Mises— sino porque posee un acervo cultural, organizacional y productivo que condicionan notablemente dicha acción. Cuenta con unas provisiones con las que no contaban nuestros antepasados y que le permiten orientar sus actos a plazos más largos.

De hecho si algo enseña la economía para Mises es que los intentos de construir realidades alternativas que no tienen en consideración las leyes inmutables y universales de la praxis humana están condenados al fracaso. Las categorías económicas son universales. La tiranía ingenieril, al intentar controlar los procesos espontáneos, conlleva la imposibilidad o dificulta el cálculo económico provocando la consecuente frustración social. Mantiene en este sentido, al igual que Hayek, con ciertas diferencias

⁴²² Mises L.v., 1996, p. 269.

⁴²³ «It is a general fallacy to believe that the writings of Lucien Levy-Bruhl give support to the doctrine that the logical structure of mind of primitive man was and is categorially different from that of civilized man. On the contrary, what Levy-Bruhl, on the basis of a careful scrutiny of the entire ethnological material available, reports about the mental functions of primitive man proves clearly that the fundamental logical relations and the categories of thought and action play in the intellectual activities of savages the same role they play in our own life. The content of primitive man's thoughts differs from the content of our thoughts, but the formal and logical structure is common to both». Mises, L.v., 1996, p.36.

⁴²⁴ «No facts provided by ethnology or history contradict the assertion that the logical structure of mind is uniform with all men of all races, ages, and countries». Mises L.v., 1996, p.38.

y matices, una cruzada contra el racionalismo constructivista en la esfera de la acción humana. Su misión, como intelectual, es resaltar la virtud de la experiencia cultural heredada y alertar sobre el daño que puede acarrear al pisotear dichas bases en las que se sustenta un orden civilizado y moderno⁴²⁵.

13.4 Conclusiones.

En este capítulo se ha expuesto a grandes rasgos el camino que Hayek considera como la verdadera Ilustración. Desarrollo heredado de pensamientos muy antiguos que supo comprender la naturaleza no intencionada o deliberada de los procesos sociales.

En la Ilustración Escocesa esta idea compensó la influencia del racionalismo cartesiano y los abusos de la razón, que depositaba su fe en el poder transformador del hombre sobre el curso natural de los acontecimientos. Los filósofos morales escoceses percibieron la importancia de los principios generales en estos desarrollos no intencionados expresando y alumbrando aspectos diversos sobre la naturaleza humana. Ello no implica, ni mucho menos, que fuese ajeno para Smith o Hume el contexto histórico e institucional específico en su análisis económico. Si bien es cierto que cada categoría arroja cierta luz sobre leyes más o menos inmutables, o como diría Mises, “praxeológicas”.

Menger desarrolla aún más esas ideas y pondera, en este sentido, el papel de descubrimiento y búsqueda de la eficiencia que implica el proceso de formación de precios. Su método parte del individuo sin por ello ser ajeno a la historia ni al desarrollo institucional. Menger ve en cada institución un proceso de selección cultural selectiva que en función de su éxito va superando las pruebas del tiempo. Puede que esta idea explique su crítica, un tanto injusta, a Adam Smith y sus discípulos por no llevar a cabo una exposición explícita sobre el modo en que surgieron instituciones

⁴²⁵ «The elucidation and the categorial and formal examination of this third class of laws of the universe is the subject matter of praxeology and its hitherto best-developed branch, economics. The body of economic knowledge is an essential element in the structure of human civilization; it is the foundation upon which modern industrialism and all the moral, intellectual, technological, and therapeutical achievements of the last centuries have been built. It rests with men whether they will make the proper use of the rich treasure with which this knowledge provides them or whether they will leave it unused. But if they fail to take the best advantage of it and disregard its teachings and warnings, they will not annul economics; they will stamp out society and the human race». Mises L.v., 1996, p. 885.

como el dinero, las leyes o la lengua. Además esta idea sobre la evolución cultural no es un desarrollo tardío de Hayek, como se suele atribuir después de su incorporación a la Universidad de Chicago (1950), sino que se encuentra en los propios desarrollos metodológicos de Menger.

Menger fue muy crítico al método empleado por la Escuela Histórica Alemana, puede que de manera algo injusta, debido al supuesto abuso del inductivismo por parte de ésta. Sin embargo, tanto Menger como Mises parten de su análisis científico de la conducta individual teniendo en cuenta el contexto histórico y social donde se desarrolla la misma. Muestra también su rechazo a la dialéctica hegeliana debido a su ambigüedad que derivó en dos movimientos antitéticos, uno conservador y el otro excesivamente reformista.

Todos estos elementos, como se verá de forma más detallada en el capítulo 17, nutrieron las ideas que sentarían las bases del pensamiento de Hayek acerca de los problemas del conocimiento y la generación de procesos evolutivos complejos. En síntesis, la verdadera Ilustración para Hayek supo comprender la naturaleza no intencionada en la conformación de estructuras sociales cada vez más complejas. A su vez, cuanto más complejo se convierte el orden humano más dependerá, para un funcionamiento adecuado, de reglas abstractas no discriminatorias, muchas de ellas fruto de la tradición, para que los individuos puedan ofrecer lo mejor de cada uno y operar en entornos con un conocimiento parcializado y fragmentado. De este modo la prosperidad y el bienestar se verán acrecentados. El falso camino ilustrado para Hayek obedece al reemplazo acontecido del poder eclesiástico, el poder “divino” o de Dios, por el poder de la razón para el que nada estaba oculto y que podía interpretar y ofrecer alternativas factibles a los acontecimientos ocurridos en el ámbito de la Historia. Hayek mantiene una cruzada frente al constructivismo, rebelándose frente al poder y los abusos de la razón, enfrentamiento que desde su punto de vista era fundamental para que la civilización pudiese seguir avanzando.

Capítulo 14.

El otro camino de la Ilustración, aclaraciones y su papel en el debate entre Hayek y Keynes.

Para comprender de modo más amplio el debate entre Hayek y Keynes es preciso realizar algunas puntualizaciones sobre la formación filosófica de Keynes. Es necesario entender de dónde proviene su relativa irreverencia a las normas de conducta heredadas. En ello juega un papel fundamental su período de formación en Cambridge y su pertenencia al grupo de los Apóstoles, sus relaciones con el círculo de *Bloomsbury* y esencialmente el modo en que Marshall y otros miembros de la escuela de Cambridge entendían que debía abordarse la teoría sobre los fenómenos sociales⁴²⁶. Al respecto, Marshall se mostró receptivo a ideas nuevas y enfoques de otras escuelas, como veremos con mayor detalle en el capítulo 15. Mantuvo contactos y relaciones con miembros de la Escuela Histórica Alemana, de la Escuela Austriaca y del Institucionalismo Americano. Además estudió cuidadosamente la *Filosofía de la Historia* de Hegel admitiendo una relativa importancia de la misma a la hora de entender los fenómenos económicos⁴²⁷. Esta diferente sensibilidad por la Historia como parte del análisis económico es uno de los ejes destacables en la controversia entre Hayek y Keynes⁴²⁸.

⁴²⁶ «Durante su juventud y madurez formó Keynes parte del “grupo de Bloomsbury”, integrado por varios “apóstoles” y conocido por su rechazo de los principios y moral victorianos, su pacifismo, su desprecio hacia el dinero y la riqueza (aunque varias actividades y algunos miembros del grupo fueron financiados por Keynes) así como por su aversión hacia los modos de vida convencionales. Sus integrantes se consideraban unos elegidos que, con la persuasión y el ejemplo, predicaban los nuevos valores —prescritos o impuestos por ellos mismos— y despreciaban al resto de la gente a la que consideraban vulgar, simple e ignorante». Méndez Ibisate, 2012, pp. 4-5.

⁴²⁷ Es importante aclarar que en ningún momento indico que A. Marshall sea un neo-hegeliano a la manera que puede interpretarse la figura de K. Marx; solo destacar que este elemento formaba parte también de su bagaje filosófico y fue empleado en ciertas circunstancias y para cierto tipo de análisis económico. Esto mismo sucede con Keynes aunque mis dudas son más serias acerca de que este último se dedicara a estudiar a Hegel o incluso a Marx — que le era más accesible—. Keynes recibió este legado porque flotaba en el ambiente intelectual de Cambridge y lo utilizó concienzudamente en el transcurso de sus obras científicas.

⁴²⁸ Otro eje que suele tratarse, como por ejemplo en el trabajo de White L., 2012, pp. 191-201, es la influencia del pensamiento de Jeremy Bentham en los fundamentos morales y legislativos que debido al eclipse de los elementos más liberales de dicho pensamiento, que sucede a partir de mediados del siglo

El presente capítulo tiene por tanto dos objetivos: investigar sobre este camino seguido por el pensamiento ilustrado — que como se verá no es ajeno a la filosofía histórica sobre la sociedad civil que desarrollaron los filósofos morales escoceses— , con especial referencia a la obra de Hegel y Marx —sin por ello desviarnos del objetivo principal de la Tesis; y en segundo lugar demostrar como falso el argumento de predestinación o de leyes históricas inexorables por las que han sido y siguen siendo atacados ambos pensadores. Interesa aquí Hegel y Marx por el modo de enfrentar el fenómeno humano y no tanto por las pasiones que han despertado.

14.1 Puntos a aclarar sobre el materialismo histórico y las leyes hegelianas.

Al considerar los filósofos de la historia en su vertiente hegeliana existen tres ideas que desde mi punto de vista son infundadas o que al menos es necesario relativizarlas, por lo que es necesario realizar una aclaración sobre las mismas. Estas ideas son:

- a) El proceso evolutivo no tiene nada que ver con procesos no intencionados sino que son fruto de la voluntad consciente de los hombres y estos a su vez responden a ciertas leyes sobre el desarrollo histórico.
- b) No existe tal cosa como la “naturaleza humana” sino que esta viene moldeada, realizada por las condiciones sociales existentes. El individuo es un fruto o producto de la sociedad, es creado por ésta. Las condiciones materiales determinan la individualidad.
- c) Las leyes históricas son un proceso inexorable e inevitable. Por ejemplo el feudalismo condujo necesariamente hacia el capitalismo, y éste a su vez inevitablemente derivará en el socialismo.

XIX y se profundiza a principios del XX, sufre una transformación a favor de una mayor intervención gubernamental. El ápice de esta metamorfosis se encuentra en el socialismo fabiano pero también ejerce una influencia no menor en el pensamiento de intelectuales de la talla de J. S. Mill, Alfred Marshall y A. C. Pigou. No obstante, mi tesis es que Keynes no es en el fondo un utilitarista y la clave de su decidida posición a favor de la intervención gubernamental se halla en su lectura de la Historia, elemento que también aparece en Alfred Marshall.

En los próximos apartados se aclarará cada uno de estos puntos. Así, en el apartado 14.2 se mostrará como Hegel parte de la herencia filosófica que flotaba en el ambiente de su época que tomaba la “ciencia del hombre” como una ciencia histórica, producto ésta de la acción no intencionada de los individuos, en los trabajos de la Ilustración Escocesa de Hume, Robertson, Ferguson y Smith; así como de la Ilustración Francesa Voltaire, Turgot, Condorcet y la Ilustración Alemana en Kant, Goethe y Humboldt. Pero también se investigará qué diferencia a Hegel del escepticismo de Locke o Hume.

En el apartado 14.3 se trata el problema de la especificidad histórica pero de modo diferente a como lo trata el materialismo histórico. En este sentido, se toma al individuo como una síntesis entre renovación y transformación. De modo que para Hegel o incluso Smith no tiene que estar reñida la visión de naturaleza humana general con el contexto histórico específico en el que se desenvuelve dicha naturaleza humana.

Finalmente, en el apartado 14.4 se presentarán algunos escritos de Hegel y Marx que demuestran que sus ideas sobre el desarrollo histórico son más complejas que la supuesta inexorabilidad de la ley histórica con la que muchos partidarios y adversarios han constreñido el pensamiento de ambos pensadores.

El objetivo del presente capítulo es la de dar otra visión sobre la supuesta dicotomía del camino Ilustrado, tal como sostiene Hayek, y entender de modo amplio el concepto de especificidad histórica que es útil para el pensamiento de Alfred Marshall y del mismo modo para Maynard Keynes.

14.2 Hegel y los fundamentos filosóficos de Hume y Smith. Del orden espontáneo a los abusos de la razón.

La metafísica de Kant, Hegel o K. Marx no es ajena a los procesos evolutivos espontáneos. Como señalara el propio Hegel: “Kant arranca en realidad de esta doctrina [la de Hume] para construir su propia filosofía”⁴²⁹.

De hecho el joven Hegel integra en su sistema filosófico, ya desde los años 1803-1804 por sus estudios de *La Riqueza de las Naciones* (1776), el pensamiento de Adam Smith siendo fundamental tanto para la evolución de su pensamiento político y social como para su crítica de la ética abstracta de Kant carente de contenido histórico⁴³⁰.

Si uno analiza las obras de Marx o de Hegel notará que el proceso que ha conformado el orden existente escapa a la decisión voluntaria de los hombres, aunque sí es cierto que en Hegel particularmente hay un trasfondo teológico cuando, por ejemplo, escribe sobre la razón última del espíritu como algo acorde a unos designios de Dios o también la expresa como la “Idea Absoluta”. Esta noción, en el fondo, no es tan distante de la “mano invisible” de Adam Smith. Para Hegel, al igual que Smith, no existe una sabiduría omnisciente de los individuos ejecutantes de los dictados de la providencia. “Nada sucede, nada se ejecuta sin que los individuos que actúan en ello, se satisfagan a sí mismos. Es un rasgo de nuestro tiempo que los hombres se sienten poco atraídos hacia las cosas por el asentimiento y la autoridad, y prefieren consagrar su actividad a una cosa por convicción y creencias independientes”⁴³¹. Para Hegel, y así lo dice, “el individuo es el impulsor de los fines [...] no es un hombre en general (pues éste no existe), sino como un hombre determinado, que busca satisfacerse particularmente, pero por este medio sea a la vez el medio y el instrumento de algo superior, más amplio, de algo que ellos no saben y realizan inconscientes”⁴³².

El modo en que esta idea se asocia a los desarrollos de Menger, Mises o Hayek es la siguiente: ambas posturas parten del individuo que actúa para satisfacer sus intereses

⁴²⁹ Hegel, G.W.F., 1997, p.374.

⁴³⁰ Para ello ver el trabajo de Nuzzo, A., 2010, pp. 37-55. Nuzzo hace referencia sobre este punto a los trabajos de Luckacs (1948), Riedel (1969) y Waszeck (1988).

⁴³¹ G.W.F. Hegel, 1837, p 79.

⁴³² G.W.F. Hegel, 1837, p 83.

particulares sin tomar en consideración propósitos superiores. En los austriacos al ser estos comportamientos efectivos terminan siendo imitados por otras personas constituyendo una herencia cultural evolutiva que se plasma finalmente en instituciones o estructuras sociales más complejas. La idea de Hegel no está tan alejada de esa noción, pero él entiende que su efectividad responde también a una lógica o racionalidad del universo o de Dios.

Para Hegel el comportamiento cultural evolutivo efectivo, como dirían Hayek o Mises, demuestra la existencia de una lógica superior, de que se cumple el principio antiguo de Anaxágoras de que “la razón rige al mundo”. Al poseer una lógica el hombre puede intentar comprenderla y estudiarla. Es una idea cercana a la religión pero donde no está vedado, no es un pecado, penetrar en los misterios de la vida y el universo.

Esta idea de racionalidad es seguramente lo que más distancia a la filosofía de Hegel respecto al escepticismo de Locke o Hume.

Locke señalaba que “...ningún espíritu creado puede conocer la estructura íntima de la naturaleza”⁴³³, en cambio para Hegel el hombre tiene la capacidad potencial para penetrar en los secretos más profundos del universo.

Por ello en Hegel “ante la variación, ante la infinitud, la sensación de desdicha de inabarcabilidad de ocaso y muerte” aparece el supuesto de que el “ideal se realiza, de que sólo aquello que es conforme a la idea tiene realidad. Ante la pura luz de esta idea divina, que no es un mero ideal, desaparece la ilusión de que el mundo sea una loca e insensata cadena de sucesos”⁴³⁴. De este modo Hegel en su *Filosofía de la Historia* busca darle un sentido racional a la Historia.

Hegel sabe que al conducirse así “se emplea un procedimiento apriorístico e ilícito en sí y por sí”⁴³⁵ pero tiene fe en sí mismo y en su capacidad intelectual de hacer resaltar lo importante, lo significativo y esencial de la Historia universal de lo que no lo es.

⁴³³ Citado en Hegel G.W.F, 1997, p.326

⁴³⁴ G.W.F. Hegel, 2000, p.74.

⁴³⁵ G.W.F. Hegel, 2000, p.25.

Aunque todo esto en última instancia dependerá del fin que se persiga al tratar la historia. Y este fin puede ser de la mayor diversidad para Hegel.

La pregunta que surge es cuál es la razón adecuada, quién la tiene y por qué es más válida que otras. Este es el punto sobre los abusos de la razón o la fatal arrogancia a la que se enfrenta Hayek. En cambio, Alfred Marshall y Keynes parecen más persuadidos sobre el papel que debe jugar una mente instruida y el conocimiento científico para resolver los males de las circunstancias presentes y apuntalar el progreso económico, social y espiritual. Por el contrario, Hayek emplea la persuasión de su amplio conocimiento científico y filosófico para denunciar las intromisiones sobre el orden espontáneo.

Hegel decía sobre aquéllos que creían poseer la verdad, pero no por el mérito de haberla trabajado, estudiado o profundizado, que “al confiarse a las emanaciones desenfrenadas de la sustancia, creen que, ahogando la conciencia de sí y renunciando al entendimiento, son los elegidos, a quienes Dios infunde en sueños la sabiduría; pero lo que en realidad reciben y dan a luz en su sueño no son, por tanto, más que sueños”⁴³⁶.

De lo hasta aquí expuesto en este apartado, la complejidad en Hegel obedece a que su dialéctica da lugar a ambigüedades, pero en términos generales podemos asentir que no son ajenos a su razonamiento los procesos espontáneos en la conformación de órdenes e instituciones. Lo que sí puede derivarse de la filosofía de Hegel, a diferencia de la de Hume, es que el primero otorga un mayor protagonismo al papel transformador de las ideas y el segundo considera que poco tiene que ver la razón en las mutaciones que experimenta el orden social.

Ese camino, el emprendido por Hegel, estaba condenado para Hayek al fracaso. Como diría Hayek refiriéndose en este caso a Kant:

«Ello me inclina poderosamente a pensar —aunque no pueda ofrecer prueba alguna al respecto— que, contrariamente, a lo que generalmente se supone, Kant no descubrió el principio del imperativo categórico a lo largo de sus reflexiones sobre la moral para, posteriormente, aplicarlo a la ley, sino que descubrió más bien su

⁴³⁶ G.W.F. Hegel, 1992, p.12

básica concepción en el análisis de Hume hace de la ley para, posteriormente, aplicarlo a la moral. Pero mientras su brillante reflexión sobre el desarrollo de la norma legal y su insistencia en el carácter negativo y autónomo de la misma me parece uno de sus más definitivos logros, su tentativa de transformar lo que en el campo legal es prueba de justicia aplicable a un cuerpo de normas ya existentes en una premisa de la cual quepa derivar deductivamente el sistema de normas está condenado al fracaso»⁴³⁷.

14.3 La historicidad o especificidad histórica.

La idea de espíritu (*Geist*) en Hegel hace que la historia sea una síntesis de dos movimientos: tradición y renovación. En esto no habría nada alejado de lo que podría pensar Hayek o el propio Mises, pero sí se distancian en el modo de concebirlo. Para Mises y Hayek los individuos nos encontramos con un patrimonio heredado que ha sido gestado por nuestros antepasados; esto es, un acervo de conocimiento del cual podemos beneficiarnos y cuya cualidad principal es que no tenía una finalidad intencionada tan enorme. Además, con su acción el individuo también contribuye a la renovación del mismo. Para Hegel, en cambio, este patrimonio que se enriquece sin cesar constituye una especie de “sustancia espiritual” que se va transformando con el transcurso de la historia:

«Lo que cada generación ha hecho en el campo de la ciencia y de la producción espiritual, es un legado al que ha contribuido con sus ahorros todo el mundo anterior...Este legado es al mismo tiempo un recibir y un hacer fructificar el legado. Ello plasma el alma de cada generación siguiente, constituye su sustancia espiritual en forma de hábitos, determina sus máximas, sus prejuicios, su riqueza; y, al propio tiempo, el patrimonio recibido se convierte a su vez en material disponible que es transformado por el espíritu. De esta manera lo que se ha recibido es transformado, y la materia elaborada, gracias precisamente a su elaboración, se enriquece y al mismo tiempo se conserva»⁴³⁸.

⁴³⁷ Hayek, F. A., 1988, p. 275.

⁴³⁸ Hegel G.W.F., 1990, p XLII.

Por este motivo Hegel realiza en su *Filosofía de la Historia* un desarrollo sobre la historia de los pueblos y encuentra un sentido a cada uno dentro de la sinfonía que es la Historia Universal. En su caso no es simplemente el paso que va dando el hombre para alejarse de la barbarie hacia un orden civilizado, elementos que ya se encontraban desarrollados con anterioridad, y que como ya he referido se encontraban en los escritos de Turgot, Hume y Smith, por tomar algunos ejemplos. No es simplemente un proceso aleatorio en Hegel que da lugar, a través de la prueba y el error, a lo que hoy somos. Es distinto, es que cada pueblo —si es que se admite tal abstracción— va conformando un paso distinto, un nuevo desarrollo o concepto si se prefiere en la conformación del espíritu. Nuestra naturaleza, es en este sentido, una naturaleza espiritual que cada uno ayuda a crear pero que también esta condicionada a su tiempo y contexto. Adam Smith en su *Teoría de los Sentimientos Morales* (1759) consideró que para que una persona pudiese conocer su propia naturaleza debía emplear el espejo de la sociedad como herramienta para acceder a ella. El espíritu en Hegel va sufriendo transformaciones y puede ya no ser acorde con las reglas, normas y preceptos morales existentes, así un joven Hegel lo reflejaba en su ensayo sobre *El espíritu del Cristianismo* (1800):

«Si el espíritu se ha retirado de una constitución y de las leyes y si, en virtud de su metamorfosis, no concuerda ya con las mismas, surge una búsqueda, una aspiración hacia algo diferente. Pronto cada cual encuentra este “algo diferente” en una cosa distinta; así surge una multiplicidad de formaciones culturales, de maneras de vida, de exigencias, de necesidades que, en la medida que lleguen a divergir, poco a poco, hasta tal grado que ya no puedan subsistir una al lado de la otra, producen finalmente una explosión, dando nacimiento a una nueva forma general, a un nuevo vínculo entre los hombres [...] Por eso el pueblo judío en la época de Jesús ya no nos ofrece la imagen de un todo; hay, es cierto, un universal — que bien o mal- los sigue uniendo, pero al mismo tiempo subsisten tantos elementos ajenos y diversos, tanta variedad de vida y de ideales, tantas aspiraciones insatisfechas, tanto conato sucesivo de curiosidad por lo nuevo, que cualquier reformador que se presente seguro de sí mismo y aportando esperanza tiene asegurado de antemano tanto su grupo de adeptos como su partido enemigo

[...] La raíz del judaísmo es [...] la servidumbre frente a algo ajeno. Era eso lo que Jesús atacaba»⁴³⁹.

El propio Alfred Marshall admite y emplea la *Filosofía de la Historia* de Hegel en ciertas ocasiones para elucidar los problemas de la especificidad histórica o si se prefiere sobre la historicidad de las categorías económicas.

*«When we recollected how great a centre of wealth Rome was; how monstrous the fortunes of individuals Romans (and they have only recently been surpassed); and how vast the scale of her military and civil affairs, of the provision needed for them and of the machinery of her traffic; we cannot wonder that many writers have thought they found much resemblance between her economic problems and our own. But the resemblance is superficial and illusory. It extends only to forms, and not to the living spirit of national life. It does not extend to the recognition of the worth of the life of the common people, which in our own time is giving to economic science its highest interest»*⁴⁴⁰.

Es en este sentido, tal y como lo ha expresado Marshall, que Marx realizó su crítica a los economistas clásicos al considerar que éstos eternizaban las categorías económicas.

«A los profetas del siglo XVIII, sobre cuyos hombros aún se apoyan totalmente Smith y Ricardo, este individuo del siglo XVIII – que es el producto, por un lado, de la disolución de las formas de sociedad feudales y, por el otro, de las nuevas fuerzas productivas desarrolladas a partir del siglo XVI- se les aparece como un ideal cuya existencia habría pertenecido al pasado. No como un resultado histórico, sino como punto de partida de la historia. Según la concepción que tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en cuanto puesto por la naturaleza y no en cuanto producto de la historia. Hasta hoy, esta ilusión ha sido propia de toda época nueva»⁴⁴¹.

La crítica de Marx es injusta ya que los economistas clásicos emplean el método histórico para comprender los acontecimientos económicos. De hecho, en cuanto a las propias causas que fundamentan el valor están mejor desarrolladas en Adam Smith

⁴³⁹ Hegel. G.W.F, 1978, pp. 267-268.

⁴⁴⁰ Marshall A., 2013, p.607.

⁴⁴¹ Marx K., 1989, Tomo I, pp.3-4.

desde un punto de vista histórico que en Ricardo o Marx. Sin embargo, tal y como lo plantea Smith y luego también lo desarrollan Menger, Mises y Hayek, el mercado es simplemente un reflejo de la naturaleza humana. Proviene de las necesidades humanas que son la base de la organización social. Esta propensión del hombre a trocar, intercambiar y comerciar en su lucha por la supervivencia aparece como una culminación de la historia en un mundo mercantilmente desarrollado. Hayek lleva este argumento aún más allá, hasta el punto en que este mecanismo no solo posibilita la civilización sino que es el único posible para que puedan funcionar estructuras sociales cada vez más complejas. Marx en cambio las concibe como formas finitas, que han nacido y están destinadas a morir. Para los pensadores austriacos estas abstracciones propias de pensadores como Marx o Hegel nublaban la visión sobre los fenómenos económicos:

«Estas doctrinas rebasan la esfera de la cataláctica. Ponen en tela de juicio no sólo la economía y la praxeología, sino además todas las ramas del saber y hasta la propia razón humana»⁴⁴².

Esta percepción sobre el momento histórico, la “nueva era”, refleja una diferencia en la visión de la economía que tenían Hayek y Keynes. La incorporación de la especificidad histórica al análisis económico es la clave que aquí resaltamos sobre dicha divergencia de criterio entre ambos. Cabría preguntarse si dicha especificidad histórica que adopta Keynes en su concepción de la economía es realmente científica o lo es más la visión praxeológica de Hayek. Por desgracia, aunque no se ponga en tela de juicio la existencia del conocimiento científico, hay ciertas líneas o trazos donde es poco nítido lo que separa la ciencia de la pasión.

14.4 La falsa idea de predestinación.

Se debe distinguir la noción de concepto en Hegel, que encierra un desarrollo y en potencia un devenir, con la idea de que éste atribuya de forma anticipada un

⁴⁴² Mises, L.v., 1996, p.5. [1995, p. 5].

conocimiento sobre el destino inexorable del mismo. En este sentido, el propio Hegel, tomando un ejemplo, es tajante sobre su impresión de América:

«Más como país del porvenir, América no nos interesa; pues el filósofo no hace profecías. En el aspecto de la historia tenemos que habérmola con lo que ha sido y con lo que es. En la filosofía empero, con aquello que no sólo ha sido y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón. Y ello basta»⁴⁴³.

El Capital de Marx no es una obra que se dedique al estudio de las causas que originan de modo ontológico el valor de los productos y mercancías. No se ocupa de problemas económicos universales, ni propone una sociedad alternativa a la actual. Es una investigación concreta de un modo de producción y sus contradicciones donde se haya extendido el intercambio de mercancías bajo el capitalismo. Por ello Marx se sorprende al atribuirle la construcción imaginaria de un modo de producción alternativo al existente, como señalará en las glosas a Wagner (1881/82):

«Valor. Según el Sr. Wagner, la teoría del valor de Marx es `la piedra angular de su sistema socialista´(pág 45). Como yo no he construido jamás un sistema socialista, trátase evidentemente de una fantasía de los Wagner, Schäffle e *tutti quanti*»⁴⁴⁴.

Es injusto, al igual que en Hegel, acusarle de elaborar un esbozo histórico que tenga un resultado predeterminado. Incluso en varias epístolas el propio Marx es bastante claro al respecto:

«A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ello concurren, para plasmarse por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del

⁴⁴³ G.W.F. Hegel, 2000, p 229.

⁴⁴⁴ Marx K., 1992, p. 713. Se conoce como *Glosas Marginales al Tratado de Economía Política de Adolfo Wagner* fueron escritas entre 1881-1882 y son el último trabajo económico de K. Marx.

hombre en todos y cada uno de sus aspectos. (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio)»⁴⁴⁵.

Finalmente, frente a la visión dogmática del materialismo histórico de Marx habría que preguntarse:

«¿Le debemos también a Marx una filosofía de la historia? Es común entre sus partidarios responder afirmativa y enfáticamente. Hay sustento para esa interpretación, precisamente en los conceptos originales de Marx sobre la forma del valor, pero estos conceptos son, paradójicamente, los que la tradición del "materialismo histórico" ignora. Sin duda, la comprensión de la especificidad histórica de las categorías económicas de la época del capital es un aporte fundamental a la concepción de la historia que no es distinto, sin embargo, de la propia crítica de la Economía Política. En resumen, Marx no sostiene que la producción material determina la producción espiritual, como si la primera fuera la causa y la segunda la consecuencia, sino que la comprensión de la forma histórica específica de la producción material permite comprender la producción espiritual de una época. Así, por ejemplo, en la crítica de la teoría de la civilización, de Storch: "Si la producción material no se concibe por sí misma en su forma histórica específica, es imposible comprender qué hay de específico en la producción espiritual correspondiente a ella, y la influencia recíproca de una sobre la otra"»⁴⁴⁶.

14.5 Conclusiones.

El doble camino de la Ilustración, tal como lo representó Hayek, tiene más puntos en común de lo que parece a simple vista. En el presente capítulo se ha mostrado como la filosofía kantiana y hegeliana parten realmente de los principios de Hume y de los desarrollos de los Filósofos Morales Escoceses basados en los procesos no intencionados de los individuos que han desembocado en las reglas e instituciones de la moderna sociedad civil. Dicha sociedad civil es el espejo, tal como lo pensaba Adam Smith, que refleja y nos permite indagar sobre la verdadera naturaleza de nuestro yo.

⁴⁴⁵ Dicha carta fue dirigida por Marx a la redacción de la revista rusa *Hojas Patrióticas* y figura en Marx K., 1992, pág 712.

⁴⁴⁶ Levín P., 1997, p. 82.

En este sentido, el individuo no está aislado, ni separado, ni desprovisto de los lazos que le unen con sus demás congéneres. Por tanto, no se llega ni en el análisis clásico, ni en el austriaco, ni tampoco en Cambridge a los extremos de un análisis individual como si se tratara al hombre aislado, cual “Robison Crusoe”, que simplemente elige bajo unas restricciones espaciales y temporales.

Lo que sí separa a ambos pensamientos, que es lo que enfatizan Mises o Hayek, es entre la visión más escéptica y menos pretenciosa de Locke, Hume y, en menor medida, Smith sobre la capacidad de la razón para comprender el fenómeno humano frente a la filosofía especulativa hegeliana que busca penetrar en la maraña de acontecimientos que es la Historia dándole un sentido y una coherencia. La razón al entender lo que anhela Hegel tiene un papel más protagónico a la manera de establecer máximas, leyes y contratos sociales, siendo su actitud menos reverente, según las circunstancias, hacia las normas y reglas heredadas por la tradición.

En contraposición, para los pensadores austriacos no tienen cabida las definiciones “polilógicas” como espíritu, pueblo e incluso sociedad. La sociedad civil y sus instituciones son un resultado de la acción concreta y efectiva llevado a cabo por los individuos reales. Denuncian, siendo ése el caso de Mises y Hayek, el empleo de la interpretación histórica para satisfacer objetivos y deseos concretos que suelen orientarse normalmente hacia la consecución de un mayor poder.

No obstante, en el presente capítulo he mostrado que la idea de predestinación e inexorabilidad de la ley histórica no hace honor al verdadero pensamiento de Hegel o de Marx. En cambio se ha de tomar el problema de la especificidad histórica planteada por ambos pensadores, aún asumiendo las posibles debilidades que este método presenta, como una herramienta de suma importancia para afrontar la investigación del hombre y su mundo.

El camino seguido por A. Marshall obviamente no llega a los extremos revolucionarios que planteó la dialéctica hegeliana, y mucho menos Keynes, que consideró a Marx como un pensador con intuiciones interesante pero muy pobre en realidad⁴⁴⁷. Pero sí es cierto que en el pensamiento de Marshall, y también en el de Keynes, a la par que

⁴⁴⁷ Skidelsky R., 2000, p. 169.

tienen cabida determinadas leyes o teorías universales sobre los valores y motivaciones del hombre, se toman en consideración cuestiones específicas, matizaciones históricas, geográficas, que ambos autores incorporan a su análisis económico. La actitud de ambos también era menos reverente acerca de las reglas de conducta generalmente aceptadas. Tanto en Marshall como en Keynes eran relevantes las nuevas ideas, las cuales podían no descansar tanto en la tradición sino más en el conocimiento profundo de la economía, por su efecto sobre la opinión pública y las personas que podían adoptar decisiones de relevancia en la vida política, social y económica.

Capítulo 15.

La cuestión del método en Alfred Marshall y su vínculo con la Escuela Histórica.

Es preciso estudiar tanto el pensamiento de Alfred Marshall como, particularmente, su visión metodológica debido a su influencia sobre uno de nuestros protagonistas: John Maynard Keynes. Aunque la obra de Marshall diera origen al término “neoclásicos” o “economía neoclásica”, acuñado por Thorstein Veblen a principios del siglo XX⁴⁴⁸, la idea de éste sobre el estudio de la economía es muy distinto a como suele interpretarse el enfoque “neoclásico” en la actualidad. Alfred Marshall consideraba como elemento importante para la comprensión analítica de la economía el estudio histórico (y de la Historia). De este modo, estaba en cierto grado fascinado con el desarrollo de las ciencias biológicas y las analogías aplicables a la teoría de la evolución moral. A lo que sí se oponía, al igual que Menger, era a los excesos del empirismo metodológico.

No se debe olvidar que Marshall, tal como fue descrito en las biografías escritas sobre éste por Maynard Keynes, siempre mantuvo una actitud muy abierta a la hora de incorporar y establecer contactos con diversas escuelas ajenas al ámbito exclusivo de Cambridge, como quedó retratado en sus viajes a Alemania (1868 y 1870-1871)—donde se relacionó con miembros de la Escuela Histórica Alemana—, a los Estados Unidos de Norteamérica (1875) para comprobar de primera mano el desarrollo industrial experimentado por dicho país, entrando en contacto con varios de los economistas Institucionalistas Americanos y las vacaciones de verano que solía pasar junto a su mujer en el sur del Tirol, donde en ocasiones se encontró con algunos de los economistas de la escuela austriaca, como Wiser o Böhn-Bawerk⁴⁴⁹.

⁴⁴⁸ Méndez Ibisate, 2004, p. 248.

⁴⁴⁹ Estos viajes están reflejados en el ensayo biográfico sobre Alfred Marshall (1924) y Mary Paley Marshall (1944) escritos ambos por Maynard Keynes. También en Groenewegen P., 1995, p. 217-218.

El propio Keynes en la biografía que escribió sobre la mujer de Marshall, Mary Paley, comentó que poco antes de su muerte Alfred Marshall le confesó la importancia del impacto de la *Filosofía de la Historia* de Hegel en su propio pensamiento⁴⁵⁰. Marshall reunía cualidades excepcionales para combinar la teoría pura con la utilización metodológica de la Historia en el desarrollo de sus ideas y teorías. Como señalaría Maynard:

«The paradox finds its explanation, perhaps, in that the master-economist must possess a rare combination of gifts. He must reach a high standard in several different directions and must combine talents not often found together. He must be mathematician, historian, statesman, philosopher-in some degree. He must understand symbols and speak in words. He must contemplate the particular in terms of the general, and touch abstract and concrete in the same flight of thought. He must study the present in the light of the past for the purposes of the future. No part of man's nature or his institutions must lie entirely outside his regard. He must be purposeful and disinterested in a simultaneous mood; as aloof and incorruptible as an artist, yet sometimes as near the earth as a politician. Much, but not all, of this ideal many-sidedness Marshall possessed. But chiefly his mixed training and divided nature furnished him with the most essential and fundamental of the economist's necessary gifts-he was conspicuously historian and mathematician, a dealer in the particular and the general, the temporal and the eternal, at the same time»⁴⁵¹.

Independientemente de esta influencia del pensamiento hegeliano y de la escuela histórica Alemana en el pensamiento de Marshall es pertinente aclarar que el historicismo había tenido un desarrollo autóctono en las Islas Británicas, antes que se siga avanzando en el método específico de Marshall.

15.1 La Escuela Histórica de las Islas Británicas.

Al reverendo Richard Jones se le consideró un precursor moderno, no clásico, de la Escuela Histórica Británica quien, tras la muerte de Malthus, sucedió a éste en el año

⁴⁵⁰ En Keynes, J. M. (1944) y en Groenewegen P., 1995, p. 166.

⁴⁵¹ Keynes, J. M., 1924, p.322.

1835 como profesor de Economía Política en la Institución Universitaria de *Haileybury*, destinada a formar a los funcionarios que después servirían a Gran Bretaña en destinos de ultramar. Si bien el impacto de la obra y prédica de Jones en su tiempo fue menor, obtuvo un reconocimiento posterior —como lo hizo Marx en las *Teorías sobre la Plusvalía*⁴⁵²—. Jones básicamente atacaba la teoría y el método de la escuela Ricardiana, en concreto el deductivismo extremo y que él creía ahistórico de dicha escuela. Consideraba que el análisis económico requería de la diferenciación y comparación de las distintas etapas históricas empleando para tal propósito principalmente métodos inductivos⁴⁵³.

En el terreno de la ortodoxia clásica, J. S. Mill también era consciente de que no existe una ley inmutable sobre la naturaleza humana y que incluso la economía política pecaba de universalizar a un individuo que era un prototipo de una cultura y un modo de vida específico. No obstante, aunque admitió parte de la verdad del empirismo positivista de Comte nunca abrazó con el mismo fervor el anti-deductivismo de dichas doctrinas. Para J. S. Mill los economistas clásicos también brindaban explicaciones históricas que a su vez permitían tener una visión general sobre la naturaleza humana. Su posición respecto al rol del gobierno era algo más amplia que el del papel de un mero protector contra el abuso y el fraude. Mill no defendía que el gobierno se convirtiera en un impulsor del consumo, como ya se viera en el capítulo 7 al exponer la Ley de Say, pero sí, desde un punto de vista más utilitarista, que pudiese convertirse en un proveedor de bienes convenientes para la comunidad o sociedad que no podían ser ofrecidos adecuadamente por el sector privado⁴⁵⁴.

No menos importante fue, a mediados del siglo XIX, la aportación de lo que se denominó la Escuela Histórica Irlandesa, con dos autores prominentes como fueron John K. Ingram y T. E. Cliffe Leslie, cuya influencia se extendió en las dos últimas décadas de dicho siglo hacia Oxford, en figuras como el historiador y ocasionalmente miembro del Parlamento británico James E. Thorold Rogers, y hacia Cambridge, a

⁴⁵² Marx K., 1989, Tomo III, pp. 352-400.

⁴⁵³ Hodgson G. M., 2001, p. 67.

⁴⁵⁴ Para un análisis más detallado sobre la influencia del utilitarismo en el pensamiento de J. S. Mill y en la gestación del socialismo Fabiano véase White L.H., 2012, pp. 194-201.

través de W. Cunningham y Herbert Foxwell⁴⁵⁵. La crisis y gran hambruna irlandesa entre 1845-1849, junto con los remedios propuestos como soluciones más acordes a los principios de la libertad de comercio y *laissez-faire*, provocaron una reacción frente a estos supuestos principios universales e inmutables. La cuestión era cuántos elementos quedaban fuera de la teoría económica pura. Así por ejemplo, Ingram afirmaba:

«Economic science is something far larger than the Catallactics [science of exchange] to which some have wished to reduce it»⁴⁵⁶.

Por su parte, Leslie enfatizó el problema de la complejidad y la incertidumbre en la vida económica. Consideraba que en el mundo comercial reinaba la oscuridad y la confusión y la forma de abordar dicha complejidad no podía llevarse a cabo a través de métodos apriorísticos, abstractos y deductivos:

«Instead of the world of light, order, equality, and perfect organization, which orthodox political economy postulates, the commercial world is thus one of obscurity, confusion, haphazard, in which amid much destruction and waste, there is by no means always a survival of the fittest, even though cunning be counted among the conditions of fitness... The love of property, or of accumulation, takes different concrete forms in different states of society...The abstract theory on this subject is of the most fragmentary character...[The] abstract a priori deductive methods yields no explanation of the causes which regulated either the nature or the amount of wealth»⁴⁵⁷.

La diferencia metodológica de esta visión de la economía respecto a los neoclásicos y austriacos consiste en que si bien ambas posturas se percatan o pueden reconocer la complejidad enorme de la vida económica, no carente de oscuridad, confusión e incertidumbre, esta visión de la escuela histórica —de los exponentes aquí citados— impide, obstaculiza el análisis teórico puro de la economía. Al contrario los austriacos y neoclásicos han ido incorporando, con el devenir del desarrollo del pensamiento económico, la incertidumbre, la información incompleta y la complejidad a la teoría pura.

⁴⁵⁵ Hodgson G. M., 2001, p. 72.

⁴⁵⁶ Ingram, 1915, p. 295.

⁴⁵⁷ Leslie T., 1969, p. 235. También citado por Hodgson G. M., 2001, p. 71.

En el caso particular de Marshall, esta incorporación resulta más compleja ya que sus variables incorporan todo este ruido, todo este barrunto que exponían por ejemplo Leslie e Ingram. Por ello mi sensación es que Keynes parte de la imperfección del mundo real para elaborar su esquema teórico y Hayek parte de principios más puros para ir incorporando a los mismos la complejidad de la vida actual. Dicho de otro modo, la forma en que enfrenta el problema económico Hayek implica que en una economía desarrollada, moderna existe una variedad infinita de información, contratos, modalidades que no se encuentran de modo tan simple como en una economía primitiva. Esta dificultad explica en Hayek la necesidad de un sistema de reglas, precios, etc. para que pueda funcionar adecuadamente un orden complejo. Esto también es así en Marshall y en Keynes pero estas transformaciones además implican un cambio cualitativo más significativo, no es tan solo que las estructuras evolucionan sino que también opera un cambio en el espíritu del hombre. La economía moderna no puede abordar con sus premisas al hombre primitivo o al menos no es su totalidad, ya que aunque siempre existe un rasgo genérico o praxeológico como menciona Mises también existe un rasgo peculiar, característico y específico.

15.2 Alfred Marshall y el papel del historicismo en su pensamiento y método.

Alfred Marshall entró a lo largo de su vida en contacto directo con los principales miembros de la Escuela Histórica Alemana. Además podía entablar perfectamente conversaciones con éstos ya que poseía un alemán fluido. En el año 1868 viajó a Dresden y entre los años 1870-1871 a Berlín⁴⁵⁸, relacionándose con personajes como Gustav Schmoller, con quién tenía mayor afinidad científica, y Wilhem Roscher —quién realizó una periodificación de las instituciones monetarias, similar a la que en algún momento empleó el propio J. M. Keynes, que le condujeron a una distinción entre tres tipos de economías: naturales, monetarias y crediticias—⁴⁵⁹. Marshall también con el mismo incentivo y motivo visitó los Estados Unidos en el año 1873 para comprobar de

⁴⁵⁸ Hodgson G. M., 2001, p. 97.

⁴⁵⁹ Hodgson G. M., 2001, p. 60.

primera mano el desarrollo industrial experimentado por dicho país, contactando con varios de los economistas Institucionalistas Americanos.

Marshall, por tanto, tenía un conocimiento profundo y directo de las aportaciones de la Escuela Histórica de ambos lados del Atlántico lo que le llevaban a reconocer, aunque con muchos matices, la influencia negativa del razonamiento excesivamente abstracto de la escuela ricardiana⁴⁶⁰.

En su toma de posesión de la cátedra de Economía en la Universidad de Cambridge, en sucesión del Profesor Fawcett, Marshall pronunció un discurso, titulado "The Present Position of Economics" (1885) que se recoge en las memorias editadas por Pigou en el año 1925. En ella señala, en defensa de Ricardo y sus seguidores, que lo que ellos construyeron no eran verdades universales sino una maquinaria de aplicaciones universales en el descubrimiento de ciertas clases de verdades. En el caso de Smith, destaca que el objeto principal de su trabajo no era demostrar que el principio de búsqueda del interés individual era el que servía más adecuadamente al bienestar general sino indicar el modo en el que el valor medía la motivación humana. Pero, desde el punto de vista de Marshall, los economistas prefirieron la visión del mundo de los negocios que el planteamiento filosófico que adoptaba Smith⁴⁶¹.

Reconoce el mérito de los economistas de su generación el descubrimiento de que el ser humano es en gran medida una criatura de las circunstancias y cambia con ellas. Su estudio no puede reducirse ni tratarse como una materia constante e invariable en todas las épocas y países. En esta línea, considera que a medida que va progresando y desarrollándose lentamente el grupo de ciencias biológicas las personas han ido tomando conciencia de la idea del crecimiento orgánico natural.

Por distintos caminos, según Marshall, Goethe, Hegel, Comte y otros escritores llamaron la atención sobre el desarrollo de las instituciones humanas y estudiaron modos de evolución de diferentes lados de la naturaleza humana⁴⁶². En su visión las ideas socialistas, tomando a Owen como referencia, no siempre se molestaron en entender las doctrinas que atacaban. No comprendían la naturaleza y eficiencia de la

⁴⁶⁰ Marshall A., 1956, p. 153.

⁴⁶¹ Marshall A., 1956, pp. 156-157.

⁴⁶² Marshall A., 1956, pp. 153-154.

organización económica social existente, pero sabían algo de la naturaleza oculta de la acción humana que los economistas no tomaban en consideración⁴⁶³.

Para Marshall el historicismo, pese a sus defectos, había iluminado directamente los problemas particulares de nuestra ciencia. Incluso el énfasis de dichos enfoques en los elementos no materiales de la riqueza nacional son correctos para éste a la hora de comprender las causas y origen de la creación de la misma.

Al respecto, las doctrinas económicas que podemos denominar como universales carecen de dogmas. No es un cuerpo de verdades concretas, pero sí es una maquinaria que permite descubrir la verdad concreta⁴⁶⁴. Cada evento histórico es complejo; resultado de múltiples causas silenciosas y ocultas, y por ello un mismo fenómeno está sujeto a diversas interpretaciones. De ello se sigue que de los hechos es poco lo que podemos aprender si no están examinados e interpretados por la razón, y cuanto más cultivado e instruido se encuentre el conocimiento científico mayor riqueza interpretativa se podrá derivar de la misma⁴⁶⁵.

¿De dónde proviene, por tanto, la visión de Alfred Marshall como un antihistoricista? Una de las hipótesis principales es la imagen transmitida en las lecciones impartidas por Lionel Robbins en la *London School of Economics* (LSE) entre 1979 y 1981, donde señalaba que Marshall estaba en cierto sentido aterrado por el historicismo alemán, apoyando dicha afirmación en la réplica enviada por Marshall a W. Cunningham, titulada "The Perversion of Economic History" publicada en el año 1892 en *The Economic Journal*⁴⁶⁶.

Realmente dicha réplica era más una defensa de Marshall sobre las posiciones incorrectas o falsas que Cunningham le atribuía a él⁴⁶⁷. Básicamente lo que venía a decir Cunningham era que Marshall trabajaba bajo el supuesto subyacente de que las mismas motivaciones funcionaban en épocas distintas y generaban los mismos

⁴⁶³ Marshall A., 1956, p. 155- 156.

⁴⁶⁴ Marshall A., 1956, p. 159.

⁴⁶⁵ Marshall A., 1956, pp. 164, 166-167.

⁴⁶⁶ Hodgson G. M., 2001, p. 95.

⁴⁶⁷ «But, speaking broadly, his criticisms proceed on assumptions that I hold opinions which in fact I do not hold, and which I believe I have not expressed; while in several cases I think I have definitely expressed opposite opinions». Marshall, A., 1892, p 517.

resultados, de este modo se verificaba el cumplimiento de leyes y principios universalmente válidos. Marshall consideraba que la interpretación de Cunningham de sus escritos no era correcta, ya que él sí tenía en cuenta las variaciones de hábitos, costumbres y motivaciones entre distintos pueblos, épocas, etc. Lo cual no tenía por qué entrar en conflicto con su intención de abordar el estudio científico del mundo contemporáneo. Por esta razón, Alfred Marshall siempre sintió una inmensa gratitud hacia aquellos que habían abordado el estudio de la Historia económica⁴⁶⁸.

En cuanto a otro de los principales historicistas en Cambridge, Herbert Foxwell, su relación con Marshall fue muy estrecha desde su llegada a Cambridge, en el año 1868, teniendo como maestro al propio Alfred Marshall. Una de sus aportaciones fue el énfasis en los trabajos de Malthus y Jevons sobre la demanda, frente a la teoría de costes de producción, que, en cierta medida, anticipó embrionariamente la importancia de la demanda efectiva que posteriormente desarrollaría Maynard Keynes⁴⁶⁹. La amistad entre Marshall y Foxwell por desgracia se vio resquebrajada en el año 1908 al no recibir este último el apoyo de Marshall como su sucesor de la cátedra de Economía Política, lugar que fue ocupado por A. C. Pigou. Pero ello no fue fruto de una reacción de Alfred Marshall contra la influencia de la Escuela Histórica dentro del departamento de Economía sino que obedeció más a la honestidad de Marshall sobre el juicio académico, y los méritos que había demostrado Pigou, que a razones de otra índole⁴⁷⁰.

En realidad no existía una diferencia tan drámica respecto al método entre Cambridge y la Escuela Austriaca. Tanto Marshall como Menger comprendieron los límites del método inductivo. Ambos estaban de acuerdo en que el conocimiento económico no podía provenir solamente de los hechos. En este sentido, el inductivismo extremo de Cunningham era inaceptable para los dos al concentrarse en agregados y en que toda doctrina económica debía basarse en el conocimiento empírico, sin universalidad⁴⁷¹.

⁴⁶⁸ Marshall, A., 1892, p. 518.

⁴⁶⁹ Hodgson G. M., 2001, p. 105.

⁴⁷⁰ Hodgson G. M., 2001, p. 96.

⁴⁷¹ «Cunningham had entered the doctrinal battle much earlier and with much greater force, after he had lost against Marshall in the 1884 competition for the Cambridge chair. Like his predecessors in the

Al igual que Menger, Marshall consideraba que era ineludible emplear principios universales. Ambas metodologías se centraron primordialmente antes en el individuo que en el sistema. Pero existía una diferencia significativa de énfasis entre ambos y que persistirá posteriormente en el debate entre Hayek y Keynes. Aun partiendo en ambos del individualismo metodológico Marshall dio una mayor relevancia que Menger al problema de la especificidad histórica en su método de análisis. De hecho, la postura filosófica de Menger derivó posteriormente a través de sus discípulos en una relativa santificación de los principios universales, para lo que Marshall afirmaba que había que estar en cierto grado prevenido:

«Though economic analysis and general reasoning are of wide application, yet every age and every country has its own problems; and every change in social conditions is likely to require a new development of economics doctrines»⁴⁷².

Es cierto que, a la hora de abordar problemas concretos, la metodología de Menger era bastante similar a la de Marshall y además no eludía o desconocía el problema o cuestión sobre la especificidad histórica. Pero el individuo mengeriano, en cierta medida, era un individuo sin historia, sí con experiencia acumulada del pasado, pero no tanto o con el mismo grado de importancia que le atribuía Marshall como un producto de las circunstancias históricas y geográficas⁴⁷³. Los principios universales tienen un rol fundamental en ambos, pero mientras en Menger dichas leyes muestran los límites de la acción humana, en Marshall son las herramientas que permiten abordar la naturaleza cambiante del hombre.

Ello también le permitió a Marshall mayor ambigüedad y flexibilidad en sus conceptos cuando así lo requería:

German historical school, Cunningham (1885) defended the focus on national economic units and aggregates. However, he aligned himself with the extreme empiricist wing of the historical school; thereby to become one of Marshall's foremost antagonists [...] Cunningham resolutely opposed the view, expressed convincingly by Marshall in his inaugural lecture, that theory could not be built on facts alone. In positivist terms, Cunningham defended the primacy of the facts. For Cunningham economics should be primarily an empirical science, concerned with description and classification». Hodgson G. M., 2005, p. 345-346.

⁴⁷² Marshall, A., 2013, pp 30-31.

⁴⁷³ Marshall, A., 2013, pp. 631-632.

«Economic progress requires as a condition free individual responsibility, but not the maintenance of those rights or property which lead to extreme inequalities of wealth»⁴⁷⁴.

Es innegable, por otra parte, que Marshall orientó principalmente su esfuerzo intelectual en desarrollar sus principios universales (*Principles*), en construir en definitiva un análisis teórico de la economía, una ciencia que pudiese ser útil para diversas aplicaciones y situaciones particulares. Pero siempre, como se ha mencionado reiteradamente, reconoció la importancia de dichas circunstancias históricas, de los hábitos, las costumbres, las instituciones para poder comprender los fenómenos de manera más amplia.

La influencia de Alfred Marshall, principalmente, y de Henry Sidgwick en Cambridge fue notable en el modo de abordar los problemas en las ciencias sociales⁴⁷⁵. El propio padre de Maynard Keynes, John Neville, publicó a instancias del propio Marshall en el año 1890 un libro, *The Scope and Method of Political Economy*, que se convirtió en la consulta de cabecera por excelencia de los economistas, especialmente de Cambridge y en particular de John Maynard.

En dicho libro Neville intenta combinar la deducción con la inducción indicando que *“It may be say without qualification that political economy, whether having recourse to the deductive method or not, must both begin with observation and end with observation”*⁴⁷⁶. Su postura, agradeciendo la colaboración de Marshall y Sidgwick⁴⁷⁷, buscaba combinar distintas posiciones entre la teoría pura y la economía aplicada que en numerosas ocasiones parecían irreconciliables:

⁴⁷⁴ Marshall, A., 1956, p. 282.

⁴⁷⁵ A Sidgwick se le suele asociar con la filosofía utilitarista por su desarrollo teórico a favor de la protección temporal de la industria naciente debido a la existencia de externalidades positivas de aprendizaje. Sidgwick, no obstante, era consciente de los abusos y daños que dichas prácticas podían ocasionar a la economía considerando que no eran recomendables en la práctica. En la literatura reciente ha habido un *boom* sobre este tema acerca del desarrollo industrial de las economías emergentes, en particular en Asia, empleando el término en inglés *“pick up the winners”*. Ver White L. H., 2012, pp. 376-378.

⁴⁷⁶ Keynes J.N., 1965, p.227.

⁴⁷⁷ No se debe olvidar la figura de Sidgwick en el desarrollo de los programas de ciencias sociales en Cambridge junto con la influencia de Neville y Marshall sobre dichas metodologías. Como tampoco los reproches de Marshall a Sidgwick respecto a los abusos del empleo de la historia y la filosofía en el estudio de la economía.

«Whilst making no attempt to bring about a complete reconciliation between opposing views, I have been able to shew that the nature of the opposition between them has sometimes been misunderstood, and its extent consequently exaggerated»⁴⁷⁸.

Foxwell señaló que la postura metodológica de Neville era una posición intermedia entre la suya propia y la de Marshall, consideraba por tanto que era una visión más armónica con la del historicista alemán Schmoller⁴⁷⁹.

Para Neville la “economía abstracta” analizaba los conceptos fundamentales de la ciencia como la utilidad, el valor, la riqueza, el capital, etc. Incluso consideraba dichos conceptos como “relativos” o “progresivos”, es decir que no eran constantes en el tiempo, pero los mismos no tenían simplemente que mostrar su validez hipotética, su coherencia lógica, sino también su relevancia a la hora de comprender el fenómeno económico concreto⁴⁸⁰. No llegaba Neville a negar la imposibilidad de formular leyes económicas, como al parecer sugerían para éste los miembros de la escuela Histórica Alemana como Knies o Schmoller, pero tampoco llegaba a hipostasiar las leyes económicas, más allá de que fuesen impecables en su lógica, si se alejaban demasiado de la realidad. En este sentido, para Neville la economía aplicada, o política económica como se le denomina hoy en día, era más un arte que una ciencia que requiere conocer las peculiaridades, historia, costumbres, culturas e instituciones de una sociedad o economía.

15.3 Conclusiones.

No cabe duda, y a manera de conclusión del presente apartado, que Maynard Keynes pese a la posición de rebeldía que transmitió en sus escritos sobre la tradición económica heredada y la hipotética ortodoxia, fue sin duda un hijo intelectual de sus mentores. No solo en cuanto al empleo de la Historia para fortalecer su argumentación

⁴⁷⁸ Keynes J.N., 1965, p.vi.

⁴⁷⁹ Hodgson G. M., 2001, p. 105.

⁴⁸⁰ Keynes J.N., 1965, p.323.

sino incluso en el empleo del aparato metodológico aceptado en gran medida por el círculo académico de Cambridge para abordar la problemática de su tiempo.

Dicho aparato metodológico de Marshall, como se ha visto en este capítulo, a grosso modo no se diferenciaba del empleado por Menger. Pero sí que lo hacía en un punto particular y esencial que obedece a una reflexión sobre la Historia distinta a la concepción que tenían los clásicos o el propio Menger⁴⁸¹. La visión de la Historia en los clásicos y en Menger implica que a partir de un principio universal éste se va desarrollando o complejizando para dar lugar a estructuras evolucionadas. Abriendo paso hacia la civilización y las luces, como dirían los clásicos. Estos elementos se observan en categorías como la división del trabajo, o la división del conocimiento. Por ejemplo, en Hayek, realizando una analogía indebida que diría Menger, el principio del ADN aparece en todos los seres vivos pero en su combinación conforman organismos distintos, unos más y otros menos simples. En cambio acertada o erróneamente, probablemente debido en parte a la influencia ejercida por Hegel, la concepción de la Historia en Marshall no solo se vale del momento genérico o praxeológico —que como se ha dicho era fundamental en Alfred Marshall, que en Mises era prácticamente una religión y menos claro me queda la importancia que le daba Hayek en comparación con Mises aunque sin duda forma parte de su esquema teórico— sino de especificidades por las que se debe estar prevenido al emplear categorías universalmente válidas.

Precisamente la importancia que Keynes le atribuye a la especificidad histórica en su análisis es lo que se verá con mayor detenimiento en el capítulo siguiente.

⁴⁸¹ Se podría argumentar que otra diferencia entre Cambridge y la Escuela Austriaca se basa en los desarrollos asociados a las doctrinas utilitarias por parte de la primera que fueron criticados por Robbins, Mises y Hayek. Me refiero a los trabajos basados en las externalidades que aparecen en Sidgwick, Alfred Marshall y Pigou, por mencionar algunos miembros destacados de dicha escuela. Sin embargo, mi impresión es que si lo que se quiere es entender el pensamiento de J. M. Keynes ese camino es equivocado siendo el correcto el empleo por parte de éste de la concepción acerca de la Historia.

Capítulo 16.

La concepción de la Historia en el análisis económico de J. M. Keynes.

Sobre el método empleado por Maynard Keynes los interrogantes que surgen son los siguientes: ¿Juega algún papel la concepción histórica en el análisis económico de J. M. Keynes? ¿Es significativo dicho papel? ¿Tan solo lo emplea como una herramienta para justificar su posición teórica? La hipótesis que aquí se presenta es que la Historia para Keynes tiene un papel sustancial no solo en el sentido de justificar su posición teórica sino que conforma también, en gran medida, su estructura metodológica. Y ello permite también comprender la continuidad seguida a lo largo de todos sus escritos.

Sin duda Keynes es también hijo intelectual de la atmósfera de Cambridge y, como se observó en el capítulo precedente, su propio padre John Neville participó en gran medida en la conformación de dicho ambiente que gravitaba bajo la influencia principal, primero de Sidgwick y después, y sobretodo, de Alfred Marshall.

Es probable que, como señala en su biografía Skidelsky, Keynes fuese un *amateur* en el ámbito de la Historia⁴⁸². Pero de igual modo, si se observan los pequeños trazos que conforman toda su obra, y pese a su búsqueda de teorías generales, se puede llegar a la conclusión de que el papel que el propio Keynes otorga a la Historia en su análisis no es menor. Esta hipótesis contradice la posición de algunos autores —como el caso de Hodgson (2001)— que señalan que al ocupar Pigou la cátedra de economía en Cambridge el conocimiento que se poseía sobre la historicidad de las categorías económicas quedó marginado a un segundo plano. Por lo menos no fue así en el caso de J. M. Keynes.⁴⁸³

⁴⁸² Skidelsky, R., 1983, p. 92. En dicha página señala Skidelsky «*In a later life he is said to have used, even abused, history to support his economics theses*».

⁴⁸³ La hipótesis por ejemplo de Hodgson acerca del empleo de la Historia como una mera anécdota en los trabajos de Maynard Keynes resulta desde mi punto de vista insuficiente para comprender el hilo de continuidad en sus diversos escritos. Véase en Hodgson, 2001, p. 215.

Desde muy joven, además de sus destacadas cualidades en matemáticas, J. M. Keynes mostraba un talento decidido para la Historia, hecho resaltado por sus propios tutores en Eton a principios del siglo XX⁴⁸⁴. En 1901, escribió un ensayo donde describía el carácter nacional inglés al que calificaba como ni reaccionario ni radical⁴⁸⁵. Y en otro ensayo sobre Cromwell destacó que:

«It was 'the conditions of the times' which forced him to rule thorough the army»⁴⁸⁶.

Asimismo, en el año 1900 realizó una categorización muy genérica sobre la diferencia entre los pueblos asiáticos y los occidentales:

«In the west is the individual that is all important in the East the mass»⁴⁸⁷.

Por tanto, desde su juventud Maynard presentó cierta sensibilidad hacia los matices históricos y culturales aplicándolos a su visión y análisis del mundo. Consideraba que la civilización de la que él se beneficiaba era un hecho excepcional, un pequeño milagro en la historia de la humanidad:

«One never feels that he had a sense of a single current of history carrying the world forward to the natural order described by the classical economist, or some other kind of utopia. Rather he was always impressed, some would say over-impressed, by the fragility of the civilization inherited from the Victorians, by the feeling that it was an exceptional episode in human history»⁴⁸⁸.

En su época de estudiante en Cambridge fueron de considerable importancia sus lecturas sobre la Ética de G. E. Moore y el utilitarismo político de E. Burke. Keynes consideraba que el defecto de las doctrinas de Burke y Moore no estaba en el método, al que consideraba correcto, sino básicamente en el supuesto que el mejor resultado que se podía alcanzar se lograba apegándose a las normas y las reglas de conducta aunque el fundamento de las mismas se originara en prejuicios irracionales. En este sentido, y más acorde con el espíritu de J. S. Mill, independientemente de las consecuencias inmediatas que pueda traer consigo una nueva idea verdadera o

⁴⁸⁴ Skidelsky, R., 1983, p. 80.

⁴⁸⁵ Skidelsky, R., 1983, p. 91.

⁴⁸⁶ Skidelsky, R., 1983, p. 92.

⁴⁸⁷ Skidelsky, R., 1983, p. 92.

⁴⁸⁸ Skidelsky, R., 1983, p. 92.

revolucionaria era más probable que dicha idea pudiera traer aparejados mejores resultados a largo plazo que aferrarse a una doctrina falsa por apego a una regla, tradición o norma.

También consideró siguiendo la tradición de Burke y Moore, y lo empleó en varias de sus obras posteriores, como el *Treatise on probability, el Tract, Treatise on money y la T.G.*, la incapacidad de los individuos y el gobierno de estimar las expectativas tanto a corto como a largo plazo. Todas estas variables podían verse afectadas por posibles cambios bruscos y repentinos, por lo que la acción en Keynes era una mera especulación de consecuencias más o menos probables⁴⁸⁹.

En cuanto a la ética y la influencia de Moore y Burke sobre Maynard Keynes, éste siempre se balanceó entre dos obligaciones morales: su deber como individuo para alcanzar un estado mental satisfactorio para sí mismo y también para aquellos que le importaban; y su deber como ciudadano para ayudar a alcanzar una mejor situación para la sociedad donde vivía. Ambos conjuntos de obligaciones siempre fueron como cuerpos estancos separados uno del otro en la propia mente de Keynes⁴⁹⁰.

Al igual que Marshall, Keynes consideraba que el conocimiento e interpretación de la conducta humana no podía reducirse a un conjunto de ecuaciones⁴⁹¹, la teoría era mucho más que eso, era un instrumento que ayudaba a entender la multiplicidad de hechos concretos. En una carta fechada el 27 de julio de 1922, Marshall le hacía saber a Keynes que si su tarea como profesor había ayudado en alguna medida a algunos jóvenes estudiantes a lidiar con los problemas económicos de los años venideros podía partir en paz de nuestro mundo⁴⁹². La forma de enfrentarse a los mismos dependía más de la flexibilidad en el razonamiento que de un esquema fijo y esquelético. De este modo, la economía estudiaba un material vivo y orgánico sujeto a cambio y modificaciones. Años posteriores el propio Keynes honrando al maestro señalaba:

⁴⁸⁹ Skidelsky, R., 1992, p. 62.

⁴⁹⁰ Skidelsky, R., 1983, pp. 113 y pp. 154 -157.

⁴⁹¹ Skidelsky, R., 1983, p. 223.

⁴⁹² «If I have helped in putting some young students on the way to grapple with the economic problems of the coming age, that is far more important than anything which I have been able to do myself: and, resting on the hope that I have done a little in this direction, I can depart in peace» A. Marshall, 1956, p. 499.

«La pseudoanalogía con la ciencia física conduce en la dirección contraria al hábito mental que es importante que adquiera el economista. Deseo enfatizar con fuerza la cuestión de que la economía es una ciencia moral. Antes he mencionado que se trata de introspección y de valores. Debía haber añadido que se trata de motivos, expectativas e incertidumbres psicológicas. Uno debe de estar constantemente en guardia para evitar manejar este material como si se mantuviera constante y homogéneo»⁴⁹³.

Muy acorde con la lógica heredada de Cambridge, Maynard, en el ensayo que escribió sobre Malthus (1933), achacó a Ricardo el desarrollo de una lógica impecable, pero mucho más rígida, que le llevó a “simplificar las muchas etapas sucesivas de su tan abstracta argumentación, se alejó, inevitablemente y mucho más de lo que él mismo advirtió, de los hechos reales mientras que Malthus, por comenzar la narración mucho más cerca de su término, logró una comprensión más firme de lo que pueda esperarse suceda en el mundo real”⁴⁹⁴.

El método de Malthus le resultaba muy atractivo a Keynes y consideraba más probable que condujera a conclusiones acertadas que el enfoque alternativo de Ricardo⁴⁹⁵. Y también, en gran medida, ésta fue su impresión sobre el purismo abstracto de la escuela austriaca, incluido Hayek, a los que etiquetaba como de lógica impecable que podía conducirnos al manicomio⁴⁹⁶.

Para Keynes era vital profundizar en el conocimiento de la naturaleza humana así como percibir adecuadamente las mutaciones y transformaciones que se producían sobre la misma, como diría en sus propias palabras:

«En definitiva, una oruga de científico moral y una crisálida de historiador, puede al final ¡desplegar las alas de su pensamiento y observar el mundo como un economista!»⁴⁹⁷.

La Primera Guerra Mundial es para Keynes el detonador que con mayor claridad muestra la ruptura del anterior orden victoriano o el ocaso de la filosofía moral que

⁴⁹³ Keynes J. M., 1938, *CW XIV*, p. 300. Toma la traducción de A. Torrero Mañas, 1988, p.145.

⁴⁹⁴ Keynes J. M., 2000, pp. 25-26.

⁴⁹⁵ Keynes J. M., 2000, p. 25.

⁴⁹⁶ Keynes J. M., 1973, *CW XIII*, p.252.

⁴⁹⁷ Keynes, J. M., 2000, *CW X*, p. 107. Toma la traducción de A. Torrero Mañas, 1988, p.161.

había pregonado la armonía entre la búsqueda de la satisfacción individual y el bienestar común. Así en *The End of Laissez – Faire* (1926) señalaba:

«Todavía ahora no bailamos con otro ritmo. Pero se percibe un cambio en el ambiente»⁴⁹⁸.

Las Consecuencias económicas de la Paz (1919) fue un libro que analizó la fragilidad inherente sobre la que descansaba el orden de los ciudadanos europeos antes de 1914 basado en el supuesto de un progreso económico automático sustentado por las instituciones liberales. El Tratado de Versalles marcó, para Keynes, el punto y final de dicha idealización. En dicha obra retrató la frivolidad y vanidad de los hombres de Estado, al mismo tiempo que enaltecía la visión de las mentes cultivadas en economía como salvaguarda ante un retroceso hacia la barbarie⁴⁹⁹. Así, señaló que frente a las amenazas de la guerra y el bolchevismo, las armas más potentes para enfrentarlos eran los alimentos, el empleo y el orden⁵⁰⁰.

Esta visión de Keynes sobre la fragilidad inherente del sistema, incapaz de resolver las necesidades de sus ciudadanos en cuanto al empleo y a una distribución más equitativa de la riqueza, no era ampliamente aceptada en aquel entonces. Así se lo hacía saber, por ejemplo, en una carta fechada el 27 de diciembre de 1919 el banquero londinense R.H. Brand, indicándole que:

*«I think myself that the capitalist system is stronger than you seem to indicate, since no other way exists of keeping alive the population we have allowed to come into existences»*⁵⁰¹.

Uno de los diagnósticos de Keynes era que el capitalismo individualista del siglo XIX —lo expuso él así— no podía ofrecer ni las soluciones ni la prosperidad material necesaria para afrontar los desafíos del siglo naciente. Organismos y organizaciones mucho más complejas se habían erigido como impulsores de la creación de riqueza; instituciones que por su inmenso tamaño implicaban una socialización en su seno que

⁴⁹⁸ Keynes J. M., 1985, p. 63. En el original del ensayo: «*We do not dance even yet to a new tune. But a change is in the air*». (Keynes JM, 1926, p. 2)

⁴⁹⁹ Keynes en los años 20 señaló: “*No. The economist is not King, quite true. But he ought to be!*”. Skidelsky R., 1992, p. 122.

⁵⁰⁰ Vease, Skidelsky R., 1983, pp. 369; 384 y 400.

⁵⁰¹ Skidelsky, 1983, p. 393.

las alejaban de la fábula del individuo aislado que al buscar su salvación personal salvaba al mundo⁵⁰². Dicha realidad, para Keynes, debía ser explicada pero no bajo el amparo de los supuestos tradicionales:

«La mitad de la sabiduría de cuaderno de caligrafía de nuestros estadistas se basa en supuestos que fueron ciertos, o parcialmente ciertos, en su momento, pero que ahora son cada vez menos ciertos a medida que pasan los días. Tenemos que descubrir una nueva sabiduría para una nueva época. Y entretanto debemos, si hemos de hacer algo bueno, parecer heterodoxos, molestos, peligrosos y desobedientes para con los que nos han engendrado»⁵⁰³.

Por ello la *T.G.* (1936) se iniciaba con una crítica a los supuestos de la economía clásica y la incapacidad de ésta para afrontar la insuficiencia de demanda efectiva. Los críticos académicos consideraron que Keynes tenía una lectura demasiado superficial de la economía clásica confundiendo la identidad con la igualdad de Say⁵⁰⁴. No obstante, debemos considerar al menos a favor de Keynes el énfasis puesto en el papel jugado por la incertidumbre extrema o inseguridad y la función del Estado y el marco institucional en la reducción de la misma. La cuestión, en el fondo, es de énfasis porque la literatura clásica, en particular Smith, ya había asumido esa función del Estado como un equilibrador o regulador frente a las fuerzas naturales del mercado. Lo novedoso es, en cambio, la configuración de un modelo teórico donde un sistema estable que, dejado a su libre albedrío, en un contexto histórico específico —de mercados organizados para la financiación y la inversión— conducía a una infrautilización prolongada de los recursos productivos.

Para Keynes, y éste es un principio genérico de la Historia en él, la inducción a invertir ha sido en todos los tiempos y lugares la clave del problema económico. La especificidad histórica consiste en que ya no es el emprendedor del siglo XIX el que impulsa la inversión y el empleo, sino que básicamente otorga una mayor influencia a los mercados organizados como barómetro de la inquietud en el que el grueso del

⁵⁰² Keynes solía, como se ha mencionado, exagerar sus ideas muchas veces transmitiendo una caricaturización ridícula y alejada del verdadero espíritu de sus antecesores. Marshall en cambio sí había comprendido cabalmente el sistema de libertad natural y las motivaciones individuales que inspiraba la obra de Adam Smith.

⁵⁰³ Keynes J. M. 1925, p. 308. Citado también en el trabajo de Kiciloff. A., 2005, p. 30.

⁵⁰⁴ Becker & Baumol, 1952, p.374.

mundo de los negocios se fija. Su sistema no es inestable, justamente ello no es lo que quiere resaltar en la *T.G.*, sino que se puede alcanzar un equilibrio con una subutilización de los recursos productivos. El nivel de renta se convierte, así, en el mecanismo equilibrador de los niveles de inversión y ahorro, que deben ajustarse a los diferentes niveles de ingresos.

Se le puede acusar lógicamente de que su teoría no es endógenamente consistente, o al menos no lo es a la manera que explica el ciclo económico la escuela austriaca. ¿Qué explica entonces el colapso en la confianza? ¿Por qué el mecanismo de precios no funciona adecuadamente para impulsar la actividad?

Los austriacos al menos desarrollaron una teoría que en sí misma abarcaba todo el fenómeno. Concretamente en Mises o Hayek, los individuos siempre actúan en un marco de incertidumbre y bajo el mismo van adoptando decisiones definidas de cómo satisfacer sus apetencias en el tiempo. Bajo una división del trabajo extendida será clave la competencia que se ejerce sobre unos recursos escasos y donde el mecanismo de precios es la guía más adecuada para coordinar en el tiempo un orden complejo. No niegan, los pensadores austriacos, fallos de previsión o que las expectativas se frustren, pero los fallos de coordinación a gran escala obedecen principalmente a los privilegios jurídicos —como el que por ejemplo posee la banca moderna que opera bajo un coeficiente de reserva fraccionaria— y la injerencia deliberada de los gobiernos que provocan mayores distorsiones en el mercado y terminan protegiendo intereses corporativos. Su modelo explica endógenamente la sucesión de auges y depresiones y el papel fundamental que juega el tipo de interés de mercado al situarse en niveles diferentes a las decisiones voluntarias de ahorro, provocando distorsiones de importancia en cuanto al consumo intertemporal y los recursos disponibles para satisfacer los mismos.

En el Keynes de la *T.G.*, los factores psicológicos —la propensión psicológica a consumir, la expectativa psicológica sobre la rentabilidad estimada de los bienes de capital y la actitud psicológica hacia la liquidez— terminan siendo la esencia explicativa de su modelo. No se debe concebir como una relación unidireccional, donde las variables exógenas afectan al sistema de precios. Sino habría que concebirla, más bien,

como una influencia recíproca, entre las variables psicológicas y los precios, que se van reforzando mutuamente. El sistema de precios y el tipo de interés ejercen un influjo notable sobre dichas variables psicológicas; mas para comprenderlas cabalmente debemos situar la noción que Keynes tiene sobre la convención, la incertidumbre o el riesgo y finalmente sobre el funcionamiento de los mercados organizados.

De igual modo, se podría seguir atacando a Keynes con que nada en su modelo teórico nos conduce a explicar coherentemente por qué colapsa la confianza. En algunos escritos anteriores a la *T.G.*, posiblemente de sus propias lecturas sobre Wicksell o probablemente debido también a la influencia de este autor y Mises sobre algunos de los investigadores de la escuela de Cambridge, consideró el funcionamiento del mercado de crédito como la “semilla del desastre”⁵⁰⁵. Pero sus estudios derivaron hacia un punto diametralmente opuesto al que se hubiesen orientado los de Mises o Hayek, enfatizando Keynes el papel desempeñado por los mercados organizados y su influencia en la psicología de las masas. Ahora bien para entender cabalmente su impresión al respecto y la coherencia de sus distintos escritos es necesario adentrarse nuevamente sobre su concepción de la Historia.

Así en el año 1927, Keynes escribía que el mundo de los negocios ya no estaba regido principalmente por la pequeña firma privada en una economía en continua expansión, sino por compañías por acciones, manejadas por directivos que estaban bajo el control nominal de accionistas anónimos e ignorantes y que tenía que enfrentarse a ajustes estructurales de gran escala. La tendencia hacia la formación de cárteles, asociaciones y monopolios no se sucedía simplemente debido a las condiciones técnicas de producción o a las ventajas financieras que obtenía dicha industria del mercado de valores. Tal adaptación se convirtió para Keynes en necesaria y más compleja, obligada por la amenaza que representaba la sobreproducción y el exceso de capacidad instalada⁵⁰⁶.

⁵⁰⁵ *Treatise on Money* (1930) se nota cierta inspiración de los trabajos de Wicksell y posteriormente de D. Robertson, donde la expansión crediticia por encima del ahorro voluntario provocaba el auge, o una inversión superior al ahorro, y cuando el ahorro voluntario era mayor a la inversión entonces se sucedía la depresión. Véase Skidelsky R, 1992, p. 277.

⁵⁰⁶ El escrito de Keynes figura en “The Financial and Industrial Structure of the State” (abril de 1927). Citado en Skidelsky R., 1992, pp. 265-266.

Su hipótesis estaba en clara sintonía con la del economista institucionalista americano John Roger Commons, al que en una carta dirigida a éste le reconocía que no había otro economista con quien se sintiera tan de acuerdo en su manera general de pensar⁵⁰⁷.

John R. Commons, fue junto con Thorstein Veblen y Wesley C. Mitchell, una de las figuras más influyentes del Institucionalismo Americano emergente de principios del siglo XX. Veblen fue en cierta medida el padre intelectual de este movimiento caracterizado por un claro pragmatismo.

Dicha escuela consideraba como unidades de análisis evolutivo tanto las instituciones como los individuos. Intentaba, a diferencia del pensamiento hegeliano, evitar cualquier reminiscencia teológica de su teoría sobre el desarrollo histórico. De igual modo el Institucionalismo americano buscaba sortear cualquier tipo de reduccionismo metodológico como el colectivismo, el individualismo y el biológico, aunque siempre le diera mayor importancia a la influencia de los hábitos y costumbres que al pensamiento racional en la conformación de las estructuras e instituciones sociales⁵⁰⁸.

Commons consideraba que el debate sobre el método entre Menger y Schmoller no había quedado resuelto dejando, por tanto, abierta la dicotomía entre el deductivismo y el inductivismo de la Escuela Histórica, entre la economía y la ética, entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y el arte. Particularmente frente a Menger le reprochaba la figura del individuo aislado apoyándose en la figura de Weber en los siguientes términos:

«The criticism [of Menger] by Weber is that, in the social sciences, the parts cannot be isolated, and the ideal type should therefore include all of the traits and relations which afterwards are to be combined, and, since all of these can be ascertained only from history, the ideal type must be a historical concept»⁵⁰⁹.

Probablemente injusto era el reproche de Commons a Menger, y en general a la escuela austriaca, sobre la asunción como rasgo de su metodología un individuo

⁵⁰⁷ «There seems to me to be no other economist with whose general way of thinking I feel myself in such general accord». Skidelsky R., 1992, p.229.

⁵⁰⁸ Hodgson, 2001, p.140.

⁵⁰⁹ Commons J.R., 1990, p.722. También citado por Hodgson, 2001, p.168.

aislado. Como ya se ha observado tanto para Menger, Mises y Hayek el individuo actúa en un contexto social determinado, no es un átomo aislado que no interactúa con el resto de átomos. De hecho esta interacción entre los individuos es la clave para la Escuela Austriaca en su interpretación de los fenómenos económicos. El subjetivismo de Commons también se basaba en la acción humana, pero con un énfasis especial en el contexto espacial y temporal donde el actor desarrollaba la acción⁵¹⁰. Ello no era desconocido por los autores austriacos, pero sí es probable que el énfasis de éstos, como ya fue señalado, se basaba en los rasgos genéricos de dicha praxeología considerando los austriacos una quimera este “todo social”, al que se refería Commons, que hacía del individuo un ser histórico.

Por otro lado, Commons había producido un esquema no marxista acerca de las etapas del desarrollo económico capitalista que Keynes empleó para el segundo discurso que pronunció en su visita a Leningrado después de haber visitado Moscú, en el año 1925, invitado por la Academia de Ciencias de ambas ciudades. Dicho esquema consistía en tres épocas y la última era justamente la característica de principios del siglo XX.

La primera etapa era la de la “escasez”⁵¹¹, que se caracterizaba por la ineficiencia, la guerra y la superstición. La libertad individual era mínima y existía un control comunal, feudal o gubernamental a través de la coerción física. Dicha etapa era característica de los siglos XVI y XVII que precedieron a la revolución industrial.

La siguiente etapa era la de la “abundancia” característica del triunfo histórico de las ideas liberales y del *laissez-faire* del siglo XVIII y principios del XIX, donde se alternaban durante más de cien años la falta con el exceso de oferta de recursos económicos.

Finalmente, la tercera etapa era la etapa de la “estabilización” que se inicia a mediados del siglo XIX. La misma se caracterizaba por una disminución de la libertad individual, que ocurría en parte por la acción sancionadora de los gobiernos, pero

⁵¹⁰ Hodgson, 2001, p.169.

⁵¹¹ «What do ‘scarcity’, ‘oversupply’ or ‘undersupply’ mean?...it is evident that, for Commons ‘the unit of scarcity measurement’ is in term of ‘money’ and ‘price’. Hence Commons seemed to refer to scarcity relative to aggregate demand, rather than relative to human need». Hodgson, 2001, p.172.

principalmente por la sanción económica a través de la acción concertada, sin importar si las asociaciones, corporaciones, uniones y otros movimientos colectivos de comerciantes, fabricantes, trabajadores, banqueros o agricultores fuesen secretas, semi-abiertas, abiertas o arbitrarias. El extremo al que había alcanzado el movimiento corporativo de aquel momento histórico eran el Fascismo y el Leninismo⁵¹².

La intención de Keynes era persuadir con su discurso al auditorio ruso de que existía una tercera vía que significaría una transición entre el anarquismo del capitalismo individualista, en el que se movían el grueso de las naciones occidentales, hacia un régimen que de forma deliberada controlara y dirigiera las fuerzas económicas en interés de la justicia y la estabilidad social. Keynes consideraba de forma optimista que dicha transición o camino sería el destino verdadero del Nuevo Liberalismo⁵¹³.

Este nuevo mundo que se abría a los ojos de Keynes, donde los entes colectivos y los mercados organizados tenían una incidencia considerable sobre los acontecimientos económicos, provocaba que las bases mismas sobre las que se asentaba el sistema económico se hubiesen fragilizado. Como ya he observado en el capítulo 10 de esta tesis doctoral, los mercados organizados para Keynes lejos de convertirse en herramientas de financiación para la empresa se convierten en verdaderos reguladores sobre el sentimiento de inversión.

Dichos mercados ofrecen, al modo que lo interpretaba Maynard, la oportunidad de llevar a cabo inversiones bajo una falsa hipótesis de liquidez ilimitada. Esto obviamente se contradice con la madurez que requiere en el tiempo un proyecto de inversión. Por tanto, la actividad de anticiparse a la psicología del mercado prevalece sobre la empresa, a la cual debería importarle menos las variaciones a corto plazo sobre el

⁵¹² Mi impresión es que los movimientos considerados como “totalitarios”, en concreto aquí se habla del nazismo, fascismo y el socialismo en sus diversas vertientes, no es una masa uniforme sin matices tal como parecen entenderla muchos de los pensadores que aquí se tratan. El socialismo tiene también sus divergencias en cuanto a problemas como la libertad personal, no todos sus pensadores pretenden erigir un movimiento que busque “introducirse en los últimos recovecos de la privacidad, aún en los más íntimos como las costumbres, la vestimenta, el corte de pelo, etc.” (Sebrelli J.J., 2002, p. 248). Pero respecto al nazismo le distingue fundamentalmente su carácter internacionalista y progresista. Su fe consistió en el desarrollo de las fuerzas productivas para alumbrar un hombre más generoso no una raza que se imponga sobre las demás. No un retroceso hacia la barbarie, como propugnaba el nazismo, que canalizó una necesidad de los “europeos de aquellos años que anhelaban y aspiraban como un baño de rejuvenecimiento”. Sebrelli, 2002, p. 25.

⁵¹³ Keynes, J. M., 1981, en CW XIX, pp.438-442.

sentimiento de la marcha de la economía y orientarse más a anticipar el rendimiento probable futuro esperado de la inversión que se va a acometer.

No obstante, en Keynes existe una relación muy clara entre la formación de las expectativas a corto plazo y las de largo plazo. Cuanto más convulsos son los tiempos peor funciona para Keynes el sistema de libre mercado⁵¹⁴. En tiempos convulsos la posibilidad de establecer expectativas es inútil o absurda. Las necesidades de liquidez priman sobre los procesos de maduración de más largo plazo generando un problema de insuficiencia de demanda y de inviabilidad de varias de estas inversiones. Por ello considera que el objetivo deseable es que el compromiso de la inversión sea a mayor plazo, como el matrimonio, una institución prácticamente indisoluble.

El modo de resolver esta cuestión implica también un proceso de maduración en la obra de Keynes. Si nos basamos en el *Tract*, o incluso en el *Treatise*, Keynes tiene una mayor confianza en el papel que pueden desempeñar las instituciones financieras y la actuación coordinada de los bancos centrales para reconducir la confianza empresarial.

Así uno de los mensajes centrales del *Tract* era la necesidad de una cooperación activa entre la Reserva Federal y el Banco de Inglaterra para evitar las fluctuaciones monetarias excesivas que causaban serios estragos sobre las decisiones de inversión y minaba los fundamentos mismos del capitalismo:

«Ningún hombre emprendedor consentirá mantenerse en la pobreza si cree que sus superiores han conseguido sus bienes por haber gozado de suerte en el juego. Transformar al empresario en un especulador es asestar un golpe al capitalismo, porque destruye el equilibrio psicológico que permite la perpetuación de recompensas desiguales. La doctrina económica de las ganancias normales, vagamente comprendidas por todos, es una condición necesaria para la justificación del capitalismo. El empresario sólo es tolerable en la medida en que se pueda considerar que sus ganancias están relacionadas en alguna forma con lo que

⁵¹⁴ Esta idea que aparece en la *T.G.* la llevaba madurando Keynes desde hacía tiempo. Así, por ejemplo, en el 13 de diciembre de 1923, en sus charlas en el National Liberal Club señalaba, “*The more troubles the times, the worse does laissez-faire system Works*”. Skidelsky, 1992, p. 152.

sus actividades, a grandes rasgos y en algún sentido, han aportado a la sociedad»⁵¹⁵.

Para Skidelsky, Keynes concebía el capitalismo como lo hacía Max Weber; no tanto como un sistema social sino como un espíritu⁵¹⁶ y, por tanto, se requería de una nueva sabiduría para nuevos tiempos y desafíos⁵¹⁷.

En los años del *Tract* (1923), Keynes consideraba que el paso más importante en la resolución de los desafíos económicos de entonces era el establecimiento de un nuevo sistema monetario que fuese activo, y por ende menos pendiente de la capacidad de autorregulación de la economía de mercado⁵¹⁸.

En el esquema teórico del *Treatise on money* (1931) el argumento fundamental se basa en que las decisiones de inversión y ahorro, teniendo en consideración que una parte de los ahorros pueden canalizarse hacia el atesoramiento, influyen en el nivel de precios y en la sucesión de auges y depresiones. El problema es que existían ciertas rigideces en algunos precios, como por ejemplo los salarios monetarios en consonancia con las doctrinas aprendidas por Keynes en Cambridge, que podían conducir a una incompatibilidad del equilibrio interno y externo de la economía. Keynes los denominó “salarios de eficiencia”, por lo que si el nivel de salarios era incompatible con la eficiencia, productividad, etc., de la economía podía conducir a una contracción de la actividad económica. Del mismo modo sucedía con las decisiones de ahorro si no se traducían en inversiones. Los precios esperados por los agentes eran peores y las decisiones de inversión se dilataban en el tiempo; aunque en todas sus teorías operaban fuerzas que contrarrestaban el movimiento inicial.

Cuando Keynes finalmente termina por editar y publicar el *Treatise* la depresión reinante a nivel mundial obligaba a poner el énfasis en otro sitio, el ciclo económico era menos importante que el hecho de que el movimiento cíclico operaba en un nivel de actividad menor al de pleno empleo.

⁵¹⁵ Keynes J. M., 1996, p. 49

⁵¹⁶ Skidelsky R., 1992, p. 236.

⁵¹⁷ «*We have to invent new wisdom for a new age*». Skidelsky R., 1992, p.230. Keynes también señaló: «capitalism was or (could be made) efficient, but lacked a creed, communism had a creed, but was grossly inefficient». Skidelsky R., 1992, p.235.

⁵¹⁸ Skidelsky R., 1992, p. 231.

Como señala Skidelsky, si bien el *Treatise* era en cierta medida una glorificación del banquero como terapeuta de la economía y del papel de la autoridad monetaria para reorientar las tendencias espontáneas, Keynes también vislumbraba las limitaciones a las que tenían que enfrentarse dichas actuaciones:

«It must be considered a defect that Central Banking authority has in most modern economic systems no means...directly [to] influences the level of efficiency earnings. In Bolshevist Russia or Fascist Italy it may be possible by decree to change the money rate of efficiency earnings overnight. But not such method is available in the system of capitalism...»⁵¹⁹.

Por ello incluso durante la publicación del *Treatise*, Keynes había llegado a la conclusión de que la política monetaria no era efectiva:

«I conclude for these various reasons that bankrate policy..., has broken down as a practical instrument for restoring true equilibrium. It leaves us in a chronic position of spurious equilibrium»⁵²⁰.

En la *T.G.* Keynes pierde casi por completo la fe en que el empleo de las herramientas monetarias pueda restaurar los niveles de empleo y de demanda. Por tanto, considera que el crecimiento del capital se considere un asunto de Estado determinado por la sabiduría colectiva y la visión a largo plazo. La *T.G.*, y como ya fuese mencionado en el capítulo 10, es un manual de activismo de corto plazo que exige la implicación del Estado para reducir los niveles de incertidumbre, riesgo e ignorancia. Es una teoría general porque conecta el estado de la confianza sobre la marcha de los negocios con el principio de demanda efectiva, lo que puede dar lugar a una situación de equilibrio agregado con infrautilización de los recursos productivos.

Antes de la publicación de la *T.G.*, en concreto en diciembre de 1933, para la *American Economic Review* Keynes escribió:

«My proposals for the control of the business cycle are based on the control of investment. I have explained in detail the most effective ways of controlling investment vary according to circumstances; and I have been foremost to point out that

⁵¹⁹ Skidelsky, R., 1992, p. 330.

⁵²⁰ Keynes J. M., 1981, *CW XX*, p.71.

circumstances can arise, and have recently arisen, when neither control of the short-rate of interest nor control of the long rate will be effective, with the result that direct stimulation of investment by government is a necessary means»⁵²¹.

La cuestión sobre la reactivación de la confianza empresarial no podía basarse para Keynes en factores espurios o superficiales. Debía focalizarse en hechos concretos que animaran realmente dicha confianza. Un ejemplo de ello es la correspondencia dirigida por Keynes a un amigo americano fechada sobre el año 1933, meses antes de la carta abierta dirigida al presidente estadounidense Roosevelt, “*An open letter to president*”, que fue publicada el 31 de diciembre de 1933 en el *New York Times*. En dicha epístola, si bien apoyó a la administración americana en cuanto a la convicción de que algo debía hacerse, señaló por otra parte que:

«One fears your President is depending too much on psychological as distinct from real factors»⁵²².

En el año 1934 Keynes realizó un viaje hacia Norteamérica y se reunió con el presidente estadounidense Roosevelt —en concreto a las 17:15 del 28 de mayo de dicho año—. Si bien es cierto que nadie supo de qué hablaron concretamente el escrito de Keynes dirigido posteriormente al periódico *Frankfurter Zeitung* del 30 de mayo puede dar algunas pistas acerca de los términos en los que se desarrolló la entrevista. En dicha epístola Keynes señalaba que el problema de la economía moderna ya no residía en la capacidad de producción de la pequeña firma individual sino en garantizar en el futuro un nivel suficiente de demanda efectiva que pudiera inducir a las firmas individuales a producir todo lo que fuesen capaces de llevar a cabo⁵²³. Consideraba por tanto que: “*Here, not in Moscow, is the economic laboratory of the World*”⁵²⁴.

El experimento que debía llevarse a cabo en medio de la Gran Depresión consistía básicamente en emplear todo el conjunto de herramientas centralizadas de los gobiernos para reactivar la demanda efectiva y mejorar, por tanto, las expectativas a

⁵²¹ Skideslsky, R., 1992, p. 501.

⁵²² Skideslsky, R., 1992, p. 491.

⁵²³ Skidelsky R., 1992, pp. 506-507.

⁵²⁴ Skidelsky R., 1992, p.506.

largo plazo de los empresarios. Si no se lograba esto, el orden social se vería desacreditado y las consecuencias podrían ser dramáticas.

El tiempo convulso que se vivía en aquel entonces ya no podía ser explicado para Keynes por las máximas que habían encumbrado la filosofía individualista del siglo XVII, XVIII y XIX. Así, dos días después de la caída de Francia en manos del régimen nazi, escribía en una epístola que “por primera vez en más de dos siglos Hobbes tenía más cosas que decirnos que Locke”⁵²⁵.

No obstante, no consideraba que dicho estado de convulsión pudiera ser permanente. Tenía esperanza en que el hombre del futuro podía resolver «el problema económico»:

«Porque el problema económico, entendiendo ésta como la lucha por la subsistencia, siempre ha sido hasta ahora el principal y más acuciante problema de la raza humana, no sólo de la raza humana sino del todo el reino biológico desde los comienzos de la vida en sus formas más primitivas.

Así pues la naturaleza nos ha hecho evolucionar —con todos nuestros impulsos y nuestros más profundos instintos— para resolver el problema económico. Si éste se resuelve, la humanidad se verá privada de su propósito tradicional. Pienso con temor en el reajuste de los hábitos y de los instintos del hombre ordinario, adquiridos durante innumerables generaciones, al que quizá se le pida que los deseche en unas cuantas décadas. ¿No es de esperar una “crisis nerviosa” general? Por primera vez desde su creación, el hombre se encontrará ante su verdadero y permanente problema: cómo aprovechar su liberación de las acuciantes preocupaciones económicas, en qué ocupar su ocio que la ciencia y el interés compuesto han conseguido para él, para vivir de una manera sensata, agradable y buena. También es de esperar que se produzcan cambios en otras esferas. Cuando la acumulación de riqueza deje de tener mucha importancia social, el código ético experimentará grandes cambios. El amor al dinero como propiedad —a diferencia del amor al dinero como medio para acceder a los placeres y realidades de la vida— se reconocerá como lo que es, una morbosidad algo repugnante, una de esas propensiones semidelincuentes, semipatológicas que uno traslada con estremecimiento

⁵²⁵ Skidelsky R, 2000,p.74. Traducción al castellano en Skidelsky R, 1998, p.18.

a los especialistas en enfermedades mentales[...] Pero ¡cuidado! Aún no ha llegado ese momento [...] La avaricia, la usura y la precaución deberán seguir siendo nuestros dioses durante algún tiempo»⁵²⁶.

La utopía keynesiana representaba el presente como una imagen grotesca, pero en la lejanía, en un futuro distante, se divisaba con optimismo la superación de la lucha por las necesidades fundamentales, abriéndose así un nuevo horizonte espiritual para el ser humano.

Para ayudar a la construcción de dicha utopía, o por lo menos para evitar repetir los errores del pasado, Maynard Keynes fue un protagonista activo en las negociaciones que sostuvo con su par americano, Harry Dexter White, en la configuración de la arquitectura del sistema monetario internacional de la posguerra, negociaciones que se iniciaron en el año 1942 y desembocaron en la conferencia de *Bretton Woods* del año 1944. El espíritu de dichas negociaciones condujo finalmente a la creación de instituciones multilaterales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM). El objeto de estos organismos internacionales era el de propiciar un ambiente financiero más estable y un crecimiento del comercio internacional evitando de esta manera las desastrosas consecuencias que se gestaron a partir de la finalización de la Primera Guerra Mundial. Aunque en dichas negociaciones no triunfó la posición británica, no cabe duda que el hermenéutico o legado dejado por Keynes, muchas veces aplicado de manera dogmática sin asumir los matices y circunstancias particulares que el propio Keynes hubiese tenido en cuenta, fue el instrumental de una buena parte de la política económica de la postguerra.

La intención de este breve recorrido sobre la evolución del pensamiento de J. M. Keynes y el papel que juega la Historia en su marco analítico sirve como un intento de demostrar que en su estructura metodológica aparece y reaparece el problema de la especificidad histórica a lo largo de toda su obra y su estudio de la economía.

Es cierto que su obra más afamada, la *T.G.*, se arroga la capacidad de ser un marco más genérico frente a la teoría que él denomina clásica, al ofrecer más posibilidades de

⁵²⁶ Keynes JM, *Economic Possibilities for Our Grandchildren*. MacMillan, Londres, 1933. Traducción tomada de la versión en castellano de la obra Economía de Nordhaus—Samuelson, 2002, p. 649.

equilibrio frente al resultado de equilibrio con pleno empleo que él atribuye a la economía clásica; pero esto no implica que la teoría de Keynes de la *T.G.* sea fundamentalmente ahistórica.

También es necesario distinguir en la *T.G.* el empleo que hace Keynes de la Historia respecto a la Historia como parte de su metodología. En concreto en el capítulo 23 realiza una serie de anotaciones sobre los mercantilistas para avalar su propia postura, valiéndose de antiguos fragmentos de sabiduría práctica. Pero llamativamente, siendo este aspecto también criticado por algunos economistas como M. Blaug, el paralelismo que Keynes buscaba con dichos escritos antiguos era incorrecto al ocuparse de cuestiones históricamente distintas al marco de una economía monetaria desarrollada con ciudadanos y no súbditos de un reino.

No obstante, en la *T.G.* Keynes hace gala de una posición metodológica que considera más próxima a la verdad que la que él atribuía a los economistas clásicos, basada en una lógica abstracta e hipótesis inapropiadas a los hechos y circunstancias reales⁵²⁷.

En gran medida, la *T.G.* no deja de ser un instrumental teórico en un marco concreto. Una caja de herramientas que conecta, como ya he mencionado reiteradamente, el problema de las expectativas con el principio de demanda efectiva y cuya utilidad depende de circunstancias particulares. La ahistoricidad que se le achaca a la teoría de Keynes y sus escasas referencias en dicha obra a los miembros de la escuela histórica, incluso a los economistas institucionalistas americanos o a economistas fuera del cuerpo principal de la ciencia con la excepción de Kuznetz, Knight, Hobson, Marx, entre otros, no implica que el problema de la especificidad histórica no estuviese incorporada a la misma. El propio Keynes consideró mucho más limitada de lo que realmente fue la repercusión que podía llegar su *T.G.* en la historia del pensamiento económico:

«To understand my state of mind, however, you have to know that I believe myself to be writing a book on economic theory which will largely revolutionize —not, I suppose, at once but in the course of the next ten years— the way the world thinks

⁵²⁷ Véase Skidelsky R., 1992, p.564.

about economic problems....There will be a great change, and, in particular, the Ricardian foundations of Marxism will be knocked away»⁵²⁸ .

La virtud de la *T.G.* fue que se adaptó adecuadamente a unas circunstancias históricas, particularmente al mostrar sensibilidad al funcionamiento de una economía moderna corporativa. Esta comprensión de dicho fenómeno no solo aparece en la *T.G.* sino también a lo largo de su extensa bibliografía. Keynes llegó a la conclusión de que la economía moderna no podía, de un modo automático, satisfacer los principios esenciales que permitían la vida pacífica y medianamente armónica de los ciudadanos de un orden civilizado. El funcionamiento de los mercados financieros en lugar de reconducir efectivamente las expectativas exacerbaban las conductas neuróticas. El único modo de defender y salvaguardar los principios de libertad que él consideraba como los apropiados para una vida civilizada dependía del empleo adecuado de los instrumentos y herramientas gubernamentales. Esto no nos debe conducir al error de aplicar la teoría keynesiana de un modo dogmático, en particular como lo hicieron algunos de los discípulos de Keynes que simplificaron en demasía el pensamiento de éste buscando un esquema macroeconómico simple que ofreciera soluciones a la problemática económica. De este modo, quedó nublada la perspectiva histórica que el propio Keynes intentaba impregnar en sus escritos lo cual produjo consecuencias económicas desastrosas al obviarse en demasía las circunstancias concretas y particulares.

⁵²⁸ Keynes J.M,1982, C.W. XXVIII, p. 42

Capítulo 17.

La visión de Hayek sobre la generación del orden espontáneo y el papel de las ideas.

A diferencia de Keynes, a quien le preocupaba especialmente el cambio y la mutación de los procesos sociales, para Hayek las ciencias sociales deben explicar el principio (universalidad) del cual surgen estructuras sociales complejas. Hayek se nutre de la herencia metodológica de Menger acerca de los métodos híbridos en las ciencias sociales y desarrolla algo más, influido posiblemente debido a su paso por Chicago a partir de los años 50', las teorías evolutivas sobre la conformación de órdenes sociales complejos. A partir de dichas premisas sostendrá a lo largo de toda su vida una cruzada contra el intento racional de intervenir, transformar y moldear el orden existente.

En 1895, cinco años después de la publicación de los *Principles* de Alfred Marshall, se fundó en Londres la *London School of Economics (LSE)* a través de las figuras de Beatrice y Sidney Webb con una orientación en sus orígenes más sensible al empleo de métodos inductivos y también más receptiva a las ideas de la escuela histórica anglosajona y continental. En dicha institución enseñaron figuras como Edwin Cannan, quien nunca negó el fundamento institucional del sistema económico e incluso recomendaba abiertamente a sus estudiantes el estudio del derecho y las leyes.

Tras el retiro de Cannan de su cátedra de economía en el año 1926, el director de la *LSE*, William Beveridge, encontró un sustituto al otro lado del Atlántico en la figura de un joven y prometedor economista estadounidense llamado Allyn Young. La figura y reputación de Young habían aumentado notablemente antes de su designación en la *LSE* convirtiéndose en presidente de la *American Economic Association* en 1925. Young también fue conocido por ser uno de los supervisores de la afamada tesis doctoral de Frank Knight, que posteriormente fue publicada bajo el título de *Risk, Uncertainty and Profit (1921)*. Además, fue el primer economista estadounidense en convertirse en profesor de economía en el Reino Unido. La metodología aplicada por Young era amplia, evitando caer en los excesos de la simplificación teórica y reconociendo tanto

un lugar a las leyes generales como también a las explicaciones particulares, lo que resultaba más afín con la visión institucionalista de la tradición americana. Entendía la economía de modo dinámico, en la que jugaban un papel sumamente importante los procesos acumulativos. A la usanza clásica de Smith, consideraba que la función del mercado no consistía simplemente en la asignación de recursos sino también en la creación de nuevos recursos al ampliar el campo de especialización por medio de la división del trabajo, idea que posteriormente emplearía también Hayek sobre el mercado como un proceso de creación de recursos. Trágicamente Young falleció repentinamente en Londres a la edad de 52 años en marzo de 1929 víctima de una epidemia de gripe⁵²⁹.

Lo que hubiese sucedido en la LSE y en la tradición económica británica si Young no hubiese sufrido aquella neumonía no deja de ser mera especulación. Lo que efectivamente ocurrió fue que su puesto fue ocupado por Lionel Robbins⁵³⁰, quien sentía una gran admiración y afinidad por la metodología empleada por Carl Menger y varios de sus discípulos de la escuela austriaca. Esa afinidad, como el deseo de contraponer la influencia que ejercían los economistas de Cambridge, le instaron a invitar a Hayek en el año 1931 como profesor visitante para que pudiese exponer allí su particular teoría sobre el ciclo económico. Hayek, por otra parte, centró en J. M. Keynes sus ataques teóricos dirigidos a la escuela de Cambridge. Es probable que parte de ello obedezca a la admiración que habían despertado anteriormente en Hayek las denuncias sobre el Tratado de Versalles que Keynes había vertido en su obra *Las Consecuencias Económicas de la Paz* (1919), tratado o acuerdo que impuso unas condiciones para la postguerra que el propio Hayek había padecido personalmente debido al proceso de desmantelamiento institucional y descontrol monetario que se

⁵²⁹ Hodgson, 2001, pp. 157 y pp. 204-206.

⁵³⁰ Lionel Robbins también fue reconocido por su libro *The Nature and Significance of Economic Science* (1932) debido a su crítica al utilitarismo moderno derivado de la filosofía de Bentham que buscaba maximizar el bienestar social sumando hedonísticamente los placeres individuales netos de las penurias y sacrificios para la obtención de bienes. Para Robbins esta suma no tenía sentido en Economía ya que no hay un modo de comparar como si fuesen homogéneos los placeres y las penurias individuales. La teoría de la utilidad marginal, para Robbins, es meramente un indicador de la escala de preferencias individuales. White L.H., 2012, pp. 50-51.

produjo en aquel entonces especialmente en los imperios alemán y austro húngaro, o lo que quedaba del mismo⁵³¹.

El método para abordar la problemática económica en Hayek es muy afín al propuesto por Menger, al que no puede acusarse de estrechez deductiva y exceso de abstracción. Al igual que Menger consideró la metodología de la escuela histórica como decadente frente a los logros obtenidos por la escuela clásica:

«To start here at the wrong end, to seek for regularities of complex phenomena which could never be observed twice under identical conditions, could not but lead to the conclusion that there were no general laws, no inherent necessities determined by the permanent nature of the constituting elements, and that the only task of economic science in particular was a description of historical change. It was only with this abandonment of the appropriate methods of procedure, well established in the classical period, that it began to be thought that there were no other laws of social life than those made by men, that all observed phenomena were all only the product of social or legal institutions, merely “historical categories” and not in any way arising out of the basic economic problems which humanity has to face»⁵³².

En esto justamente radica la diferencia metodológica entre Keynes y Hayek. Mientras que Keynes focalizó su crítica hacia la escuela clásica, sea su juicio correcto o incorrecto sobre la misma, debido a los abusos cometidos por dicha escuela en el empleo de un método deductivo abstracto extremo, Hayek hizo otro tanto al criticar la miopía científica de centrarse en el estudio de los hechos particulares únicamente porque éstos son empíricamente observables. A ello lo denominó realismo espurio — *Spurious Realism*—⁵³³.

Al igual que Menger, Hayek intenta distinguir la sana economía basada en principios universales, lo cual no implica exactitud alguna, frente al mito de la escuela histórica que se jacta de no estar guiada por ningún concepto de especulación abstracta pero busca continuamente moldear el orden existente por medio de fabulas históricas. En ese sentido, la idea de la Historia en Hayek está completamente vinculada a su cruzada

⁵³¹ Wapshott N., 2011, p. 39.

⁵³² Hayek F. A., 1963, p.12.

⁵³³ Hayek F. A., 1973, vol.I, p. 64.

anti-constructivista alertándonos continuamente sobre el peligro que pueden ejercer aquéllos que dicen escuchar la voz interior del destino histórico y diseñan planes para dirigir los mismos. Al respecto señala que “*The most harmful agent in the world is often not evil men but high minded idealist*”⁵³⁴.

En cuanto al proceso de evolución y transformación que puede sufrir el orden humano considera que la teoría social tiene mucho que aprender de la etología y la antropología cultural⁵³⁵. En concreto, considera que los grupos humanos aprendieron, observaron y reforzaron reglas de conducta mucho antes de poder expresarlas en palabras. El orden social descansa, para Hayek, en la mayoría de los casos en sistemas complejos de comportamientos y reglas, que incluso se encuentran en animales en un eslabón muy bajo de la evolución⁵³⁶.

«The decisive factors which will determine that evolution will always be highly abstract and often unconsciously held of ideas what is right and proper and not particular purposes or concrete desires»⁵³⁷.

En el caso del hombre, la transmisión de generación en generación de las reglas de conducta tiene un doble componente: por un lado, genético e instintivo y por otro, cultural. Existen para Hayek dos tipos de reglas: las reglas fácticas —*factual rules*— que surgen de la experiencia y repetición de la acción, y las reglas normativas —*normative rules*—, que surgen de la autoridad y el diseño de los dirigentes. Para Hayek, las reglas que perduran, que superan las fuerzas del tiempo, son aquéllas que establecen las prácticas habituales de convivencia humana desde los mismos albores de la civilización. Para Hayek en las etapas más primitivas del hombre:

«...el tipo de coordinación radicaba fundamentalmente en los instintos de solidaridad y altruismo, los cuales, por lo demás, sólo alcanzaba a los miembros del grupo en cuestión. Sólo así podían en aquellos tiempos subsistir los miembros de estas pequeñas agrupaciones humanas; el individuo aislado tenía escasas posibilidades de supervivencia. El primitivo individualismo descrito por Thomas Hobbes no pasa

⁵³⁴ Hayek F. A., 1973, vol.I, p. 70.

⁵³⁵ Hayek F. A., 1973, vol.I, p. 73.

⁵³⁶ Hayek F. A., 1973, vol.I, p. 74.

⁵³⁷ Hayek F. A., 1973, vol.I, p. 69.

de ser un mito. Nada de individualista tiene el salvaje: su instinto es y ha sido siempre gregario»⁵³⁸.

No obstante, a medida que el hombre se aleja de la vida tribal requiere de reglas de conducta, que se van generando a través del ensayo, de la prueba y el error, que prevalecen como una herencia cultural e institucional y que permiten el funcionamiento adecuado de órdenes cada vez más complejos.

Dicha herencia cultural, que es como una malla que se va nutriendo de eventos que superan satisfactoriamente las pruebas del tiempo, no indica, por el contrario, que Hayek trate la naturaleza humana como algo inamovible, inmodificable o inmutable. En realidad, considera, al igual que Mises, que dicha malla cultural condicionará completamente el modo y el pensamiento bajo el cual se desarrollará la acción del hombre. De hecho, si dividiésemos por etapas el pensamiento histórico hayekiano, éste honra, tal vez en demasía, las reflexiones *smithianas* sobre el estado rudo o primitivo de la sociedad y la civilización de la que ahora podemos beneficiarnos. El hombre, paso a paso, se va alejando del pequeño grupo u orden primitivo que implicaba proximidad, cercanía y un conocimiento casi perfecto de lo que hacían los demás miembros hacia un orden que, por medio del comercio, va perdiendo la noción de proximidad y conocimiento casi perfecto de su estructura interna. El orden moderno se caracteriza principalmente por la fragmentación de la información; una información mucho más abundante, que crece y donde las nociones de las que dispone cada individuo son muy específicas, ignorando el cúmulo de datos sobre los que descansa el orden existente.

Para Hayek, este “imperio de las reglas abstractas” engendra, a su vez, una contradicción de “instintos profundamente arraigados” en los corazones de los hombres que tienden hacia el bien visible “a sus semejantes conocidos”. Las demandas de “justicia social” que despiertan fácilmente las simpatías de las personas de bien “son irreconciliables con la sociedad abierta a la que todos los habitantes de occidente deben el nivel general de riqueza”. Así, por ejemplo, lo reflejaba Hayek en el ensayo

⁵³⁸ Hakek, F. A., 1988, p.42.

que escribió para el *Daily Telegraph*, el 9 de marzo de 1976, sobre Adam Smith con motivo del doscientos aniversario de la publicación de la *Riqueza de las Naciones*:

«Es falso que Adam Smith haya predicado el egoísmo: su tesis central nada dice acerca de la forma en que el individuo debe emplear su producto incrementado; y sus simpatías se dirigían claramente hacia el uso benevolente de sus mayores rentas. Le interesaba saber cómo sería posible que la gente contribuyera en la mayor medida posible al producto social; y pensaba que ello exigía que los servicios prestados se pagarán según el valor que tenían para quienes lo recibían. Sin embargo, sus enseñanzas herían un instinto profundamente arraigado, heredado de la sociedad anterior, en la que los hombre estaban frente a frente, la horda o la tribu, en la que se formaron a través de cientos de miles de años las emociones que todavía le gobiernan después de haber entrado en la sociedad abierta. Estos instintos heredados demandaban que el hombre tratara de hacer un bien visible a sus semejantes conocidos el “prójimo” de la biblia. Estos son los sentimientos que todavía, bajo el nombre de “justicia social”, gobiernan todas las demandas socialistas y despiertan fácilmente las simpatías de todos los hombre buenos, pero que son irreconciliables con la sociedad abierta a la que todos los habitantes de occidentes deben el nivel general de riqueza»⁵³⁹.

En el capítulo 12 del segundo volumen de *Law, Legislation and Liberty* (1973)⁵⁴⁰, Hayek desarrolla aún más esta idea considerando que la aversión hacia el mercado y sus instituciones se explica también, en gran medida, debido a que en el mundo moderno sectores cada vez más amplios de la población desarrollan prácticamente toda su vida laboral en ámbitos y esferas cerradas como las que caracterizan a las grandes organizaciones. La conciencia que se desarrolla en el seno de las mismas son más acordes al corporativismo y la figura jerárquica de autoridad que la interiorización de normas de conducta cuyas fuerzas ordenadoras son absolutamente espontáneas y se corresponden más al hombre libre. Esto, para Hayek, significa que el individuo no se halla ya obligado por las normas que delimitan el espacio legítimo de su comportamiento privado, sino que se ha ido convirtiendo más y más en sujeto pasivo de los dictados de la autoridad.

⁵³⁹ Hayek F. A., 1995, pp. 120-121.

⁵⁴⁰ Empleamos la edición Hayek (1998).

Por tanto, la rebelión contra el carácter abstracto de las normas que se corresponden a una “sociedad abierta” y la predilección por lo concreto —tan humana—, no son más que indicios que revelan que aún no hemos alcanzado la plena madurez intelectual y moral necesaria para acomodar nuestra conducta a un orden impersonal que englobe a toda la humanidad.

No sería, desde luego, adecuado catalogar el pensamiento de Hayek como anti-racionalista, sino más exactamente como un oponente activo de una línea del pensamiento ilustrado que ha conducido a lo que él denominó “constructivismo”. Su pensamiento es, en realidad, completamente racional considerando que el gran mérito de las ciencias sociales radica en que encontraron una tercera vía para la dicotomía planteada por los pensadores de la antigüedad entre “artificial” y “natural”. La “sociedad abierta” o igualmente “el orden extenso”, es el fruto de un proceso evolutivo que envuelve un gran número de hechos particulares y que no puede nunca ser el fruto diseñado ingenierilmente por una mente o un grupúsculo de mentes limitadas para disponer y manejar tan vasta información dispersa. Ése fue el gran logro primero de los “escolásticos españoles” y posteriormente de la filosofía moral escocesa, que luego desarrollarían Burke o Carl Menger, resaltando el carácter espontáneo y evolutivo de las instituciones humanas. Considera que existe cierta confusión al pensar que las ciencias sociales han tomado prestadas las ideas acerca de la evolución orgánica de las ciencias biológicas siendo éstas las que en realidad las han tomado prestada de aquéllas, que las habían desarrollado con anterioridad⁵⁴¹.

Hayek —como ya se ha visto en el capítulo 13—, a diferencia de Menger, no observa un legado evolutivo en el pensamiento aristotélico, pero sí, en cambio, en los pensadores presocráticos que distinguieron entre el *physis* (*kosmos, orden natural u espontáneo*) y el *taxi* (orden deliberado). Para Hayek la economía y la teoría social en Aristóteles ha sido siempre “*taxi*”, en el sentido de acción deliberada:

«Aristóteles nunca se planteó la posibilidad de que pudiera recurrirse a explicaciones del tipo evolutivo. Parece haber sido incapaz de interpretar la “naturaleza” o (*physis*) como un proceso de crecimiento..., mostrándose igualmente ajeno a ciertas

⁵⁴¹ Hayek F. A., 1973, vol I, pp. 22-23.

distinciones que, en lo que atañe a los órdenes, habían ya establecido los pensadores presocráticos»⁵⁴².

La distinción antigua entre el orden natural y el orden deliberado aparece también en la teoría del derecho. En este sentido, Hayek destaca que las leyes civiles de la antigua Roma se basaban más en la jurisprudencia, en lo que hoy llamaríamos derecho consuetudinario, que en la opinión del legislador⁵⁴³. Esta tradición que distinguía las leyes naturales frente a las leyes deliberadas se conservó en la Edad Media y se transmitió también a través de los escolásticos españoles —Escuela de Salamanca—, pero su voz perdió fuerza en el continente al equipararse las leyes deliberadas con la razón natural —*natural reason*—. En cambio, para Hayek dicha tradición perduró en Inglaterra no tanto por tener un desarrollo histórico especial, ni siquiera por escapar de la influencia de la Iglesia Católica, ni tampoco por la separación de los poderes gubernamentales, sino principalmente por conservar la “ley común” —*common law*— sobre la que ninguno podía imponer su voluntad⁵⁴⁴.

Las Islas Británicas se convirtieron, por tanto, en un terreno fértil para el desarrollo de lo que Hayek consideró como el verdadero camino ilustrado. Llamativamente, y no exento de polémica, Hayek destacó la figura del Dr. Bernard Mandeville (1670-1733) como un precursor de la teoría moral que se desarrollaría en Escocia con posterioridad: “me parece que Mandeville echó los cimientos sobre lo que pudo construir David Hume”⁵⁴⁵.

Aunque se ha catalogado a Mandeville como un pensador más afín al intervencionismo, donde los vicios privados son el motor o alma del progreso, Hayek intuyó en sus teorías una genética evolucionista de las instituciones sociales como un antecedente a las modernas teorías darwinianas⁵⁴⁶. Esta intuición de un proceso evolutivo no intencionado de las organizaciones sociales es la base sobre la que

⁵⁴² Hayek F. A., 1988, p. 89.

⁵⁴³ Hayek F. A., 1973, vol I, p.83.

⁵⁴⁴ Hayek F. A., 1973, vol I, pp. 84-85.

⁵⁴⁵ Hayek, F. A., 1995, p.94.

⁵⁴⁶ Hayek, F. A., 1995, p. 90-91.

descansa la teoría del orden espontáneo que tan claramente definiera Adam Ferguson (1723-1816): “...resultado de la acción humana, pero no del designio humano”⁵⁴⁷.

Esto en esencia también es así en el pensamiento de David Hume (1711-1776), quien “utilizó contra la ilustración sus propias armas. Debilitó las pretensiones de la razón mediante el empleo del análisis racional”⁵⁴⁸. Hume destacó la importancia de las reglas abstractas como guía para la conducta humana. Así Hayek en referencia a Hume destaca:

«...una sociedad ordenada solo puede desarrollarse si los hombres aprenden a obedecer ciertas reglas de conducta»⁵⁴⁹. Hume no esperaba la paz, la libertad y la justicia de la bondad de los hombres, sino de las instituciones que “encarna un interés incluso para los hombres malvados en la realización del bien público”⁵⁵⁰. Si viviéramos en la abundancia la justicia sería desconocida por la humanidad. El principio de la escases permite que la Justicia no sea una “ceremonia hueca”⁵⁵¹.

Esta corriente de ideas que enalteció el carácter espontáneo del orden social y la «primacía de lo abstracto» fue más fecunda en Inglaterra, según Hayek, ya que era completamente ajena a su tradición la atmósfera de un Estado absolutista que imperó especialmente en el continente europeo. Salvo algunas excepciones, como Hobbes o Bacon, la posición filosófica predominante en Gran Bretaña fue en cierto grado contraria a los abusos de la razón⁵⁵². Esto no niega que, por otro lado, tanto para Hume como para Smith el gobierno podía llevar a cabo tareas positivas⁵⁵³.

La noción de Historia en Hayek es una Historia evolutiva donde el hombre, a medida que se va separando del grupo tribal, va desarrollando una conciencia de libertad individual, de propiedad y de justicia, entendiendo esta última como la generación de reglas abstractas, generales y amplias para el funcionamiento de órdenes cada vez más complejos. El punto crucial es que la propiedad privada (*several property*), que está íntimamente ligada a la noción de libertad en Hayek, es indispensable para el desarrollo

⁵⁴⁷ Hayek, F. A., 1995, p.94.

⁵⁴⁸ Hayek, F. A., 1995, p.94.

⁵⁴⁹ Hayek, F. A., 1995, p.106.

⁵⁵⁰ Hayek, F. A., 1995, p.116.

⁵⁵¹ Hayek, F. A., 1995, p.107.

⁵⁵² Hayek, F. A., 1995, p.100.

⁵⁵³ Hayek, F. A., 1995, p.117.

del comercio y la conformación de estructuras amplias de cooperación humana. El sistema de precios es el conjunto de señales que difunden conocimiento e información para que dichos órdenes complejos puedan funcionar de forma adecuada.

«The crucial point is that the prior development of several property is indispensable for the development of trading, and thereby for the formation of larger coherent and cooperating structures, and for the appearance of those signals we call prices»⁵⁵⁴.

Hayek alerta sobre lo que considera el falso racionalismo que, en vez de observar la limitación propia de la razón, enaltece la capacidad del pensamiento puro para pretender abarcar prácticamente todos los hechos particulares. Al mismo tiempo esboza la dicotomía entre la racionalidad que considera la acción humana limitada, que observa en el proceso evolutivo la supervivencia de las reglas de conducta que permiten la vida en sociedad, y el falso racionalismo que para Hayek conduce a la irracionalidad y al totalitarismo propio de quienes se arrogan la voz de la razón para diseñar el orden en el que todos debemos vivir.

Podemos, así pues, comprobar, tal como sostiene este trabajo de investigación que para Hayek más allá de los procesos espontáneos considera clave también el papel de las ideas o la historia de la filosofía en la configuración del proceso histórico. Su interpretación es que hace más de unos trescientos años la reacción frente al poder omnipresente de la Iglesia dio lugar al rechazo de las reglas morales y las leyes que regían la conducta. La nueva era despertó así una fe infinita en la capacidad del ser humano de liberarse de la tradición heredada y crear para sí un orden acorde a la misma. Quemar las leyes antiguas y crear unas nuevas, la herejía frente a las leyes de Dios o de la naturaleza y la creación de leyes para el hombre, inspiradas en Voltaire, Rousseau o incluso el propio Keynes, que siempre se consideró en el fondo un inmoral frente a la tradición heredada, es la esencia del constructivismo contra el que Hayek sostiene su enfrentamiento intelectual⁵⁵⁵. Llamativamente, ciertos autores de escuelas neo-hegelianas llamaron la atención sobre el mismo fenómeno:

⁵⁵⁴ F. A. Hayek, 1990a, O.C. I, p. 31.

⁵⁵⁵ Hayek, F. A, 1973, Vol I, pp. 25-26.

«La paradoja de la fe degenera al fin en la estafa, en el mito del siglo XX, y su irracionalidad se transfigura en un sistema racional en manos de los absolutamente iluminados, que guían ya a la sociedad hacia la barbarie»⁵⁵⁶.

No obstante, a manera de inciso — completamente ajena a nuestra investigación principal—es pertinente aclarar que el estudio de la Escuela de Frankfurt se dirigió en un sentido completamente opuesto al de la Escuela Austriaca que en el campo concreto de la economía concibió al mercado y al capitalismo como una especie de fascismo invertido en cuanto a cómo se iba configurando el orden económico posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Retomando el problema planteado por Hayek sobre la evolución de la filosofía y su incidencia en los acontecimientos históricos. Éste reflexionando sobre el encuentro que sostuvieron Hume y Rousseau, a la luz del declive del viejo liberalismo y el avance de la democracia totalitaria, se preguntaba:

«Quién, entonces, observando este encuentro, habría creído que serían las ideas de Rousseau, y no las de Hume, las que gobernarían el pensamiento político de los siguientes doscientos años»⁵⁵⁷.

Para Hayek el cartesianismo es una variante del proceso de la Ilustración que depositó su fe en la capacidad potencial de cada individuo de poder y lograr alcanzar el máximo saber y guiarse a través de la razón para crear las instituciones más adecuadas. No intuyó que un orden complejo requiere del conocimiento de demasiados hechos particulares, como de valoraciones enteramente subjetivas y cambiantes, por lo que la planificación efectiva está limitada a hechos muy concretos más propios de la organización que puede abordar una moderada complejidad para su supervivencia. En este sentido, el individuo y la organización, basándose en lo que creen conocer pero con una ignorancia infinita de todas las circunstancias que conducen a la formación del orden en que se asientan, producen con su acción el proceso de coordinación espontánea del mismo. Así pues, Hayek defiende una y otra vez el otro camino de la Ilustración que interpretó el fenómeno de espontaneidad, de prueba y error del

⁵⁵⁶ M. Horkheimer – T. Adorno, 1969, p.35.

⁵⁵⁷ Hayek, F. A., 1995, p.115.

proceso evolutivo de las instituciones que han perdurado y cuya prédica —la de estos filósofos— ha servido para salvaguardar los valores de un orden saludable.

El orden social que vivimos es lo suficientemente complejo como para que pueda gobernarse con eficacia a través de la imposición de reglas deliberadas. En su lugar un “gobierno de las reglas”, concibiendo éstas como una herencia de la tradición, toda vez que han mostrado su efectividad en el transcurso de la historia, es la forma más adecuada para que siga desarrollándose este organismo vivo que llamamos sociedad.

En Hayek, la imposibilidad del socialismo obedece a su incapacidad para comprender que el mercado, como institución, es un proceso de difusión de conocimiento y por medio de éste de un empleo más eficiente de los recursos productivos satisfaciendo a la vez de forma más adecuada a un mayor número de individuos en el tiempo. Del mismo modo el desarrollo conceptual que realiza Hayek sobre la teoría del capital y del interés, es una extensión de este razonamiento, de cómo la producción va guiándose a través del sistema de precios para satisfacer una demanda que no es constante en el tiempo. La dificultad infranqueable que debe enfrentar el socialismo en sus diversas variantes o modalidades se basa en que, al carecer de dicha guía, las decisiones sobre cómo satisfacer las necesidades son del todo arbitrarias. En esta misma línea de pensamiento, Stephen Kresge, en la introducción del tercer volumen de las obras completas de Hayek resaltaba la vigencia de la idea de Hayek en un mundo donde se ha avanzado bastante en el procesamiento y trasmisión de la información:

«...una información muy dispersa puede reunirse ahora al instante, y la nueva información puede transmitirse con tanta eficiencia que escapa a la capacidad de control de cualquier poder central. Esto ha colocado al coste de oportunidad por encima de cualquier coste de producción como el factor decisivo para el éxito de cualquier empresa»⁵⁵⁸.

En definitiva, para Hayek, el mecanismo competitivo, que se traduce en la libre movilidad de los precios, ofrece una solución al problema de coordinación en un orden avanzado, donde particularmente a nadie le interesa el problema económico más que su propio problema personal. El problema básico al que se enfrenta la autoridad

⁵⁵⁸ Kresge S. en Hayek, F. A., 1995, p. 9.

central es cómo logra solucionar el problema económico de distribuir una cantidad limitada de recursos entre un número prácticamente infinito de alternativas competitivas posibles para su empleo⁵⁵⁹. Este es también el argumento esencial de una de sus obras más importantes, *“Competition as a discovery procedure”*(1968).

Hayek no niega que la acción deliberada, entendida por él como las instituciones creadas para controlar y dirigir el orden espontáneo, pueda tener una influencia beneficiosa a corto plazo. Pero le preocupa de sobremanera el efecto pernicioso y lamentable que pueda ejercer a largo plazo. Así, por ejemplo, las modificaciones en la oferta monetaria pueden, sin duda, ejercer efectos a corto plazo positivos pero a la larga prevalecerá las cantidades reales de los distintos tipos de bienes en existencia y, además, por otra parte, tales alteraciones tienen efectos distorsionadores en la forma en que las personas distribuirán su ingreso entre bienes de consumo y ahorro. Ninguno de estos factores puede ser manipulado deliberadamente por la política monetaria ya que se desencadenarán fuerzas que provocarán reacciones en sentidos opuestos. En última instancia, considera que es la tasa de ahorro la que establece los límites para que una cantidad adecuada de inversión pueda llevarse a cabo de forma rentable, sin frustrar las expectativas que se ciernen sobre la misma⁵⁶⁰.

Incluso Hayek va más allá de este punto al considerar que un sistema que descansa sobre las fuerzas espontáneas del mercado que, una vez alcanzado cierto nivel de riqueza, no es en absoluto incompatible con un gobierno que, al margen del mercado, proporcione seguridades frente a las carencias más absolutas. Pero el intento de garantizar a todos lo que cada uno considera que merece, imponiendo a la colectividad un sistema de fines comunes concretos hacia los cuales sean dirigidos por la autoridad los esfuerzos individuales, como pretende el socialismo, significa un paso atrás que nos priva de la utilización de los conocimientos y aspiraciones de millones de individuos y que consecuentemente nos niega las ventajas de la civilización libre⁵⁶¹.

La intención de Hayek, como señala en *Camino de Servidumbre* (1944), no es tanto afirmar que todo movimiento socialista ha de conducir por fuerza al totalitarismo. Sino

⁵⁵⁹ Hayek F. A., 1935, pp. 1-10.

⁵⁶⁰ Hayek F. A., 2009, p. 391.

⁵⁶¹ Hayek F. A., 1973, Vol II, Cap XI.

que, aunque admitiendo que dicho peligro existe, desea llamar la atención sobre las consecuencias indeseables y peligros de los principios políticos actuales⁵⁶².

Su visión no es idílica; no considera que el orden moderno funcione sin perturbaciones ni cree que pueda alumbrar en el futuro un nuevo hombre, ni que logre erradicar los problemas que constantemente han afectado la existencia humana. Pero también cabría preguntarse ¿quién refuerza el cumplimiento de las reglas abstractas? y ¿hasta qué punto y en qué medida el constructivismo debe asumir dicho rol? ¿Dónde se debe trazar la línea para delimitar la acción y función de los gobiernos? ¿Dónde está el límite para Hayek de dicha acción, sin que se corra el riesgo de que prevalezca la coerción y la ineficiencia? La opción inversa, de un sistema que se refuerce a sí mismo sin que sea velado por un orden superior no entra en términos generales en el esquema del pensamiento de Hayek⁵⁶³.

Una de las preocupaciones principales de Hayek es el papel que juega el mito histórico y su influencia sobre los acontecimientos:

«Si bien es demasiado pesimista pensar que el hombre no aprende nada de la historia, bien podemos preguntarnos si lo que aprende es siempre la verdad»⁵⁶⁴.

Y es que Hayek consideraba que dichas leyendas jugaban un papel fundamental en la formación de la opinión pública y, por ende, en el catecismo político de nuestro tiempo⁵⁶⁵.

La idea que desea transmitir Hayek en términos generales y que se vincula con su concepción de la Historia, es que las ciencias sociales captaron en gran medida, y mucho antes que dicho desarrollo ocurriera en las ciencias naturales, la esencia espontánea del proceso evolutivo en el orden humano. La evolución para Hayek implica, por tanto, fenómenos que parten de estructuras más simples hacia estructuras más complejas. La rigurosidad en el conocimiento científico para Hayek no

⁵⁶² Hayes F. A., 2011, prefacio de la edición de 1976, p.37.

⁵⁶³ Hayek 1973, p. 47, señala que si bien se puede concebir que el orden espontáneo pueda existir sin gobierno, en la mayoría de las circunstancias la organización que denominamos gobierno es indispensable para que se obedezcan dichas reglas. A este respecto, véase también el ensayo de Anthony de Jasay (1995).

⁵⁶⁴ Hayek F. A., 1956, p.15.

⁵⁶⁵ Hayek F. A., 1956, pp. 15-16.

obedece a la distinción entre ciencias naturales, como más rigurosas, y ciencias sociales, más etéreas, sino entre fenómenos más simples y más complejos⁵⁶⁶. Al entender la complejidad de los fenómenos sociales los pensadores y filósofos sociales deberían, para Hayek, estar en cierta medida prevenidos al esbozar, a la ligera, recomendaciones políticas o injerencias intencionadas sobre el “orden extenso”. Bajo esta última idea su papel como pensador es la de denunciar las corrientes filosóficas que han impulsado en menor o mayor grado diversas formas de colectivismo bajo una interpretación particular y mítica de la Historia, comprimiendo la complejidad de los fenómenos bajo reglas y leyes simples. Defiende, por tanto, las instituciones que han impulsado la libertad y la competencia frente a la deformación de éstas ligada al racionalismo cartesiano y socialista que buscan continuamente construir un orden alternativo. El peligro para los propios cimientos en los que se basa la civilización actual es que el “caos intervencionista” asuma cada día un mayor protagonismo.

⁵⁶⁶ Hayek, 1964, p. 57-58. Véase también en Caldwell B., 2004, p.249.

Capítulo 18.

Conclusiones. La controversia de Hayek y Keynes desde la filosofía, el método y el papel de la Historia.

Ciertamente el debate implícito y explícito entre Hayek y Keynes se clarifica al abordar el problema del método en las ciencias sociales, así como el papel particular que cada uno le asigna a la cuestión de la Historia.

Esta diferencia de cómo abordar la problemática económica se manifiesta no sólo en Hayek y Keynes sino también a través de las diversas influencias recibidas por cada uno de ellos de parte de Carl Menger y Alfred Marshall. Ambos mentores enfrentaron el problema económico de un modo metodológico muy similar y el matiz que les diferencia obedece precisamente a la importancia o énfasis que le atribuyeron al problema de la especificidad histórica.

En el caso concreto de Keynes, su preocupación a lo largo prácticamente de toda su obra intelectual se centra en el cambio y la transformación histórica. Percibir el momento histórico, sus circunstancias, forma parte de la sensibilidad analítica que Keynes consideraba necesaria para enfrentarse a los problemas de su tiempo. Prefería partir de la impureza e imperfección de la realidad que construir una estructura teórica analíticamente consistente que lo alejara demasiado de ella. Esto no significa, sin embargo, que no hubiese teoría pura en Keynes sino que la teoría pura era, a la manera que la interpretaba Alfred Marshall, una maquinaria de aplicaciones universales para el descubrimiento de ciertas clases de verdades.

Keynes consideró que la tendencia hacia el colectivismo había alumbrado entes y mercados organizados cuya conducta no podía ser abordada con eficacia a través de la teoría liberal tradicional. Percibió que esta «Nueva Era» necesitaba de los instrumentos gubernamentales y de los entes públicos para reducir los niveles de incertidumbre y lograr, de este modo, un compromiso a mayor plazo de la inversión que redundara en un nivel superior y más estable de empleo. Su discurso apunta hacia la posibilidad de una tercera vía, entre el liberalismo clásico y el socialismo, que se presenta, no de

forma exclusiva pero sí con más decisión en su *T.G.*, como una alternativa razonable frente al auge del fascismo y el comunismo. La visión siempre cambiante de Keynes, intentando captar la esencia del momento, fue, interpretada de este modo, la virtud pero también el lastre teórico para sus ideas dentro de los círculos académicos, provocando la irritación de aquellos que no podían ver en Maynard una posición única y coherente.

Hayek sin duda es más purista que Keynes en el uso de la teoría y en el reconocimiento de los logros alcanzados por sus predecesores. Alaba, así pues, a los economistas clásicos por penetrar conceptualmente en las fuerzas reales que guían el progreso y el desarrollo a largo plazo, apartándose de las visiones superficiales acerca de los fenómenos económicos.

La visión de Hayek sobre los procesos sociales no es ajena al cambio y la mutación en el ámbito de la Historia, pero su hipótesis principal se basa en que los procesos evolutivos no intencionados van conformando estructuras y órdenes cada vez más complejos⁵⁶⁷. Su conclusión al respecto es que en el camino de la evolución y adaptación del hombre, en su lucha por la supervivencia, éste se ha ido alejando de órdenes gregarios hacia órdenes cada vez más individuales y complejos, cuyo fundamento principal para que puedan funcionar adecuadamente requiere el cumplimiento de reglas abstractas y universales.

⁵⁶⁷ Es interesante acotar que Karl Marx en sus manuscritos de los años 1858-1859, más conocidos como los *Grundrisse*, transmite la idea sobre la importancia de las estructuras y ordenes complejos para comprender las formas más elementales y simples. A este respecto señala:

«La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas, sobre cuyas ruinas y elementos ella fue edificada [...] La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior [...] Ellas pueden contener estas formas de un modo desarrollado, atrofiado o caricaturizado, etc, pero la diferencia será siempre esencial. La así llamada evolución histórica reposa en general en el hecho de que la última forma considera a las pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma, y dado que sólo en raras ocasiones, y únicamente en condiciones bien determinadas, es capaz de criticarse a sí misma – aquí no se trata, como es natural, de esos períodos históricos que se consideran a sí mismos como una época de decadencia- las concibe de manera unilateral». Marx K., 1989, Vol.I, pp. 26-27.

Hayek considera que el pensamiento ilustrado, por diversas causas, sufrió una especie de dicotomía, de doble camino. A uno de ellos le denominó el verdadero racionalismo que supo concebir el proceso evolutivo espontáneo del orden existente. El falso racionalismo, en cambio, no captó la complejidad del carácter no intencionado de la evolución arrogándose la capacidad de modificar y transformar el orden existente. Este ímpetu reformista ignorante de la complejidad de las instituciones y reglas que permiten el funcionamiento de un orden moderno es el verdadero enemigo al que se enfrenta Hayek. El riesgo para Hayek es que el caos intervencionista ponga en serio riesgo y peligro a un conjunto de instituciones y reglas, surgidas y evolucionadas a la manera espontánea que él expone o analiza, que han acrecentado el nivel de prosperidad y libertad individual.

Hayek duda de la Historia, al igual que Mises, en cuanto al empleo mítico de la misma para respaldar fines particulares. Le preocupa el papel que jugaban estas ideas en la formación de la opinión pública. Si los filósofos de la Historia planteaban que la naturaleza espiritual del hombre estaba vinculada a la Historia, entonces del mismo modo se podía concebir que la propia voluntad y capacidad de comprensión de los hechos históricos por parte de aquéllos hacía posible la orientación y transformación del orden existente. En esto consiste esencialmente la crítica a lo que Hayek denominó el racionalismo constructivista y las nefastas consecuencias que desde su punto de vista podía ocasionarle al funcionamiento adecuado de un orden complejo. Alertaba en definitiva del peligro de la idealización de la Historia, con el objeto de satisfacer deseos particulares concretos.

El momento histórico que es el período de entreguerras también es crucial para comprender algunos aspectos específicos sobre las circunstancias concretas donde se desarrolló dicho debate. El advenimiento de movimientos alternativos a la libertad económica se convirtió en el verdadero adversario de ambos. La cuestión no era tanto los valores que Hayek o Keynes estaban dispuestos a preservar, elemento que en términos generales podían compartir, sino a qué precio y de qué modo.

Keynes consideró finalmente que la única forma de salvaguardar los valores de la tradición liberal en la que se había formado era socializando la inversión, lo que aún

permitía un amplio espectro de decisiones a los individuos y resolvía lo fundamental, que eran los medios de vida para poder desarrollar dicha libertad. Su verdadero adversario no era el *laissez-faire* sino despojar del trono al marxismo como referente principal contra dichas doctrinas^{568 569}.

En el caso de Hayek, en cambio, su discurso se centra en la denuncia del ascenso del «racionalismo constructivista» y su incapacidad para resolver la problemática económica fundamental, que es la asignación adecuada y operativa de unos recursos limitados. Su discurso no es anárquico; su denuncia de la planificación parcial como irracional no es equivalente a decir que la única forma de capitalismo posible es un *laissez-faire* completo en el sentido extremo del término. La cuestión radica justamente sobre qué marco institucional pueden operar de forma más eficiente los mecanismos competitivos y alertar, bajo esta idea, sobre los problemas del intervencionismo creciente⁵⁷⁰.

En definitiva, ambos asignaban un papel al Estado para que la sociedad libre pudiese funcionar de forma adecuada. La cuestión era saber dónde se debía poner el límite a dicha acción⁵⁷¹. Hayek, si bien en algunas ocasiones avaló la acción gubernamental

⁵⁶⁸ “To understand my state of mind, however, you have to know that I believe myself to be writing a book on economic theory which will largely revolutionize--not, I suppose, at once but in the course of the next ten years the way--the world thinks about economic problems....There will be a great change, and, in particular, the Ricardian foundations of Marxism will be knocked away”. Keynes J.M, 1982, C.W. XXVIII, p. 42.

⁵⁶⁹ Su impresión sobre Marx era la de un pobre pensador con intuiciones originales y profundas. Así le hacía saber a Joan Robinson en el ensayo de ésta sobre la economía marxista: “This is in spite of the fact that there is something intrinsically boring in an attempt to make sense of what is in fact not sense... I am left with the feeling that he [Marx] had a penetrating and original flair but was a very poor thinker indeed...”. Skidelsky R, 2000, p. 169.

⁵⁷⁰ “To say that partial planning of the kind we are alluding to is irrational is, however, not equivalent to saying that the only form of capitalism which can be rationally advocated is that of complete *laissez faire* in the old sense. There is no reason to assume that the historically given legal institutions are necessarily the most “natural” in any sense. The recognition of the principle of private property does not by any means necessarily imply that the particular delimitation of the contents of this right as determined by the existing laws are the most appropriate. The question as to which is the most appropriate permanent framework which will secure the smoothest and most efficient working of competition is of the greatest importance and one which it must be admitted has been sadly neglected by economists...The world of today is just interventionist chaos”. Hayek F. A.,1963, pp. 17-18.

⁵⁷¹ En la reseña de Keynes al Camino de Servidumbre de Hayek éste le hacía notar que: “You admit...that is a question of knowing where to draw the line. You agree that the line has to be drawn somewhere, and that the logical extreme is not possible. But you give us no guidance whatever as to where to draw it. It is true that you and I would probably draw it in different places. I should guess that according to my ideas you greatly under-estimate the practicability of the middle course. But as soon you admit that the extreme is not possible... you are, on your own argument, done for, since you are trying to persuade us that so soon as one moves an inch in the planned direction you are necessarily launched on the slippery

cuando los propios cimientos del capitalismo se resquebrajaban, siempre mantuvo una cruzada sobre los efectos perniciosos que la acción deliberada podía ocasionar a largo plazo⁵⁷². A Hayek se le cuestionó que no visualizara que la sociedad libre es un orden social que prevalecerá por sus propiedades intrínsecas⁵⁷³; de hecho su visión sobre el funcionamiento del mercado muchas veces es oscura, imperfecta y desesperanzadora. Pero de igual modo, considera que lo que conocemos por el poco afortunado término de «capitalismo», como un amplio orden de cooperación humana, es de lo que depende la existencia de nuestra civilización⁵⁷⁴. En numerosas ocasiones Hayek nos transmite la sensación de que el orden espontáneo prevalece por sus virtudes pero requiere de una ayuda para que la adhesión sea mayoritaria y en ello juega un rol la persuasión y la historia de las ideas. Por tanto, no es radicalmente contrario a pequeños efectos redistributivos pero no por una cuestión moral o de justicia, sino justamente porque hacen más atractiva la sociedad libre⁵⁷⁵. En la misma línea se podría decir de Keynes que:

path which will lead you in due course over precipice... I accuse you of perhaps confusing a little bit the moral and the material issues". Skidesky R., 2000, p. 285.

⁵⁷² "Nunca se ha negado, desde luego, que el empleo puede incrementarse rápidamente alcanzando una posición de pleno empleo en el más corto espacio de tiempo posible mediante la expansión monetaria. Lo único que se ha mantenido es que la clase de pleno empleo que se puede crear mediante este procedimiento es inherentemente inestable, y que crear empleo por esta vía es perpetuar las fluctuaciones económicas. Puede ser que existan situaciones desesperadas en las que realmente sea necesario incrementar el empleo a cualquier coste, aunque sólo se pueda lograr hacerlo durante un corto periodo de tiempo —quizá la situación en la que se encontró el doctor Brüning en la Alemania de 1932— sea una situación en la que este tipo de procedimientos desesperados esté justificado. Sin embargo, el economista no debe ocultar el hecho de que pretender lograr el máximo de empleo que se pueda alcanzar a corto plazo por medio de la política monetaria es esencialmente la política del desesperado que nada tiene que perder y todo que ganar si consigue un breve respiro". F. A. Hayek, *Profits, Interest and Investment*, ob. cit., nota 1 al pie de las pp. 63-64. Traducción en Huerta de Soto, 1998, pp. 356 -357.

⁵⁷³ Véase al respecto la crítica de Anthony de Jasay (1995) como referente del anarco capitalismo. Estas propiedades intrínsecas sobre las que piensa Jasay son la superioridad para prevalecer que tiene la "sociedad libre" frente a ordenes menos libres, la capacidad de desarrollar mecanismos y reglas tácitas que demuestran su mayor eficiencia sobre cualquier otro orden que hubiese existido sobre la tierra y también la capacidad de autorregularse y reforzar el cumplimiento de sus mecanismos de forma autónoma, no necesariamente a través de un agente externo.

⁵⁷⁴ "El argumento fundamental de este libro es que nuestra civilización depende, tanto en sus orígenes como en su mantenimiento, de la existencia de lo que sólo con relativa precisión puede describirse como un «amplio orden de cooperación humana», más conocido por el poco afortunado término «capitalismo»". Hayek F. A., 1990, O.C. I, pág. 33.

⁵⁷⁵ Jasay, A., 1995, pp.104-106.

«... tenía un impulso ético que le llevaba a una actuación a favor de la mejora de las condiciones de vida y trabajo, pero de carácter más abstracto, basado en la obligación moral de eliminar la estupidez, la irracionalidad y el despilfarro»⁵⁷⁶.

Ambos terminaron finalmente por apreciar la figura del otro. El propio Hayek consideró a Keynes como una de las personas más brillantes que hubiese conocido en su vida. Y los artículos anti-inflacionistas de Keynes de finales de los años 30' lo situaron en una posición más parecida en cuanto a la economía de la escasez que predicaba Hayek⁵⁷⁷. El propio Keynes dedicó dignas palabras de elogio para la obra *Camino de Servidumbre* (1944) escrito por Hayek, con la cual estaba, moral y filosóficamente, en profundo acuerdo⁵⁷⁸.

⁵⁷⁶ Torrero Mañas A., 1988, p.148.

⁵⁷⁷ Así le hizo saber Hayek a Keynes su impresión por medio de una carta fecha el de 3 de marzo de 1940 sobre los artículos publicados: «*It is reassuring to know that we agree so completely in the economics of the scarcity, even if we differ on when it applies*». (Skidelsky R, 2000,p.56)

⁵⁷⁸ «*It is a grand book...Morally and philosophically I find myself in agreement with virtually the whole of it; and not only in agreement, but in deeply moved agreement*» Skidelsky R. ,2000, p. 284.

Resumen y Conclusiones Finales.

Esta tesis analiza la controversia sostenida entre Hayek y Keynes enfatizando la percepción que cada uno tiene sobre la Historia. La división de esta investigación en dos partes obedece a que he pretendido, en primer lugar, precisar el debate conceptual en el marco del desarrollo de las ideas económicas. A modo de ejemplo, al tratar la Ley de Say no solo importa ver si para Hayek o Keynes se cumple dicha ley sino desarrollar el contenido de la misma en toda su amplitud dentro del marco de la gestación de las doctrinas económicas observando si es correcta la percepción de ambos sobre la misma. Dichos conceptos ayudan a comprender la aportación teórica de Hayek y Keynes acerca de las causas y remedios de las crisis económicas iluminando a su vez sobre la disyuntiva moderna entre sociedad civil e intervención gubernamental. En segundo lugar, he ahondado en las influencias filosóficas y metodológicas que nutren dos visiones diferentes de la Historia —aunque con puntos de encuentro—, la de Hayek predominantemente praxeológica, mientras que en Keynes aparece más específica y concreta. Concluyo que esta visión o idea de la Historia tiene una influencia significativa en la postura que asume cada autor en cuanto al papel desempeñado por las reglas de conducta y la capacidad de autorregulación de un orden moderno y complejo. De hecho, considero más significativo este influjo para el debate entre ambos que el ejercido por las doctrinas utilitarias que “defendía la acción pública para lograr la «mayor felicidad del mayor número» y combatir a los «intereses siniestros» contrarios a la democracia”⁵⁷⁹.

Básicamente, el debate transcurre en un período histórico determinado, que es el de entreguerras, caracterizado por la inestabilidad institucional, el desorden monetario, la Gran Depresión y la pérdida de hegemonía del Reino Unido. De hecho, ambos autores se consideran a sí mismos guardianes, pero como veremos con distintas armas, de la sociedad libre amenazada por la fragilidad del orden existente debido también, entre otras causas, al avance real en la Europa continental de alternativas

⁵⁷⁹ Rodríguez Braun C., 1989, p.212.

políticas y económicas diferentes del papel primordial jugado hasta entonces por el liberalismo clásico.

Dicho marco histórico convulso puede explicar también por qué tanto Hayek como Keynes comparten su aberración respecto al formalismo vacío y el empleo excesivo de las matemáticas sin un contenido claro, no como un instrumento sino como una finalidad en sí misma. Por ello, frente al “paradigma neoclásico” de un sistema en competencia perfecta y un equilibrio estático ambos contraponen una visión caracterizada por desequilibrios o equilibrios no sistémicos. Keynes y Hayek consideran inadecuada cualquier aproximación económica que asuma un conocimiento perfecto y unos recursos dados. Las situaciones y problemas complejos que debían enfrentar no podían analizarse adecuadamente con modelos excesivamente simplificados y alejados de la realidad.

La disputa propiamente dicha entre Hayek y Keynes fue muy breve, ocurrió entre los años 1931 y 1932, cuando se suceden una serie de réplicas y correspondencia entre ambos que Keynes zanjó delegando en Piero Sraffa y R.F. Kahn la continuación de la batalla frente a Hayek. Keynes prefirió centrarse en los conceptos que emplearía en la *Teoría General* “en lugar de perder el tiempo en controversias”⁵⁸⁰. Para Keynes la posición de Hayek a grandes rasgos era la de otro exponente de lo que él denominaba la “ortodoxia” que asumía tácitamente el cumplimiento de la Ley de Say.

La intención de Hayek era demostrar que no se podía obviar en el análisis económico la influencia ejercida por la dinámica monetaria sobre el tipo de interés y la estructura económica real. Hayek integraba así el análisis clásico —efecto Cantillon y Ricardo— con la teoría del capital y el interés de la escuela austriaca — Menger, Böhm-Bawerk y Mises—. A través de este análisis las crisis eran una manifestación de un direccionamiento erróneo de la inversión, el cual debía depurarse de forma natural — salvo en circunstancias excepcionales para Hayek— sin la necesidad de una actuación artificial de los entes públicos. Según Hayek el cálculo socialista podía provocar desajustes aún mayores y un falseamiento de las expectativas, ya que ningún organismo centralizado podía contar con toda la información relevante, generándose

⁵⁸⁰ Caldwell B., 1996, p. 46.

ésta de manera fragmentada y dinámica en el mercado. Hayek se erige por tanto en un defensor moderno contra los abusos de la razón y desarrolla a lo largo de su carrera académica una cruzada contra el constructivismo, que va más allá del propio Keynes y sus discípulos.

Keynes, en cambio, enfoca otro problema que considera esencial para cualquier época histórica, que es la inducción a la inversión. La especificidad histórica consiste en que los mercados de activos y financieros ejercen una influencia considerable sobre las motivaciones a invertir sujetas a comportamientos gregarios o psicología de masas. En este sentido, la consideración sobre los efectos en la estructura económica real pasa a un segundo plano siendo la cuestión esencial el papel jugado por las instituciones públicas para reconducir las expectativas y de esta forma impulsar el ánimo inversor, la actividad económica y el empleo en general. Su actitud es menos reverente frente a la tradición y las reglas de conducta heredadas otorgando un mayor protagonismo al papel asumido por los hombres instruidos en la conformación del orden social.

Desde el punto de vista metodológico, tanto Hayek como Keynes se valen de principios y leyes universales que les ayudarán a deducir el modo en que funcionaba la economía. Además ambos eran conscientes de las debilidades e inconsistencias que presentaba el método empírico. Pero a pesar de estas coincidencias existe un matiz muy sustancial e importante que les separa.

Hayek, en cierto grado de sintonía con Mises⁵⁸¹, considera que las leyes y principios generales formulados adecuadamente pueden dar respuestas y ampliar nuestra comprensión de fenómenos sociales complejos. En este sentido, para Hayek un principio adecuado integra numerosas situaciones particulares. De hecho, Hayek encuentra en la sabiduría de la tradición, de las normas y reglas abstractas de conductas heredadas de generación en generación, el único salvavidas con que cuenta el hombre para enfrentarse al desconocimiento, la incertidumbre y el mar de ignorancia por el que navega en la vida.

⁵⁸¹ *“Out of the political economy of the classical school emerges the general theory of human action, praxeology. The economic or catallactic problems are embedded in a more general science, and can no longer be severed from this connection. No treatment of economic problems proper can avoid starting from acts of choice; economics becomes a part, although the hitherto best elaborated part, of a more universal science, praxeology.”* Mises L.v., 1996, p.3.

Keynes, en cambio, si bien puede plantear un esquema générico o simplificado de la realidad para comprender el fenómeno económico sus variables tienen en cuenta hábitos, factores institucionales, historicidad, factores geográficos, propensiones psicológicas, etc., a la manera que lo llevaba a cabo Alfred Marshall. Por ello Keynes se muestra poco partidario de emplear argumentos sumamente abstractos que lo alejen demasiado de los hechos reales. Este papel que Keynes le da en su análisis a la especificidad, especialmente a la especificidad histórica, explica la relevancia otorgada por él a los eventos únicos e irrepetibles que existen en su análisis; la senda de la Historia para Keynes no es un camino suave, fluido o tranquilo (*smooth course*). Captar el momento histórico es, para Keynes, parte fundamental de una teoría económica adecuada. Al respecto, Maynard no compartía las máximas de Burke y Moore, que en el fondo era también su crítica implícita a Hume, considerando éste que una nueva idea verdadera o revolucionaria es más probable que pueda traer aparejados mejores resultados a largo plazo que el aferrarse a una doctrina falsa por apego a una regla, tradición o norma.

La diferencia de criterio entre Hayek y Keynes sobre los principios generales y el papel de las reglas abstractas se ejemplifican en su modo de entender el funcionamiento del sistema de precios.

Para Hayek el sistema de precios es un reflejo del proceso de coordinación económica que se sucede de modo espontáneo a través de la búsqueda incesante que realizan los individuos para mejorar su situación particular, con un conocimiento parcial y fragmentario. A partir de esta idea sencilla puede catalogarse a Hayek como un firme defensor de la economía de mercado y del espíritu del capitalismo siendo éste el único modo sensato para que pueda funcionar adecuadamente un orden complejo. Esto explica también su cruzada contra el cientificismo o constructivismo, ya que ningún órgano centralizado puede recopilar y procesar toda la información relevante para tomar decisiones mejor que lo harían los individuos de un modo descentralizado. Para Hayek la justicia distributiva tiene como defecto fundamental su incapacidad para articularse.

A diferencia de Hayek, las características específicas de una economía moderna en Keynes, lejos de propiciar la autorregulación o el ajuste automático por medio de los mecanismos del mercado, exacerbaban la parte neurótica del orden social. Por ello, en Keynes, es fundamental el papel desempeñado por las instituciones públicas para reconducir eficazmente las expectativas y el estado de la confianza.

Hayek apoya gran parte de su análisis con el legado filosófico dejado por los clásicos, en particular a través de la tradición de Hume y Smith, sumado a la vertiente austriaca del desarrollo marginalista basada en la cualidad enteramente subjetiva de la valoración humana, la inconmensurabilidad en el proceso de intercambio y el carácter espontáneo en la conformación de instituciones y mercados que son el resultado y símbolo de una civilización madura. Aunque desde mi punto de vista es debatible la novedad teórica que aportaba la utilidad marginal a la teoría económica, su irrupción sí provocó un cambio de enfoque centrado prioritariamente en la acción individual antes que en agregados o agentes representativos. A modo aclaratorio, Hayek resalta en el pensamiento clásico y marginalista la huella o línea teórica que conecta el carácter no intencionado de la acción individual, elemento que se ha asociado con el individualismo metodológico o “atomístico” de Carl Menger. La sensación es que, si bien Hayek reconoce dicho individualismo y lo emplea en su análisis, hay algo más clásico en su idea, puede que más acorde con un subjetivismo humanista a la manera que lo expresaron los filósofos morales escoceses como Hume, Ferguson o Adam Smith. Es en este sentido que algunos autores, como Huerta de Soto (1996) y Sanz Bas (2011), reconocen en el debate entre Hayek y Keynes una disputa entre la Escuela Austriaca y la Escuela Macroeconómica (keynesianos y monetaristas).

Si bien estoy de acuerdo con que el enfoque de Marshall y Maynard Keynes, como su influencia posterior en el análisis económico, era más global o agregada, más acorde con la teoría cuantitativa que estudiaba el efecto del nivel general de precios sobre las previsiones o expectativas, en ambos, aunque no necesariamente comparten la concepción del capital de la escuela austriaca, no le son ajenos los microfundamentos en los que se basan las decisiones ni tampoco desconocían las distorsiones que podría sufrir la estructura económica real debido a las variaciones en los precios relativos.

Del mismo modo, Hayek enriquece la visión cuantitativista, como ya hicieron diversos autores en el pasado —desde 1734 aproximadamente—, con lo que conocemos en la actualidad como efecto Cantillon, que no es sino contemplar también, y en tanto tienen lugar los efectos finales sobre el nivel general de precios, los movimientos en los precios relativos a lo largo de todo el proceso y, por consiguiente, las alteraciones, a medida que se va introduciendo en el sistema el estímulo o variación de liquidez, que el mismo ejerce en la toma de decisiones de los agentes y la construcción de sus previsiones.

Por tanto, mi conclusión sobre este punto es que no es suficiente presentar el debate entre Hayek y Keynes como una controversia entre el individualismo metodológico y los agregados macroeconómicos dado que Hayek emplea analíticamente industrias representativas (bienes de consumo y bienes de capital) aunque esté siempre más pendiente en reflejar las distorsiones relativas en la estructura productiva, mientras que Keynes también se basa en última instancia en el comportamiento de los agentes aunque tenga mayor consideración hacia los comportamientos gregarios y los efectos en el empleo y producto agregado.

Un ejemplo del argumento anterior es el enfoque de saldos reales empleado por Alfred Marshall donde intenta superar la dicotomía planteada por algunos economistas clásicos entre la teoría del valor y la teoría monetaria. El enfoque peculiar de Marshall al integrar la “microfundamentación de los comportamientos y toma de decisiones de los agentes”⁵⁸² para abordar problemas clásicos sentó las bases de la denominada macroeconomía actual — a partir de los años 80’ y 90’ del siglo XX—. Pero Marshall fue mucho más allá de esto al considerar la complejidad que se ocultaba detrás de las variables que formaban parte de su esquema analítico. En dichas variables se esconden expectativas, hábitos, costumbres, desarrollos institucionales e históricos, procesos tecnológicos, etc. Esta sensibilidad a las circunstancias particulares aunada a la intención de elaborar teorías generales es lo que hace que sea tan específico y meritorio el trabajo de Marshall. Y lo mismo se podría decir de Keynes, quien busca llevar hasta sus últimas consecuencias este modo de entender la investigación económica.

⁵⁸² Méndez Ibisate, 2004, p. 330.

La huella dejada por Marshall en el análisis teórico de Keynes se observa en diversas pinceladas de sus obras: El enfoque de la teoría del valor, la teoría sobre la demanda de dinero y las distintas motivaciones que inducen a los agentes a preferir tener saldos ociosos, el papel que jugaba en ello el tipo de interés, la inflexibilidad a la manera que lo habían señalado los clásicos de algunos precios (por ejemplo los salarios nominales) y su incidencia sobre el ciclo económico, el papel jugado por las expectativas, la existencia de ciertos agentes —en particular en el mercado financiero— cuya actuación podía provocar mayores alteraciones y perturbaciones sobre el orden de mercado, y sobre todo una visión no idílica del principio de *laissez-faire* que invitaba, en circunstancias concretas o excepcionales —como lo pensaban también los clásicos—, a la intervención discrecional por parte de las autoridades públicas. Al respecto, Hayek (1976) estaba menos persuadido sobre la capacidad e idoneidad de los “estabilizadores de la moneda” y consideraba que era preferible un sistema monetario natural competitivo, preferiblemente en su caso de emisión privada, que no se viera sometido a intereses particulares y parciales.

Otro eje del debate obedece a la interpretación de la Ley de Say —su cumplimiento o incumplimiento— y el principio sobre la demanda efectiva empleado por Keynes.

Con independencia de lo acertada o desacertada que sea la apreciación que tiene Keynes sobre la Ley de Say, la crítica que vierte sobre la misma muestra su modo de trabajar analíticamente.

Keynes considera en la *T.G.* que el “equilibrio clásico”, donde se emplean a pleno los factores productivos, es una situación particular fruto del “accidente” o el “diseño”. Pero para entender por qué sucede esto y por qué es la demanda la que impulsa a la oferta y no viceversa —que la oferta constituya la posibilidad de demandar bienes de consumo, bienes de inversión, instrumentos financieros o dinero—, hay que adentrarse en el modo que Keynes utiliza los modelos o esquemas.

El razonamiento de Keynes es el siguiente: para que se cumplan las condiciones enunciadas por el teorema de Turgot-Smith sobre la coordinación del consumo intertemporal implica que un acto de ahorro se traduce, tarde o temprano, en un acto de inversión. El problema, para Keynes, radica en que las motivaciones a invertir

pueden comportarse de un modo inesperado, al menos para como él consideraba que lo interpretaba la ortodoxia clásica, aunque existieran incluso incentivos económicos para que lo hiciera de un modo esperado. La explicación que da Keynes sobre este fenómeno obedece a que la inducción a la inversión depende a su vez de una serie de variables, propensiones psicológicas, comportamientos gregarios que se reflejaban en la relación de equilibrio entre el tipo de interés y la eficiencia marginal del capital⁵⁸³. Una eficiencia marginal del capital decaído respecto a los niveles de tipos de interés, aunque estos estuviesen nominalmente en un nivel muy bajo, deprimía el impulso inversor. El modo de operar de los mercados organizados para Keynes en lugar de reducir la incertidumbre podía acrecentarla, existiendo incentivos reales y particulares a hacerlo, sumado a un componente de psicología de masas que exacerbaba las conductas neuróticas colectivas.

Un ejemplo de ello es que, para Keynes, un acto de ahorro podía afectar negativamente la confianza empresarial, cuyas expectativas de largo plazo estaban influidas por la situación corriente del estado de los negocios —a la manera que lo habían señalado con anterioridad H. Thornton, J. S. Mill, A. Marshall y A. C. Pigou—. Así, para poder cerrar el círculo entre el tipo de interés y la naturaleza del capital en el Keynes de la *T.G.*, el tipo de interés se determina en el mercado monetario —de este modo un aumento del ahorro no necesariamente impulsaba a la inversión— dependiendo, a su vez, el tipo de interés del grado de confianza que tienen los agentes sobre la marcha de la economía.

Hayek sostiene una posición claramente diferente a la de Keynes. El principio de la demanda efectiva de Keynes era una reiteración de las falacias subconsumistas bajo un nuevo ropaje. Al respecto, los autores clásicos para Hayek habían dicho y elucidado prácticamente todo lo necesario sobre este aspecto. Para Hayek —como para tantos otros críticos de Keynes— las circunstancias presupuestas por Keynes solo se podían cumplir en lo más profundo de una depresión. Esta “economía de la abundancia”⁵⁸⁴ — como denominó Hayek a la propuesta de Keynes— hace carecer de sentido el

⁵⁸³ “La clave de la noción de eficiencia marginal del capital es que se trata de una variable que está afectada sobre todo y principalmente por factores subjetivos, psicológicos, probabilísticos o de expectativas”. Méndez Ibisate, F., 2012, p.44.

⁵⁸⁴ F. A. Hayek, 1962, p.374.

movimiento de los precios relativos, o que el capital tenga un precio. Para Hayek en algún momento las escaseces relativas irrumpirán en el proceso y los movimientos de los precios relativos tarde o temprano provocarán los diversos ajustes que requiere el sistema económico. El peligro para Hayek de la influencia de las ideas de Keynes, más que con el propio Keynes, con quien finalmente llegó a cierto entendimiento sobre la economía de la escasez, era el efecto pernicioso a largo plazo de la puesta en práctica de dichas ideas y propuestas sobre la estructura económica real, el acervo del capital, los incentivos al ahorro voluntario y en definitiva sobre las expectativas.

Para los economistas austriacos, gracias a los desarrollos realizados por Mises y Hayek, la esencia del fenómeno del ciclo había que encontrarla en el funcionamiento del sistema financiero y bancario. Para Hayek en el mercado bancario existen claros incentivos a realizar operativas socialmente perversas, como lo es la expansión del crédito para no perder cuota de mercado, que afectaban al nivel de solvencia de los mismos y a la coordinación económica intertemporal a través del tipo de interés de mercado. Este efecto es muchísimo más perverso cuando se encuentran respaldados por un prestamista de última instancia como lo son los Bancos Centrales. En este último caso, las oscilaciones del crédito son mas abruptas y las consecuencias más severas. Por tanto, los mercados para Hayek no son eficientes por definición, no existe una idealización sobre su funcionamiento, sino que propician a través de la búsqueda, el intercambio y el conocimiento parcializado soluciones más adecuadas que las que podrían obtenerse en un sistema dirigido por un órgano centralizado. En este sentido, los mercados financieros propician y facilitan el intercambio de información, permiten compartir riesgos y, en definitiva, ayudan a paliar los efectos negativos de las oscuras fuerzas de la ignorancia y la incertidumbre.

Keynes, por el contrario, asocia la idea de un juego de azar al modo en que operaban los mercados de activos (valores) y financieros⁵⁸⁵. En los juegos de azar no

⁵⁸⁵ En los juegos de azar no existe el riesgo entendido como incertidumbre. En dichos juegos los riesgos pueden calcularse matemáticamente con exactitud. Incluso existe una parte de riesgos basados en actuaciones y decisiones económicas que pueden calcularse por aproximación probabilística o a través de funciones de probabilidad asociadas a tales eventos. En ningún caso, ni las decisiones de inversión real ni las decisiones de inversión financiera son parecidas a los juegos de azar. Esta fue la crítica

hay lugar para que todos se puedan beneficiar. En la lotería solo ganan unos pocos a costa de las apuestas de muchos. El funcionamiento de estos mercados para Keynes tiene además un efecto perverso —que distorsiona tanto la información como la construcción de las expectativas empresariales— al basarse en comportamientos gregarios, psicología de masas y estar sujetos a un componente significativo de neurosis colectiva. La preocupación de Keynes era la influencia de estos mercados sobre la eficiencia marginal del capital y en definitiva sobre los incentivos para invertir a largo plazo. La socialización de la inversión, que menciona Keynes en la *T.G.* pero desde mi punto de vista transmite una idea equívoca sobre sus verdaderas intenciones⁵⁸⁶, era la solución para mejorar el estado de la confianza empresarial y aprovechar más adecuadamente los recursos económicos en el tiempo.

Para comprender tanto la similitud como la diferente visión de la economía que tienen Hayek y Keynes he investigado en la influencia recibida a través de sus mentores. De hecho, el modo de afrontar y comprender la naturaleza de los fenómenos económicos en Menger y Marshall no era tan diferente aunque hay un matiz de importancia. Dicho matiz, que me propuse desarrollar, no obedece tanto a la influencia ejercida por la corriente utilitarista sobre la escuela de Cambridge y la posición crítica de la escuela austriaca sobre aquella sino, en cambio, al ascendente historicista o de las escuelas históricas sobre el pensamiento de Alfred Marshall y Maynard Keynes.

No se debe olvidar que Marshall siempre mantuvo una actitud abierta a la hora de incorporar y establecer contactos con diversas escuelas ajenas al ámbito exclusivo de Cambridge, como quedó retratado en sus viajes a Alemania (1868 y 1870-1871)—

realizada por Hazlitt H. (1959, aquí empleamos la versión de 2007) a la visión de Keynes en la *T.G.* sobre el funcionamiento de los mercados financieros. Recogida también por Méndez Ibisate, 2012, pp. 53-55.

⁵⁸⁶ Este es un punto de discrepancia entre mi visión del mensaje de Keynes y el de mi tutor Méndez Ibisate. Desde mi punto de vista la socialización de la inversión en Keynes no es simplemente una sustitución de la función que podía desempeñar la actividad privada sino que tiene principalmente como cometido mejorar el estado de la confianza empresarial (reforzarla no sustituirla) y de este modo afectar de modo positivo a la eficiencia marginal del capital. Bajo esta hipótesis se observa cierta continuidad en el mensaje de Keynes a través de la diversidad de sus obras. Es probable tal como dijera Hayek después de la muerte de Keynes que éste tenía “un don para acuñar expresiones lo que le hacía exagerar sus opiniones. Desde luego, frases como «charlatán financiero», «el fin del *laissez-faire*» y «a largo plazo, todos muertos» deben de haberse vuelto con frecuencia contra el autor en momentos en que éste se sintiera más conservador”. Hayek, F. A, 1996, p.258.

donde se relacionó con miembros de la Escuela Histórica Alemana—, a los Estados Unidos de Norteamérica (1875) para comprobar de primera mano el desarrollo industrial experimentado por dicho país, entrando en contacto con varios de los economistas Institucionalistas Americanos, y las vacaciones de verano que solía pasar junto a su mujer en el sur del Tirol, donde en ocasiones se encontró con algunos de los economistas de la escuela austríaca, como Wiser o Böhn-Bawerk⁵⁸⁷.

Tanto Marshall como Menger comprendieron los límites del método inductivo. Ambos estaban de acuerdo en que el conocimiento económico no podía provenir solamente de los hechos. Al igual que Menger, Marshall consideraba que era ineludible emplear principios universales y desarrollos abstractos. Ambas metodologías se centraron primordialmente antes en el individuo que en el sistema. Pero existía una diferencia significativa de énfasis entre ambos, que persistirá posteriormente en el debate entre Hayek y Keynes. Aun partiendo ambos del individualismo metodológico, Marshall le dio mayor relevancia que Menger al problema de la especificidad histórica en su método de análisis. De hecho, la postura filosófica de Menger derivó posteriormente a través de algunos de sus discípulos en una relativa santificación de los principios universales, para lo que Marshall afirmaba que había que estar en cierto grado prevenido:

«Though economic analysis and general reasoning are of wide application, yet every age and every country has its own problems; and every change in social conditions is likely to require a new development of economics doctrines»⁵⁸⁸.

No obstante, es pertinente aclarar que Menger era consciente que para explicar la realidad se requería de algo más que una construcción teórica pura. Por ello en su tratado metodológico asume una sana posición intermedia diferenciándose de la ausencia de realismo que sugerían parte de las abstracciones económicas, más propias de los teóricos del equilibrio, como del realismo empírico de las escuelas historicistas, que buscaban a partir de un sinfín de hechos construir una teoría carente de sentido.

⁵⁸⁷ Justamente es llamativo que sea el propio Maynard Keynes quien en sus ensayos biográficos sobre Alfred Marshall (1924) y Mary Paley Marshall (1944) resaltara ese rasgo o conexión del pensamiento de su maestro con las distintas vertientes del historicismo. Esto también se puede corroborar a través de la biografía de Alfred Marshall escrita por Groenewegen P., 1995, p. 217-218.

⁵⁸⁸ Marshall, A., 2013, pp 30-31.

El método de Menger sentó las bases sobre el modo de enfrentar la investigación en las ciencias sociales que sería utilizado por los futuros miembros de la denominada Escuela Austriaca. Dicho método se fundamentó, esencialmente, en la acción individual basada ésta en las preferencias subjetivas y una interpretación cultural evolutiva. Su teoría, por tanto, analizó el origen espontáneo de las instituciones e instrumentos que efectivamente permitían de un modo efectivo la supervivencia y propagación de la especie. De este modo, se puede afirmar que su análisis económico incorporó la organización social y la faceta institucional dentro de las categorías económicas.

Mi impresión es que la visión de Menger evidentemente más praxeológica de la Historia se incorporó a la armadura analítica que empleaban tanto Hayek como Mises, aunque de modo más radicalizado por éste último.

Hayek siempre combinó el pensamiento de los economistas clásicos con la visión más moderna de la escuela austriaca. En este sentido, la concepción de Hayek sobre la Historia es predominantemente praxeológica en el marco de la tradición del pensamiento clásico y austriaco basado en el orden espontáneo. Para Hayek, el hombre en el camino de la evolución y adaptación, en su lucha por la supervivencia, se ha ido alejando de órdenes gregarios hacia órdenes cada vez más individuales y complejos, los cuales para que puedan funcionar adecuadamente requieren del cumplimiento de reglas abstractas y universales que en muchas ocasiones no se han formalizado o plasmado en palabras o leyes. La tradición y las reglas de conducta que guían nuestra vida presente no son algo constante para Hayek, sino que son el resultado de un proceso espontáneo de selección que ha ido superando el paso del tiempo al ser eficaces para el hombre. La razón —a la manera que la concebía Hume— no crea la tradición; sino que por el contrario es un fruto de la misma. A Hayek le preocupaba el empleo mítico de la Historia para orientar y transformar el orden social, lo que le lleva a asumir una posición de enfrentamiento intelectual respecto al constructivismo.

Hayek duda de la Historia, al igual que Mises, en cuanto al empleo mítico de la misma para respaldar fines particulares. Le preocupa el papel que jugaban estas ideas

en la formación de la opinión pública. Si los filósofos de la Historia planteaban que la naturaleza espiritual del hombre estaba vinculada a la Historia, entonces del mismo modo se podía concebir que la propia voluntad y capacidad de comprensión de los hechos históricos por parte de aquéllos hacía posible la orientación y transformación del orden existente. En esto consiste esencialmente la crítica a lo que Hayek denominó el racionalismo constructivista y las nefastas consecuencias que desde su punto de vista podía ocasionarle al funcionamiento adecuado de un orden complejo. Alertaba en definitiva del peligro de la idealización de la Historia, con el objeto de satisfacer deseos particulares concretos.

Marshall, en cambio, presentó una actitud más receptiva hacia las escuelas históricas como quedó reflejado tanto en el ensayo biográfico que escribió Maynard Keynes en homenaje a su fallecimiento (1924), como también en las *Memorias* que editó A.C. Pigou en el año 1925 y en varios pasajes de los *Principios de Economía Política* (1890). Marshall leyó a Kant, llegó a decir en una ocasión que éste “era su guía”⁵⁸⁹. *La Filosofía de la Historia* de Hegel ejerció cierta influencia sobre la obra de Marshall, libro que es citado en los *Principios*. Y estableció un contacto directo con varios de los economistas de la Escuela Histórica, en particular con W. Roscher.

Antes de abordar la posible influencia de la metafísica germánica sobre el pensamiento de Alfred Marshall y sobre el propio Maynard Keynes es necesario realizar algunas aclaraciones sobre el hipotético doble camino de la Ilustración o entre el verdadero o falso racionalismo, como le denominó el propio Hayek.

En primer lugar, dicha metafísica de Kant, Hegel o K. Marx no es ajena a los procesos evolutivos espontáneos. Como señalara el propio Hegel: “Kant arranca en realidad de esta doctrina [la de Hume] para construir su propia filosofía”⁵⁹⁰. Además el propio Hegel estudió a los filósofos morales escoceses y gracias a los trabajos de Smith pudo establecer la crítica a la “ética” abstracta de Kant situando la ética y moralidad acorde a un contexto histórico específico, que tenía como principal protagonista a la sociedad civil. Por último, es injusto encasillar el enfoque de la Historia de Hegel o de Marx, e incluso de varios de los pensadores clásicos, como una sucesión de etapas más

⁵⁸⁹ Keynes J. M., 1924, p. 320.

⁵⁹⁰ Hegel, G.W.F., 1997, p.374.

o menos irreversibles. No hay tal cosa como predestinación en dicho pensamiento sino simplemente concebir lo potencial a partir de lo existente.

Lo que sí separa a ambas filosofías, que es lo que enfatizan Mises o Hayek, es la visión más escéptica y menos pretenciosa de Locke, Hume y, en menor medida, Smith sobre la capacidad de la razón para comprender el fenómeno humano frente a la filosofía especulativa hegeliana que busca penetrar en la maraña de acontecimientos que es la Historia dándole un sentido y una coherencia. La razón, al entender lo que anhela Hegel, tiene un papel más protagónico a la manera de establecer máximas, leyes y contratos sociales, siendo su actitud menos sumisa, según las circunstancias, hacia las normas y reglas heredadas por la tradición.

El camino seguido por A. Marshall obviamente no llega ni por asomo a los extremos revolucionarios que planteó la dialéctica hegeliana, y mucho menos Keynes, que consideró a Marx como un pensador con intuiciones interesante pero muy pobre en realidad⁵⁹¹. Pero sí es cierto que el pensamiento de Marshall, y también el de Keynes, a la par que tienen cabida determinadas leyes o teorías universales sobre los valores y motivaciones del hombre también toma en consideración cuestiones específicas, matizaciones históricas y geográficas que incorpora a su análisis económico. La actitud de ambos también era menos reverente acerca de las reglas de conducta generalmente aceptadas. Tanto en Marshall como en Keynes era significativa la capacidad de persuasión que podían tener las nuevas ideas, las cuales podían no reposar tanto en la tradición sino más en el conocimiento profundo de la economía, sobre la opinión pública y las personas que podían adoptar decisiones de relevancia en la vida política, social y económica.

Posiblemente por ello Marshall trasmite cierta ambigüedad —no todo es blanco ni negro, ni positivo ni negativo, ni impulsa ni frena al progreso económico y social— ante cuestiones como los derechos de propiedad, el papel que deben desempeñar las instituciones públicas —en particular los Bancos Centrales o las autoridades ante los rendimientos crecientes o decrecientes de las empresas dentro de una industria—, la

⁵⁹¹ Skidelsky R, 2000, p. 169.

función de los sindicatos y el rol de las cooperativas, por mencionar algunas cuestiones destacables.

La influencia de Alfred Marshall, principalmente, y de Henry Sidgwick en Cambridge fue notable en el modo de abordar los problemas en las ciencias sociales. El propio padre de Maynard Keynes, John Neville, publicó a instancias del propio Marshall en el año 1890 un libro, *The Scope and Method of Political Economy*, que se convirtió en la consulta de cabecera por excelencia de los economistas, especialmente de Cambridge y en particular de John Maynard.

Esto explica en cierta medida, en el caso concreto de Keynes, que su preocupación a lo largo prácticamente de toda su obra intelectual se centrara en el cambio y la transformación histórica. Percibir el momento histórico, sus circunstancias, forma parte de la sensibilidad analítica que Keynes consideraba necesaria para enfrentarse a los problemas de su tiempo. Prefería partir de la impureza e imperfección de la realidad que construir una estructura teórica analíticamente consistente que lo alejara demasiado de ella. Esto no significa, sin embargo, que no hubiese teoría pura en Keynes sino que la teoría pura era, a la manera que la interpretaba Alfred Marshall, una maquinaria de aplicaciones universales para el descubrimiento de ciertas clases de verdades.

Keynes consideró que la tendencia hacia el colectivismo había alumbrado entes y mercados organizados cuya conducta no podía abordarse con eficacia a través de la teoría liberal tradicional. Percibió que esta “Nueva Era” necesitaba de los instrumentos gubernamentales y de los entes públicos para reducir los niveles de incertidumbre y lograr, de este modo, un compromiso a mayor plazo de la inversión que redundara en un nivel de empleo superior y más estable. Su discurso apunta hacia la posibilidad de una tercera vía, entre el liberalismo clásico y el socialismo, que se presenta, no de forma exclusiva pero sí con más decisión en su *T.G.*, como una alternativa razonable frente al auge del fascismo y el comunismo. La visión siempre cambiante de Keynes, intentando captar la esencia del momento, fue la virtud pero también el lastre teórico para sus ideas dentro de los círculos académicos, provocando la irritación de aquéllos que no podían ver en Maynard una posición única y coherente.

Hayek sin duda es más purista que Keynes en el uso de la teoría y en el reconocimiento de los logros alcanzados por sus predecesores. Alaba, así pues, a los economistas clásicos por penetrar conceptualmente en las fuerzas reales que guían el progreso y el desarrollo a largo plazo, apartándose de las visiones superficiales acerca de los fenómenos económicos.

El discurso de Hayek no es anárquico; su denuncia de la planificación no es equivalente a decir que la única forma de capitalismo posible es un *laissez-faire* completo en el sentido extremo del término. La cuestión radica justamente sobre qué marco institucional pueden operar de forma más eficiente los mecanismos competitivos y alertar, bajo esta idea, sobre los problemas del intervencionismo creciente, inspirado en el racionalismo ilustrado — reformista, revolucionario—, que crea derechos a partir de las leyes construyendo el mundo y la Historia a su antojo ⁵⁹².

Ambos, Hayek y Keynes, asignaban un papel al Estado para que la sociedad libre pudiese funcionar de forma adecuada. La cuestión era saber dónde se debía poner el límite a dicha acción ⁵⁹³. Hayek, si bien en algunas ocasiones avaló la acción gubernamental cuando los propios cimientos del capitalismo se resquebrajaban, siempre mantuvo una cruzada sobre los efectos perniciosos que la acción deliberada podía ocasionar a largo plazo ⁵⁹⁴. A Hayek se le cuestionó que no visualizara que la sociedad libre es un orden

⁵⁹² “To say that partial planning of the kind we are alluding to is irrational is, however, not equivalent to saying that the only form of capitalism which can be rationally advocated is that of complete *laissez faire* in the old sense. There is no reason to assume that the historically given legal institutions are necessarily the most “natural” in any sense. The recognition of the principle of private property does not by any means necessarily imply that the particular delimitation of the contents of this right as determined by the existing laws are the most appropriate. The question as to which is the most appropriate permanent framework which will secure the smoothest and most efficient working of competition is of the greatest importance and one which it must be admitted has been sadly neglected by economists...The world of today is just interventionist chaos”. Hayek F. A., 1963, pp. 17-18.

⁵⁹³ En la reseña de Keynes al *Camino de Servidumbre* de Hayek éste le hacía notar que: “You admit...that is a question of knowing where to draw the line. You agree that the line has to be drawn somewhere, and that the logical extreme is not possible. But you give us no guidance whatever as to where to draw it. It is true that you and I would probably draw it in different places. I should guess that according to my ideas you greatly under-estimate the practicability of the middle course. But as soon you admit that the extreme is not possible... you are, on your own argument, done for, since you are trying to persuade us that so soon as one moves an inch in the planned direction you are necessarily launched on the slippery path which will lead you in due course over precipice... I accuse you of perhaps confusing a little bit the moral and the material issues”. Skideslky R., 2000, p. 285.

⁵⁹⁴ “Nunca se ha negado, desde luego, que el empleo puede incrementarse rápidamente alcanzando una posición de pleno empleo en el más corto espacio de tiempo posible mediante la expansión monetaria. Lo único que se ha mantenido es que la clase de pleno empleo que se puede crear mediante este procedimiento es inherentemente inestable, y que crear empleo por esta vía es perpetuar las

social que prevalecerá por sus propiedades intrínsecas⁵⁹⁵; de hecho su visión sobre el funcionamiento del mercado muchas veces es oscura, imperfecta y desesperanzadora. Pero de igual modo, considera que lo que conocemos por el poco afortunado término de “capitalismo”, como un amplio orden de cooperación humana, es de lo que depende la existencia de nuestra civilización⁵⁹⁶. En numerosas ocasiones Hayek nos transmite la sensación de que el orden espontáneo prevalece por sus virtudes pero requiere de una ayuda para que la adhesión sea mayoritaria. En ello también juegan un rol la persuasión y la historia de las ideas. Por tanto, no es radicalmente contrario a pequeños efectos redistributivos pero no por una cuestión moral o de justicia sino justamente porque hacen más atractiva la sociedad libre⁵⁹⁷. En la misma línea se podría decir de Keynes que:

«... tenía un impulso ético que le llevaba a una actuación a favor de la mejora de las condiciones de vida y trabajo, pero de carácter más abstracto, basado en la obligación moral de eliminar la estupidez, la irracionalidad y el despilfarro»⁵⁹⁸.

Uno y otro terminaron finalmente apreciándose. El propio Hayek consideró a Keynes como una de las personas más brillantes que hubiese conocido en su vida. Y los artículos anti-inflacionistas de Keynes de finales de los años 30' lo situaron en una posición más parecida en cuanto a la economía de la escasez que predicaba Hayek⁵⁹⁹. El propio Keynes dedicó dignas palabras de elogio para la obra *Camino de*

fluctuaciones económicas. Puede ser que existan situaciones desesperadas en las que realmente sea necesario incrementar el empleo a cualquier coste, aunque sólo se pueda lograr hacerlo durante un corto periodo de tiempo —quizá la situación en la que se encontró el doctor Brüning en la Alemania de 1932 —sea una situación en la que este tipo de procedimientos desesperados esté justificado. Sin embargo, el economista no debe ocultar el hecho de que pretender lograr el máximo de empleo que se pueda alcanzar a corto plazo por medio de la política monetaria es esencialmente la política del desesperado que nada tiene que perder y todo que ganar si consigue un breve respiro”. F. A. Hayek, 1975., nota 1 al pie de las pp. 63-64. Traducción en Huerta de Soto, 2009, pp. 356 -357.

⁵⁹⁵ Véase al respecto la crítica de Anthony de Jasay (1995).

⁵⁹⁶ “El argumento fundamental de este libro es que nuestra civilización depende, tanto en sus orígenes como en su mantenimiento, de la existencia de lo que sólo con relativa precisión puede describirse como un «amplio orden de cooperación humana», más conocido por el poco afortunado término «capitalismo»” Hayek F. A., 1990, pág. 33.

⁵⁹⁷ Jasay, A., 1995, pp.104-106.

⁵⁹⁸ Torrero Mañas A., 1988, p.148.

⁵⁹⁹ Así le hizo saber Hayek a Keynes su impresión por medio de una carta fecha el de 3 de marzo de 1940 sobre los artículos publicados: “*It is reassuring to know that we agree so completely in the economics of the scarcity, even if we differ on when it applies*”. Skidelsky R, 2000,p.56.

Servidumbre (1944) escrito por Hayek, con la cual estaba, moral y filosóficamente, en profundo acuerdo⁶⁰⁰.

Finalmente, la disputa teórica entre Hayek y Keynes puede ser también una cuestión de matiz. En este sentido, el énfasis en un aspecto u otro puede propiciar un tipo de análisis u otro sobre las causas y consecuencias de un problema económico. El matiz que aquí se resalta versa acerca de la distinta visión sobre la Historia que tienen tanto Hayek como Keynes. Se estudia, por tanto, de dónde proviene esta concepción diferente y qué consecuencias ejerce sobre el análisis llevado a cabo por cada uno.

Probablemente la mayor sensibilidad de Keynes por el momento histórico puede explicar en cierta medida la mayor influencia ejercida por su obra tanto en el período de entreguerras como en las primeras décadas de la posguerra donde el nihilismo político de Hayek nadaba a contracorriente. Sin embargo, la visión más universal y praxeológica de Hayek es útil para alertarnos sobre los errores que, al parecer, estamos condenados a repetir una y otra vez en la Historia.

⁶⁰⁰*"It is a grand book...Morally and philosophically I find myself in agreement with virtually the whole of it; and not only in agreement, but in deeply moved agreement". Skidelsky R., 2000, p. 284.*

Bibliografía.

ADORNO, Theodor W. y HORKHEIMER, Max (1969): *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana [1ª edición 1944].

BARBON, Nicholas (1903): *Discourse of Trade*. Editado por Jacob H. Hollander. The John Hopkins Press, [1ª edición 1690]. Edición electrónica en:

<https://archive.org/stream/nicholasbarbonon00barb#page/n3/mode/2up>

BECKER Gary. S. & BAUMOL, William. J. (1952): “The Classical Monetary Theory: The Outcome of the Discussion”. *Economica*, New Series, Vol. 19, No. 76 (Nov., 1952), pp. 355-376.

BENJAMIN, Walter (2007): “La Bella Durmiente”. Publicado bajo pseudónimo latino de Ardor en la revista juvenil de Der Anfang. Traducción al castellano Jorge Navarro Pérez. Obras Completas Libro II. Vol I. [1911] Adaba Editores.

BLAUG, Mark (1989): *Teoría económica en retrospectiva*. México D. F., Fondo de Cultura Económica (FCE) [1ª edición 1962].

BÖHM-BAWERK, Eugene von (1986): *Capital e Interés. Historia y crítica de las teorías sobre el interés*. Traducción de Carlos Silva. [1ª edición 1884]. México D. F., Fondo de Cultura Económica (FCE), de donde se toman las referencias.

BURCZAK, Theodore A. (1994): “Reply to Bruce Caldwell. Can subjectivism be non-Hermeneutic?” *Economics and Philosophy*, 10, 315-317. Reproducido en *The Legacy of Friedrich von Hayek, Vol. II: Philosophy* (pp. 118-120) [1999], Cheltenham UK, Northampton, MA (USA), an Elgar References Collection.

CACHANOSKY, Nicolás (2007): *Teoría Austriaca y el Problema del Ciclo Económico*. Buenos Aires, Eumed. www.eumed.net/libros/2007b/305/.

CACHANOSKY, Nicolás (2014): “The Implications of Hayek’s Knowledge Problem”. *Hayek Essay Contest*. The Mont Pelerin Society (2do premio). www.montpelerin.org

CALDWELL, Bruce (1994): “Hayek scientific subjectivism”. *Economics and Philosophy*, 10, 305-313. Reproducido en *The Legacy of Friedrich von Hayek, Vol II: Philosophy* (pp. 109-119) [1999]. Cheltenham UK, Northampton, MA (USA), An Elgar References Collection.

CALDWELL, Bruce (1996): *Introducción—Contra Keynes y Cambridge—*. Obras Completas. Volumen IX. Madrid, Unión Editorial [1era ed. en inglés 1995].

CANTILLON, Richard (2010): *Essai sur la Nature du Commerce en Général*. Traducción al inglés de Chantal Saucier y editado por Mark Thornton. Auburn, Alabama Mises Institute [1ª edición 1755] [posiblemente escrito en 1734]. Versión electrónica en www.mises.org.

CARABELLI, Anna (1991): “The Methodology of the Critique of Classical Theory: Keynes on organic interdependence”. En Bateman, Bradley W. and David, John B (edic.) [1991]. *Keynes and Philosophy: Essays on the Origin of Keynes’s Thought*, Aldershot: Edward Elgar: pp. 104-125.

CARABELLI, Anna y DE VECCHI Nicolás (1999): “‘Where to draw the line’? Keynes vs Hayek on knowledge, ethics and economics”. *European Journal of The History of Economic Thought* 6 (2) (Verano), pp. 271-296. Reproducida en *Friedrich A. Hayek. Critical Assesments of Leading Economist. Second Series*. Londres y New York, editado por John C. Wood y Robert D. Wood. Routledge [2004].pp. 1-26.

CARABELLI, Anna y DE VECCHI Nicolás (2001): “Hayek and Keynes: from a common critique of economic method to different theories of expectations”. *Review of Political Economy* 13 (3), pp. 269-285. Reproducida en *Friedrich A. Hayek. Critical Assesments of Leading Economist. Second Series*. Londres y New York, editado por John C. Wood y Robert D. Wood. Routledge [2004].pp. 288-307.

COMMONS, John R. (1990): *Institutional Economics—Its Place in Political Economy*. New York, Macmillan [1ª ed. 1934].

FEITO, José Luis (1999): “Hayek y Keynes: el debate económico de entreguerras. La polémica sobre las causas y remedios de las recesiones”. *Ensayos del Círculo*, Madrid, Círculo de Empresarios. Existe una edición más reciente que también empleamos

[2008]. *Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales*. Existen versiones electrónicas de ambos trabajos.

GORDON CHILDE, Vere (1989): *Los orígenes de la civilización*. El título original en inglés es *Man makes himself*. Traducción de Eli de Gortari. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica [1ª edición 1936].

GREAVES, Percy L. (1990): *Mises Made Easier*. [1ª edición 1974]. New York, Segunda edición Free Market Books.

GRICE-HUTCHINSON, Marjorie (1952): *The School of Salamanca*. Oxford and the Clarendon Press. <http://mises.org/document/4304/The-School-of-Salamanca>.

GROENEWEGEN, Peter (1995): *A Soaring Eagle: Alfred Marshall 1842-1924*. Vermont (USA), Edward Elgar.

HAWTREY, Ralph G. (1950): *Currency and Credit*. London: Longmans, Green, 1919. 2d ed. 1923. 3d ed. 1928. Edición empleada Aberdeen: University Press.

HAYEK, Friedrich A. (1934): “Carl Menger”. *Economica*, New Series, Vol. 1, No. 4 (Nov., 1934), pp. 393-420. <http://www.jstor.org/stable/2549123>.

HAYEK, Friedrich A. (1945): “The Use of Knowledge in Society”. *The American Economic Review*, Vol. 35, No. 4 (Sep., 1945), pp. 519-530. <http://www.jstor.org/stable/1809376>

HAYEK, Friedrich A. (1963): *Collectivist Economic Planning*. George Routledge. Sexta Reimpresión [1935]. London. Versión electrónica en www.mises.org.

HAYEK, Friedrich A. (1967): *Prices and Production*. En base la segunda edición extendida de 1935. New York, Augustus M. Kelly, Publishers [1ª edición 1931]. Versión electrónica en www.mises.org.

HAYEK, Friedrich A. (1968): “Der Wettbewerb als Entdeckungsverfahren”. Empleamos la traducción al inglés de Marcellus S. Snow publicado en: *The Quarterly Journal of Austrian economics* vol. 5, nº. 3 (Fall 2002): 9–23. Se puede consultar la edición electrónica en: www.mises.org

HAYEK, Friedrich A. (1973): *Law, Legislation and Liberty. Vol I, II, III.* Londres, Routledge & Kegan Paul LTD.

HAYEK, Friedrich A. (1975): *Profits, Interest and Investment.* Londres, Augustus M. Kelley publishers Clifton [1ª edición 1939] George Routledge & Sons Ltd.

HAYEK, Friedrich A. (1978): *The Constitution of Liberty.* [1960]. The University of Chicago.

HAYEK, Friedrich A. (1981): "The Flow of Goods and Services." Manuscrito no publicado.

HAYEK, Friedrich A. (1985): *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas.* Londres, Routledge & Kegan Paul [1ª edición 1978].

HAYEK, Friedrich A. (1990): *La Fatal Arrogancia. Los errores del socialismo.* Obras Completas. Volumen I. Madrid, Unión Editorial [1ª edición 1988].

HAYEK, Friedrich A. (1990): *Denationalisation of Money—The Argument Refined. An Analysis of the Theory and Practice of Concurrent Currencies.* Londres, The Institute of Economic Affairs [1era ed. 1976]. Versión electrónica en www.mises.org.

HAYEK, Friedrich A. (1995): *La Tendencia del Pensamiento Económico.* Ensayos sobre economistas e historia económica. Edición preparada por W.W.Bartley III y Stephen Kresge; edición española al cuidado de Jesús Huerta de Soto. Obras Completas Vol III. Madrid, Unión editorial.

HAYEK, Friedrich A. (1996): *Contra Keynes y Cambridge.* Obras Completas. Volumen IX. Madrid, Unión Editorial [1era ed. en inglés 1995].

HAYEK, Friedrich A. (1998): *Derecho, Legislación y Libertad. Volumen II. El Espejismo de la Justicia Social.* Segunda Edición. Madrid, Unión Editorial, [1ª edición 1973].

HAYEK, Friedrich A. (1999): *Socialismo y Guerra.* Obras Completas. Volumen X. Madrid, Unión Editorial [1era ed. en inglés 1997].

HAYEK, Friedrich A. (2007): *Choice in Currency. A way to Stop Inflation.* Londres, The Institute of Economic Affairs. Edición electrónica [1976] www.iae.org.uk

HAYEK, Friedrich A. (2009): *The Pure Theory of Capital*. Edición basada en la 4ta impresión en The University of Chicago Press. [1era ed. 1941]. Versión electrónica en www.mises.org.

HAYEK, Friedrich A. (2011): *Camino de Servidumbre*. Tercera Edición. Madrid, Alianza Editorial [1ª ed. 1944].

HAZLITT, Henry. (2007): *The Failure of the “New Economics”. An Analysis of the Keynesian Fallacies*. [1959]. New York (USA), D. Van Nostrand Company, INC. Versión electrónica en <http://mises.org/document/3655/Failure-of-the-New-Economics>

HEGEL, Georg W.F (1978): “Esbozos para el espíritu del Cristianismo”. Publicado en *Escritos de Juventud*. Primera edición en castellano. D.F. México, FCE.

HEGEL, Georg W.F (1990): *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*. México, Editorial Porrúa [1era ed. 1817].

HEGEL, Georg W.F. (1992): *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. [1ª ed. 1807].

HEGEL, Georg W.F (1997): *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía. Volumen III*. Traducción de Wancelao Roces en base a la primera publicación [1833] a cargo de Karl Ludwig Michelet. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

HEGEL, Georg W.F (2000): *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Buenos Aires, Alianza Universidad. La primera edición de Eduard Gans es del año 1937 y recoge los cursos dictados entre 1822-1827. Empleamos la edición en castellano que parte de la traducción de José Gaos de 1928.

HICKS, John R. (1937): “Mr. Keynes and the «classics»; A suggested Interpretation”. *Econometrica*, Vol. 5, No. 2 (Apr., 1937), pp. 147-159. <http://www.jstor.org/stable/1907242>

HODGSON, Geoffrey M. (2002): *How economics forgot history. The problem of historical specificity in social science*. Londres, Routledge. Reimpresión [Primera edición 2001].

HUERTA DE SOTO, Jesús (1996): “Nota Introdutoria a la Edición Española”. *Contra Keynes y Cambridge. Obras Completas Vol IX*. Hayek F. A. Madrid, Unión Editorial.

HUERTA DE SOTO, Jesús (2007): “Huerta de Soto sobre Menger”. *Libros de economía y empresa*, ISSN 1885-1630, Nº. 2, 2007, págs. 59-60. Versión electrónica en <http://www.librosdeeconomiyempresa.com/r004/articulo19.aspx>.

HUERTA DE SOTO, Jesús (2009): *Dinero, Crédito Bancario y Ciclos Económicos*. Madrid, Cuarta Edición de Unión Editorial [Primera edición 1998].

HUME, David (1896): *A Treatise of Human Nature*. Oxford Clarendon Press [1ª ed. 1739]. Versión electrónica en: <http://people.rit.edu/wlrgsh/HumeTreatise.pdf>

HUME, David (1975): *An Enquiry Concerning Human Understanding*. Oxford Clarendon Press [1ª ed. 1748].

HUTCHINSON, Terence W. (1966): *A Review of Economics Doctrines: 1870-1929*. Oxford U.K., Oxford University Press [1953].

HUTT, William H. (1974): *A Rehabilitation of Say's Law*. Ohio University Press: Athens. Edición electrónica en: <http://mises.org/Books/sayslaw.pdf>.

INGRAM, John K. (1915): *A History of Political Economy*. New York, August Kelley (2da edición) [1era ed. 1888]. Versión electrónica en: <http://oll.libertyfund.org/titles/1678>

JASAY, Anthony de (1995), “Hayek: some missing pieces”. *The Review of Austrian Economics*. Volume 9, nº 1 & 2. pp. 104-116. Editor Rothbard M. Edición electrónica en: www.mises.org.

KAHN, Richard F. (1931): “The Relation of Home Investment to Unemployment”. *The Economic Journal*, Vol. 41, No. 162 (Jun., 1931), pp. 173-198. <http://www.jstor.org/stable/2223697>

KANT, Immanuel (1921): *Critique of Pure Reason*. Londres, Macmillan. Traducción al inglés de la 2 ed. [1787] con la introducción de Norman Kemp Smith. [1 era ed. 1781]

KEYNES, John Maynard (1914): "The Prospects of Money". *The Economic Journal*, Vol. 24, No. 96 (Dec., 1914), pp. 610-634. Published by: Blackwell Publishing for the Royal Economic Society. URL: <http://www.jstor.org/stable/2222528>

KEYNES, John Maynard (1924): "Alfred Marshall, 1842-1924". *The Economic Journal*, Vol. 34, No. 135 (Sep., 1924), pp. 311-372. <http://www.jstor.org/stable/2222645>.

KEYNES, John Maynard (1926): "The end of Laissez-Faire". *Hogarth Press* [Julio 1926]. Versión electrónica: <http://www.panarchy.org/keynes/laissezfaire.1926.html>

KEYNES, John Maynard (1933): *The Means to Prosperity*. Macmillan and Co., Limited. London. Versión electrónica de la primera edición en www.fcla.edu.

KEYNES, John Maynard (1937): "The General Theory of Employment". *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 51, No. 2 (Feb., 1937), pp. 209-223. www.jstor.org/stable/1882087

KEYNES, John Maynard (1943): "The Objective of International Price Stability". *The Economic Journal*, Vol. 53, No. 210/211 (Jun.-Sep., 1943), pp. 185-187. <http://www.jstor.org/stable/2226315>

KEYNES, John Maynard (1944): "Mary Paley Marshall", en *The Collected Writings of John Maynard Keynes. Essays in Biography*, Vol X, Londres, Macmillan for the Royal Economic Society, 1972. pp. 232-250.

KEYNES, John Maynard (1971): *A Treatise on Money. 2. Collected Writings Vol VI*. Londres, Macmillan. ST Martin's Press for The Royal Economic Society [1ª ed. 1930].

KEYNES, John Maynard (1972): *Essays in Persuasion. Collected Writings Vol IX*. Londres, Macmillan, ST Martin's Press for The Royal Economic Society [1931]. Hay traducción al castellano en Barcelona, Editorial Crítica, 1988.

KEYNES, John Maynard (1973): *The General Theory of Employment, Interest and Money. Collected Writings Vol VII*. Londres, Macmillan, ST Martin's Press for The Royal Economic Society [1ª edición 1936].

KEYNES, John Maynard (1973): *The General Theory and after. Part I. Collected Writings Vol XIII.* Londres, Macmillan. ST Martin's Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1973): *The General Theory and after. Part II. Collected Writings Vol XIV.* Londres, Macmillan. ST Martin's Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1979): *A General Theory and After. A Supplement. Collected Writings Vol XXIX.* Londres, Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1981): *Activities 1922-1929. The Return to Gold and Industrial Policy. Collected Writings Vol XIX.* Londres, Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1981): *Activities 1929-1931. Rethinking Employment and Unemployment Policies. Collected Writings Vol XX.* Londres, Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1982): *Activities 1931-1939. World Crisis and Policies in Britain and America. Collected Writings Vol XXI.* Londres, Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1982): *Social, Political and Literary Writings. Collected Writings Vol XXVIII.* Londres, Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

KEYNES, John Maynard (1985): *Ensayos sobre intervención y liberalismo.* Ediciones Orbis.

KEYNES, John Maynard (1996): *Breve tratado sobre la reforma monetaria.* Traducción a cargo de Carlos Rodríguez Braun, [1923 primera edición] basada en la publicación de Londres, Macmillan Press for The Royal Economic Society de 1971. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

KEYNES, John Maynard (2000): “Robert Malthus (1766-1834): El primer economista de Cambridge”. R. Malthus *Primer Ensayo sobre la población*. Traducción a cargo de Carlos Rodríguez Braun. Madrid, Alianza Editorial [1ª ed. 1933].

KEYNES, John Neville (1965): *The Scope and Method of Political Economy*. New York, Augustus M. Kelley, cuarta impresión, [1ª ed. 1890].

KICILLOF, Axel (2005): *Fundamentos de Keynes. La Teoría General: Crítica de la ortodoxia marginalista y neoclásica*. Adaptado de la Tesis Doctoral “Génesis y Estructura de la Teoría General de Lord Keynes”. Buenos Aires, Eudeba. Universidad de Buenos Aires.

KICILLOFF, Axel (2010): *De Smith a Keynes. Siete lecciones de Historia del Pensamiento Económico*. Buenos Aires, Eudeba.

KRESGE, Stephen (1995): “Introducción”. En *La Tendencia del Pensamiento Económico. Ensayos sobre economistas e historia económica*. Edición preparada por W.W.Bartley III y Stephen Kresge; edición española al cuidado de Jesús Huerta de Soto. Obras Completas Vol III. Madrid, Unión editorial.

LACHMANN, Ludwig M. (1977): *Capital, expectations, and the market process: essays on the theory of the market economy*. Kansas City, Sheed Andrews and McMeel.

LACHMANN, Ludwig M. (1978): *Capital and Its Structure*. Kansas City, Bell & Sons, Ltd. Institute for Humane Studies [Primera edición en 1956]. Versión electrónica en: <https://mises.org/library/capital-and-its-structure>

LAIDLER, David (1993): “Hawtrey, Harvard, and the Origins of the Chicago Tradition”. *The Journal of Political Economy*, Vol. 101, No. 6 (Dec., 1993), pp. 1068-1103. <http://www.jstor.org/stable/2138572>

LAIDLER, David (1999): *Fabricating the Keynesian Revolution. Studies of the Interwar Literature on Money, the Cycle and Unemployment*. Cambridge, Cambridge University Press.

LAIDLER, David (2003): “The price level, relative prices and economic stability: aspects of the interwar debate”. *BIS Working Paper* 136. Sept 2003.

LAILER, David (2005): “Keynes and the Birth of Modern Macroeconomics”. *Working Paper* 5 (feb-2005). Department of Economics University of Western Ontario. Canada. <http://www.ssc.uwo.ca/economics/centres/epri/>

LESLIE, Thomas E. Cliffe (1969): *Essays in Political Economy*. New York, Augustus Kelley. Primera edición 1879. Edición basada en la segunda edición [1888]. Versión electrónica en <https://archive.org/details/essaysinpolitica00lesluoft>

LEVÍN, Pablo (1997): *El Capital Tecnológico*. Buenos Aires, Catálogos. Universidad de Buenos Aires.

LOSOVIZ, Pablo (2010): “Polémicas medidas fiscales: El caso argentino 1999-2001 (Informe)”. Sept. 2010. Madrid, Knowsquare. www.Knowsquare.es.

LUKACS, Georg (1948): *Der Junge Hegel und die Probleme der kapitalistischen Gesellschaft*. Berlín, Aufbau.

MACHLUP, Fritz (1974): “Friedrich von Hayek's Contribution to Economics”. *The Legacy of F. Von Hayek, Vol III*. Edward Elgar Publishing.

MARSHALL, Alfred (1892): “The Perversion of Economic History”. *The Economic Journal*, Vol. 2, No. 7 (Sep., 1892). pp. 507-519. <http://www.jstor.org/stable/2955976>.

MARSHALL, Alfred (1956): *Memorials of Alfred Marshall*. Editado por A. C. Pigou. New York, Kelley & Millman, Inc. [1ª Edición de 1925].

MARSHALL, Alfred (1974): *The Pure Theory of Foreign Trade, The Pure Theory of Domestic Values*. Augustus M. Kelley, [1ª ed. 1879].

MARSHALL, Alfred (2013): *Principles of Economics*. Reimpresión de la octava edición [1920]. Palgrave Macmillan&Co. LTD, Great Britain [1890], de donde se toman las referencias.

MARX, Karl (1989): *Teorías sobre la Plusvalía III*. México D.F, Fondo de Cultura Económica. [1 era ed. 1959]

MARX, Karl (1989): *Elementos Fundamentales Para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*. Decimosexta edición. México, Siglo veintiuno editores [manuscritos de 1857/58]. Tomo I, II y III.

MARX, Karl (1992): *El Capital. Tomo I*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica (FCE) [1ª ed. 1867].

MARX, Karl (1992): *El Capital. Tomo III*. Madrid, Siglo XXI Editores. Décima edición [1ª ed. 1894].

McCORMICK, Brian J. (1992): *Hayek versus Keynes: the Keynesian avalanche revisited*. Hemel Hempstead: Harvester-Wheatsheaf.

MEEK, Ronald L. (1951): "Physiocracy and the Early Theories of Under-Consumption". *Economica*, New Series, Vol. 18, No. 71 (Aug., 1951), pp. 229-269. <http://www.jstor.org/stable/2550037>

MELTZER, Allan H. (1988): *Keyne's Monetary Theory: A Different Interpretation*. Cambridge University Press, USA.

MÉNDEZ IBISATE, Fernando (1993): "Aspectos macroeconómicos del pensamiento de Alfred Marshall: Teoría monetaria". *Revista de Historia Económica* Año XI. Primavera-verano 1993, nº2 337-366. Alianza Editorial: Centro de Estudios Constitucionales (España). Versión electrónica en: <http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/id/6916/RHE-1993-XI-2-Mendez.Ibisate.pdf/>

MÉNDEZ IBISATE, Fernando (1996): "Alfred Marshall y el Banco Central: Política monetaria". *Revista de Historia Económica* Año XIV. Otoño-Invierno 1996, nº3 641-669. Alianza Editorial: Centro de Estudios Constitucionales (España).

MÉNDEZ IBISATE, Fernando (2004): *Marginalistas y Neoclásicos*. Madrid, Editorial Síntesis.

MÉNDEZ IBISATE, Fernando (2012): *La "Teoría General" de Keynes. Una lectura crítica tras setenta y cinco años y otra gran crisis*. Editorial Académica Española.

MÉNDEZ IBISATE, Fernando (2014): *John Maynard Keynes. El Giro de la Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero. Unidad X.* Manual de Historia del Pensamiento Económico. Coordinador David Sanz Bas. Servicio de Publicaciones de la Universidad Católica de Ávila.

MENGER, Carl (1985): *Investigations into the Method of the Social Sciences.* With Special Reference to Economics. New York University Press [1ª ed. 1883]. Versión digital en: <http://mises.org/library/investigations-method-social-sciences>

MENGER, Carl (2007): *Principles of Economics.* Traducido al inglés por James Dingwall and Bert f. Hoselitz. Introducciones de Klein G. y F. A. Hayek. Edición de 1976 by the Institute for Humane Studies. Reimpresión [1ª ed. 1871], versión electrónica en www.mises.org.

MILL, James (2006): *On the Overproduction and Underconsumption Fallacies.* Editado e Introducción de Reisman George. California (USA), The Jefferson School of Philosophy, Economics, and Psychology. Edición electrónica en: <http://mises.org/page/1441>

MILL, John Stuart (1997): *Ensayo sobre algunas cuestiones disputadas en economía política.* Traducción a cargo de Carlos Rodríguez Braun. Madrid, Alianza Editorial. [1era edición 1844].

MILL, John Stuart (1885): *Principles Of Political Economy.* New York, Edición de J. Laurence Laughlin, Ph. D. Assistant Professor of Political Economy in Harvard University. A Text-Book For Colleges [1ª ed. 1848]. Edición electrónica de <http://www.gutenberg.org>

MISES, Ludwig von (1963): “Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen”. Traducido al inglés bajo el título “Economic Calculation in the Socialist Commonwealth” por Adler S. en *Collectivist Economic Planning.* Londres, George Routledge. Sexta Reimpresión [1920]. Versión electrónica en www.mises.org.

MISES, Ludwig von (1996): *Human Action.* Alabama, The Ludwig von Mises Institute, www.mises.org, Cuarta edición de donde se toman las referencias basadas en la

primera edición en inglés publicada por Yale University Press [1949]. Empleamos también la versión en castellano de Unión Editorial, Quinta Edición, Madrid [1995].

MISES, Ludwig von (2007): *Theory and History*. An interpretation of social and economic evolution. Alabama, Ludwig von Mises Institute [Primera impresión 1957, Yale]. Versión electrónica en: <https://mises.org/library/theory-and-history-interpretation-social-and-economic-evolution>

NORDHAUS W.D. & SAMUELSON, Paul A. (2002): *Economía*. XVII Edición Mc Graw-Hill / Interamericana de España, S.A.U.

NUZZO, Angelica (2010): “The standpoint of morality in Adam Smith and Hegel”. *The Adam Smith Review*, 5, pp. 37-55. Essays commemorating the 250th anniversary of The Theory of Moral Sentiments. Londres y New York, Routledge.

O'DONNELL, Roderick M. (1992): *Keynes: Philosophy, Economics and politics: The philosophical foundations of Keynes's thought and their influence on his economics and politics*. Londres, The Macmillan press [1era ed. 1989].

ORTEGA Y GASSET, José (1996): *La rebelión de las masas*. Barcelona, Ediciones Altaya [1ª ed. 1930].

RICARDO, David (2003): *Principios de Economía Política y Tributación*. Traducción a cargo de Carlos Rodríguez Braun. Madrid, Edit. Pirámide [1ª ed 1817].

RIEDEL, Manfred (1962): “Hegel's ‘Bürgerliche Gesellschaft’ und das Problem ihres geschichtlichen Ursprungs”. *Archive f. Recht und Sozialphilosophie*, 48. pp. 539-67.

ROBERTSON, Dennis. H. (1928): “Theories of banking policy”. *Economica* 8 (June) pp. 131-146.

ROBERTSON, Dennis. H. (1928): *Money*. (3rd ed). London, Nisbett.

ROBINSON, Joan. (1968): *Introducción a la economía marxista*. Madrid, Siglo XXI [1ª ed. 1942].

ROBINSON, Joan (1975): "What has become of the Keynesian Revolution", en M. Keynes (ed). *Essays on John Maynard Keynes*. Cambridge University Press.

RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos (1989): *La cuestión colonial y la economía clásica. De Adam Smith y Jeremy Bentham a Karl Marx*. Madrid, Alianza Universidad.

RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos (1997): "Introducción". *Ensayo sobre algunas cuestiones disputadas en economía política*. J. S. Mill. Madrid, Alianza Editorial.

ROJO, Luis Ángel (1984): *Keynes su tiempo y el nuestro*. Madrid, Alianza Editorial.

RUBIN, Isaac Ilyich (1989): *A History of Economic Thought*. Moscú [1929], segunda edición en inglés, U.K., Pluto Press.

RUEFF, Jacques (1947): "The Fallacies of Lord Keynes General Theory". *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 61, No. 3 (May, 1947), pp. 343-367.

SANZ BAS, David (2011): "Hayek's Critique of The General Theory: A New View of the Debate between Hayek and Keynes". *The Quarterly Journal of Austrian Economics*, Vol 14, nº 3, Fall 2011, pp. 288-310.

SCHUMPETER, Joseph A. (1994): *Historia del Análisis Económico*. Barcelona, Ed. Ariel, de donde se toman las referencias [1ª ed. 1954].

SCHWARTZ, Pedro (1973): "La definición de ciencia económica por Robbins: una crítica". *Revista Española de Economía*, vol. III, pp.11-49.

SEBRELLI, Juan José (2002): *Crítica de las Ideas Políticas Argentinas*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

SHACKLE, Georg L.S. (1969): *La naturaleza del pensamiento económico: Escritos escogidos (1955-1964)*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.

SKAGGS, Neil T. (1995): "Henry Thornton and the Development of Classical Monetary Economics". *The Canadian Journal of Economics / Revue canadienne d'Economie*, Vol. 28, No. 4b (Nov., 1995), pp. 1212-1227. <http://www.jstor.org/stable/136144>

SKIDELSKY, Robert (1983): *John Maynard Keynes: Hopes Betrayed, 1883-1920. Vol.1.* Londres, Macmillan.

SKIDELSKY, Robert (1992): *John Maynard Keynes: The Economist as Savior, 1920-1937.* Vol.2. Londres, Macmillan.

SKIDELSKY, Robert (1998): *Keynes, [1996].* Madrid, Alianza Editorial. Traducción de Carlos R. Braun.

SKIDELSKY, Robert (2000): *John Maynard Keynes. Vol 3. Fighting for Britain 1937-1946.* Londres, Macmillan.

SMITH, Adam (1976): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776]. University of Chicago Press.

SOWELL, Thomas (1974): *Classical economics reconsidered.* Princeton, N.J.; London: Princeton University Press.

STALEBRINK, Odd J.: "The Hayek and Mises controversy. Bridging differences". *The Quarterly Journal of Austrian economics* vol. 7, no. 1 (Spring 2004): 27–38.

STEELE, G.R. (2001): *Keynes and Hayek. The money economy.* Londres y New York, Routledge.

SUDHA R. SHENOY (2009): *A Tiger by The Tale. The Keynesian legacy of Inflation.* Recopilación de los trabajos de F. A. Hayek. Tercera Edición [1972] Publicación conjunta de The Institute of Economic Affairs y Mises Institute. Versión electrónica en www.mises.org.

THORNTON, Henry (1965): *An Enquiry into the Nature and Effects of the Paper Credit of Great Britain.* Introducción de F. A. Hayek, New York, Augustus M. Kelley, Bookseller [1ª ed. 1802].

TORRERO MAÑAS, Antonio (1998): *La obra de John Maynard Keynes y su visión del mundo financiero.* Madrid, Editorial Civitas.

VEGA, de la Joseph. (2009): *Confusión de Confusiones. Diálogos curiosos entre un filósofo agudo, un mercader discreto y un accionista erudito.* [1ª ed. 1688]. Barcelona, Editorial Profit.

VITORIA, De Francisco (2006): *Contratos y usura.* Edición a cargo de Idoya Zorroza, María. Pamplona, Ediciones Eunsa.

WARMING, Jens (1932): “International Difficulties Arising Out of the Financing of Public Works During Depression”. *The Economic Journal*, Vol. 42, No. 166 (Jun., 1932), pp. 211-224. <http://www.jstor.org/stable/2223819>

WASZEK, Norbert (1988): *The Scottish Enlightenment and Hegel's Account of 'Civil Society'.* Dordrecht / Boston, Ed. Kluwer.

WHITE, Lawrence H (2012): *The Clash of Economics Ideas. The Great Policy Debates and Experiments of the Last Hundred Years.* Cambridge University Press.

WICKSELL, Knut (1898): *Interest and Prices. A Study of the Causes Regulating the Value of Money.* Empleamos la traducción efectuada al inglés por R.F. Kahn e introducción efectuada por B. Ohlin. Publicación original de 1936 por la Royal Economic Society. New York, Edición de 1962 de la Librería del Congreso de los Estados Unidos de América. Versión electrónica en. www.mises.org.

WIESER, Friedrich von (1927): *Social Economics.* Greenberg, publisher, inc. Versión electrónica en www.mises.org.